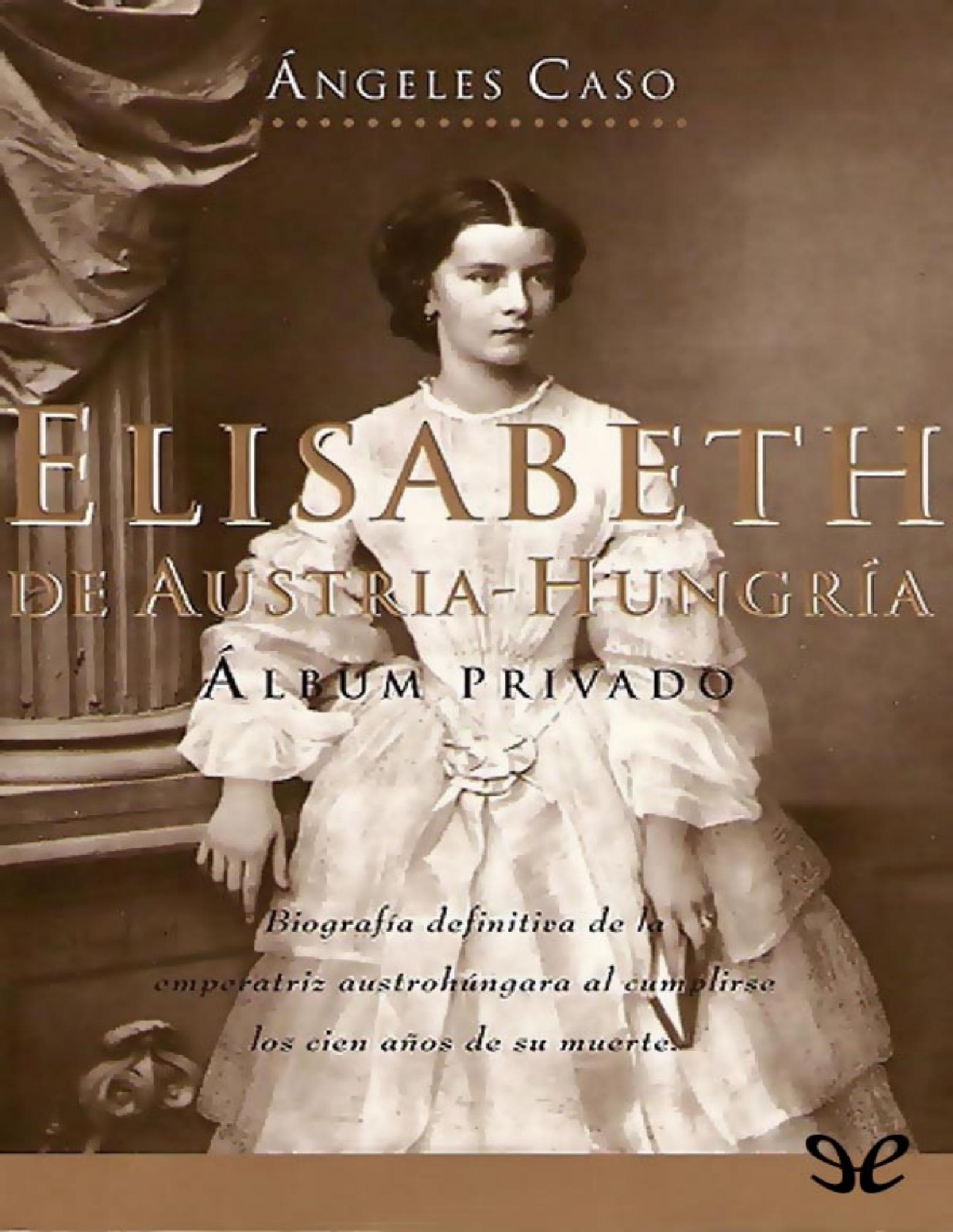


ÁNGELES CASO



ELISABETH
DE AUSTRIA-HUNGRIA
ÁLBUM PRIVADO

*Biografía definitiva de la
emperatriz austrohúngara al cumplirse
los cien años de su muerte.*

de

La historia de una mujer que desafió a su tiempo.

Elisabeth de Austria-Hungría nada tuvo que ver con la ñoña Sissi de la leyenda rosa. Fue una mujer compleja y extraña, escéptica hasta el nihilismo, irónica hasta el sarcasmo y libre hasta el capricho. Fue guapa, inteligente, culta y seductora. Fue rebelde, insatisfecha, melancólica y testaruda. Solitaria y maniática. Jamás se doblegó a ninguna imposición. Detestó los palacios y la corte. Odió las convenciones y las normas. Despreció la frivolidad. Huyó de las ceremonias y los actos sociales. Se resistió a ofrecerse en espectáculo al público y ocultó su rostro bajo velos y grandes abanicos. Desdeñó a los nobles, a los reyes, a los militares y a los papas. Se confesó anticlerical, antimilitarista y antimonárquica. Creyó que el matrimonio era una esclavitud. Respetó a los locos. Hizo gimnasia todas las mañanas, fumó a temporadas y bebió grandes jarras de cerveza en las tabernas. No apreció mucho la vida.



Ángeles Caso

Elisabeth, emperatriz de Austria-Hungría o el hada

ePub r1.0

ifilzm 03.07.13

Título original: *Elisabeth, emperatriz de Austria-Hungría o el hada*

Ángeles Caso, 1993

Retoque de portada: ifilzm

Editor digital: ifilzm

ePub base r1.0



I

EL CIELO DESPLOMADO

Quizá porque nací en domingo, hija del sol, mi vida está llena de prodigios. Yo he oído campanillar los árboles del bosque a mi paso, las grullas me han llevado en su vuelo hasta las tierras pardas del sur, y he visto danzar a las hadas...

Como ellas quisiera ser: hermosa y fuerte, resplandeciente, poderosa para convertir en pan la mugre de los miserables, en salud el dolor de los enfermos, y en gozo la pena de los desdichados.

Pero tan sólo soy Elisabeth, duquesa en Baviera. Mis trenzas se deshacen apenas las he peinado, y mi corazón sufre a menudo. Entonces escribo poemas, para echar fuera la congoja que me invade cuando oscurece, la fatiga de un cuerpo que no se atreve a vivir lejos de la luz...

Quiera Dios todopoderoso ampararme, en los años porvenir, del miedo y de la maldad. Que El mantenga limpia mi mirada, altivo mi ánimo y serena mi frente. Amén.

Possenhoffen, 10 de septiembre de 1853

No sé qué me ocurre... Intento sonreír, como hacen todos a mi alrededor, exhibiendo el orgullo, pero es sólo una mueca lo que sale de mis labios. Paso las noches en vela, recordando los ojos llorosos de Helena, la agria voz de la archiduquesa, las miradas burlonas de las damas, la dulce sonrisa del emperador, y sintiendo miedo, tanto miedo que querría desaparecer... Luego, en la mañana, el mundo es negro y frío.

Voy a ser emperatriz, dicen, pero yo no quería. Sólo fui a Ischl porque mi madre me lo ordenó: «Vendrás con nosotras, Sissi. Helena se sentirá así menos sola. Y es probable que algún guapo muchacho vienés se fije en ti...». Sin embargo, a mí no me importaban los muchachos vieneses. Hubiese preferido quedarme aquí, en Possi, caminando por el bosque y montando mi yegua. No deseaba ir a Ischl, ni vivir en la corte y pasarme el día haciendo reverencias, obedeciendo estúpidas normas de protocolo, acudiendo a ceremonias absurdas en las que me siento tan nerviosa que ni siquiera soy capaz de abrir la boca y noto cómo las piernas me tiemblan bajo el vestido, a punto de derribarme al suelo... No deseaba ver cómo convertían a mi hermana en emperatriz, mi hermana, a la que tanto quiero, otra pobre princesa que tendrá que llorar, pensaba, como mi madre y la madre de mi madre... Pero tía Sofía —no, la archiduquesa Sofía, así es como debo llamarla— lo había decidido de esa manera. Y a lo que ella decide, su hijo el emperador se pliega sin reticencias.

¿Cómo puedo explicarle a Helena que yo no quería, que no hice nada? ¿Cómo podría ella creer

que ni siquiera cuando Francisco bailó conmigo comprendí lo que estaba ocurriendo? Sólo empecé a darme cuenta cuando mi madre llegó corriendo a la mañana siguiente, toda llorosa, y tartamudeó:

—¡Te ha elegido a ti, Sissi!

—¿Quién me ha elegido...? ¿Para qué...?

—Para ser su esposa...

La voz se le quebró en un sollozo. Yo sentí cómo se me encogía el corazón:

—¿La esposa de quién...?

—¡Del emperador!

—¡Yo no quiero, mamá! —grité—. ¡Era de Helena! ¡Yo no quiero!

Ella se abalanzó hacia mí y me tapó la boca haciendo gestos para que me callara. Luego, se sentó conmigo en el sofá y cogió mis manos, y con la misma voz con la que me consolaba de pequeña, cuando alguna pesadilla me despertaba en mitad de la noche, me susurró:

—Hija, no se le dan calabazas a un emperador de Austria.

Yo no quería... No quería casarme así, con un hombre al que apenas conozco, aunque sea mi primo, ni ser emperatriz, ni entremeterme en la vida de Helena... No quiero separarme de mi madre, olvidar los juegos con mis hermanos, alejarme de Possi... Aún no he cumplido los dieciséis años... ¡Aún quiero jugar!

Y tengo miedo. Miedo de mis piernas que tiemblan, de mi voz que se niega a sonar, tengo miedo de la archiduquesa Sofía y de la corte, de todas esas personas que en Ischl nos miraban con tanto desprecio... Sé lo que dicen de mí: «Cualquier condesa de Viena es más hermosa que ella, cualquiera sabe comportarse mejor. ¿Cómo va a ser ésta nuestra emperatriz, aquella ante la que debemos inclinarnos...?».

No, no quiero... Pero soy una princesa. Y una princesa no debe tener en cuenta sus sentimientos. Una princesa se entrega, rendida, en manos de su rey. Soy una buena princesa, con sangre de siglos en las venas para obedecer y sonreír. A pesar de todo, lo he aprendido: una princesa no le da calabazas al emperador de Austria. Aunque le cueste la vida.

Ocurren tantas cosas dentro y fuera de mí, que mi cabeza apenas tiene tiempo para entenderlas, para pensar... Es preciso atender a las costureras, recibir a los joyeros, dar clases de francés —¿por qué razón la corte vienesa preferirá esa lengua impronunciable al hermoso inglés?—, posar para los retratos... Y soportar un ir y venir incesante, agotador, de gentes y misivas: lejanos primos que no conozco, mensajeros del emperador cargados de regalos —rosas frescas de sus invernaderos, diademas y medallones—, y largas, larguísimas instrucciones de la archiduquesa: «No olvides tus dientes. ¿Ha mejorado algo su aspecto?». «Recuerda, Elisabeth, el protocolo es nuestra salvaguarda». Y ¿cómo podría no recordarlo? Durante una tarde entera, en Ischl, me lo estuvo explicando: «Hay gentes que piensan que ha sonado el final para las monarquías. El desdichado ejemplo francés, querida hija, ha cundido en Europa. Y así, algunos insensatos pretenden levantarse contra el poder sagrado del emperador, intentan convencer a los pueblos de que pueden gobernarse ellos solos, olvidando que los monarcas han sido destinados por Dios para dirigirlos y engrandecerlos. Sin ellos, que aportan el orden a los asuntos y el cuidado a cada uno de sus súbditos, hasta el más humilde, las naciones se convierten en nidos de ambiciosos, libres para cultivar sin freno su propio medro... Pero la semilla del mal se ha esparcido por nuestras tierras. La locura de estos tiempos sin fe hace que muchos —aun aceptando su autoridad— se pregunten por qué ha de ser distinto el emperador del resto de los mortales. Quieren olvidar la respuesta que les dicta su conciencia: él es el elegido de Dios. Y a imagen y semejanza de nuestro trato con Él, debemos rendirle pleitesía, humillarnos ante su magnificencia. El ceremonial debe recordar a los pueblos la alta dignidad del monarca. ¡No lo olvides nunca, Elisabeth! Tú vas a ser ahora una Habsburgo, porque Dios así lo ha querido, tenlo presente. Sobre ti recaerán el peso y la gloria de un Imperio de siglos. Mantenerlo unido y vivo, ocupando con piadosa humildad tu privilegiado lugar, engendrando hijos sanos y virtuosos que prolonguen nuestra sangre en los tiempos venideros, es tu principal obligación, tu único deber en la vida. ¡No desfallezcas ni un momento, hija mía! Tu preparación es deficiente, lo sé. Debes esforzarte en aprender todo lo necesario. Acude a mí siempre que lo necesites. Y, sobre todas las cosas, haz por dominar tu natural relajado. Ni siquiera una princesa de campo, como tú has sido hasta ahora, debería vestirse de esa manera descuidada, trepar por las laderas igual que una cabra silvestre y repartir abrazos y besos a los seres queridos... Como emperatriz, has de olvidarte por siempre de esos hábitos. Tú serás el espejo en el que todas las mujeres deberán mirarse, el ideal al que todos los hombres han de adorar. Virtuosa y discreta, mansa e intocable, así te mostrarás ante tus pueblos y así, sólo así, ayudarás a nuestro amado emperador en la hermosísima tarea de acrecentar el poder de los elegidos del Señor, por el bien de sus súbditos. Rézale a El para que te ayude».

Le rezo. Todos los días, con las manos muy juntas y el corazón apretado: Dame fuerzas, Dios mío, para ser una buena emperatriz, pues Tú lo has querido. Enséñame a ser virtuosa y discreta, mansa e intocable, si ése es tu designio. ¡No me dejes caer en la tentación!

Munich, 12 de octubre de 1853

Mi padre ha tenido hoy una disputa con el rey Maximiliano. Él y sus amigos de la peña de Arturo se reunieron el pasado jueves, y brindaron a mi salud con uno de esos versos a los que ellos llaman hepáticos:

Por el hígado de un lucio y no por el de una pantera,

de corazón divertíos en la casa de la suegra.

A mí me divirtió. Greta, la doncella, lo había oído en el mercado, y me lo repitió. «Todo Munich lo conoce, Alteza», me dijo, y yo me reí. Pero Maximiliano llamó a papá a la Residencia:

—Ahora vas a ser el suegro del emperador de Austria —le recriminó—. Tus costumbres, Max, han de cambiar. Ni los Habsburgo ni nosotros, los Wittelsbach, podemos consentir que sigas comportándote como un burgués liberal, juerguista e impío. Eres un nefasto ejemplo para tus hijos, un desdoro para las dos familias. Hazme caso, Max, o tendremos muchos problemas.

—Señor —respondió mi padre—, vos sois el jefe de nuestra Casa, y en nada quisiera ofenderos, ni a vos ni al emperador. Pero puedo aseguraros, Majestad, que me ha costado muchos años de aprendizaje llegar a vivir como deseo. Y la sabiduría no es algo a lo que se pueda renunciar voluntariamente. Vos debéis saberlo mejor que nadie. Vuestro propio padre fue víctima de quienes piensan que un hombre es dueño, a una cierta edad, de cambiar el rumbo de su vida. Dejemos pues, señor, las cosas como están. Vivid vos vuestra existencia y yo viviré, como hasta ahora, la mía... Y, si me permitís un consejo, no hagáis oídos a los envidiosos y maledicentes que intentarán herir, de todas las maneras posibles, a mi hija.

Cuando él me lo contó, me sentí orgullosa de su valor, pero sus últimas palabras me asustaron:

—¿Por qué le has dicho eso, papá?

—Porque así será. ¡Ten cuidado, Elisabeth! Los envidiosos poseen el don de hacer daño con la única fuerza de su pensamiento. Ellos pueden lograr que, en tus manos, las flores se conviertan en ortigas.

—¿Y por qué han de envidiarme?

Hansel llegó en ese momento para anunciarle que el profesor Baer, su amigo, le esperaba en el

gabinete. Mi padre no respondió a mi pregunta. Se fue sin hablarme, pero me miró con los ojos muy tristes.

Munich, 26 de octubre de 1853

Cada noche, desde hace algunas semanas, sueño con Helena. Aparece ante mí, vestida de negro, y su boca pronuncia sin sonidos una palabra terrible, que yo entiendo a pesar del silencio: «Mentirosa», me dice, y quiero entonces abrazarla, quiero pedirle perdón, pero ella se desvanece entre mis brazos...

En todo este tiempo, desde el 18 de agosto, no me había atrevido a hablarle a solas. Imaginaba el rencor que ella debía de guardarme, su vergüenza, y procuraba evitarla. Hoy, después de que el sueño se repitiera de nuevo, no pude soportar por más tiempo el silencio. Al despertarme esta mañana, decidida ya, le pedí a mi gobernanta que me dejara sola durante algún tiempo: «Es muy importante, baronesa», le dije, y ella, comprendiendo, aceptó. Salí entonces en busca de mi hermana y, en la escalera, oí sonar el piano, la *Sonata* de Beethoven que tanto le gusta y que acostumbra tocar «para conjurar los demonios de la melancolía», como suele decir. Me acerqué sin hacer ruido al gabinete y me quedé a sus espaldas, escuchando aquella música tristísima... Ella supo que yo estaba allí, pero no se volvió. Cuando terminó, le acaricié el pelo. Me tembló la voz:

—Siempre he envidiado tu manera de tocar el piano. Conmigo no se lleva demasiado bien, ya lo sabes.

No me atrevía a mirarla a los ojos. Helena seguía inmóvil:

—También yo te envidio muchas cosas. Entonces me arrodillé a sus pies: —Nené, tienes que creer que yo no tengo la culpa. ¡Ni siquiera lo deseaba!

Como si nada hubiera ocurrido, como si aún viviéramos en los tiempos felices en los que creíamos que nadie podría nunca separarnos y nos imaginábamos en un futuro muy lejano, viejas y juntas, ella apoyó su cabeza sobre la mía y su voz fue de nuevo dulce:

—¡Mi pequeña Sissi! Somos dos tontas empeñadas en alejarnos la una de la otra por absurdas razones... Sé que tú no tuviste la culpa. Nadie había pensado que el emperador podría decidir por su cuenta. Tía Sofía tiene tanta influencia sobre él que todos dimos por supuesto que yo habría de gustarle. Pero Francisco se enamoró de ti, y debe de amarte profundamente para haber dado ese paso contra la voluntad de su madre. Me alegro de ello, me alegro mucho, Sissi. Él te hará feliz, y eso es lo único que deseo.

—¿No me odias entonces?

—¿Cómo podría odiarte...? Al principio, estaba tan herida, tan avergonzada, que pensaba que me habías traicionado... Pero ahora ya pasó. Y tú, dime, ¿qué sientes? ¿Le quieres mucho?

Me quedé callada. Nadie me había hecho aún esa pregunta, y yo no quería pensar en ello. De pronto, recordé a Ricardo.

—Sí —respondí.

No me atreví a decirle lo que en verdad sentía: No sé si le quiero, Helena... Es cariñoso y bueno... Comprendo que su vida es muy dura, sus deberes excesivos para un solo hombre. Se levanta cada día al amanecer, y debe enfrentarse a tantas decisiones que atañen a la vida y la muerte de sus súbditos... Yo desearía ayudarle en ese esfuerzo, darle paz para que él sepa dar paz a sus pueblos, hacerle dichoso a fin de que su dicha se convierta en clemencia y prosperidad... Pero no sé si le quiero. Nunca he sentido ante él aquel temblor que me agitaba cuando Ricardo se acercaba a mí, el deseo de besar mi almohada soñando que le besaba a él, el espantoso vacío de su ausencia... ¿Recuerdas a Ricardo, Helena, lo recuerdas...? Yo lo amaba, a él sí lo amaba. Pero era poca cosa para una princesa como yo, dijeron, y se fue. Se fue tan lejos y me dolía tanto, que yo soñaba que era pájaro y volaba a su lado... Hasta que se fue para siempre, Nené, sí, mamá me lo dijo un día, «Ricardo ha muerto, cariño», y yo sentí que mi corazón se volvía de piedra, sentí que nunca más podría amar a ningún hombre, y tuve deseos de maldecir a Dios, ¡que Él me perdone! A Ricardo lo amaba. Al emperador... No lo sé, Nené, no lo sé... Y es una pregunta tan angustiada, que tengo miedo a la respuesta. ¡Ojalá nunca hubiera ido a Ischl! ¡Ojalá fueras tú la novia y las cosas tuvieran el orden que deberían tener!

No me atreví a decírselo. Murmuré que sí, y ella sonrió satisfecha, y nos fuimos a pasear por el jardín, cogidas del brazo, hablando de mi ajuar.

Munich, 5 de noviembre de 1853

Nieva sin cesar desde hace varios días. Las nubes están tan bajas que podría tocarlas con la mano, y tan negras como si fueran humo de los infiernos... Antes, la nieve me gustaba. Mis hermanos y yo solíamos jugar en el jardín, durante horas, y a veces íbamos a Possi —¡está tan hermoso todo cubierto de blanco!—, y montábamos en trineo y nos revolcábamos... Pero ahora me lo han prohibido: «¿Qué opinaría la gente si supieran que la futura emperatriz de Austria se comporta como una chiquilla traviesa?», dijo mi madre. Ahora, la nieve me pone muy triste. Siento una opresión en el pecho y en el estómago, unas terribles ganas de llorar que he estado dominando hasta hoy. No quería que los demás pensaran que no le agradezco a Dios mi suerte. Pero ese nudo que me crece por

dentro y me ahoga, estalló esta mañana, cuando ya no podía más.

El día se presentaba sorprendentemente tranquilo: ninguna cita estaba prevista, ninguna obligación había sido programada. Por vez primera desde hace dos meses, me sentí libre de hacer lo que me viniera en gana. Pensé en salir, dar un paseo con mi gobernanta o con alguna de mis hermanas. Pero la idea de tener que soportar las miradas de los transeúntes, que me señalan y aplauden a mi paso, me resultaba insufrible. Decidí entonces, como en otros tiempos, disfrutar mi soledad, recorrer el palacio, escudriñar los rincones rebuscando tesoros olvidados, el anillo regalo de los elfos que abre las puertas del mundo subterráneo, y que siempre he soñado encontrar... Subí y bajé escaleras, me acerqué a los postigos para ver, entre las rendijas, lo que ocurría en ese mismo instante en la Ludwigstrasse: dos damas gordezuelas y emperifolladas dejaban ver las enaguas mientras intentaban evitar los charcos de nieve sucia... Un jinete pasaba al trote, salpicando a una viejecita pobre y triste, a la que nadie miraba... Y un joven burgués, con aires de tísico y el gabán muy cerrado, acompañaba, sin ninguna esperanza, a una muchacha hermosa y coqueta... Pensé en la ignorancia de esas personas que pasaban las unas junto a las otras sin verse. Y, sin embargo, si se hubiesen mirado por un momento, si se hubiesen detenido a escucharse, tal vez habrían descubierto a la madre perdida en la infancia, a la amiga que nunca han podido tener, al esposo que siempre han estado buscando...

La idea de la estrechez de nuestras vidas me resultó tan penosa, que corrí de nuevo las cortinas y seguí recorriendo la casa, sin alegría ya, como una sombra. Me acerqué a la pista de circo de mi padre. Todo estaba en silencio, vacío, pero yo recordaba sin embargo el bullicio de los días mágicos, cuando él acaba de regresar de algún viaje y, lleno de energía, nos hace interrumpir las clases, dejarlo todo para ir a verle mientras monta a *Flick* y a *Flock*, ejecuta cabriolas y salta entre los aros, y luego toca en su cítara tiernas canciones de amor... Recordaba cómo le aplaudimos, cómo lo admiramos boquiabiertos, llenos de orgullo, creyendo que es un brujo, un genio de los bosques que nos regala su sabiduría y su regocijo, y recordaba la duda después, la eterna pregunta en silencio —¿es que acaso no nos quiere?—, la pena cuando de nuevo desaparece, para encerrarse en su despacho con sus escritos, sus amigos y sus mujeres, o se va, viajando no importa a dónde, a cualquier sitio con tal de que esté lejos, a algún lugar lleno de sol del que nos traerá nuevas canciones, otras historias... Sentí un vacío inmenso, la añoranza de lo que no volverá a ser, y como si estuviera viviendo un maleficio que sólo yo misma fuera capaz de romper, fui al gabinete de mi madre, donde tantas horas he pasado a su lado, bordando y oyendo sus cuentos. Las plantas crecían magníficas, a pesar del frío de la calle, aprovechando la luz grisácea que entraba por los grandes ventanales, y en las paredes enteladas colgaban los retratos sonrientes de sus ocho hijos. Recordé nuestros juegos, las carreras y los baños en Possi, las clases que se convierten en vocerío cuando alguien descubre mis caricaturas: la baronesa subiéndose las faldas mientras un diminuto ratón la embiste, el profesor Schnittel con orejas de burro...

Me estremecí de frío y de pena. Ésta es mi vida, pensé, es mi hogar, mi familia... Y pronto va a terminar. ¡Adiós a las risas de mis hermanos, adiós a las caricias de mi madre, adiós a mi infancia...! Luego, cargada de enojosos deberes, alejada día tras día de lo más querido, vendré aquí como una extraña, y mi propia madre, a la que tantas veces he besado la mano con ternura y gratitud, cumplirá el ceremonial y se inclinará ante mí... Y al fin mis ojos se llenaron de lágrimas y lloré, lloré, en silencio primero, encogida después sobre el suelo, sollozando. Lloré mientras sentía que mi corazón se aligeraba, hasta que María vino en mi busca y, sorprendida, me dijo: «¡Sissi! ¿Cómo puedes estar triste? ¡Vas a ser la mujer más importante de Europa!»». Sequé entonces mis lágrimas, avergonzada, e hice esfuerzos por sonreír.

Munich, 25 de diciembre de 1853

El emperador ha venido a Munich para celebrar mi aniversario. Debo agradecerse, aunque hubiera preferido festejar mis dieciséis años como de costumbre, cenando todos en el comedor pequeño, alrededor del árbol de Navidad, y entregar luego sus regalos a los criados. La presencia de mi prometido ha obligado a tantas ceremonias, hemos tenido que compartir la mesa con tantos extraños y comportarnos con tal seriedad, que apenas he disfrutado de la fiesta.

Francisco me ha traído de Viena flores, una diadema resplandeciente de diamantes, y un precioso papagayo de Brasil. Le puse de nombre *Puck*, y lo llevé a mi pajarera.

—Creo que es el regalo más bonito que me han hecho nunca —le dije.

—¿Te ha gustado más que las joyas, más incluso que la capa de pieles que te envié?

—¡Oh, sí! Me gusta porque está vivo, y es tan hermoso, con sus colores de la selva: el verde del follaje, el rojo del sol y el azul del agua... ¿Crees que algún día podremos hacer un gran viaje a la selva?

—¡Qué ideas tan extrañas, Sissi...! ¿Qué iríamos a hacer tú y yo a la selva?

Me sentí avergonzada y miré al suelo. No sabía qué decir, y como tampoco el emperador habla mucho, estuvimos largo rato en silencio. Al fin, recordé las clases de historia del profesor Majlath:

—El conde Majlath me ha hablado a menudo en los últimos días de Hungría. Dice que los húngaros son orgullosos y leales, que su fidelidad a la dinastía y su sumisión al Imperio han sido de sobra probadas a lo largo de la historia, y que un día será preciso devolverles su Constitución, la que tú anulaste en el 49, durante las revoluciones.

Me di cuenta de que el rostro del emperador se había ensombrecido:

—¿De qué otras cosas te ha hablado Majlath?

No sabía qué decirle. Me parecía que estaba disgustado, pero pensé que era mi obligación contarle a mi futuro esposo todo lo que me ocurría, y que sólo él podía esclarecer mi ignorancia de los asuntos políticos y las dudas que el conde había hecho surgir con sus lecciones en mi espíritu. Quise, de todas formas, suavizar algo el efecto de mis palabras:

—Me ha explicado el gran esfuerzo de los Habsburgo por engrandecer su Estado, tu loable labor en aras de la paz y del bienestar de tus reinos. Pero... —Continúa, Sissi. ¿Qué más te ha dicho?

—Majlath opina que, cuando todos los pueblos hayan alcanzado la madurez, los reyes no serán necesarios.

—¿Te ha hablado de las repúblicas?

—Así es. Dice que ahora esa forma de gobierno no es posible, pero que en los tiempos de la antigüedad, las gentes se regían de esa manera a sí mismas, y que algún día nuestras naciones serán grandes repúblicas de ciudadanos cultos y virtuosos.

Francisco se puso en pie. Le vi llevarse la mano a las medallas que cubren la pechera de su uniforme: —Escucha, Sissi. Dentro de unos meses, tú serás emperatriz de Austria, reina de Hungría y Bohemia, reina de Lombardía y Venecia, de Dalmacia, Croacia, Eslovenia, Galitzia, Lodomeria e Iliria; gran duquesa de Toscana, Cracovia y Transilvania; margravesa de Moravia, de la Alta y Baja Lusacia y de Istria... Podría recitarte así hasta cuarenta y siete títulos. Cuarenta millones de almas serán tus súbditos. Y cada uno de ellos sabe que su vida está indisolublemente ligada a la tuya. Todos los granos de trigo que cosechan, cada trozo de hierro que sus manos retuercen con esfuerzo, cada bala que disparan sus armas en la guerra, cada pecado que cometen, cada nacimiento y cada muerte, les atañen tanto a ellos como a ti y a mí. No lo olvides nunca. Y no escuches palabras necias. La política no es asunto del que tú debas ocuparte. Piensa sólo en cómo puedes hacer el mayor bien posible a nuestros pueblos con tu belleza y tu bondad.

—Así será, Francisco —musité.

—Hablaré con Majlath. Y mandaré que te envíen desde Viena la lista de tus títulos, para que los aprendas de memoria. ¿Lo harás?

—Claro que lo haré.

Esa noche —la de ayer—, tuve una horrible pesadilla. Había estado viendo caer la nieve desde mi ventana, antes de acostarme, y cuando logré dormirme, en mi sueño empezó a nevar. Al principio eran hermosos copos blancos, llenos de alegría y de silencio, pero luego se transformaron en rostros humanos, espantosas caras de moribundos, lastimeros ojos de niños hambrientos, caras pintarrajeadas de rameras, sangrientas cabezas de heridos... Caían sobre mí sin cesar, salpicándome, golpeándome, y gritaban: «¡Auxilio, Majestad! ¡Salvadnos! ¡Ayuda, ayuda...!» Me desperté aterrada. La ventana se había abierto, y la nieve entraba en mi habitación. Las rosas de los invernaderos de Schönbrunn estaban cubiertas de copos, heladas.

Munich, 1 de enero de 1854

El emperador ha tenido que irse hoy, dos días antes de lo previsto. He llorado mucho. Siempre me han entristecido las despedidas. Aún recuerdo el desconsuelo que sentía, de niña, cada vez que mi padre iniciaba alguno de sus viajes. Yo le veía partir, saludándonos sonriente desde el coche, y una congoja enorme y pesada me recorría todo el cuerpo y se instalaba en mi corazón, dejándome durante varios días como desfallecida, ajena al mundo, ensimismada en mi propia pena...

Esta tarde, mientras veía arrancar los carruajes a la puerta de la Ludwigstrasse, sentí lo mismo, como una negrura del alma, un ansia de dormir, sólo dormir, hasta el próximo encuentro. Subí a mi habitación y me asomé a la ventana, intentando adivinar más allá de las casas y los bosques el séquito del emperador, camino de Viena. Y recordé las hermosas jornadas pasadas a su lado, su dulce sonrisa, la ternura que su cercanía provoca en mí... Comprendí en ese momento cuánto he cambiado en estos días, cómo se ha transformado mi corazón: es tal el amor que Francisco sabe darme, que yo anhelo devolvérselo con la misma fuerza...

Sin embargo, tuvo que partir. «El deber me reclama, Sissi —me dijo—. Hay cuestiones urgentes que es preciso resolver». Intenté convencerle para que se quedase, pero fue en vano. Ni siquiera quiso explicarme cuáles eran esas cuestiones urgentes que así lo separaban de mí: «Son cosas de la política, no deben preocuparte». Pero lo cierto es que me preocupan. No me atreví a decírselo, aunque él debió de notar en mi expresión el disgusto. «No te enfades, Sissi. No todo puede ser siempre como tú deseas. Has de acostumbrarte a eso, ahora que ya no eres una niña». Hice un esfuerzo por sonreír, mientras pensaba que él, precisamente, me estaba tratando como a una niña. Busqué a su ayudante:

—Conde Grüne, quiero hablar con usted.

—¿Qué deseáis de mí, Alteza?

—Quiero que me explique las razones por las cuales el emperador ha de irse.

Su respuesta fue la esperada:

—Se trata de cuestiones políticas, Alteza. Disculpadme si os digo que no os atañen, y que os aburrirán.

—Nada de lo que le ocurre al emperador puede aburrirme. Y nada de lo que afecte a sus súbditos puede dejar de atañerme a mí... Él mismo me lo ha explicado así, y sin embargo, no quiere informarme de esos importantes asuntos. Usted es su amigo, Grünne. Séalo también mío, se lo ruego...

El conde sonrió, satisfecho de aquella prueba de confianza:

—Son cosas de guerra, Alteza. El zar Nicolás ha invadido algunos de los territorios del sultán otomano, y desea que el emperador le ayude, como él hizo en Hungría en el 49, cuando sofocó la revolución que quería separar a los húngaros del Imperio. Pero Su Majestad no cree conveniente intervenir en esa guerra.

—Las guerras causan demasiados muertos, demasiado dolor. El emperador tiene razón.

—Sí, Alteza, es cierto lo que decís. Pero son necesarias.

—¿Necesarias?

—Así es, Alteza. Si no actuáramos de ese modo, las otras naciones acabarían con nosotros. Son como perros esperando su presa.

Mi madre apareció en ese momento. Grünne hizo una reverencia y se alejó. Me quedé pensando en lo que me había dicho: «Las guerras son necesarias...». Es algo sobre lo que debo hablar con mi padre. Ahora, voy a acostarme. He abierto la ventana de mi dormitorio y he sentido el viento helado. ¿Dónde estará Francisco? Sea donde fuere, espero que le hayan preparado un buen fuego. ¡Hace tanto frío...!

Munich, 13 de abril de 1854

Mi ajuar ya está listo para partir mañana hacia Viena. Veinticinco baúles, cargados de ropa, plata, joyas... A mí me parece un auténtico tesoro. Nunca soñé ser propietaria de tantas cosas bellas. Pero

mi madre, hace unos días, cuando todo estaba reunido en el salón de baile, se echó a llorar como una niña: «¿Qué dirán en Viena, Señor? ¡Éste no es un ajuar digno de una emperatriz de Austria! ¡Si hubiéramos dispuesto de un poco más de tiempo...! ¡Prefiero no imaginarme la cara de Sofia cuando lo vea expuesto en palacio...!»). Sus lamentaciones resonaban por toda la casa. Yo intenté besarla y me reí de sus quejas, aunque he de admitir que he colaborado muy poco para que las costureras, sombrereras y bordadoras pudieran prepararlo todo. Espero, no obstante, que los vestidos me sienten bien; son tantos, que han de durarme, según creo, mucho tiempo: diecisiete de gala y ceremonia, cuatro de baile, catorce de seda para el frío y diecinueve de verano... Y los miriñaques, los corsés, las camisas, las medias, las enaguas, los calzones, los peinadores, los guantes, los sombreros, los tocados, las sombrillas... Y los zapatos. ¡Ah, los zapatos! Debe de haber por lo menos treinta pares, aunque me temo que servirán para poco, pues me han dicho que sólo puedo llevarlos una vez. Luego, habré de regalárselos a las doncellas. ¡Qué estúpida costumbre! Hablaré con el emperador para que la anule.

María me ha contado hoy que la archiduquesa se ha quejado de mi ajuar en la última carta a mi madre. Cuando ella partió a Viena para casarse, le recuerda, cuarenta baúles la acompañaron, «y ni siquiera iba a ser emperatriz...». Mamá lloró de nuevo al leer esas líneas, aunque no me dijo nada para no asustarme. «No te preocupes, María —respondí—, yo creo que lo que llevo es más que suficiente. Además, ¿quién va a juzgarme por las cosas que poseo?». Me pareció que en la sonrisa de asentimiento de mi hermana se disimulaba cierta burla. Tal vez me esté volviendo demasiado quisquillosa.

Possenhoffen, 19 de abril de 1854

Se me está desgarrando el corazón de tristeza... ¿Qué será de mí lejos de la humedad de esta hierba? ¿Qué ventanas abriré para sentir el olor del bosque, el viento perfumado de madera y nieve? Tendré que levantarme cada mañana, y no estarán las montañas, no estará el lago, ni la pradera, ni las hadas, ni esas nubes y ese sol... ¿De dónde sacaré las fuerzas para vivir, árboles míos, sin vuestras raíces chupando la savia de la tierra para mí?

Yo, que seré pronto emperatriz de Austria, me cambiaría hoy por la más pobre campesina del lago Starnberg, por la rama más desvalida de uno de vosotros, viejos robles, por un puñado de esta tierra fecunda y santa... Quisiera ser pájaro, nube, árbol, gota de agua, miserable piedra de este lugar que es mi patria, mi mundo todo, quisiera quedarme aquí por siempre, para siempre unida a vosotros, inamovible, pasando el tiempo sobre mí, pasando los hombres, mientras yo, árbol, piedra, alabaría la grandeza de mi Dios que me dio el rincón más hermoso del mundo para vivir... Ahora, ¿cómo soportará mi corazón vuestra ausencia?

Vierta, Hofburg, 23 de abril de 1854

Desde la pared, María Antonieta me miraba con una sonrisa mordaz. ¡También ella se burlaba de mí...! La he cubierto con una de mis camisas, para poder estar a solas, para no ver su cara de reina degollada, estar sola, pensar... Recordar todo lo que he vivido estos días como si no hubiera vivido, como si fuera otra la que ha llegado hasta aquí. Otra, aquella que subió al coche, a la puerta del palacio de su padre, y se despidió llorando de su casa, y dio por última vez a sus criados la mano que desde ahora —mano de emperatriz—, sólo ofrecerá para el beso a quienes la merezcan por sus títulos... Sí, sin duda fue otra la que recorrió Munich entre la multitud bulliciosa, la que embarcó en el vapor engalanado de rosas frescas, y agitaba su pañuelo a sus nuevos súbditos, amontonados en las orillas del Danubio, mientras resonaban salvas y cantos, y ella permanecía en pie, agotada, sostenida por la misma inanidad que la hacía sonreír siempre, vacías la cabeza y el alma... ¿Cómo puedo ser yo, Elisabeth, la que ha visto danzar a las hadas, la misma que recibió, entre fanfarrias y cañonazos, el abrazo del emperador, el saludo de la familia y de los diplomáticos y de los obispos y de los militares y de los ministros y de los gobernadores y de los cortesanos...? ¿Yo la que ha soportado eternas ceremonias de presentaciones, interminables discursos, estiradas cenas de gala...? Y las largas horas de preparativos, el paseo en carroza, la «*Solemne entrada en Viena de S.A.R. la Serenísima Princesa Elisabeth de Baviera*», rezaba el protocolo, al vuelo todas las campanas de la ciudad, miles de personas gritando a su paso, y yo —ella—, agotada, los nervios a flor de piel, hasta que las lágrimas la vencieron y así se presentó ante su pueblo, una pequeña princesa llorando, haciendo esfuerzos por saludar con su pañuelo, pese a los sollozos, mientras las rosas caían sin cesar al paso de su cortejo...

Y aquí está ahora ella —yo—, al fin sola, sintiéndose de nuevo. Sola, en esta habitación cubierta de seda carmesí que no conozco, y que es ya la mía. Me miro al espejo y ni siquiera sé si ese cuerpo encogido, ese pálido rostro, me pertenecen... Pero abro la boca, y puedo ver mis dientes, estiro el brazo, y la mano me tiembla... ¿Habrán visto mis dientes, mi mano temblorosa? ¿Se burlarán esta noche de mí, porque no he sabido hablarles en francés y mis ojos estaban hinchados de tanto llorar...?

Aquí está ahora ella, que soy yo, esperando el día de mañana, sobre el escritorio abiertos los *Tres humbles rappels*, para no olvidar ninguno de los gestos que se deben hacer, ninguna de las palabras que se deben decir... ¿Se oirá mi voz en la iglesia de los Agustinos: «Sí, quiero...»? Le quiero a él, el emperador de Austria, por esposo. Y a todos vosotros, los que os reís porque tiemblo y mis dientes son feos, como súbditos y compañeros de mis días en este país. Sí, le quiero a él, a Francisco, por esposo. Y ella inclinará la cabeza de pudor, ahogada la voz, y yo —la que ha visto danzar a las hadas— sentiré que mi corazón late muy fuerte. De ternura y de miedo.

María Antonieta se burla desde la pared: «Las princesas no deben enamorarse». Mi madre, lo sé, llora.

¡Qué vergüenza, Dios mío! ¡Qué vergüenza...! Aún la siento en mi rostro, en todo mi cuerpo que quisiera disimularse por entero para que nadie pudiera mirarlo... Oigo cómo las fuentes de los jardines lo lanzan a los cuatro vientos. La ciudad entera se lo cuenta a gritos, de ventana en ventana, y el rumor vuela en el tañido de las campanas, y el viento que pasa se lo lleva camino de otras ciudades, de otras naciones: «El emperador ha tomado esposa...».

Fue primero el dolor: ¿es eso ser una mujer, esa brutal invasión de las entrañas, el peso insoportable de su cuerpo, su agitación, mi sangre...? Quería gritar, pedir ayuda, echar de mi lado a aquel ser que me hería de esa manera... Pero soporté en silencio, ahogadas las náuseas en la garganta, lo que me habían enseñado a soportar. Aguanté durante horas el dolor y el asco, mientras oía a mi lado la respiración de la bestia satisfecha que me había ensuciado, roto por dentro, invadiendo mi vientre, estableciendo en mi vientre su reino nauseabundo...

Pero aún no era suficiente. Aún faltaba la otra humillación. Le rogué al emperador por la mañana —sin atreverme casi a mirarle, deseando que él no me mirase— que no me obligara a tomar el desayuno con su madre y la mía. Los días anteriores tuve que someterme a las preguntas de la archiduquesa, a las miradas reprobadoras y el gesto de falsa comprensión cuando Francisco contestaba con una negativa, mientras yo, fijos los ojos en el suelo, sentía que mi rostro enrojecía hasta no poder sufrir el calor... Hoy no tenía fuerzas para soportarlo. Él lo comprendió, y se fue. Pedí a las doncellas que me preparasen el baño, y me quedé en la cama, en penumbra la habitación, atónita aún de lo ocurrido, aliviada de su ausencia.

Pero Francisco regresó en seguida:

—Has de vestirte, Sissi. Mi madre quiere que estés presente tú también.

—¡No puedo! No me encuentro bien. Explícaselo.

—Tienes que venir, es preciso. ¡Es la costumbre, Sissi! Basta con que bajas a desayunar, y digas sí cuando te pregunten. Eso es todo.

Me vestí, y fui a desayunar, y dije que sí —¿lo dije de verdad?— cuando la archiduquesa preguntó...

¡Nunca lo olvidaré! ¡Aunque viva cien años, nunca olvidaré la vergüenza, la espantosa sensación de ser tratada como una vaca, como una perra en celo! Y luego, esas miradas a lo largo del día, la

sonrisa de las mujeres, el silencio atento de los hombres, todos queriendo hacerme la misma pregunta que les salía por los ojos y resonaba en mi cabeza: «¿Le gustó a Vuestra Majestad...?».

¡Nunca comprenderé la obediencia del emperador, ni aceptaré que el disgusto de la archiduquesa sea para él más importante que mi dignidad! ¡Jamás podré perdonarle esta mañana!

Viena, Laxemburgo, 19 de mayo de 1854

La condesa Sofía de Esterházy —mi camarera mayor— vino hoy a visitarme con algunas de sus amigas de la corte, varias damas empingorotadas y pintarrajeadas como ella, con cínicas sonrisas en las bocas macilentas de tanta habladoría, sudorosos los vestidos y grasientos los rizos... (La corte de Viena no es muy amiga del baño diario; yo misma he recibido una seria diatriba de la archiduquesa por practicar esa costumbre, impúdica en su opinión). Todas ellas poseen al menos dieciséis cuarteles de nobleza, y ese «adorno espiritual» les concede el privilegio de entrar en mis aposentos sin previo aviso, a las horas en las que me veo obligada a recibir.

Hubo besamanos, expresiones de satisfacción y bienvenida, y luego cada una de ellas ocupó, con dignidad de viejas cotorras, su sitio en los divanes, admirando sin cesar el exquisito gusto de la archiduquesa para decorar mi casa: carmesíes, grises y dorados, recargadas porcelanas de Sévres, y muchos retratos en las paredes de mis dignas antecesoras, para no olvidar nunca los ejemplos a seguir.

Yo no sabía qué decir. Tenía miedo de no comportarme adecuadamente, y deseaba que aquella reunión acabase lo antes posible. Pronto se hizo un molesto silencio. Luego, una de ellas se dirigió a mí en francés, a sabiendas —estoy segura de ello— de que no podía entenderla.

—Tendrán que disculparme —casi imploré—, pero aún no conozco bien esa lengua.

—¿No ha tenido Vuestra Majestad profesor de francés en Possenhoffen?

Me sentí aún más incómoda:

—No, no. Mi padre quiso que aprendiéramos el inglés.

Sus caras sonreían malignas. Una de ellas se atrevió a continuar:

—Hemos oído decir que Possenhoffen es un lugar muy bucólico, casi como una granja donde todo crece en libertad, animales y plantas...

Su osadía no llegó hasta el punto de añadir: «Y personas».

—Tal vez, creemos —prosiguió—, se trate de algo parecido al *harnean* de María Antonieta en los jardines de Versalles, donde ella y sus amigas se vestían de pastorcillas y criaban ocas y corderos... ¿Es así, Majestad?

Sentí deseos de echarme a llorar. Pero supe recuperar la dignidad. Incluso, creo, sonreí levemente mientras respondía:

—A mi abuelo, el rey Maximiliano, le gustaba el campo en estado salvaje, la naturaleza que se domina a sí misma. Él detestaba los jardines franceses, tan recortados y artificiales. Todos los Wittelsbach somos así. De todas formas —añadí, pensando que aquellas desagradables mujeres no eran dignas ni siquiera de imaginarse Possi—, ahora he comprendido que son mucho más hermosos los jardines de Viena.

Se hizo otro largo silencio. Al cabo, la condesa Esterházy exclamó sin mirarme: —¿Habéis oído la noticia?

Los cuerpos se incorporaron en los divanes, y las caras se pusieron tensas y expectantes:

—¿Qué noticia?

—Lo de la baronesa S.

Se inclinó hacia la mesa, como si fuera a contar un gran secreto. Todas las demás la imitaron. Y, en efecto, susurró con su desagradable voz:

—Tiene un nuevo amante. Y esta vez ha llegado tan lejos como no podríais imaginar. —Se volvió hacia mí—. Disculpad, Majestad. Una joven recién casada no debería escuchar estas cosas, pero la emperatriz de Austria ha de estar informada de lo que ocurre en su corte, ¿no opináis así?

Me quedé callada durante unos segundos. Sabía lo que se esperaba de mí: que les demostrase que me interesaba tanto por la vida íntima de las personas como ellas mismas. Mi respuesta había de ser «sí». Pero mi estómago sentía náuseas. Me puse en pie:

—Tendrán que disculparme. Estoy indispuesta.

La condesa Esterházy se abalanzó a sostenerme:

—Avisaré al doctor Seeburger, Majestad.

—No es preciso, condesa, se lo agradezco. Buenas tardes.

Me fui sin mirarlas ni darles la mano. Se quedaron a mis espaldas, inclinadas sobre el suelo. Pensé: «Al menos, a esos cuerpos obesos y anquilosados les costará trabajo levantarse».

Viena, Laxemburgo, 20 de mayo de 1854

Ni un solo minuto de mi vida aquí puedo estar sola y, sin embargo, ¡me siento tan sola...! Rodeada de doncellas, camareras, damas, archiduquesas, pero tan sola... En este lugar hace un frío infinito. El invierno se alarga sin término y, bajo la lluvia, Laxemburgo se convierte en un húmedo y desagradable palacio, poblado de fantasmas de seres desdichados que, día a día, van royendo mi alma...

Me quedaría el consuelo de pasear por el jardín, entre los tilos y los castaños. Pero la archiduquesa me lo ha prohibido: «La emperatriz no puede caminar a solas, como una pobre, bajo la lluvia». Me quedaría el consuelo de montar a caballo, pero debo hacerlo acompañada por alguna de mis damas —Paula Bellegarde o Carolina Lamberg—, siempre timoratas y amedrentadas: «¡Tened cuidado, Majestad! ¡No saltéis, señora, podríais caer! ¡Debemos regresar, hace mucho frío y vais a enfriaros...!». Me quedaría el consuelo, el hermoso consuelo, de la compañía de Francisco. Pero él acude cada mañana, muy temprano, al Hofburg, donde largas horas de despachos, audiencias y conflictos le esperan, y vuelve entrada ya la noche, enternecido de encontrarme, como él dice, «en casa», con la mejor de mis sonrisas para ofrecerle.

Sí, siempre intento presentarme ante él con la mejor de mis sonrisas. Muchos días, cuando la archiduquesa se ha ido y puedo encerrarme por un tiempo en mi gabinete, me siento ante mi escritorio para escribir a Possi, y lloro y lloro sin cesar. Pero luego, cuando la doncella llama a la puerta para recordarme que el emperador está a punto de regresar, recompongo mi rostro y mi espíritu, y le espero en el salón —no me está permitido acudir a recibirle a los jardines—, simulando que he pasado la más dichosa de las jornadas posibles. ¿Cómo podría quejarme ante él, que tiene que llevar sobre sus hombros el peso de tantas responsabilidades? Sólo una vez me preguntó:

—¿Has llorado, Sissi?

—Un poco —tuve que responder.

—¿Por qué?

—Tengo nostalgia de Possi...

—¡Ya se te pasará!

Se quedó callado, mirando el fuego. Yo me sentí aún más triste ante su silencio, pero pensé que estaba cansado, y que debía reconfortarle.

Así, día a día, transcurre mi vida de emperatriz: cada mañana, en lugar de los abetos olorosos de Possi y las alegres voces de mis hermanos, me recibe la cara hosca de Sofía de Esterházy, recordándome mis deberes de la jornada: «Audiencia a las diez con la Asociación de Damas Caritativas de Nuestra Señora de Innsbruck, almuerzo con la archiduquesa Hildegard, *cercle* en la tarde. Vendrán las condesas F. y M., la princesa R. y alguna archiduquesa. A la noche. Majestad, función en el Burgtheater con vuestro esposo. Asistirán los embajadores de Prusia y Francia. No olvidéis que debéis ser gentil». Lo recordaré: debo ser gentil pero distante, no sonreír en exceso pero sonreír, no desplazarme jamás sola, ni siquiera por los pasillos del palacio, dejar que mis doncellas me vistan y desvistan, no ir de compras «como la mujer de un sastre», no beber cerveza en las comidas, «bebida de carreteros», no preguntar más de la cuenta, demostrar que soy caritativa pero no impresionable, no abrazar a Francisco en público, no mirar fijamente ni hablar demasiado tiempo con ningún hombre, no «ensimismarme» ante mis queridos papagayos... Cada día, ella y la propia archiduquesa se ocupan de inculcármelo. Siento pavor cuando veo llegar a mi suegra, con su desagradable cara y sus rizos anticuados, y comienza a soltarme su interminable retahíla de consejos y reproches: «Es por tu bien, Elisabeth. Tu madre, mi querida Ludovica, no ha sabido educarte. ¡Qué lástima que no te parezcas a Helena!».

Por las noches, el emperador me pregunta:

—¿Ha venido hoy mi madre?

—Sí, Francisco.

—Haz caso de todo lo que te diga. ¡No existe mujer en el mundo más sensata que ella, Sissi! Es tu mejor ejemplo a seguir para llegar a ser una buena emperatriz.

—Sí, Francisco, así es.

Entonces, de pronto, en mis oídos resuena el rumor del lago Starnberg, y mis ojos se llenan de lágrimas, y me doy la vuelta para que él no me vea. ¡Debe de hacer tan bueno en Possi...!

Viena, Laxemburgo, 8 de junio de 1854

Mañana saldremos de viaje. ¡Quince magníficos días lejos de la archiduquesa y de Viena, solos Francisco y yo! Desde que lo he sabido, mi ánimo y mi aspecto han mejorado a ojos vistas. La propia naturaleza ha querido ser complaciente conmigo y, de pronto, el sol se ha puesto a calentar el mundo, y las flores han roto a abrirse llenas de colores... Laxemburgo me parece ahora un hermoso castillo de hadas, con su lago transparente, por el que se pasean ya algunos pequeños cisnes recién nacidos, todo plumones y blandura... Las avenidas de plátanos se desbordan de hojas relucientes, y el perfume de las rosaledas llega hasta mis habitaciones soleadas, y hace cosquillas en las narices pintadas de todas mis antecesoras.

Y mañana, al fin, partiremos hacia Moravia y Bohemia. Francisco quiere agradecer así, en este primer viaje juntos, la fidelidad de esas tierras a la dinastía, su ayuda durante las difíciles jornadas del año 48, cuando, rebeladas Viena y Hungría, la familia tuvo que refugiarse en Olmütz. Fue allí donde el viejo emperador Fernando, debilitado en cuerpo y alma por la epilepsia, abdicó, y donde mi suegro renunció a su sucesión, dejando la corona en manos de mi esposo.

¡Quince magníficos días juntos...! Será duro, lo sé: habrá que celebrar audiencias, recibir a los nobles, visitar hospitales, asistir a los teatros, saludar, sonreír, preguntar, cambiarse de ropa dos y tres veces diarias... Pero estaremos juntos, día y noche. Veremos montañas, y ríos, y pájaros, y praderas de girasoles. Y yo le hablaré a Francisco del canto de los mirlos, de las hojas de los robles, de los guijarros dorados de los arroyos. Le hablaré de las iglesias de los pueblecitos, de los segadores inclinados sobre sus campos, de nuestro corazón... Luego, a mi vuelta, dejaré que las gordas condesas de Viena se inclinen ante mí, y las miraré sin miedo, como mira una verdadera emperatriz.

Viena, Hofburg, 25 de junio de 1854

Estoy tan cansada, que creo que voy a enfermarme. Después del penoso viaje, sin tiempo para recuperarme, he tenido que asistir esta mañana a la celebración del Corpus Christi. Ayer, recién llegados de Praga, intenté convencer al emperador para que excusase mi ausencia: «No me creo capaz de ocupar con la dignidad necesaria el lugar de una emperatriz en una ceremonia tan pública. ¡Ya has visto en Bohemia lo que me ocurre! Apenas soporto permanecer en pie durante tantas horas, y mis piernas empiezan a temblar en cuanto siento las miradas de la gente sobre mí... ¡Dame tiempo! Quizás dentro de un par de años esté preparada». Pero Francisco no me prestó atención: «Tienes que acostumbrarte a estas cosas, Sissi. Aparecer en público, ante tus súbditos, es tu principal deber. Y la celebración de mañana es de singular importancia: hemos de demostrar nuestra unión con la Iglesia, frente a todos los liberales y anticlericales que pululan por las calles intentando acabar con el orden. Es preciso que asistas».

Y asistí. Me levanté a las cinco de la mañana para ser peinada y vestida con un pesado traje de ceremonia con cola, que apenas me permitía moverme. Desfilé en la carroza de gala, entre las aclamaciones de miles de personas, escuché en pie la interminable misa del cardenal arzobispo, rezando sin rezar, repitiendo de memoria las oraciones, de pronto incomprensibles para mí, y caminé en la procesión, con un cirio en la mano, sintiendo el peso de la diadema en mi cabeza, el peso de la cola de mi vestido tras de mí, el peso de las miradas y los susurros. —«¡Qué piadosa nuestra emperatriz!»—, mientras mi mente confusa intentaba encontrar al Altísimo sin lograrlo... No, no está mi Dios en las custodias de oro que el cardenal exhibe como un arma, sino en las cimas de las montañas y en el corazón de los bosques. A solas me encuentro con Él, y no ante las multitudes ávidas de espectáculo. Tal vez mi Dios no sea el Dios del Imperio de Austria...

Viena, Hofburg, 30 de junio de 1854

Desde nuestro regreso de Moravia, nos hemos instalado de nuevo en el Hofburg. Este palacio, el ombligo del Imperio, me resulta aún más desagradable que el húmedo Laxemburgo. Me siento aquí como si viviera sobre el escenario de un teatro. Cada momento de mi vida, salvo el sueño, transcurre en público. La presencia de las damas en mis *cercles* es aún más numerosa: acuden como moscas, habida cuenta de la vecindad de sus residencias, pero desplazándose en coches recargados de blasones, pues son incapaces de cruzar algunos metros de calle con sus propios pies. Durante el resto del día, se arrastran igualmente por los corredores del Hofburg, en busca de noticias que contarse unas a otras, para llenar así sus interminables horas de ocio. Y, junto a ellas, una multitud de personajes que pueblan esta corte: nobles y funcionarios, militares y clérigos, peticionarios venidos de los más lejanos rincones del Imperio y ejércitos de lacayos... Es imposible dar un solo paso sin cruzarse con uniformes y sombreros de copa. Ni siquiera los jardines, abiertos como están al público, se libran de ese ir y venir de ciudadanos. Mi tranquilidad se ha reducido, pues, al mínimo, y mi cuerpo se resiente de la tensión que la presencia constante de seres desconocidos me causa. Desde la mañana, me siento aplastada por una fatiga borrosa e insistente, que me deja como sin fuerzas y llena de tristeza... Cada actividad, cada gesto que debo hacer ante los otros, cada palabra que he de pronunciar, se convierte en una tortura a la que mis músculos se niegan... Y en los últimos días, he empezado a sentir un malestar que no sabría explicar, una sensación de ahogo y náusea que me persigue constantemente y que me atenaza cuando debo bajar escaleras o atravesar corredores, como si tuviera miedo, como si al otro lado me esperase el Mal... Mi corazón se agita entonces con tanta fuerza que temo vaya a estallarme dentro del pecho, el aire no llega a mis pulmones y el mundo gira a mi alrededor...

Esta mañana, a punto de salir para una visita a la catedral, no he podido soportar por más tiempo esa angustiada sensación, y he tenido que recostarme en la pared, llorando como una niña, sin atreverme a descender. Paula Bellegarde se alarmó tanto, que hizo llamar al doctor Seeburger, a la archiduquesa y al propio Francisco. Seeburger me examinó con cuidado. Según él, padezco una fatiga

debida a la falta de alimentos. Le expliqué que, desde hace varias semanas, mi estómago se niega a comer, como si se hubiera encogido, y él insistió en que ésa es la causa de mis trastornos. Cuando se fue, me atreví a pedirle al emperador algo que deseo desde lo más profundo de mi corazón:

—Tal vez si me fuese por unos días a Possi, me sentiría mejor. Estoy segura. Francisco no me respondió. Miró a su madre. Y fue ella quien se apresuró a afirmar:

—No puedes irte ahora, Elisabeth. Hace apenas dos meses que os habéis casado, y un viaje así en estos momentos haría pensar en desavenencias entre vosotros. Lo que tienes que hacer es comer, y no encerrarte tanto en ti misma. Haré que te organicen algunas visitas a los hospicios y los asilos de Viena. El sufrimiento ajeno te ayudará a dar menos importancia a tus pequeños problemas.

Miré a través de la ventana. Una nube de pájaros volaba hacia el norte, seguras y flexibles las alas. Sentí una profunda, una dolorosa y profunda envidia.

Ischl, Kaiservilla, 28 de julio de 1854

Voy a tener un hijo. Yo, la pequeña Sissi, yo, que aún siento mi corazón enredado en el de mi madre, voy a tener un hijo... Es una extraña noticia, algo que creía les ocurría a las mujeres, a las otras, no a las niñas, no a mí... Ahora sé que este malestar que me inunda, las ganas de llorar ante todo, el súbito redondeo de mi cuerpo, se deben a una vida que surge dentro de mi vientre, nutriéndose de mí, unida para siempre a mi propia vida...

Debería sentirme feliz. Si fuera una buena emperatriz, una buena esposa, una mujer digna, me sentiría feliz. Pero en mi mente todo se confunde, la esperanza de un pequeño ser que va a crecer a mi lado, lleno de ternura, desvalido fuera de mis brazos, y la vergüenza de las miradas ajenas, y el temor a ver mi cuerpo deformado, a sufrir los rigores de un parto difícil y quién sabe si la muerte... Intento alejar de mí esas negras ideas, disfrutar, ahora que estamos en Ischl, de los largos paseos. Camino, trepo despacio hasta la cumbre del Jainzen y oteo más allá del horizonte, hacia el lago Starnberg... A veces me imagino que el aire que siento en mi rostro es el mismo que ha levantado crestas en el agua del lago, el mismo que ha sacudido los abetos del bosque, que ha llevado las nubes de un lado a otro para que mis hermanos jueguen a inventarse carreras de caballos y dragones alados... Entonces me invade una infinita nostalgia, un ansia irreprimible de correr hacia Possi, siguiendo las cimas y los valles, alimentándome de bayas y raíces, durmiendo sobre el musgo y despertando en la luz azul de las mañanas... Correré, correré, y al fin, un mediodía, las torrecillas de Possi brillarán en el lago, veré mi vieja haya alzándose orgullosa contra el cielo, y mis hermanos vendrán a besarme, y mi madre me acunará en sus brazos, como a una niña pequeña, como yo acunaré a este hijo que crece ya en mi seno...

Mis ojos están hinchados como los de un sapo... He llorado tanto desde esta mañana, que ahora apenas puedo abrirlos. Pero ¿cómo no llorar...?

La archiduquesa vino hoy muy temprano a mi gabinete. Aún no me había vestido. Me sentía indispuesta, y quería pasar el día a solas, en la penumbra, leyendo y dormitando. Pero ella, como de costumbre, se presentó sin avisar, y vi en su rostro —fruncido el ceño, estirados los labios— que algo grave iba a decirme:

—No voy a consentirte lloriqueos —fueron sus primeras palabras, una vez que nos instalamos en la sala—. ¡Hace demasiados meses que me empeño en enseñarte, mientras tú insistes en comportarte como una niña mal criada!

Me quedé escuchándola en silencio.

—¿Cuándo vas a comprender de una vez por todas que eres la emperatriz de Austria? Tu embarazo, Elisabeth —prosiguió—, no es algo que te afecte sólo a ti. Ese hijo que esperas ha de ser el garante de la dinastía. El pueblo aguarda entusiasmado el nacimiento de un heredero o, cuando menos, de una pequeña archiduquesa que, en el futuro, reforzará gracias a su matrimonio la unión del Imperio con otros reinos. ¡A partir de hoy, saldrás cada día a los jardines, bien ceñida la ropa, para que todos puedan contemplar tu vientre! Y volverás a recibir: tu malestar no es excusa suficiente para anular, como lo has hecho, los *cercles*. Aún más: el emperador te prohíbe terminantemente, bajo mis indicaciones, que sigas pasando las horas contemplando a tus papagayos. Te entrará el mal de ojo y el niño nacerá con cara de pájaro. ¡Si quieres mirar algo, contéplate a ti misma y a tu esposo!

Yo había inclinado la cabeza y sentía cómo las lágrimas me caían sobre las manos apoyadas en el regazo, cómo resbalaban por ellas y mojaban la seda azul de mi vestido, salpicada ahora de manchas oscuras que las doncellas no conseguirían borrar. La archiduquesa prosiguió:

—Acabo de hablar con él de todo esto, y está de acuerdo conmigo. Por lo demás, hemos decidido instalar las habitaciones del futuro príncipe junto a las mías. Así podré ocuparme de él personalmente, hasta que tú demuestres que estás en condiciones de hacerlo. Eso es todo. Ahora, vístete y sal.

Se fue. Yo no sé cuánto tiempo permanecí en aquella posición, viendo caer mis lágrimas, pensando tan sólo que tenía que cambiarme el vestido —los puños están empapados y me molestan, ¡qué lástima, tendré que deshacerme de él y era tan bonito, con sus racimos de lilas y sus tallos

bordados!—, y las lágrimas seguían cayendo, en silencio, hasta que la condesa Bellegarde vino en mi busca y, apiadada de mí, me acompañó de nuevo al tocador para ayudar a vestirme, cumpliendo las órdenes de la archiduquesa. Después salimos a los jardines, bien ceñida la falda, exhibiendo ante todos mi vientre hinchado. Entonces, las palabras de mi suegra empezaron a resonar en mi cabeza una y otra vez, como si me estuviera volviendo loca, «hemos decidido instalar las habitaciones del futuro príncipe junto a las mías...». Ni siquiera supe durante cuánto tiempo caminamos, qué personas se cruzaron con nosotras... Cuando regresamos a mis habitaciones, le dije a Paula que prohibiera todas las visitas, incluso la del emperador, y me metí en la cama, a solas con mi hijo —el que debo exhibir, el que no seré capaz de cuidar—, y los dos lloramos el resto del día.

Viena, Hofburg, 10 de noviembre de 1854

El emperador está cada día más ocupado. Su guerra de Crimea le mantiene en constante tensión, y apenas nos vemos. Le he rogado varias veces que me explique lo que está sucediendo, pero sólo he obtenido algunas palabras vagas y confusas. He ido preguntando y escuchando —al conde Grünne, a la archiduquesa—, y de esa manera, voy reconstruyendo los hechos que tan importantes son, según dicen, para el Imperio. He logrado entender que Rusia es ahora nuestro enemigo en Oriente, y que es preciso poner límites a su influencia e impedir que se agrande, como el zar pretendía, a costa de los territorios del Imperio turco. Por eso, desde hace algunos meses, nuestro ejército ocupa a petición del sultán los principados turcos de Moldavia y Valaquia, de los que el zar se retiró, mientras los franceses y los británicos mantienen sus flotas en los Dardanelos, impidiendo allí las maniobras rusas, y ponen sitio, sin piedad, a Sebastopol... Así es como transcurren los acontecimientos, según creo.

Francisco pasa los días estudiando despachos de su Estado Mayor, misivas de sus diplomáticos que se mueven en las cortes europeas intentando conseguir para nosotros las mayores ventajas posibles en este momento de debilidad de Rusia. Hubo un tiempo, sin embargo, en que mi esposo y el zar Nicolás se decían amigos. Le pregunté a Grünne cómo era posible que dos hombres que se respetaban y sentían afecto el uno por el otro, se enfrentaran así, de pronto, sin piedad.

—Debéis aprender algo muy importante, Majestad —me respondió—. En los asuntos de la política y los Estados, no cuentan los sentimientos, sino los intereses.

—¡Pero no se puede convertir a los amigos en enemigos!

—Se puede si se debe.

Me sentí confusa. ¿Existe acaso algo más importante que aquello que nos dicta el corazón...? No logro entender a las gentes de Viena.

Viena, Hofburg, 15 de enero de 1855

Mi hijo anuncia precipitadamente su ansia de vivir, y se agita a menudo dentro de mi seno... A Dios gracias, las últimas semanas me he sentido mucho mejor. Mis malestares han pasado, aunque aún no he logrado superar el pudor que me domina cada vez que, obediente y digna como una emperatriz, me paseo a la vista del público. Pero la propia archiduquesa se muestra ahora muy solícita y cariñosa, y poco a poco, mi ánimo ha conseguido serenarse. El Señor ha querido sin duda escuchar mis plegarias. Sigo rezándole, cada día, para que me ayude a ser valiente, para que el hijo que he de traer al mundo sea un varón, un príncipe heredero sano y fuerte, y sobre todo, para que Francisco me permita ocuparme de él... Me he esforzado mucho estos últimos meses por comportarme como se supone debo hacerlo. Asisto sin quejas a todos los actos, recibo a las damas sonriente y afable, y me atengo respetuosa a todas las indicaciones de la archiduquesa y de la condesa Esterházy. Tal vez ahora que han visto que puedo dominarme, que respeto las normas e intento aprender, tal vez consientan en que se quede a mi lado... Sí, estoy segura de que así será.

Viena, Hofburg, 5 de abril de 1855

Qué difícil es vivir... Qué tremenda la lucha para no morirme de pena o rebelarme, gritar, hacer una locura, dejar de ser sumisa... Sumisa... ¡Cuántas veces me han repetido esa cruel palabra! Debo aceptar, sumisa que mi propia hija sea una extraña para mí, la pequeña Sofía, a la que llevé en mi vientre para entregarla después a la archiduquesa y al Imperio, sumisa, acallar mi voz, pues no me está permitido cantarle nanas a mi niña... He de visitarla haciéndome anunciar antes, atravesar los aposentos de mi suegra y entrar en su habitación donde una corte de viejas damas la rodean y se dirigen a mí como si fuese alguien lejano, muy lejano de ese pedacito de carne que, sin embargo, ha dejado su huella para siempre en mi cuerpo: «¿Habéis visto, Majestad, qué bien se cría?». Y luego, todas se vuelven hacia la archiduquesa: «¡Hemos de dar gracias al Cielo, que os ha dado esta hermosa niña!». Y de nuevo me miran: «Es preciso que pronto llegue el heredero». A menudo, ni siquiera me atrevo a acercarme a la cuna, pues sé que al verla, al mirar su carita que quisiera sentir sobre mi pecho, besar, consolar del frío y de la soledad, no podré soportarlo y lloraré, lloraré ante ellas, que se burlarán de mí, y me arrodillaré a sus pies para pedirles piedad... Entonces musito algo y me voy, sumisa, temblando, y siento cómo a mis espaldas corre el rumor: «La pobre emperatriz estaría perdida si no estuviérais vos a su lado».

¿Qué puedo hacer, qué puedo hacer...? No tengo fuerzas para luchar contra todos yo sola, no tengo fuerzas para someterme si siento en el corazón una tempestad de ira que un día acabará por arrasarlo... ¡Daría cualquier cosa por ser como quieren que sea, sumisa y obediente, una mujer como las otras...! ¡Daría mi propia salvación a cambio de no tener corazón...!

Viena, Schonbrunn, 25 de abril de 1855

Un año ya... Un año lejos de Possi. Y ahora volveré. Mis doncellas corretean por los roperos y los pasillos llenando los baúles. Y las damas rezan a estas horas en sus habitaciones, rogando a Dios que les dé valor para soportar semejante viaje a lo que debe de parecerles el fin del mundo...

Pensaba que mi decisión de volver a montar me traería problemas. Nunca creí que sus consecuencias fuesen, por el contrario, excelentes para mí. Esta mañana, muy temprano, sin avisar a nadie, ordené que me ensillasen a *Forrester*. Carolina Lamberg caminaba tras de mí rogándome que no lo hiciera, pero yo ni siquiera me volví a mirarla. ¡Qué espléndidas horas! Sentía cómo mi cuerpo se enlazaba con el de mi caballo, cómo enfrentábamos juntos el peso del aire, y a cada golpe de sus cascos mi alma olvidaba todo el daño de los últimos meses, mi corazón volvía a latir con la fuerza de antes, y el espíritu del mundo, que durante tanto tiempo se había alejado de mí, penetraba de nuevo en mi propio espíritu. Regresé a casa, sudorosa y feliz, sabiendo que nadie podría arrebatarme, al menos, ese pedazo de mi vida. Pero apenas había acabado de tomar el baño cuando la condesa Esterházy vino a anunciarme que el emperador quería verme. Me vestí despacio y despacio caminé hasta su despacho, suponiendo lo que me esperaba:

—He sabido que has vuelto a montar.

Francisco no se había movido de su escritorio y yo no podía ignorar lo que eso significaba: estaba irritado. A mi vez, sentía cómo la indignación que durante tantos meses había tenido que acallar iba creciendo dentro de mí.

—Así es —respondí, dispuesta a todo—. ¿Te molesta?

—Hace poco más de un mes que has dado a luz. Creo, y mi madre opina lo mismo, que es demasiado pronto. Tu cuerpo aún no está en condiciones de hacer semejante esfuerzo y, por lo demás, darás que hablar: no es propio de una joven madre dedicarse a esos menesteres.

Me puse en pie:

—¡Una joven madre pasa sus horas sentada junto a la cuna de su hija! ¡Una joven madre vigila su sueño, contempla los párpados cerrados de su bebé y la forma de sus dedos, imaginando cómo será su voz, cómo sus manitas agarrarán con fuerza las suyas propias para dar los primeros pasos! ¡Una joven madre decide quién ha de cuidar a su pequeña! Yo he sido exiliada de su lado, y ni siquiera puedo estar a solas con ella. No se me permite ocuparme de mi hija, ni tampoco debo interesarme por los asuntos de la política. ¿He de permanecer encerrada en mis habitaciones, tomando el té con mis damas, languideciendo a ojos vistas, o puedo, cuando menos, permitirme algún momento de placer? Francisco pareció dulcificarse. Abandonó por fin su escritorio y se acercó a mí, cogiéndome las manos:

—Querida Sissi, todo es por tu bien... A menudo tengo la sensación de que piensas que alguien pretende hacerte daño. Nada más lejos de la verdad. Mi madre ha creído, y yo la he apoyado, que sería mucho mejor para todos que ella se ocupase personalmente de la niña. ¡Tú eres aún tan joven, y debes aprender tantas cosas! Pero Sofia es tu hija, y puedes estar con ella siempre que quieras. Hablaré con mi madre por si ha habido algún malentendido en ese sentido. Por lo demás, te permito que vuelvas a montar, si ése es tu deseo, siempre y cuando lo hagas con moderación y no descuides tus otros deberes.

Me sentí aliviada y enternecida. Era la primera vez que expresaba ante el emperador de esa manera mis quejas, y él había sabido escucharme, aunque siguiera empeñado en darle la razón a la archiduquesa:

—Te agradezco tu comprensión... —De pronto, casi sin darme cuenta, me atreví a decir lo que tanto ansiaba—. Quisiera rogarte que me concedas un deseo: permíteme viajar por unas semanas a Possi.

Francisco me miraba fijamente a los ojos. Me pareció que los suyos se entristecían. Pero respondió con mucha dulzura: —Tu ausencia será muy dura para mí. Sin embargo, si crees que eso te hará bien, puedes hacerlo.

Lo besé y me fui corriendo a mi gabinete para escribirle a mi madre que pronto estaré allí. ¡Ah, Possi, Possi, al fin volveré!

Possenhoffen, 30 de junio de 1855

Mis pobres damas están horrorizadas: para ellas, éste es el reino del caos, el peor de los infiernos posibles en la tierra. Aquí no hay orden ni protocolo. Nadie —salvo ellas mismas y los criados— me llama majestad ni me hace reverencias. Los perros de mamá se pasean por los salones y comparten nuestra comida, y los gritos de mis hermanos —cuando no es hora de clase— resuenan sin cesar en el jardín. Algunas de las damas de mi madre, para escándalo de las mías, son hijas de comerciantes, y mi padre, ayer mismo, invitó a una partida de billar a los caballeros de mi séquito y les hizo compartir el juego con su guarda de caza... ¡Prefiero no imaginarme sus cartas a Viena!: «*Nuestra emperatriz no sólo es capaz de abandonar a su hija recién nacida durante largas semanas sino que, además, vive como una pordiosera*».

Pero ¿qué me importa ahora lo que digan? Aquí soy dichosa, inmensamente dichosa... Todo lo que me rodea forma parte de mi corazón, como yo soy parte del suyo: mi familia y mis amigos, y el cielo, el bosque, el lago, las ardillas y hasta los búhos, que me despiertan ululando por las noches, cuando llaman a los duendes, y entonces un escalofrío de dicha recorre mi cuerpo, y quisiera que

fuese ya el día, un día largo y feliz que se extiende ante mí lleno de placeres, sin una sombra... Al fin, cuando consigo dormirme, sueño con Sofía: la tengo en mis brazos, la acaricio, y siento un amor inmenso, como una llamarada que nos disuelve a la una en la otra hasta que ella se convierte en mí, y soy entonces una niña vestida de azul, feliz, agarrada a la mano de mi madre, que me aprieta muy fuerte mientras canta:

Llegó la mañana, llegó.

Mi niña bonita,

doradas sus trenzas,

recoge las flores que el hada regó.

Vierta, Hofburg, 6 de octubre de 1855

El emperador y yo hemos asistido esta noche al teatro. Le rogué que me acompañase a ver *El sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare, que tanto me gustó cuando mister Hastings, el profesor de inglés, me lo dio a leer hace algún tiempo. Para mí fue una velada magnífica: Titania, acariciando la cabeza de asno de sus ilusiones, me parece la más justa metáfora de nuestras vidas... Pero Francisco no comprendía mi entusiasmo. «Creo que es una obra aburrida e infinitamente estúpida», me dijo. Él prefiere las comedias ligeras y esas melosas funciones que a veces escriben en nuestro honor, como *Las rosas de Elisabeth* que vimos una vez en Ischl, y que a mí me producen un sueño invencible. Qué curioso que nuestros gustos sean tan distintos...

Viena, Hofburg, 5 de enero de 1856

El cielo pesa sobre el mundo, aplasta mi corazón y mi cabeza, que duele y duele... Desearía que las nubes negras y apretadas estallasen de pronto, y escapara la ira, sacudiendo la tierra con truenos y rayos... Pero no ocurre nada, nada. La espera, de nuevo. Cada día, cada minuto, los paseos a solas por mi habitación, como un oso encerrado, el agotamiento luego, y otra vez la inquietud que me obliga a levantarme, a cerrar el libro abierto en un intento de serenidad, a hablar conmigo misma en el espejo... ¿Qué han hecho de mi vida? Llevo dentro de mí una piedra, mi corazón se convierte en una piedra. ¿Dónde está la niña que fui, dónde están la ternura y la piedad...?

El nuevo hijo que espero, que llena ya mi vientre con su diminuto cuerpecillo, es sin embargo un vacío, un pozo de negrura en mi existencia. ¿Para qué habría de imaginarme su rostro y su nombre, para qué tendría que soñar con su presencia y su voz, si nunca será mío?

Tal vez, si el cielo estallara contra la tierra, si sintiera en el aire la fuerza de Dios, tal vez entonces sacaría del aire la fuerza para luchar. Tal vez, si el aburrimiento infinito dejara de ser... Pero no ocurre nada, nada... Y yo espero y espero. Nada.

Viena, Hofburg, 30 de marzo de 1856

La guerra de Crimea ha terminado, y confío en que sea por siempre. No sólo ha costado vidas y sufrimiento, sino que el Imperio se encuentra ahora en una delicada situación ante las cancillerías extranjeras: los principados de Moldavia y Valaquia siguen estando bajo soberanía otomana, el zar Nicolás, humillado, ha hecho quitar con toda ostentación el retrato de Francisco que colgaba en su despacho, y Luis Napoleón, el ambicioso emperador de los franceses, no ha considerado suficiente nuestra ayuda y ha aprovechado la situación para cuestionar nuestra presencia en la península de Italia... Nuestros antiguos amigos y deudores se nos vuelven enemigos.

Todo esto me ha contado Grünne, que opina que Francisco fue mal aconsejado por Buol, su ministro de Asuntos Exteriores. Durante nuestra conversación, recordé las palabras que mi padre me había dicho a propósito de la envidia, y le pregunté al conde si lo que ocurre entre las personas puede acaecer también entre los Estados.

—Así es, Majestad, tenéis mucha razón —replicó—. Nuestro Imperio es envidiado por su extensión y su poder, y Su Majestad el emperador, que Dios guarde muchos años, tan amado por sus súbditos, pone en entredicho la figura de otros monarcas. Utilizando el símil de vuestro padre el duque, os diré que los envidiosos desearían ver nuestros campos de trigo convertidos en eriales. Y harán todo lo posible por conseguirlo. Al Imperio de Austria le esperan duros años en la lucha contra sus enemigos. Quiera Dios que me equivoque.

—Que así sea —fue todo lo que pude añadir, mientras notaba, por primera vez, un cosquilleo en el vientre, mi hijo creciendo, ansiando ya salir a la luz...

Viena, Laxemburgo, 22 de julio de 1856

No puedo mirar a otro lugar... Mis ojos se dirigen sin cesar a los pies de mi cama, donde estaba su cuna, y sólo encuentran el vacío... Gisela ya no está conmigo. Durante una semana, desde el día que nació, la dejaron a mi lado. Creí entonces que Francisco había cambiado de opinión, que había cedido a mis constantes súplicas y lágrimas, a las que siempre respondía con las mismas palabras, cansados el gesto y la voz, como si su paciencia estuviera llegando al límite: «Nadie pretende quitarte a tus hijos, Sissi. Sin embargo, tu estado de ánimo y tu preparación no son los mejores para hacerte cargo de la educación de unos pequeños archiduques, a los que Dios ha destinado a una vida de privilegios pero también de pesados deberes. Tú misma estás aún aprendiendo. ¡Sé paciente!

Cuando llegue el momento, te aseguro que todo se arreglará».

Yo pensaba estos días, viendo a mi niña dormida cerca de mí, que tal vez ya había llegado ese momento: tengo dieciocho años y dos hijas. ¿Por qué habría de ser yo menos capaz que el resto de las madres del mundo? Sin embargo, una vez más, me engañaba. Ayer al mediodía, Francisco subió a mi dormitorio para anunciarme que Gisela sería llevada hoy a su nueva habitación, junto a la de la archiduquesa. No sé de dónde saqué las fuerzas, pero mis ojos no derramaron ni una lágrima mientras me lo comunicaba, y mi rostro, creo, no se alteró. Le pedí en seguida que se fuera para poder descansar. Y dormí durante horas, dormí como si estuviera muerta, sin oír nada a mi alrededor, hasta que el nuevo día amaneció y Gisela ya no estaba conmigo. Sólo el vacío. Siempre, el vacío.

Ischl, Kaiservilla, 30 de agosto de 1856

He estado a punto de provocar un grave problema de Estado; eso me ha dicho Grünne. Y, sin embargo, no siento ningún arrepentimiento, ninguna culpa. Obré, Dios lo sabe, según mi conciencia. ¿Ha de ser eso malo?

Ocurrió hace unos días, cuando vino a visitarme el pastor de la vecina parroquia protestante de Attersee, el señor Schlieker. Le recibí gustosamente, como siempre he visto hacer en casa de mi padre. Era un hombrecillo pequeño y agradable, con una inmensa sonrisa que llenaba su rostro atravesado de arrugas. Me explicó que, hasta hace poco tiempo, las leyes prohibían a los miembros de su Iglesia levantar campanarios en los templos. Ahora por fin, me dijo, su pequeña parroquia estaba siendo embellecida, y quería pedirme ayuda en nombre de sus feligreses. Le escuché con simpatía, sorprendida de que esas rémoras del pasado hubiesen perdurado en Austria hasta nuestros días.

—En Baviera —le dije—, sus correligionarios ya disfrutaban de ese derecho hace al menos cincuenta años, que yo sepa. La iglesia de la Karlsplatz de Munich se levantó con fondos públicos. ¡Mi propia abuela, la reina Carolina, era protestante, como lo es la actual soberana, María! Baviera es un país profundamente católico, desde luego, pero allí la Iglesia reformada goza de iguales derechos. Mi deseo es que, en mi entorno, las cosas sucedan de la misma manera.

Le ofrecí una importante suma de dinero, y le despedí asegurándole mi amistad. La archiduquesa y Francisco no estaban en esas fechas en Ischl, de manera que no les comenté nada del asunto, que por lo demás no me parecía trascendente. Pero hoy ha llegado una carta del obispo de Linz, pidiendo explicaciones sobre mi comportamiento. El emperador me informó que su madre y otras muchas personas de la corte y del clero están indignadas conmigo. No quise decirle lo que pensaba en esos momentos, no quise gritar que también yo me sentía indignada con ellos, miserables hipócritas para quienes la caridad es un acto social, uno más de los muchos gestos que cada día hacen en nombre del

Orden y de lo Conveniente...

—A partir de ahora —repliqué secamente— cuando sea caritativa con alguien no católico le pediré la máxima discreción. De ese modo, mi comportamiento estará más cerca de Dios: su propio Hijo no hacía distinciones; sin embargo, no alardeaba de ello.

Francisco me miró muy sorprendido, pero no se atrevió a reprocharme nada. Después, en la cena, cuando noté los ojos acusadores de la archiduquesa fijos en mí, le sostuve la mirada sin pestañear, sin agachar la cabeza como suelo —siempre culpable, siempre insegura—. Al cabo, fue ella quien apartó la vista. Y yo sentí que, por vez primera, la había vencido.

Heiligenblut, 7 de septiembre de 1856

Desde las cumbres de las montañas, perfectas y poderosas, Dios me habla. A lo lejos, la nieve brilla inmaculada, pero mi cuerpo se adormece en la tibieza del sol, y en torno a mí, los abetos se alzan hacia el firmamento. Siento como en sueños el canto inmutable del riachuelo, la olorosa molicie de la hierba...

Desearía permanecer aquí por siempre, sola, convertida en tronco, en centenaria madera, en tierno y perpetuo follaje, nacido de lo más profundo de la tierra, alimentado por lo más somero del cielo, alabando eternamente al Señor:

Aclamad a Dios toda la tierra,

cantad la gloria de su nombre,

tributadle su gloriosa alabanza;

decid a Dios: «Tus obras son maravillosas».

No olvides, alma mía, al Altísimo. Que en tiempos de negrura sepas encontrarlo, allá donde está, y cobijar en Él tu desdicha.

Viena, Schonbrunn, 18 de septiembre de 1856

Siento como si el aire se hubiera llenado de repiques de campanas, y el mundo entero celebrase mi alegría... Al fin seré una madre, sí, las niñas serán instaladas junto a mí, yo seré su madre y no tendré que mendigar nunca más para verlas... Mi suegra seguirá teniendo por ahora la responsabilidad de su

educación, pero yo podré estar con ellas cuanto quiera, a solas, podré cantarles canciones, besar sus caritas de muñeca, jugar en el suelo a su lado, levantarme si ése es mi deseo en la noche para vigilar el sonido de su respiración...

Lo que no pudo mi desesperanza, lo han logrado mis incesantes rezos y mi fortaleza —un repentino regalo de Dios—. Dejé al fin de suplicar y durante nuestro viaje a Estiria le exigí a Francisco ese cambio, haciéndole ver que Sofía cada vez presenta peor aspecto, que sus vómitos, antes esporádicos, han empezado a ser continuos, y que la archiduquesa y sus amigas se empeñan en mantenerlas a ella y a Gisela lejos de la luz y el aire, aconsejadas por el doctor Seeburger, que lo achaca todo a la dentición y afirma que los niños no deben ser sometidos a las corrientes y los cambios de temperatura... Al fin, el emperador comprendió y cedió, aunque disculpando a su madre que ha obrado —dice— guiada únicamente por su buen corazón y anticuado criterio.

Hoy mismo le ha enviado una carta a la archiduquesa en estos términos:

Os suplico encarecidamente que juzguéis a Sissi con indulgencia. Es, os lo aseguro, una esposa y madre abnegada. Si tenéis a bien considerar con calma el asunto, quizás comprenderéis nuestra pena al ver a nuestras hijas instaladas en vuestros aposentos, siempre rodeadas de gentes extrañas a las que vos tenéis la costumbre de enseñarlas. Tanto a Sissi como a mí nos disgustan esas constantes visitas, y yo acorto así aún más los breves momentos que podría pasar junto a ellas. Tal vez esté equivocado, pero opino que no es conveniente exhibir a los niños de esa manera, pues se corre el riesgo de hacer de ellos unos vanidosos. Sea como sea, quiero que tengáis la seguridad de que Sissi no pretende quitaros a las niñas, y ella misma me encarga que os escriba que estarán siempre a vuestra disposición.

Y yo río, salto, vuelvo a reír, y las campanas resuenan a mi alrededor en el aire...

Trieste, 18 de noviembre de 1856

He visto el mar. Allá abajo, en el camino de Trieste, desde el alto de Opcina, y mi corazón ha temblado de amor... A lo lejos, algunos barcos despleaban sus velas, y soñé navegar en ellos hacia otros mares, sin memoria, sin nombre... Navegar, amante del mar, perdida en el tercer día de la Creación, disuelta en ese espacio siempre igual a sí mismo, gota de agua del mar que ha visto surgir y morir gentes y culturas, que ha dado cobijo a los héroes, ha sido camino en las guerras y puente en los peregrinajes, se ha encrespado en mortales tempestades y se ha serenado en dichosas calmas, ha recogido durante miles de años los rayos del sol y los rayos de la luna, ha sido tumba de naufragos y cuna de dioses, ha besado la tierra, y azotado la tierra y alimentado a la tierra... Espuma del mar que permanece, más allá del tiempo y la memoria, amado de Dios, venerado y temido del hombre... Él es mi amigo. De la misma sustancia que yo está hecho, y todo su amor, su fuerza y su belleza son para

mí. ¡Algún día te surcaré, viejo compañero, cabalgaré sobre ti como una ninfa, y tú adornarás de algas mis cabellos, como a una desposada me coronarás, y yo me entregaré a ti, serena y libre, igual que tú milenaria, criatura de tu mundo!

Venecia, 30 de noviembre de 1856

Grünne me había prevenido: «En las provincias italianas hay graves conflictos. Son muchos los que han prestado oídos a quienes pretenden crear un gran Estado unido, de norte a sur de la península, pisoteando impíamente las propias tierras de Su Santidad el Papa. Es preciso que paséis allí el invierno, para probar a vuestros súbditos italianos que también ellos están presentes en vuestros corazones, pero que la firmeza de Su Majestad el emperador, apoyado en la lealtad de su ejército, no permitirá defecciones. Serán días difíciles: no recibiréis a cambio de vuestro esfuerzo amor, sino rechazo y hasta odio. Es probable que vuestras vidas corran peligro, pero debéis dar prueba del valor y la firmeza de la dinastía».

No comprendí qué significaban esas palabras cuando Grünne me las dijo. Ahora lo sé: la inmensa corona de cristal que se rompió con estrépito contra el suelo cuando yo navegaba a bordo del *galeggiante*, el incendio del Ayuntamiento de Trieste mientras se celebraba el banquete, el silencio de las gentes en la plaza de San Marcos, cuando por vez primera nos dirigíamos al palacio, las ausencias en la recepción, los insultos en la plaza a quienes tuvieron el valor de acudir, los palcos vacíos en La Fenice, y sus ojos, los ojos de los italianos, que se apartan traidores y cobardes de los míos cuando intento mirarlos... No nos quieren, y Francisco sufre de esa aversión.

Esta noche, a nuestro regreso de la ópera, al verlo tan apesadumbrado, me decidí a transmitirle las opiniones que, con tanta inteligencia, me dio a conocer hace unos días mi hermano Carlos. Esperé a que el séquito se hubiese retirado y le pedí unos minutos para conversar. Nos sentamos en su despacho. Yo no sabía cómo iba a reaccionar. Pensaba que tal vez me impediría hablar, pero estaba convencida de que mi obligación era hacerle saber las ideas de quienes nos quieren y desean nuestro bien. A Dios gracias, se mostró dispuesto a escucharme.

—Debo decirte algo importante, Francisco. No pienses que deseo entrometerme en los asuntos de la política, pero he oído cosas que quisiera contarte. No te hablo en mi propio nombre, sino en el de aquellos que, porque te respetan, se esfuerzan en ayudarte pese a no estar próximos. Mi hermano Carlos me ha pedido que te lo transmita así.

El emperador se puso en pie, nervioso:

—¿Qué dicen?

—Dicen que el mariscal Radetzky es intransigente, que sus medidas resultan vejatorias para el pueblo italiano, demasiado duras... Dicen que es hora de que demuestres tu generosidad, que deberías devolver sus bienes a los fugitivos políticos y a sus familias, promulgar una amnistía para los acusados de delitos políticos, nombrar nuevos gobernadores... Creen que así te ganarás el afecto de muchos italianos, y que el peligro de que se unan al reino del Piamonte, en busca de la unidad de la península, será salvado.

Francisco me escuchaba muy atento. Yo sentía que, por primera vez, era tenida en cuenta en asuntos tan trascendentales como aquéllos. No comprendo muy bien la política, pero mi corazón me dice que una excesiva dureza aleja a los pueblos de sus reyes, como a los hijos de sus padres. El emperador se quedó en silencio largo rato. Después se sentó de nuevo frente a mí.

—Tendré en cuenta esos consejos —me dijo—, que agradezco me hayas transmitido. Reflexionaré sobre ellos, pero no quiero que vuelvas a hablar con nadie de estos asuntos. Hay gentes malintencionadas, Sissi, que pueden intentar utilizarte para sus propios fines. Ten cuidado.

A pesar de sus últimas palabras, me sentí muy orgullosa de mí misma. Me pareció que, al fin, había podido hacer algo útil para el Imperio.

II

LAS ENTRAÑAS

Milán, 1 de marzo de 1857

Las cosas van algo mejor desde que Francisco ha nombrado a su hermano Max gobernador general de Milán, y ha tomado algunas de aquellas medidas aconsejadas por Carlos y sus amigos. Ahora, de vez en cuando, se oye un tímido ¡evviva!, a nuestro paso por la calle, e incluso ciertos nobles —si bien muy pocos— se han atrevido a visitarnos. Aun así, yo dudo de que estas tierras sigan siendo nuestras durante mucho tiempo. Tampoco estoy segura de que deban serlo: no nos quieren, y nosotros no las queremos. Les hacemos daño, y nos lo hacen. Las exhibimos como una enorme medalla que alguien debe llevar para mostrar su valor, pero cuyo peso molesta al cuello. Me alegro, por lo tanto, de que nuestra estancia aquí termine mañana, aunque sea para regresar a Viena. Mi gran consuelo en estos largos meses de recelos y brumas ha sido la constante presencia de mi pequeña Sofía. ¿Cómo estar triste viendo su sonrisa, su alegría cada vez que acude corriendo a mi encuentro para agarrarse fuertemente a mis faldas, escondiendo la carita, llena de felicidad, entre los pliegues? Y ahora, pronto Gisela estará también conmigo. La archiduquesa armó tal revuelo cuando supo que las dos niñas pasarían el invierno con nosotros en Italia, que al fin Francisco permitió que la pequeña se quedara en Viena. Sé que el reencuentro no será fácil. Probablemente ya no me recordará, y tendré que hacer un gran esfuerzo para recuperar el terreno perdido. Pero no importa: valdrá la pena.

Mi suegra y sus amigas tendrán que admitir ahora que, pese al clima poco benigno del invierno italiano, Sofía ha mejorado notablemente de aspecto y ha dejado de vomitar, aunque aún sufra a menudo esos accesos de tos que me encogen el corazón como si fueran el prelude de algo espantoso, algo en lo que no puedo ni quiero pensar... A veces, la miro a los ojos largamente, y creo ver una sombra terrible en ellos, que me sonríen sin embargo inocentes, llenos de amor. Entonces se los beso, para alejar el mal, y ella se acurruca junto a mí, dichosa, y yo siento que podría vencer a todos los infiernos en su nombre...

Viena, Hofburg, 17 de marzo de 1857

¿Tendrán acaso razón...? Yo no estoy preparada para ser emperatriz, mi carácter es demasiado débil e inestable, no alcanzo a cumplir con dignidad el papel que de mí se exige. Tal vez no debiera intervenir en nada. Y, sin embargo, cada uno de mis gestos está dictado únicamente por el ansia de hacer el bien, y si me permití aconsejar a Francisco, tan sólo fue por afán de ayudarle. ¿No es ése el principal deber de una esposa? Pero ellos quieren que, como soberana, anteponga a ése otros deberes, quieren que sonría, ocupe mi lugar en el lecho del emperador, y calle...

Dejaron sobre mi escritorio, mientras cenábamos, un libro abierto, y las palabras saltaron a mis ojos desde una página amarillenta y arrugada:

«La razón de vivir de una reina es dar herederos a la corona, y el soberano que respondió a su esposa: "Señora, os hemos elegido para que nos deis hijos y no consejos", ha sido un útil ejemplo para todos los demás. Ése es, en efecto, el destino, la vocación natural de las reinas. Cuando se alejan de él, se convierten en fuente de grandes males: así Catalina de Médicis, María de Médicis, Ana de Austria. Cuando una reina tiene la felicidad de dar príncipes al Estado, debe limitar a eso toda su ambición, y no mezclarse de ninguna manera en el gobierno del reino cuyo cuidado no es asunto de mujeres. La princesa que no trae hijos al mundo sólo es una extranjera en el Estado y, además, una extranjera peligrosa».

Miré rápidamente el título del viejo volumen: *Consejos a la reina María Antonieta, pensados y escritos por quien bien quiere a su país y a sus Soberanos*. Mi indignación era tal, que sentí deseos de despertar en ese mismo instante a todo el palacio para averiguar quién se había atrevido a semejante insulto, aunque sospechaba que aquel gesto se debía a alguien próximo a mi suegra o al archiduque Alberto, furiosos por la jubilación de Radetzky y las medidas adoptadas por el emperador en Italia, que achacan a mi perniciosa influencia. Pero pensé que le iba a dar un gran disgusto a Francisco, y que era, por lo tanto, mejor obrar con discreción. Hice pues llamar a Grünne, que llegó en seguida y hojeó atentamente el libelo, lleno de consideraciones semejantes a las que ya he señalado. Me pareció que sonreía antes de dirigirse a mí: —Comprendo, Majestad —dijo—, que estéis molesta, pero pienso que no debéis dar excesiva importancia a este suceso. Al fin y al cabo, todo lo que aquí está escrito, aunque pertenezca al pasado, sigue siendo cierto en nuestros días. Creo que quien lo ha dejado sobre vuestra mesa quiere simplemente recordar a Vuestra Majestad unos deberes que, a menudo, las reinas tienen tendencia a olvidar, mal aconsejadas por bocas ambiciosas. No es ése vuestro caso, desde luego, pero no deja de ser una advertencia digna de recordarse. Prestad atención a estas palabras, y olvidad la extraña manera en que han llegado hasta vos. Grünne se retiró, y yo me quedé reflexionando sobre lo que acababa de decirme. Tal vez sea cierto. Mi ignorancia de la política es total y puede que mi intuición esté equivocada. Quizá, como el emperador me advirtió, podrían utilizarme... Pero entonces, ¿en qué he de convertirme? ¿Cómo aprenderé a no ver, a no sentir...? El Señor ha querido para mí una carga bajo cuyo peso me desmorono. Sí, sus designios son a menudo inescrutables.

Viena, Hofburg, 30 de marzo de 1857

La temporada de bailes ha llegado a su fin. Termina por fortuna el largo mes en el que toda Viena se convierte en un gran escenario donde cada uno intenta brillar más que los otros en el complicado arte de embellecerse, disimularse, y agotar el cuerpo en giros de valeses y trotes de polcas hasta la madrugada... Una infinita sucesión de ceremonias y de aburrimiento, un absurdo intercambio de

sonrisas, frases repetidas y malvadas murmuraciones...

No puedo compartir la pasión de los vieneses por las fiestas. Yo siento, a medida que se acerca el momento, cómo la angustia crece dentro de mí. Me atormenta saber que cientos de ojos van a juzgarme, que hablarán de mi peinado y mi vestido, de la torpeza con la que me muevo entre ellos, incapaz de encontrar ni siquiera las palabras adecuadas para una breve conversación. Hace unos días, pedí consejo al conde Grünne al respecto: «Prepare Vuestra Majestad con sus damas —me dijo— una lista de preguntas que pueda utilizar en estos casos. Y haga que, antes de cada celebración, le den las últimas noticias de las familias más afectas al trono. De esta manera, sólo precisará el ejercicio de la memoria, y no el de la imaginación». Así lo he hecho, y he logrado dirigirme a la mayor parte de los asistentes con la pregunta adecuada: «¿Cómo sigue la salud de su madre, la princesa S.?». O bien: «¿Alguna de sus hijas está ya en edad de casarse?». De cualquier manera, hablo tan bajo —siempre tengo miedo de abrir la boca en exceso y que asome mi fea dentadura—, que muchas personas ni siquiera me comprenden. Hace unos días, en el baile en la embajada de Francia, estuve a punto de echarme a reír durante uno de esos diálogos, convertido en un cúmulo de absurdos. Me presentaron al marqués de F., un importante personaje de las finanzas de su país. Eché mano de mi lista de cuestiones preparadas:

—¿Está usted casado? —pregunté.

—A veces —respondió sonriente.

Me quedé perpleja. Pero recordé sin embargo la siguiente pregunta prevista: —¿Tiene hijos?

—De cuando en cuando.

Tuve que taparme la cara con el abanico para que no apreciase mis esfuerzos por no soltar una carcajada. Afortunadamente, Sofía de Esterházy intervino en seguida, y se llevó al marqués, dándole gritos al oído para que la oyese bien. El buen hombre era sordo como una tapia...

Esa noche, al menos, me divertí durante unos instantes. Y he de confesar que también suelo pasármelo bien en las cenas: el emperador come tan aprisa, y yo lo hago en tan escasa cantidad, que los banquetes terminan rápidamente. Siento un enorme e inconfesable regocijo mientras observo las caras de los invitados: la mayor parte de ellos, salvo los más duchos, apenas tienen tiempo de probar dos o tres bocaditos de cada plato cuando los camareros ya se están abalanzando a retirárselos, y no pueden evitar hacer infantiles mohines al ver desaparecer las fuentes llenas de crema de oca, asado o paté, mientras los criados sonrían entusiasmados ante la perspectiva del buen banquete que les espera, gracias a la frugalidad de su emperador... ¡Sospecho que, cuando asistimos a alguna cena, los hoteles de Viena hacen un buen negocio a costa de los hambrientos comensales de los soberanos!

Buda, palacio Real, 10 de mayo de 1857

Las ventanas de mis aposentos del palacio de Buda dan sobre el río, un Danubio que hoy se ha azulado para competir con el cielo de mayo. El aire huele a agua, y frente a mí puedo ver las calles de Pest, llenas de gentes atareadas, mujeres que acuden al mercado, carros y niños correteando y, más allá, la llanura que se extiende hasta el horizonte y, aún más allá, imagino, los hermosos caballos de la *puszta*, corriendo libres, al viento las crines brillantes, flexibles y firmes las patas, húmedos los ollares...

Me gusta estar aquí, en Hungría, entre estos hombres y mujeres que todavía tienen en las miradas los colores de las lejanas estepas y conservan de padres a hijos sus ropas, como un tesoro, para no perder nunca el lazo con los tiempos del pasado... Admiro su orgullo, su valor, su memoria, esa lengua hermosa y extraña que guardan para hablar en privado a sus hijos y a Dios, y en la que mi nombre parece secreto: Erzsébet... Si un día Francisco lo quiere —y confío en que así sea—, nos haremos coronar reyes de Hungría, y yo seré entonces Erzsébet Királyné, y llevaré ese título como una bendición. Pero el emperador considera a los húngaros levantiscos y rebeldes, los teme, creo yo, por la fuerza inquebrantable de sus corazones, y no desea mostrar hacia ellos un interés que pueda interpretarse como debilidad de la dinastía. Hoy mismo, se ha negado a restaurar la Constitución, que tantas veces ha sido reclamada. A cambio, reflexiona sobre el regreso de los que están exiliados desde la revolución del año 49. Su vuelta, si al fin se logra, significará una gran esperanza para esta tierra, tan maltratada por los Habsburgo. Yo haré todo lo que esté en mi mano por conseguirlo.

Buda, palacio Real, 15 de mayo de 1857

Mis hijas están enfermas. Las dos sufren de diarreas, y por las noches, la fiebre las enloquece y sus cuerpecitos se agitan en horribles espasmos... Seeburger sigue insistiendo en que se trata de problemas normales, debidos a su dentición, pero sus opiniones me merecen menos confianza que nunca. ¡Dios mío...! Hemos aplazado nuestro viaje al interior de Hungría, y yo vivo aquí, presa de la angustia, turnándome entre un lecho y otro, sacando fuerzas para sonreírles y contarles cuentos mientras me trago como puedo las lágrimas, rezando y asomándome a las ventanas para ver la neblina subir desde el río y difuminar el mundo, que pierde lentamente sus contornos, su razón de ser...

Fue precisa una auténtica guerra con la archiduquesa para traérmolas a este viaje. Mi suegra repetía que, en su estado, debíamos dejarlas en Viena, pues la fatiga del camino y los aires malsanos y húmedos de Buda serían perjudiciales para ellas. Cuando sepa que su salud ha empeorado, pensará que Dios está de su parte...

Tal vez tenga razón, sí... A veces siento la presencia de la muerte, como una sombra helada y

blanca que atraviesa los corredores del palacio... Si fuese cierto, si les ocurriera algo, ¿cómo podría perdonármelo? ¿Cómo seguiría yo viviendo si ellas muriesen...?

Viena, Hofburg, 1 de noviembre de 1857

Fue mi culpa, y mi cabeza me lo grita a cada instante, y los ojos de la archiduquesa, y el silencio de la gente cuando me mira, y las palabras del cardenal: «Pedid perdón a Dios, señora, por vuestra soberbia». La llevé, me la llevé a Buda, enferma a ojos vistas, la arrastré a Buda, horas y horas sobre los vapores del río, porque eso hacen las madres que aman a sus hijos, no separarse nunca de ellos, no dejárselos a la archiduquesa, llevárselos enfermos a Buda, por el río, matarlos... Yo la maté, y nadie, ni el propio Dios, puede perdonar mi crimen. Mi alma se condenará en el infierno, vive ya condenada en este infierno de ausencia, de insoportable dolor que debo soportar, hasta que me vuelva loca, y sea ése sin embargo poco castigo para mí, la soberbia, la que mató a su hija, este desecho de ser humano que no sirve para nada, que convierte en mal todo lo que toca, perseguida por los demonios desde su cuna de niña nacida en domingo, con un diente de la suerte, todo debía ser fortuna, todo es fatalidad para quienes me aman... Ella nació en jueves, Sofía, rubia como los campos de trigo, suave como la hierba de mayo, ella me quería, mi niña, mi muñeca de Baviera, y yo la maté... Nadie puede perdonarme, y el Señor me castigará con su mano de hierro, pues me ha maldecido...

Viena, Hofburg, 22 de febrero de 1858

De nuevo estoy embarazada. Los demás piensan que este hijo me consolará de la pérdida de mi niña. «Agradecemos a Dios su infinita bondad —dice la archiduquesa—. Su misericordia es tan grande que aún ha querido concederte otra criatura». Yo, sin embargo, lo siento en mi vientre como un castigo. Sé que pagaré en él el daño hecho, y el Señor azotará mis entrañas y partirá mi corazón...

¡Pobre, pobre pequeño hijo mío! Tu madre, que debería darte calor y alegría mientras te cobija en su vientre, sólo puede ofrecerte desazón y tristeza. Luego, cuando vengas al mundo, ¿cómo me atreveré a decirte: yo soy la que te he dado la vida, la que daría su propia vida por ti, si fuera preciso? ¿Cómo te miraré a los ojos para confesar que debo abandonarte porque no soy digna de tu amor? Sí, tendré que abandonarlo, como he abandonado a Gisela, no me atreveré ni siquiera a poner mis labios sobre su frente, se lo entregaré a la archiduquesa, «será mejor que a partir de ahora sólo el emperador y yo decidamos sobre vuestros hijos», lo dejaré en sus manos para que las mías no lo hechicen... ¿Sabrá él perdonarme, mi pequeño, mi pobrecito hijo...?

Viena, Laxemburgo, 15 de agosto de 1858

Rodolfo, el emperador quiere que se llame Rodolfo, y yo apenas puedo pronunciar ese nombre, que

despierta en mí horribles presagios... Esta noche, la gran araña de la sala de ceremonias de Schönbrunn se hizo añicos contra el suelo. Cuando Paula Bellegarde vino a contármelo, sentí un estremecimiento de pavor, y corrí al despacho de Francisco:

—Te suplico que elijas otro nombre para el niño si es un varón. ¡Por Dios te lo ruego, no lo llames Rodolfo!

—¿Qué te ocurre? Parece que hubieses visto al diablo...

—¡Sí, sí, es el diablo quien te ha hecho pensar en ese nombre...!

El emperador se esforzó por tranquilizarme. Al fin, conseguí explicarle mi miedo:

—Es por la profecía: Rodolfo fue el primer Habsburgo y Rodolfo será el último... El accidente de Schönbrunn es un mal agüero, Francisco, el corazón me lo dice.

—¡Querida Sissi! Tu cabeza está siempre llena de negras ideas. No deberías pensar en esas cosas. Esas leyendas del pueblo son puras fábulas. Lo de Schönbrunn, tú lo has dicho, ha sido un accidente y, por lo demás, de nuestro hijo será lo que Dios quiera que sea. No se puede luchar contra los designios divinos, Sissi, ni adelantarse a ellos. Hay que resignarse. Debes aprenderlo de una vez para siempre. ¡Resígnate! Te ayudará a vivir.

Viena, Laxemburgo, 23 de agosto de 1858

Hace dos días que nació el niño, y el Imperio entero celebra la llegada al mundo de ese pequeño heredero que debe asegurar —¡Dios lo quiera!— su existencia. Nació el niño, y la archiduquesa lo recogió en sus brazos que sustituirán a los míos nefastos y malditos...

Yo me siento muy débil, tengo tanto miedo y tanta pena... El parto fue muy duro, mi cuerpo se resistía a alejarse de él, mientras se entremezclaban en mi cabeza enloquecida las imágenes de Sofía muerta y el dolor de saber que entregaba otro hijo a este mundo de dolor, que traía al mundo otro hijo que no sería mío...

Sé que todo es como debe ser y, sin embargo, algo dentro de mí sigue resistiéndose a esa renuncia necesaria. Esta mañana, cuando pedí al despertarme que me lo trajeran, y la gobernanta, Enriqueta de Welden, lo dejó en mis brazos, arrugado como un gnomo, abriendo hambriento la boquita, sentí que un calor doloroso me llenaba los senos, que se desbordaron de leche y, sin saber lo que hacía, lo acerqué a mi pecho. Pero detrás de la baronesa Welden, una mujer corpulenta, de

hermoso y sonriente rostro, alargó sus brazos para cogerlo. Supe entonces que era Marianka, la campesina de Moravia que debe criarlo. Se lo entregué, y alcancé a decir con un hilo de voz: «Cúidelo bien. Es el heredero».

Y un intenso sentimiento de envidia me llenó los ojos de lágrimas...

Debo resignarme, sí, debo resignarme para vivir, pero no puedo, no puedo... Me esfuerzo por acompañar el ritmo de mi vida al de mi corazón, y sólo soy como la corza perseguida que hace imposibles piruetas en el aire, y corre igual al viento en busca de un refugio que nunca encontrará... ¡Testarudo, ridículo y testarudo animal que sólo provoca risas en sus cazadores...!

Viena, Laxemburgo, 24 de agosto de 1858

Mi madre habrá llorado muy bajito. Como el día de mi boda, habrá cogido las manos de Helena y de Maximiliano de Thurn y Taxis, y temblándole la voz, habrá dicho: «Que Dios os bendiga, hijos míos, a vosotros y a vuestra descendencia». Y mi hermana, que no pudo ser emperatriz porque yo me interpose, habrá mirado sonriente y orgullosa a su esposo, y habrá pensado en mí... *«Es un hombre bueno, Sissi, pero su familia no es muy importante, y a nuestro tío el rey no le parecía bien ese matrimonio. Hubo que convencerle explicándole que ya tengo veinticuatro años, y que difícilmente habrá ya otra propuesta para mí. Te aseguro que no me hubiera importado quedarme soltera. Si me caso, es porque realmente deseo compartir mi vida con ese hombre al que ya quiero»*. Rezo a Dios para que les dé felicidad.

Viena, Schonbrunn, 18 de septiembre de 1858

Hoy hemos enterrado a mi prima Margarita de Sajonia. ¡Tenía tan sólo dieciocho años y quería vivir...! Mi cuñado Carlos Luis está inconsolable. Su esposa era para él una gran ayuda en el gobierno del Tirol. La querían tanto, que los tirolese han pedido que su corazón sea conservado en Innsbruck. Pero el amor no la salvó...

Quise asistir, pese a mi mal estado de salud, al entierro en la cripta de los Capuchinos, no sólo por despedir a mi pobre prima, sino para estar un rato cerca de mi niña... Me hubiese gustado que su pequeña tumba estuviera en otro lugar, bajo el sol, cubierta de flores, pero en nuestras vidas, hasta el descanso eterno está regulado por normas inquebrantables, y ese triste sótano es el destino final de todos los Habsburgo...

A menudo pienso que pronto yo estaré también ahí, helada bajo las bóvedas sin luz, muerta... Temo que mi cuerpo no resista mucho más estos constantes malestares que lo asaltan, la fiebre diaria

que me deja exhausta, los latidos desorbitados del corazón, la estrechez de los pulmones en los que no cabe el aire infinito... Seeburger insiste en que son mis ayunos los que causan el mal, y está empeñado en hacerme tomar jugos de carne a todas horas. Pero yo creo que es la muerte cortejándome, la muerte que nos persigue, juega a nuestro alrededor, nos asusta, se va, y un día, al fin, nos da alcance, sin piedad... Le he pedido a Francisco que permita que me visite mi viejo doctor Fischer, y él y mi madre llegarán dentro de unos días. Sólo ellos pueden hacer algo por mí, si es que aún tengo salvación.

Viena, Hofburg, 4 de febrero de 1859

Adoro a mi hermana María. La admiro por su belleza, por su valentía, su orgullo indomable... Mientras a mí me resbalaban las lágrimas en silencio, al despedirnos en el camarote del yate real que debía conducirla a lo que se me figuraba un infierno, ella se mantenía altiva y sonriente, resplandeciente como una diosa, y me decía al oído: «No te preocupes por mí, Sissi. Sabré arreglármelas para ser feliz».

Hemos pasado veinte días juntas, veinte maravillosos días, igual que los de antes, los de la infancia... Hemos hablado hasta altas horas de la madrugada, hemos recorrido cogidas de la mano las calles de Viena y cada rincón de la corte, observándolo todo, de todo burlándonos. Ella ha sido mi cómplice, mi amiga, mi confidente... Ella —tan hermosa ahora que ha cumplido ya los diecisiete años, que a su lado, yo, delgada como un pajarito, con las mejillas hundidas y estas ojeras que no me abandonan desde hace tanto tiempo, parecía una miserable sombra de su belleza— supo hacerme reír de todo aquello que, cuando estoy sola, se me antoja motivo de llanto y de temor, ella me devolvió por un tiempo la dicha y la fuerza del pasado, como si la salud hubiera vuelto a mi pobre cuerpo destrozado...

Durante esas jornadas, no quisimos acordarnos de lo que le esperaba. Pero al fin llegó el día, y tuvimos que ponernos en camino hacia Trieste, apenados los corazones, calladas las bromas, y entregarla, como una princesa del pasado, a los enviados de su señor: entonces volvió a ser la esposa de Francisco de Borbón, príncipe de Calabria y heredero del trono de Nápoles, con el que contrajo matrimonio por poderes hace un mes. Y mi pobre hermana partió sola, sin más compañía que la de su pequeño canario, para entregarse a un hombre al que no conoce y al que nunca amará, y ser un día la reina de un país cuya lengua no habla, acosado por quienes pretenden lograr una Italia unida... Pero mientras yo lloraba, ella, como una gran mujer de diecisiete años, mantuvo altiva su frente: «No te preocupes por mí, Sissi. Sabré arreglármelas para ser feliz». ¡Dios la oiga!

Viena, Hofburg, 22 de marzo de 1859

Hoy, como un milagro, las nubes que durante los últimos meses habían estado siempre ahí, volcando

nieve y agua sobre Viena, han desaparecido. De pronto, al abrir esta mañana los postigos de mi habitación, los rayos de un sol de cuya existencia ya casi me había olvidado han inundado las paredes, sacando brillos a las sedas y los dorados, y he oído el bendito canto de los pájaros que, con el buen tiempo, acostumbran instalarse sobre la cabeza de bronce del emperador Francisco II, a los pies de mi ventana, y que hoy han vuelto, como si bajasen del cielo, atraídos por la dulzura del aire. ¡He deseado tantas veces ser uno de ellos, para contemplar sin ser a mi vez observada el paso de la gente, sus rostros y palabras...!

Esta repentina llegada de la primavera me ha devuelto el buen humor y las fuerzas que de nuevo me habían abandonado tras la despedida de María. He sentido ganas de salir a pasear, a pie, como una ciudadana cualquiera, disfrutando del regalo del día. Y aun a sabiendas de que me llevaría más tarde una reprimenda de la archiduquesa, hice llamar a Carolina Lamberg y, disimuladas bajo velos espesos, las dos salimos de palacio por una puerta lateral, sin más compañía. Fuimos callejeando cogidas del brazo, como dos honradas esposas de funcionarios, entramos en Demel a comprar algunos dulces, contemplamos los últimos sombreros venidos de París, y nos llegamos, pese a la reticencia de Carolina, hasta el mercado, donde cientos de mujeres se amontonaban en torno a los puestos rebosantes de verduras y frutas de colores hermosos... Una niña de seis o siete años, vestida con un trajecillo pobre y sucio, pero peinada como una archiduquesa, con sus largos tirabuzones rubios recogidos en un gran lazo de terciopelo, cantaba una dulce canción a su hermanito, casi recién nacido, dormido en una cesta al sol... Otro muchacho, un cachorro gordezuelo y tierno, lloraba en el suelo, hasta que su madre, joven y linda, lo recogió, y le limpiaba las manitas sucias de barro mientras lo regañaba suavemente... Dos mujeres reían a carcajadas apoyadas en un puesto, arremangadas las blusas sobre sus brazos fornidos y morenos... Le dije a mi dama: —¡No sabe cuánto envidia a estas personas, Carolina!

—¿Vos, Majestad? ¡Son pobres campesinas, criadas harapientas...!

—Lo sé. Y pasan frío, y a veces hambre... Pero tienen un montón de razones para vivir: buscarse el alimento, cuidar de sus hijos, preparar una buena cama caliente... Soy injusta, ¿no cree?

—No lo sé, Majestad, pero vuestras palabras me entristecen.

Regresamos al Hofburg entre el bullicio de la gente y de los coches que pasaban, resonando sobre los adoquines los cascos de los caballos engalanados. Nadie nos reconoció. Las nubes, blancas ahora, como de algodón, habían velado ya el sol cuando llegamos a casa.

Viena, Schonbrunn, 9 de abril de 1859

Intento imaginármela, rubia, tímida, con esos ojos asustados y suaves de los que tanto me ha hablado

Luis... Acabo de enviar un telegrama a Munich: *Dios protege a quienes poseen un corazón grande y valiente. ¡Felicidad!* Que un miembro de mi familia —el heredero de mi padre— renuncie a sus derechos para casarse con una simple actriz, me enorgullece de tal manera que quisiera contárselo a todos, recibir lo antes posible la visita de Luis y Enriqueta —desde ahora, baronesa Wallersee—, para que esta amargada corte sepa que aún hay seres en nuestro mundo cuyas reglas no son la ambición y la codicia... La archiduquesa y los suyos no se cansan de repetir que la revolución de los franceses soltó a los demonios sobre las tierras de Europa. Si ellos son los causantes de que un príncipe deje de serlo para dormirse cada noche sintiendo a su lado el calor de aquella a la que ama, para no separarse nunca de aquella a la que ama, yo deseo entonces que venga a nosotros su reino... Porque el amor es de Dios, aunque lo ignoren la archiduquesa y cuantos son como ella, a los que siglos de soberbia y mando han arrebatado el corazón, convertido en un miserable músculo que se pudrirá en sus lujosas tumbas. Pobres de ellos, que ignoran el éxtasis de una mirada, el insoportable dolor en las entrañas de la ausencia, el ansia de fundirse en el otro por toda la eternidad... Dichosas las revoluciones que trastocan el orden, desnudan los rostros y hacen volar los corazones. Bienaventurados quienes gozan y sufren porque su alma ha encontrado el alma amiga.

Viena, Hofburg, 3 de mayo de 1859

Apenas he tenido tiempo para escribir desde que, hace una semana, supimos que se había iniciado la guerra. Siempre he sabido que desde esa hipócrita tierra de Italia sólo recibiríamos dolor. El miserable de Napoleón y Víctor Manuel del Piamonte, junto con su ambicioso primer ministro, el conde Cavour, nos han tendido una trampa: los piamonteses agruparon sus tropas en la frontera con nuestra provincia de Milán, y Francisco, que siempre confía en el sentido del honor del que los otros carecen, envió un ultimátum para que las retirasen. Pero era demasiado tarde, y Víctor Manuel, deseoso de que los hechos ocurrieran de esa forma, lo consideró una declaración de guerra. Hoy mismo, como temíamos, Francia se ha sumado al ataque contra nuestros ejércitos. ¡Nos destrozarán, para luego repartirse entre ellos dos el botín italiano...! Una extraña intuición de derrota me persigue desde el comienzo de esta guerra, aunque Francisco se muestra muy confiado: afirma que nuestras tropas son superiores, y está seguro además del apoyo de Prusia y de la Confederación Germánica, por más que el rey Federico le haya recordado hace unas semanas que no está obligado a defender un territorio que no es alemán...

Los primeros trenes con heridos del frente ya han comenzado a llegar. Algunas salas de Laxemburgo están siendo preparadas para servir como hospital, y nosotros hemos tenido que volver al Hofburg, donde Francisco, gracias al telégrafo, puede estar informado día y noche de lo que ocurre en Italia. Mientras tanto, las mujeres preparamos vendas y paquetes de cigarros que son enviados allí. A menudo me estremezco pensando en esos seres que pronto necesitarán ser envueltos en los trozos de lino que yo he cortado, seres sin rostro ni nombre para mí, pero cuyo nombre alguien dice con veneración en sus rezos, y cuyo rostro ha sido besado con ternura por una madre, una esposa o un

hijo que tal vez nunca volverán a verlo... Soldados del ejército de Austria, que luchan en nombre del emperador, que serán heridos y muertos, en una guerra de la que no saben nada, en nombre del emperador de Austria y de su esposa. ¿Qué dirán de nosotros ante Dios...?

Viena, Hofburg, 5 de junio de 1859

Todo sale mal en esta maldita guerra... Parece como si el emperador cometiera error tras error, él que medita cada gesto que hace, cada decisión que toma, igual que si en ello le fuera la vida. Pero sus consejeros —el archiduque Alberto, el ministro Buol, la propia archiduquesa—, con su soberbia y su ignorancia, nos están conduciendo al fracaso. Para ellos, ésta es una más de las batallas que libran el Bien y el Mal, el antiguo orden —el Imperio de Austria— y el desorden nuevo —ese nido de revolucionarios que es el Piamonte—. Y así, siguiendo sus planes, Francisco cesó a su hermano Max como gobernador, y le confirió plenos poderes al conde Giulay, que ha demostrado su incapacidad haciendo retirarse a las tropas en lugar de atacar cuando aún estaba a tiempo, antes de que llegasen los franceses. Ayer mismo, en una sangrienta batalla en Magenta, diez mil de nuestros hombres murieron —¡Dios los tenga en su gloria!— y hubo que dar la orden de evacuar Milán, donde pronto entrarán los franceses...

El emperador me ha anunciado por telégrafo que él mismo tomará desde ahora el mando sobre sus tropas. ¿Qué ocurrirá, Señor, si se equivoca de nuevo, qué será de él y de nosotros si es vencido? Yo le imploré que no viajara al frente, que se quedase en Viena, para poder desde aquí insistirle a Prusia —que sigue negándose a enviar refuerzos—, negociar si es preciso con Napoleón... Pero mi voz, de nuevo, no fue escuchada. Le rogué entonces que me permitiera acompañarle, que no me dejase sola en este palacio moribundo, sufriendo a cada instante por él y por sus hombres, sola entre las garras de quienes me odian... Pero «en un cuartel general —me dijo— no hay lugar para las mujeres, y yo no puedo dar mal ejemplo a mis soldados». Y he tenido que quedarme aquí, retorciéndome las manos, rezando, visitando heridos cuyos atroces sufrimientos me encogen el corazón, montando a caballo todo lo que puedo para dar así salida a una agitación que no me permite estar quieta ni un instante, rehuyendo las cenas de la archiduquesa, los tés de la archiduquesa, las palabras hirientes, devotas, absurdas, de la archiduquesa... Y esperando las cartas de Francisco, que cada mañana, antes de iniciar su duro día, me escribe tratando de animarme con sus consejos de abuelo protector:

Mi ángel adorado, aprovecho estos primeros instantes de la jornada para decirte de nuevo cuánto te amo, y cómo os echo de menos a ti y a nuestros queridos hijos. Te suplico, ángel mío, que si me quieres, no te atormentes. Cuidate mucho, intenta distraerte todo lo que puedas, monta a caballo y sal a pasear en coche, pero con mesura y prudencia, y conserva para mí tu preciosa salud, para que a mi regreso te encuentres bien y podamos ser muy felices. Y sobre todo, te suplico, en nombre de tu amor por mí, que te domines y te dejes ver alguna vez en la ciudad. Visita instituciones, pues

no te imaginas cuánto puedes ayudarme de esa manera. Eso animará a la población y mantendrá el optimismo del que tanto preciso.

Pero sus cartas, en lugar de consolarme, me exasperan, pues mi cabeza no puede parar de pensar, y todo me hiere: no comprendo por qué, si es cierto que me ama, ha tenido que irse, por qué no me escucha, por qué nunca me tiene en cuenta...

Viena, Hofburg, 25 de junio de 1859

Tenían razón el conde Grünne y mi padre: la envidia convierte las rosas en ortigas, y ha hecho de Francisco un emperador derrotado... Bajo la torre de Solferino, el ejército a su mando ha perdido la Lombardía para siempre, y más de veinte mil de nuestros hombres han sido allí enterrados, en un suelo que desde ahora estará poblado de extranjeros, que escupirán sobre sus tumbas. Quienes no nos atacaron —Prusia, Inglaterra— nos dejaron abandonados, y el honor de Austria, el honor del emperador, yacen bajo los escombros de ese castillo... Ni siquiera mi hermana María y su esposo — que tras la muerte del rey Fernando, hace unas semanas, ocupan el trono de las Dos Sicilias— han podido impedirlo, amenazados ellos mismos por las tropas de Garibaldi.

Los hospitales de Viena están llenos de heridos, y en Laxemburgo no cabe una cama más. Yo los visito a diario, intento llevar algo de consuelo a las almas de esos hombres que han visto tanto horror en vano. Pero los médicos son escasos, y las medicinas, pobres e insuficientes. Cada día, centenares de ellos mueren, y a los pies de las camas se arremolinan mujeres sollozantes, niños enmudecidos por lo que nadie alcanza a comprender.

Entretanto, mi suegra reza a Dios para que el Bien triunfe sobre la tierra, y sus demonios de la revolución perezcan ante las hordas de ángeles protectores... Sin embargo, yo he visto con mis ojos, he escuchado con mis oídos y, si un día tuve dudas, lo que he visto y escuchado las han hecho desaparecer. Los periódicos lo dicen a diario, mis familiares de Baviera me lo cuentan, y en los rostros de los ciudadanos de Viena está escrito, mezclado con el dolor: se equivocan quienes creen que el mundo puede seguir siendo como era, se equivocan los que piensan que los ejércitos ganan los corazones y que las condenas a muerte pueden imponer el silencio al hambre, al ansia de libertad... Pero el emperador, ciego y sordo a todo lo que no venga de su madre y los suyos, aún sigue creyendo en la victoria final, en la ayuda prusiana que nunca llegará, en el triunfo de los viejos tiempos, y desde el frente, adonde la archiduquesa se ha ocupado de hacerle llegar toda clase de chismorreos y quejas sobre mi comportamiento, rechaza mis consejos para que pida la paz, me aconseja que no lea los periódicos, «*que sólo publican falsedades y tonterías*», y me suplica que no monte tanto, que coma, «*que cambie de vida y descanse de noche, que para dormir se ha hecho y no para leer y escribir*». Dormir... ¿Cómo puede dormir tranquila la esposa de un general bajo cuyas órdenes miles de hombres han perdido la vida y todo un Imperio se tambalea?

Viena, Hofburg, 13 de julio de 1859

A Dios gracias, la pesadilla ha terminado. Francisco y «el miserable de Napoleón», como mi esposo lo llama, han firmado el armisticio. Una vez más, de los detalles he tenido que enterarme por Grünne, pues el emperador se limita en sus cartas a darme consejos y hablarme de la felicidad que su próximo regreso le produce. Napoleón ha traicionado al Piamonte, y luego de haberle prometido su apoyo para liberar a Italia desde los Alpes al Adriático, decidió firmar la paz con nosotros, asustado por la amenaza prusiana y por el auge de los revolucionarios en los Estados del Papa, que estaban provocando las protestas de los católicos franceses contra él. De manera que el pacto está hecho: hemos cedido la Lombardía a Víctor Manuel, pero conservamos Mantua y Peschiera y, desde luego, Venecia. Dios sabe por cuánto tiempo. Los soberanos vuelven a ser amigos, se sonríen educadamente y se aprietan las manos con fuerza, sin dejar traslucir sus verdaderos sentimientos. Detrás de ellos, quedan miles de familias deshechas, hombres mutilados que mendigarán por los caminos, seguidos de una prole de niños hambrientos, madres que nunca podrán rezar ante la tumba de sus hijos, caídos demasiado lejos. Pero ahora es tiempo de paz, y hoy, en la capilla de palacio, hemos asistido a un tedeum, de negro la archiduquesa, no sé si por los muertos o por su fracaso, toda llorosa, ignoro si de agradecimiento o de amargura.

Viena, Laxemburgo, 12 de septiembre de 1859

El amor de los pueblos por sus soberanos es frágil como un cristal delicado... Desde su regreso, el emperador ha permanecido dos largos meses encerrado en este palacio de Laxemburgo, sin acudir a ningún otro lugar, sabiendo que muchas voces lo acusaban de la derrota. Hoy, al fin, se ha sentido con valor para asistir a una parada militar. Yo he querido acompañarle, presintiendo que necesitaría de mi apoyo. En contra de su costumbre, fuimos al Prater en coche cerrado, corridas las cortinas. Francisco no dijo nada durante todo el trayecto. Yo le miraba, pensando en lo que ha envejecido en estos últimos meses: aún no ha cumplido los treinta años y su rostro, siempre serio, ha adquirido ahora un rictus de gravedad que las largas patillas que se dejó crecer durante su estancia en el cuartel general acusan aún más... Muchas personas se habían agrupado en el Prater para observar nuestra llegada y los movimientos de las tropas, pero un silencio glacial se produjo cuando descendimos del coche. Yo, acostumbrada a las aclamaciones, me quedé de pronto paralizada, sorprendida por una hostilidad que podía leer en los ojos, en las cabezas repentinamente vueltas para no mirarnos, en los sombreros que muchos olvidaron quitarse para saludar... Pero Francisco me cogió del brazo, arrancándome aquel ensimismamiento de sorpresa y miedo, que me hacía temer que algo terrible pudiera ocurrir en cualquier instante. Por fortuna, no sucedió nada, y cuando ya nos íbamos, conmovidos tal vez por la visión de su emperador derrotado, triste y digno sin embargo como un árbol que, destrozado por el rayo, mantiene erguido su tronco desnudo, algunos se atrevieron a lanzar tímidos vivas, recogidos por unos pocos... Ya en el coche, Francisco hundió la cabeza entre los hombros, y miraba fijamente al suelo. Yo sentí una profunda piedad por ese hombre, herido en lo que

más le importa —el honor de su ejército y de su pueblo—, cuyas más profundas convicciones se han visto sacudidas por un terremoto y que, sin embargo, no deja nunca de sacrificarse por los demás, sin pensar jamás en sí mismo. Tuve deseos de abrir la portezuela, y gritarles: «¿Cómo os atrevéis a tratar así a vuestro emperador? ¿Acaso no sabéis que os dedica cada minuto de su vida, que duerme como sus soldados en una estrecha cama de hierro, que se levanta al amanecer y apenas come, ni vive, ocupándose de vuestros asuntos? ¿Ignoráis que ha cesado a quienes hasta hace días consideraba sus mejores apoyos, sus generales, los ministros, el propio conde Grűnne, su gran amigo y consejero? Se equivocó, sí, mal asesorado, mal informado, cometió serios errores, pero lo hizo pensando en vuestro bien. Y, de cualquier manera, ¿deja un hijo de amar a su padre porque haya invertido mal su dinero, y llevado a la familia a la ruina? ¡Vosotros, ingratos, miserables egoístas, no os merecéis su amor! También yo le veo derrotado, también para mí ha perdido aquel brillo que le rodeaba, que le hacía intocable, que transformaba cada uno de sus gestos en un acierto... Pero estoy a su lado, ahora más que nunca, porque, tal vez ahora que le he visto desplomarse, le quiera más que nunca. En verdad, ¿qué sabéis vosotros lo que es compasión, preocupados sólo por vuestro ombligo, por vuestra propia despensa...?». No dije nada. Cogí la mano del emperador, y se la besé suavemente, repetidas veces. Sus párpados temblaron.

Viena, Hofburg, 20 de febrero de 1860

Nunca he podido olvidar aquella tarde de mi infancia. Yo tenía doce años —lo recuerdo muy bien—, estábamos en Possi, llovía, como hoy en Viena, olía a musgo, y mi amiga Irene Paumgarten y yo habíamos ido a visitar a unos campesinos de la aldea próxima, los Beck, una familia pobre a la que a menudo ayudábamos. Encontramos al niño pequeño muy enfermo, sacudido por una fiebre atroz que le provocaba convulsiones, con el cuerpecito cubierto de llagas. Al volver a casa, quise ver a mi padre para pedirle que le enviase un médico, y me acerqué a su gabinete. Pero en la sala, Hansel me advirtió que no se podía entrar. Me extrañó aquella prohibición, pues sabía que a esa hora él solía descansar de sus escritos, y nos recibía gustoso. Aún más me sorprendió oír desde detrás de la puerta unas risas sonoras —las suyas—, mezcladas con otras femeninas que no podía reconocer. «¿Tiene visita?», pregunté. «Así es, Alteza», respondió su criado. Entonces fui al tocador de mi madre, en lo alto de la torre, sobre el lago. Ella estaba acurrucada en un sillón, llorando, con un pañuelito de hilo apretado en la mano. La había visto así muchas veces. A menudo, mientras bordaba delante del fuego, mientras se ocupaba de sus plantas, le rodaban lágrimas silenciosas por las mejillas. Nosotros, tal vez por la fuerza de la costumbre, dábamos por sentado que eran cosas propias de mujeres, y le hacíamos cucamonas y payasadas que conseguían arrancarle pronto la sonrisa. Nunca se me había ocurrido preguntarle la razón de su pena. Aquel día, tal vez porque la extraña visita de mi padre había llenado mi corazón de sospechas, se lo pregunté. Y quizá porque estaba cansada de callar, me respondió:

—No esperes demasiado del hombre con el que te cases, Sissi.

Me sentí atónita. Siempre había creído que ella aceptaba plenamente la vida que llevaba con mi padre, a pesar de sus ausencias y su frialdad. Me quedé mirándola, interrogándola con los ojos, y se hizo un largo silencio. Tal vez pensaba que yo era demasiado joven para hablar conmigo de esas cosas, pero al fin pareció decidirse por la confesión y el consejo. Habló sin verme, quieta la mirada más allá de la ventana, en el lago o el cielo:

—Tu padre y yo nunca nos amamos. Pero eso, ya lo sabes, no fue una sorpresa. Tu abuelo, el rey Maximiliano, decidió nuestro matrimonio, y los dos aceptamos porque teníamos que aceptar. Nos habían educado así, tal y como yo os educo a vosotras. «Las princesas no deben enamorarse», decía siempre mi madre. Lo que nadie me dijo, Sissi, es que el pecado de infidelidad, del que tan a menudo me hablaban, sólo era pecado en las mujeres, y que los hombres, aun casados, buscan siempre consuelo a su insatisfacción en otros lechos. Tuve que aprenderlo a golpes. Y creo que no lo he aprendido del todo: todavía, a veces, me hace llorar. No sólo se llora por amor, también por humillación. Eso es lo que me ocurre, cariño. No lo olvides nunca.

Ella no me lo dijo, pero comprendí en ese momento que aquellas risas femeninas que acababa de escuchar eran de alguna de las amantes de mi padre, sobre cuya existencia siempre había oído rumores, palabras dichas en voz baja... No era eso lo que me sorprendía, sino el dolor de mi madre. Fue entonces cuando empecé a pensar que no quería ser como ella, que nunca podría aceptar una vida de lágrimas a escondidas, que sólo me casaría sintiendo amor... ¡Y ahora, yo, que me creía la más amada de las esposas, la más respetada, he comprendido al fin que mi destino es igual al suyo!

Hasta que mi cuñado Luis Víctor vino a verme esta mañana, nunca albergué la menor sospecha. Mi matrimonio era una fortaleza de seguridad a mi alrededor, como una montaña inamovible que ahora, de improviso, se agita, carcomida, amenazando derrumbarse sobre mí... Él llegó muy sonriente, muy cariñoso, como siempre. Quería contarme cosas de sus estudios, anécdotas de sus clases de equitación, toda una multitud de pequeños sucesos que siempre le gusta comentar conmigo. Pero luego, cuando creí que ya se iba a despedir, me dijo de pronto:

—¿Has visto últimamente a la condesa P.?

La recordé de inmediato: una de las más hermosas mujeres de la corte, con esa piel fina y blanca y el pelo rubio y sedoso de las esclavas. En los años anteriores no había tenido ocasión de conocerla, pues vivía en sus tierras de Bohemia, aunque sabía que antes de mi llegada a Viena había sido una de las damas más asiduas de palacio. Ahora, parecía haber recuperado de pronto el gusto de nuestra compañía, y en las últimas semanas había aparecido en todos los bailes —más hermosa cada vez—, y a menudo me la había encontrado por los pasillos del Hofburg. Siempre me sentía extraña ante esa mujer, a pesar de su belleza, como si me provocase un indefinido desagrado, tal vez a causa de su sonrisa altanera, de una cierta manera, entre burlona y sopesadora, de mirarme. No quise, sin

embargo, hacer esos comentarios en voz alta, pues he aprendido que en la corte, aunque sea sin mala intención, todo es repetido, y no deseo hablar mal de nadie sin tener razones ciertas para hacerlo: sé muy bien lo que significa que los demás murmuren sobre ti. Asentí a la pregunta de Luis Víctor, y él sonrió levemente y continuó hablando muy despacio:

—Dicen que ha vuelto porque alguien muy importante la ha llamado. Un hombre. Un hombre que la mete en su cama...

La crudeza de esas palabras hizo que mi corazón empezase a latir muy fuerte. Sentí una profunda desazón, y una mezcla de ideas, recuerdos, sospechas, me asaltó de pronto: la ausencia de Francisco las últimas semanas, en las que no ha acudido ni una sola noche a mi dormitorio, ciertos cuchicheos que había sorprendido al aparecer la condesa en algún salón, la inhabitual sequedad con que el emperador —siempre amable con las damas— la trataba... Despedí en seguida a Luis, pretextando cualquier obligación, y fui a sentarme sola en mi tocador, ante el espejo. Allí estaba mi rostro demacrado, los ojos que un día me parecían chispeantes, ahora tristes y hundidos, la piel mate... Y en el alma, todo mi dolor, mi insatisfacción, mi aburrimiento. Pensé que cualquier hombre, atado a alguien como yo, podía desear ese remolino de frescura, de gracia y vitalidad que es la condesa P. Recordé las noches pasadas con el emperador, la relación de nuestros cuerpos: jamás me he negado a compartir mi lecho con él cuando me lo ha pedido, pero ese trato carnal me desagrada profundamente. No puedo evitar la sensación de estar siendo atacada por una bestia ansiosa de liberarse de no sé qué arcaicos impulsos y deseos, y todo mi cuerpo se tensa en ese encuentro —¿desencuentro?—, esperando el momento en que, tras las sacudidas finales, él se aleja al fin de mí, aparta de mí su peso, su olor, su respiración... Sé, sin embargo, que la relación entre un hombre y una mujer puede ser fuente de gozo, éxtasis de los sentidos, unión de las almas a través de los cuerpos... Y a eso lo llaman amor. Tal vez Ricardo, cuya boca atraía a mis ojos como una piedra imán llama al hierro, cuya mano rozando la mía me hacía temblar, tal vez él habría sido capaz de hacer nacer en mí ese deseo, esa ansia de entrega que nunca he sentido. Pero el emperador no... Y ¿no es propio de un hombre joven y sano buscarse esos placeres en otro lecho si no los encuentra en el de su esposa? Quizás haya hecho él mismo llamar a la condesa, añorando ciertos encuentros de antaño, de antes de nuestro matrimonio, incapaz de soportar por más tiempo su ausencia. Tal vez... sí, tal vez ya no me ame...

Y ahora, ¿qué debo hacer yo ahora? ¿He de permanecer callada, sumisa, ignorando lo que seguramente es cierto, llorando a escondidas y en silencio, como mi madre? ¿O debo hablar, hacerle saber a mi esposo que he comprendido la razón de su ausencia, que no estoy dispuesta a consentir ni por un momento que ponga en duda a los ojos de Dios y de la corte nuestro matrimonio, que me humille de esta manera ante todos, que mienta y me engañe diciéndole a otra mujer las mismas cosas —«mi ángel adorado»— que me dice a mí? ¿Cómo sonarán esas palabras en sus oídos...? ¿Qué va a ser ahora de mí si ni siquiera él me ama...?

Viena, Hofburg, 25 de marzo de 1860

Han sonado las seis hace largo rato, y la luz de la mañana empieza a colarse por las rendijas de mis ventanas. El emperador ha debido de salir ya de caza y la pobre Gabriela, mi doncella, ha acabado de cepillarme el pelo y ponerme la ropa de dormir mientras hacía esfuerzos por contener los bostezos... Pero yo, después de tanta diversión, no tengo aún ganas de acostarme. Todavía siento en mi cabeza los acordes de los valeses de Strauss... En las últimas semanas, he descubierto que bailar, si se hace con gusto, sin ser vigilada, y en brazos de un apuesto y acompasado caballero, puede ser un divertido entretenimiento. ¿Será la frivolidad a veces un escudo para las almas demasiado sensibles?

Mis pequeñas «fiestas para solteros» han resultado todo un éxito: veinticinco parejas de hermosas jóvenes y atildados caballeros han acudido cada noche, frescos como ramos de flores recién cogidas, dispuestos a disfrutar, lejos por una vez de la vigilancia de sus gordas mamás, que no han tenido valor, pese al escándalo, para negar a sus retoños la asistencia al baile de la emperatriz. Mientras tanto, todo el mundo está indignado conmigo: la archiduquesa y los suyos, mis damas, Francisco —que no se ha atrevido, sin embargo, a decirme nada, culpable él mismo de pecados mucho mayores—, y hasta mi buen amigo Grüne que, desde que ha sido nombrado caballero real, observa cada mañana alarmado mis entrenamientos en los saltos y mis largos, larguísimos paseos a caballo. Mi cuñado Luis me ha contado todo lo que se dice sobre mí en los salones del Hofburg: me niego a comer, monto en exceso, me empeño en apretarme demasiado el corsé, causándome ahogos y sofocos, me baño cada mañana en agua fría y, para colmo, se me ha ocurrido celebrar mis propios bailes, sin la asistencia de personas decentes que vigilen el comportamiento de los jóvenes, y justo en este momento en que las finanzas del Estado, después de la guerra, se encuentran en la peor de las situaciones posibles y el propio emperador sufre las consecuencias de los tremendos errores cometidos... He de admitir que todo lo que dicen es cierto. Pero ¿qué me importan a mí sus murmuraciones? Es más, añadiré otras nuevas a su lista: he ordenado instalar en mi tocador algunos aparatos de gimnasia —unas anillas, unas espalderas— y, dentro de unos días, Sara Carracci, una de las caballistas del circo Renz, vendrá a enseñarme cómo debo utilizarlos. Ella y las otras mujeres del circo lo hacen a diario, y sus cuerpos son ligeros y hermosos como los de las adolescentes. Imagino la sorpresa de los obesos cortesanos, de las condesas torpes y redondas como barrilitos de cerveza de Baviera: «¡La emperatriz hace gimnasia cada mañana! Recemos a Dios por esa pobre loca». Pero, mientras tanto, la sonrisa de superior conmiseración de la condesa P. ha desaparecido de su rostro. Ahora, cuando me ve, ya no parece estar diciéndome: «¡Pobrecita Majestad! Tan aburrida, tan triste, mientras su marido se divierte cada noche como un muchachito que se escapa del colegio». ¡Ahora, cortesanos de Viena, yo también me divierto!

En el tren, camino de Munich, 7 de julio de 1860

Escribo a trompicones, sacudida por los bamboleos y tumbos de este tren que me lleva hacia mi patria, mi hogar, lejos del frío y la tristeza que invaden todos los rincones de Viena. Y a cada sacudida, un pedazo de mi alma se alegra, se anima y bulle, y todo lo malo va quedando atrás, muy distante, como si nunca hubiera existido... Dentro de unas horas —¡sólo unas horas!— estaré en Possi, en los brazos adorados de mi madre, que me recogerán como a una niña que se hubiese perdido en el bosque poblado de monstruos y volviera al fin a casa, para ser protegida, salvada de la muerte y el miedo.

Sólo el recuerdo de María enturbiará la paz. ¡Pobre hermana mía, reina en un trono cuyos días están contados, esposa de un débil que defiende su destino rezando! Las tropas de ese ambicioso aventurero llamado Giuseppe Garibaldi, apoyado por Víctor Manuel del Piamonte, han ocupado ya Sicilia, expulsando de allí al ejército y a los hombres de mi cuñado, y se preparan para entrar en la península y atacar la capital. María nos ha suplicado ayuda, pero el emperador se la niega, pretextando el desánimo de nuestro ejército y la falta de dinero. Por primera vez, hemos tenido una agria discusión. ¿Cómo habría de quedarme callada sabiendo que mi hermana arriesga no sólo el trono, sino su propia vida, que podría correr peligro en manos de las turbas exaltadas? ¿Cómo voy a perdonarle que la haya dejado abandonada a su suerte, cuando fue él quien negoció ese matrimonio que, en su opinión, debía reforzar nuestra presencia en Italia? Pero ahora que cree imparable el camino de Víctor Manuel hacia la unidad de la península, Nápoles se le antoja un lugar tan lejano, tan poco importante en su vida como el Imperio de la China... ¡Ésa es la palabra de mi esposo, cuya honradez yo habría defendido hasta la muerte hace tan sólo unas semanas! ¡Ésos son los lazos de sangre, la amistad de los reyes, siempre dispuestos a cualquier pretexto para abandonar a quien confía en ellos cuando a ellos no les conviene! El espíritu de la traición vive en los suyos desde hace siglos, ahora lo sé. Y así se lo dije. Y le comuniqué, sin darle tiempo a oponerse, que viajaría a Possi, para esperar junto a mi familia las noticias de aquella que a él le importa tan poco como la más insignificante planta de sus jardines...

Gisela me acompaña. Desde la muerte de Sofía, no habíamos vuelto a estar juntas, pero el propio emperador quiso que la trajera conmigo, para suavizar la maledicencia. ¿Qué puedo decir? Debería sentirme inmensamente feliz por su compañía, afirmar que su presencia a mi lado es como un regalo divino... Sin embargo, mentiría. Me alegro, es cierto, de tenerla cerca, pero no es menos cierto que nunca acaba de gustarme del todo esa niña de cuatro años que ya parece una exquisita jovencita casadera, seria, sumisa, y tan carente de imaginación como su padre, una obediente princesa que se tragaba hoy las lágrimas al despedirse de su abuela y su hermano, y que me llama «mamá» porque así se lo han indicado, ignorando la ternura que cabe en esa palabra. Cuando la oigo, no puedo evitar recordar a Sofía: ella también decía «mamá», pero su voz sonaba como la de un ángel extasiado en presencia del Señor, y yo sentía entonces fuerzas para enfrentarme en su nombre a todo un mundo... Sin embargo, no es culpa suya, no. Sólo yo soy la causante de esta distancia que me separa de mis hijos: yo me rendí al dolor, los entregué a manos extrañas para evitarles la maldición, para librarlos

de la inconsistencia de mi espíritu, yo quise romper la unión sagrada que debía ligarme a ellos. Dios sabe que lo hice por su bien, pero tal vez traicioné así las leyes divinas y sea éste otro pecado que recaerá sobre mis hombros... Cuando pienso en Rodolfo, tan asustadizo, tan débil, con sus ojos siempre suplicantes, como si buscaran en mí algo que yo no sé darle, siento la culpa latigándome. La culpa, y la compasión, y mi terrible incapacidad para hacer nada... Muchas noches sueño que está en el jardín de Ischl, de pie, quieto, mirándome desde lejos, implorándome ayuda, y yo lo contemplo inmóvil y llena de pena hasta que, de pronto, un aire helado empieza a soplar, fuerte, cada vez más fuerte, y arranca a Rudi del suelo, y es entonces un pequeño príncipe heredero, con su uniforme de coronel de los ejércitos, que vuela, como el águila de su escudo, sobre montañas y ríos, agitando desesperado sus bracitos, pidiéndome ayuda... Pero yo me transformo en un árbol ensangrentado, y la sangre, pegajosa como una cola, me sujeta al suelo, y hago esfuerzos desesperados e inútiles por correr a su lado y retenerlo... Luego, el cielo se vuelve negro y lo veo desaparecer, en silencio ya, entregado, y la sangre chorrea sobre mí, y todo se hace negro como el cielo, menos la sangre, y todo se queda en silencio... Me despierto desesperada, sintiendo una negra congoja, y entonces procuro evitarlo durante todo el día y, si nos encontramos, no me atrevo a mirarlo a los ojos, de miedo a dejarme llevar por mi corazón... Pero ¿qué puedo hacer yo por un futuro emperador de Austria si estoy enferma, si estoy sola, si no sirvo para nada?

Viena, Hofburg, 1 de noviembre de 1860

La tos no me deja dormir. He vuelto a levantarme, como ocurre cada noche en las últimas semanas, buscando sosiego en las ventanas abiertas y los inútiles jarabes del doctor Seeburger. ¿Qué extraña enfermedad padezco, Dios mío, que ningún médico, ninguna medicina sabe atajarla? Lucho para ser fuerte, pero la fatiga se adueña de mí, el corazón quiere salirse del pecho, la cabeza me martiriza, y los pulmones heridos me ahogan... El monstruo acecha y ataca...

Mi situación en Viena es cada vez peor. Desde que el emperador aprobó el Diploma de Octubre, los ojos de quienes me miraban con desprecio o recelo echan chispas de odio, y algunos miembros de la familia —que ha aumentado notablemente con todos los Habsburgo huidos de Módena y Parma tras la llegada de los piamonteses— se permiten darme con ostentación la espalda cuando Francisco no está cerca y negarme incluso las reverencias. Pero yo no tengo fuerzas para enfrentarme a ellos, y mis males se agravan con su sola presencia...

Esta noche, luego de permanecer todo el día acostada, el emperador me pidió que acudiera a la cena familiar. Allí estaban, alrededor de la mesa, los archiduques y archiduquesas de rostros retorcidos por la ociosidad, con las miradas vacuas y los corazones llenos de rencor y soberbia, lamentando la traición de esos pueblos que tanto les deben, dicen, y que, al fin, han decidido prescindir de ellos y unirse al reino del Piamonte. Yo los escuchaba recitar, como cada noche, su rosario de quejas y profecías de catástrofes, mientras se llenaban a toda velocidad las barrigas, y

pensaba en la necedad de esas gentes que se han liberado de las cadenas de estos despiadados para entregarse a las de otros iguales... De pronto, los ojos de mi suegra se clavaron en mí, como si estuviera leyendo dentro de mi alma. Entonces, el malestar empezó a crecerme por dentro, ese monstruo que llevo en las entrañas y que hace estremecerse mis piernas, apretarse mi estómago y palpar mi corazón con tal violencia que creo que voy a morir... Apenas pude hacerle un gesto a Francisco, que comprendió, y retirarme a mis habitaciones sacudida por los temblores, sintiendo que el mundo se derrumbaba sobre mí, hasta que, una vez aquí, rompí en sollozos y el monstruo, apaciguado, volvió a adormecerse... Poco a poco, el aire me entró de nuevo en el pecho, el corazón dejó de retumbarme en las sienas y pude quedarme postrada, alejado de nuevo el fantasma de la muerte, hasta la próxima vez... Dios mío, ¿durante cuánto tiempo más habré de soportar esta tortura?

Tal vez, pienso, el mal esté en mi espíritu y no en mi cuerpo, sí, tal vez me curaría si tuviera la posibilidad de irme lejos de aquí, muy lejos, a algún lugar donde sólo el sol y el silencio lo llenen todo, sin obligaciones, sin errores, sin culpas, sin frío...

Viena, Hofburg, 13 de noviembre de 1860

Lloro, lloro... El mundo es negro, negra mi alma... El corazón pesa como una montaña... Lloro. No puedo con él, no soporto su peso, la negrura que me aplasta, me mata... Quisiera morir, quisiera abrazarme a Dios para que me diera vida, o morir. Estoy perdida, y todo es negro... ¿Adonde puedo agarrarme, a qué...? Lloro hasta que se me deshace el corazón, hasta que el peso se deshace, se desvanece la roca que me aplasta, y miro a mi alrededor, respiro... Pero vuelve de nuevo, vuelve la negrura, y me aplasta, no puedo soportarlo, y lloro, lloro... Quisiera dormir, no despertar, no volver de ese sueño como la muerte, que me obliga a encontrarme a mí misma, cada poro de piel, cada mota de entrañas, a rehacerme como si me hubiera muerto, porque pesa mi cuerpo como una montaña y no me encuentro, no veo mi alma que es negra, mi corazón que es negro, una negra montaña que no puedo soportar... Dormir, no despertar, despertar bajo el sol, ligera, ángel con alas, pájaro que vuelva lejos, al sol, ligera, abrazada a Dios...

En el océano Atlántico, a bordo del Victoria and Albert, 25 de noviembre de 1860

Cabalgo sobre el mar como una desposada, adornada de algas... Y él, mi amante, me ha recibido lleno de poder, pletórico de vida, me ha mecido brutalmente en las crestas y los valles de sus olas, ha soplado sobre mí la furia de sus vientos y, al igual que Dios sopló el barro y le dio la vida, me ha devuelto la vida que se me escapaba, y yo lo he amado, y me he postrado ante él llena de gratitud...

Sí, como una moribunda me embarqué en este yate de la reina de Inglaterra, camino de ese exilio elegido por mí, la lejana isla de Madeira, donde mis pulmones podridos habrán de curarse y cicatrizar, donde cicatrizarán y se curarán las heridas de mi alma, en la lejana isla de Madeira,

adonde no pueden llegar archiduques ni emperadores ni obispos ni damas... Y ahora, henchida de mar, me asomo a la borda, para recibir el abrazo de mi amante, y mi corazón palpita como el de un niño que se abre a la vida, y mis alas se despliegan como las de las gaviotas que me acompañan en este viaje, libres.

Libre como una gaviota. Yo, Elisabeth, la miserable emperatriz de Austria, la novia del mar.

III

CANCIONES DE INVIERNO

Madeira, Quinta Vigia, 22 de enero de 1861

Mi vida aquí es tranquila como la de las camelias que crecen en el jardín. Cada mañana, apenas el sol lo inunda todo, abro las grandes ventanas de mi habitación, y puedo ver allá abajo el mar, sereno y deseable, enroscándose sobre los cantos de la playa, lamiendo los viejos acantilados y haciéndome llegar su olor mezclado al de los naranjos y las madreselvas... Luego, *Shadow*, mi cachorro de *airedale*, que llegó hace unas semanas desde Irlanda, viene a saludarme y juntos pasamos el resto del día, dichosos y tranquilos: hablamos con mis papagayos, recogemos con el conde Mittrovsky conchas y cantos —hace unos días encontramos un maravilloso caballito de mar—, paseamos bajo el sol y la brisa en un coche tirado por cuatro poneys blancos, a los que *Shadow* suele ladrar para luego hacerles zalamerías, bailamos juntos al son de las melodías de *La Traviata* del maestro Verdi, que suenan en una pianola que me envió Francisco, jugamos a las cartas —en Viena ya dicen que parecemos un grupo de plebeyos buscando vulgares distracciones—, y leemos sin agotamiento...

Me gusta estar aquí: por primera vez desde mi boda, ninguna cara hosca, ninguna gorda bruja se asoma a mis aposentos. Todas las damas y caballeros de mi séquito, elegido por mí antes de iniciar el viaje, son jóvenes, alegres y bondadosos: la hermosa Carolina Lamberg, la dulce Lily Hunyadi, mis queridas Helena de Thurn y Taxis y Matilde Windischgrätz, y un puñado de deliciosos, gentiles y apuestos caballeros: Rodolfo Liechtenstein, Laszlo Szápáry, Imre Hunyady... Todos y cada uno de ellos me obedecen sin reticencias, sonríen cada vez que los miro, cumplen con dignidad esta dura misión de acompañar a su emperatriz en el exilio sanitario. Y, por primera vez, me siento como una verdadera reina: yo doy las órdenes y decido, yo elijo horarios, compañías y soledades, y nadie me corrige, me reprocha ni me mira con esa expresión que tan bien conozco: «He ahí a una loca...».

Sin embargo, a menudo, en la paz del día, añoro mis caballos, el trote solemne de *Gipsy Girl*, el feroz galope de *Forester*, con el que podría volar al fin del mundo si Dios hubiese querido prestarle las alas de Pegaso... Y luego, por las noches, mientras oigo el rumor del mar y el canto de los grillos, pienso en mis hijos. Podrían ser felices aquí, como yo lo fui en Possi. Corretearían por el jardín y regresarían a casa sofocados y sucios, en lugar de pasar las horas en las frías salas del Hofburg, entre reverencias y terciopelos, como en una cárcel sombría e infinitamente aburrida... Siento lástima de esas pobres criaturas que deben vivir en medio de tal solemnidad, tan lejos de la luz... Pero sin duda es mejor evitarles el descubrimiento de otros mundos de los que nunca se les permitirá disfrutar.

A veces, imagino que con ellos y los caballos a mi lado, todo sería perfecto.

Y entonces, la inquietud me asalta de nuevo. ¿Podría yo vivir en esa perfección, en la calma constante, la ausencia de deseo...? No, ahora que estoy aquí, perdida sobre el mar, quisiera ir siempre aún más lejos, viajar sin pausa, despertarme cada mañana en un nuevo lugar del que lo ignore todo, en el que todo esté por descubrir y ni yo misma me reconozca, donde vuelva a ser una niña que abre los ojos a cada momento del día, asombrada, llena de ansia de saber más, de entender... Cada barco que veo alejarse desde mi jardín, me hace sentir deseos de hallarme a bordo. Igual me daría ir al Brasil o a África, con tal de no permanecer demasiado tiempo en el mismo sitio. Sólo ese constante ir y venir, ese diario enfrentarse a lo desconocido, a mí misma en lo desconocido, curaría a fondo el mal que corroe mis entrañas, el ansia de moverme. Ni el lugar más hermoso de la tierra, ni la mejor compañía posible e imaginable sabrán nunca retenerme. Siempre anhelaré estar donde no estoy, respirar el aire que no respiro, y en la distancia, añoraré sin embargo la seguridad de lo que amo y domino. Estoy, pues, condenada a ser una eterna vagabunda, navegante de los mares del mundo, en busca de ese puerto en el que desearé quedarme para siempre y al que, tal vez, sólo arribaré en el más allá...

Madeira, Quinta Vigia, 20 de marzo de 1861

Mi hermana María es un ser excepcional. Durante cinco meses, desde el comienzo de septiembre, ha resistido al frente de unos pocos fieles en la fortaleza de Gaeta, sitiada y bombardeada por las tropas de Garibaldi, que habían ocupado ya todo el reino de Nápoles. Su marido lloriqueaba a los pies de una Virgen, y ella tomó el mando en sus manos, dio órdenes, repartió ánimos, curó a los heridos y racionó los alimentos, negándose a ceder ante el enemigo, empeñada en resistir hasta la muerte mientras todos —el cuerpo diplomático, los restos de la corte cobarde y traidora— huían llenos de miedo a Roma. Al fin, el propio Papa ha tenido que convencerla para que ella y el pelele de su marido se rindiesen. A Dios gracias, sus vidas han sido respetadas y, como una heroína, podrá instalarse ahora en el exilio en los Estados del Santo Padre. Ansío volver a verla pronto, abrazarla, expresarle mi inmensa admiración por esa fortaleza digna del más valiente de los hombres. ¡Cuánto la envidio!

Sevilla, hotel de Madrid, 1 de mayo de 1861

Quisiera que este viaje durase toda la vida. O toda la muerte. ¿Por qué no habría de perecer en una tempestad, por qué no podría sufrir un accidente, desaparecer para siempre antes de llegar a Viena...? ¡Dios mío, me siento como si tuviera que regresar al infierno, y ahora que se acerca el momento, pierdo todas las fuerzas, olvido todas las promesas de dignidad y valor que me he hecho a mí misma en las últimas semanas!

El hechizo de paz que había surgido en torno a mí en Madeira, ya se ha roto. Aún ayer, a mi llegada a Cádiz, conseguí pasar totalmente inadvertida. Ante mis súplicas, el emperador había

transmitido a la embajada en Madrid el ruego de que no se me hiciese ninguna recepción, por pequeña que fuera, de manera que pude pasear por la ciudad en compañía de mis damas, sin ser molestadas por nadie. Pero hoy, al llegar a Sevilla, tras un pesado y polvoriento viaje, el duque de Montpensier, cuñado de la reina Isabel, estaba, para mi sorpresa, esperándome. Sospecho que la propia soberana lo envió en mi busca, pues traía un mensaje suyo para que la visitara en su palacio de verano, cerca de Madrid. Por supuesto, me negué a semejante desplazamiento, pretextando mi ansia de encontrarme pronto con los míos, después de tan largos meses de ausencia. Y rechacé igualmente la invitación que el ceremonioso francés me hacía para que me alojase en su palacio de Sevilla. Estoy pues instalada en el hotel de Madrid, del que todavía no he salido. Mi cuñado Max, que visitó esta ciudad hace algún tiempo, me ha descrito todas sus maravillas, pero la angustia que siento me impide disfrutar de nada, y así, después de haber hecho el viaje hasta aquí, he preferido quedarme encerrada en esta habitación, desde cuyas ventanas puedo ver la inmensa torre mora que se levanta sobre la catedral, los juegos de la luz cegadora que a ratos se deja suavizar por unas nubecillas descaradas que se pasean por el cielo...

¿Qué encontraré a mi vuelta? Probablemente, dos hijos que apenas recordarán a su madre, un esposo que habrá disfrutado de mi lejanía en brazos de alguna amante apasionada, una corte que habría deseado que no regresase esta emperatriz que tanto la molesta, y algunos súbditos que me acogerán con aclamaciones pero que hubiesen aclamado igualmente el espectáculo de mi coche mortuario... Tendré que acostumbrarme a soportar de nuevo el desapego y la hostilidad, tendré que sobrevivir otra vez al miedo y al dolor. Aunque no sé si tengo fuerzas para sobrevivir.

Corfú, Villa Mon Repos, 6 de julio de 1861

Vi cómo las nubes, pesadas y negras, llegaban desde el norte, invadiendo implacables el aire, y todos los seres vivos callaron de pronto, los pájaros, las ardillas, los insectos, hasta las hojas de los árboles que se cortejaban unas a otras se quedaron en silencio, esperando el momento... Un viento cruel empezó a soplar, agitando todas las cosas, troncos, ramas, hierba, tierra, de pronto enloquecidas como si un súbito encantamiento quisiera arrancarlas de sí mismas... A lo lejos, los truenos resonaron, y un pájaro grande y negro cruzó el vacío, chillando asustado. Luego, empezaron a caer las gotas, el agua sagrada y poderosa, y yo me quedé allí, dejando que me mojara, sintiendo cómo empapaba mi ropa, mi pelo, la piel, cómo me empapaba hasta las entrañas y los huesos y la sangre, y todo rebullía dentro de mí, lleno de vida, y la misma dicha que inundaba las raíces de los árboles, y los arroyos, y la tierra perfumada de pronto, nublabá mi mente, como una borrachera...

¡Estoy viva, viva! La tos ha desaparecido, mis mejillas están sonrosadas, se ha ido la fiebre e incluso el doctor Skoda, que viajó hasta aquí a mi lado, temblando cada vez que una ola azotaba el barco, ha regresado a Austria, seguro ya de mi recuperación. Dijeron que iba a morir, que la tisis acabaría con mi vida en unas semanas. Recé mucho, le supliqué a Dios que me permitiera irme de

este mundo con dignidad, que perdonara mis innumerables faltas, que me acogiera en la paz de su seno, junto a Sofía. Y yo, siempre perseguida por miedos y angustias, me sentí al fin resignada, como rendida a la idea de la muerte, sin ansia ni temor. Puse en orden mi vida, con Dios y con los hombres. Pedí perdón a quien debía concedérmelo por mis errores, a Francisco, a la archiduquesa, a mis hijos, y me dispuse a entregarme a los designios del Señor. Pero Él ha querido que viva, que aquí, en este hermoso lugar, recupere la salud...

Mi vida en Corfú es aún más tranquila que en Madeira. Mi mayor placer es sentarme en la playa, sobre unas piedras enormes; los perros se acuestan en el agua y yo, en paz con el mundo, contemplo los juegos del sol en el mar y los juegos de la espuma en la arena, en la que a veces asoman sombras de mi pasado y mi futuro. Pero en mi corazón no hay ecos de llantos. Sólo la luz intensa, el sonido rítmico de la marea, el áspero tacto de la arena, la brisa que deja en mi boca sabor a sal, son entonces reales... Es como si, en esta serenidad de siglos, mis entrañas se exprimieran de todo el mal. Y me siento tan limpia, tan pura, que podría creer que aún permanezco, inocente y libre, en el vientre de mi madre. El mar se lleva de mí todo lo ajeno y me da sus pensamientos. Él, que no puede morir, rejuvenece todo lo que toca. De él procede todo mi saber y hasta mi vida, y me posee, pues le pertenezco.

Ahora sé a ciencia cierta que mi enfermedad vive en mi espíritu, y no en mi cuerpo, que mi única cura está lejos de Viena y de la corte. Sé que, si quiero vivir, deberé hacerlo lejos del infierno. Y que los demás digan lo que les plazca. Porque quiero vivir...

Corfú, Villa Mon Repos, 6 de septiembre de 1861

La extraña quietud que me rodea —este mundo líquido y luminoso, desprovisto de todo ornamento que no sea la inconmensurable hermosura de la naturaleza— parece haber traspasado mi piel, llenando de quietud mi propio espíritu, que tal vez esté diluyéndose e iluminándose en contacto con el aire...

Pensé, cuando Grünne vino a verme hace unas semanas, que volvería a enfermar. ¡Qué arrebatos de furia sentí en esos momentos, ante ese hombre a quien siempre había creído mi amigo, y que de pronto hablaba de mi cuerpo y de mis sentimientos como si fuesen uno más de los objetos del Hofburg! Sé que su desfachatez sin límites era compartida por aquellos que lo enviaron hasta mí con semejante mensaje, pero aún ignoro si sólo se trataba de buscar un arreglo entre el emperador y yo, o si por el contrario pretendían tenderme una trampa. Primero se atrevió a confirmarme las relaciones de mi esposo con otras mujeres: «La carne de los hombres es ardorosa, Majestad. Vos debéis de saberlo mejor que nadie: habéis tenido suficientes ejemplos en vuestra propia familia». Después, trató de animarme a que yo hiciera lo mismo, si ése era mi deseo, siempre y cuando mi discreción evitara los escándalos...

Lloré amargamente durante toda la tarde, pero a la mañana siguiente, la furia se había desvanecido, los llantos se calmaron, y mi ofendido orgullo de amante y engañada esposa cedió el paso a la comprensión. Y un día, mientras contemplaba los cipreses que descienden por las colinas hasta el mar, me di cuenta de pronto de que sentía alivio. Al fin y al cabo —pensé—, el alejamiento de nuestros cuerpos me permitirá vivir en mayor libertad y no debe afectar en cambio al fraternal cariño que siento por el emperador. Me reí al imaginar a mi esposo como un hermano querido... Y tuve que confesarme a mí misma que si un día hubo en mi corazón ternura por su amor, deseo de corresponderle con todas mis fuerzas, ahora ya he comprendido que somos dos seres lejanos, que nunca podrán compartir el latido de sus corazones, agitados por deseos y emociones diferentes. Empeñarse en otra cosa sería como tratar de desviar el curso de esas olas que rompen en las rocas a mis pies.

Yo hubiese deseado el amor... Pero no lo tengo. Ahora, a cambio, sólo quiero soledad y silencio.

Corfú, Villa Morí Repos, 23 de octubre de 1861

Francisco se ha ido hoy, después de una visita de ocho días. Nuestro encuentro ha sido, podríamos decir... respetuoso. A veces me parecía percibir todavía en él una llamarada de deseo y ternura, como un renacimiento súbito de aquel amor que lo arrebató al principio, pero luego mi frialdad y su propio pudor lo devolvían rápidamente al más distante de los tratos.

No deja de ser sorprendente que ahora que he asumido la verdad de nuestro matrimonio, me resulte mucho más fácil influir sobre él. Sé que puedo dominarlo con un solo gesto, una sola mirada. Después de tantos sufrimientos, he aprendido que no son las súplicas las que conmueven al emperador, sino las exigencias: este hombre, uno de los más poderosos de Europa, acostumbrado a decidir sobre la vida de tantos millones de súbditos, se vuelve niño cuando alguien le impone su propia decisión. Y ésa es mi salvaguarda para el futuro.

Por el momento, hemos acordado que no regresaré a Viena. La mejoría de mi salud me obliga a abandonar Corfú, pues ya no hay excusas para seguir aquí, pero me instalaré en Venecia, lejos del Hofburg. Los niños pasarán allí el invierno conmigo: para el emperador será una manera de recordar al pueblo italiano nuestro dominio —algo que le importa mucho en estos tiempos tan agitados—. Para mí, un gesto que probará a quien debe probarlo que estoy dispuesta a imponer mi voluntad, a no sufrir mientras esté en mi mano el impedirlo. La archiduquesa se resistió cuanto pudo, alegando toda clase de pretextos, pero cada uno de ellos fue acallado por Francisco, convencido de que esta solución es favorable para todos.

Y no ha sido ésa mi única victoria. He logrado además la autorización del emperador para alejar de mi lado a la condesa de Esterházy, la insoportable espía de mi suegra. Nombraré nueva camarera

mayor a Paula Bellegarde, que ha demostrado su fidelidad durante todo este tiempo, y su esposo, el conde de Konigsegg-Aulendorf, será mi primer chambelán. Francisco se resistía a tomar esa decisión. Sabe que la corte censurará los nombramientos, puesto que Paula no es princesa, y su nuevo cargo la convierte sin embargo en la primera de las damas. Pero ése era mi deseo, y esta vez he logrado que mi deseo se imponga serenamente, sin llantos ni tempestades.

Cuando él aceptó, tuve ganas de gritar: al fin, por vez primera desde mi llegada a Viena, no me sentí vencida, privada de razón, aprendiz de una ignota moral cuyas reglas no alcanzo a comprender... Y es como si la pequeña Sissi, aquella a la que todos querían manejar, se hubiera desvanecido en el dolor, y su lugar lo ocupase, ahora, Elisabeth, una mujer.

Venecia, 18 de febrero de 1862

Venecia es hermosa y triste como las sonatas que mi hermana Helena tocaba al piano cuando éramos niñas, y que me hacían llorar, ignorando si lo que sacudía mi alma era el recuerdo de la belleza o el del dolor... Me asomo a las ventanas del palacio mientras la lluvia —que cae incesante, día tras día— repiquetea apacible en el agua del canal, y veo alzarse frente a mí las cúpulas de San Giorgio; a lo lejos, envueltos en la bruma, asoman como espectros los edificios de la isla del Lido, y yo siento en mi interior una confusión de emociones diversas, una melancolía, un ansia de caricias y palabras suaves, y a la vez el placer de perderme a solas en este silencio, como si yo misma me diluyera en las nubes que flotan, en el agua que todo lo domina, tierra y aire...

Luego me instalo junto al gran fuego, el único lugar de este gélido palacio donde es posible sobrevivir permaneciendo quieta, y leo los libros de Heine, los libros de Goethe y de Byron, y dejo que sus manos amigas me conduzcan por los duros caminos de la verdad que ellos recorrieron. Espíritus privilegiados, seres que han vivido las más hondas profundidades del dolor, las más elevadas cimas del gozo, que han visto de cerca a Dios y al diablo, y cuya extraña compañía me resulta más cercana, más deseable que la de la mayor parte de la gente que conozco en carne y hueso... Serán cosas de locos.

Venecia, 14 de marzo de 1862

En los últimos días, apenas puedo salir. Ahora que mi pecho está curado, un nuevo mal se ha adueñado de mí, convirtiendo mis piernas en instrumentos de tortura. El doctor Fischer, que me ha visitado hace unos días, dice que sufro una hidropesía debida a la clorosis, y me ha obligado a comer. Yo hago esfuerzos para tragar grandes filetes de carne y potajes de verduras, pero mis pies se hinchan aún a menudo de tal manera, que tengo que apoyarme en dos personas si quiero desplazarme de un lugar a otro del palacio.

Entretanto, y para matar algunas de las larguísimas horas que aquí vivo, mientras los niños reciben sus clases o dan su paseo, y cuando no siento ganas de leer o meditar, me he puesto a reunir fotografías. Pedí primero a Munich, llena de nostalgia, que me enviaran las de toda la familia y los criados, y entonces, al encontrarme con los rostros bellísimos de mis hermanas y de Margot, la doncella de mi madre, sentí deseos de conocer a otras mujeres semejantes. Le escribí al ministro de Exteriores, rogándole que sus embajadores me hicieran llegar los retratos de las damas más hermosas de los países en los que residen. Sé que esta petición ha causado estupor, que todos piensan, una vez más, que estoy loca. No pueden comprender el placer que siento al estudiar los rostros, las poses, los vestidos, las miradas de todos esos seres, cuyas vidas creo ver reflejadas en los retratos... Desde París me ha llegado un curioso envío: imagino que con mala intención, alguien —tal vez la propia esposa del embajador, la exquisita princesa de Metternich, siempre tan estirada y presumida— me ha remitido una colección de fotografías de actrices, cantantes y hasta artistas circenses... Quienquiera que haya sido, se sentiría probablemente muy decepcionado si supiera que ése es uno de los envíos que más me han agradado: ahora, lady Geary, vestida con riquísimas sedas y encajes, descansa en su magnífico salón londinense junto a una cortesana parisina, escotada y provocativa, que se apoya coqueta en un pilar. Y al lado de la princesa Yusupov, rodeada de flores, Amélie Perrin, amazona de circo, monta su caballo favorito enseñando las piernas... Me paso largas horas delante de todas estas bellas, buscando en sus ojos las necias vanidades, las pasiones exaltadas, las tristezas siempre disimuladas detrás de sonrisas de cartón. Todas ellas son hermosas, muy hermosas, y yo disfruto analizando sus rasgos, sus peinados, el cuidado con el que colocan la mano en el sitio justo, e indago en sus cuerpos, en la imaginada robustez de sus caderas, en la estrechez de sus cinturas, en la forma supuesta de sus pies... De todas y cada una de ellas desearía algo, el ángulo de las cejas, el gesto perfecto de un dedo, la justa medida de los labios... Pero luego me acerco al espejo, y me contemplo a mí misma, una hermosa mujer, yo, lejos la incierta candidez de la adolescencia, lejos el espectro pálido y descarnado de los últimos tiempos, hermosa, el cabello como una corona, flexible el cuerpo, ligero y duro como el de las amazonas, la cintura leve, los senos altivos, el vientre plano, los miembros firmes...

Ahora, los hombres me miran con admiración, y las mujeres suspiran de envidia... Y yo me siento orgullosa de mi obra, de mis dietas y mi gimnasia y todos mis desvelos, siento una inmensa e íntima satisfacción, el placer de saberme digna de ser admirada por algo. Sé que ahora, cuando hablan de mí, dicen: «La emperatriz es un desastre. ¡Pero es tan hermosa!». Sí, la belleza convierte a los seres en intocables. Nadie puede dañar a una estatua. Y yo quiero ser para ellos una estatua.

Possenhoffen, 16 de julio de 1862

El amor es un dulce y poderoso veneno... Acaricia el corazón y luego, cuando el corazón ya no puede vivir sin ese suave amigo, lo destroza y lo roe. Por eso, María, que soportó valerosa como un hombre el asalto de Garibaldi a Gaeta, llora ahora como una niña la ausencia de su amante. ¡Cómo

me recuerda a mí misma cuando de pronto, agitada por los sollozos, tiene que salir corriendo para ir a verter sus lágrimas en algún rincón de la capilla! La melancolía de los Wittelsbach fluye libre por nuestra sangre...

En estos días, María, Matilde y yo hemos conversado durante horas. Ellas me han explicado cosas que yo no imaginaba, cosas del corazón y de los cuerpos, tan lejanas, tan desconocidas para mí, que apenas puedo creer que sean mis propias hermanas quienes así me hablan. Las dos son desdichadas en su matrimonio. María, porque su esposo, Fernando de Nápoles, sufre de una fimosis que le impide la práctica del sexo. Matilde, porque el suyo, el conde Luis de Trani, al contrario que su hermano Fernando, está tan entregado a los placeres carnales que abandona su lecho con excesiva frecuencia para compartir el de otras mujeres. Y las dos ansiaban conocer los placeres del amor. Juntas, apoyándose la una a la otra, en su exilio romano, lejos de la estrechez de la corte, han buscado fuera del matrimonio lo que en él no encontraban. Matilde —que hace tan sólo unos meses, antes de casarse, era una niña tan delicada y frágil que siempre la llamábamos Gorrión— se ha enamorado de un duque español. Y María, de un conde belga, oficial de los zuavos de la guardia papal, al que ha tenido que abandonar al saber que esperaba un hijo. Su dolor es tan intenso, que siento por ella una inmensa compasión. Me pregunto qué hará cuando su vientre se haya hinchado tanto que no pueda disimular por más tiempo su estado, a quién confiará esa criatura de la que necesariamente tendrá que separarse.

¡Qué espantosas tempestades del alma provoca la pasión! Quiera Dios librarme por siempre de semejante furia... Que mi cuerpo permanezca, como el de una vestal, intocable, pues su entrega enturbia de tal manera el espíritu, ensucia y pudre la tierna amistad de los corazones.

Viena, Schonbrunn, 16 de agosto de 1862

Hacia más de un año que no estaba en Viena. Hubiese querido no tener que pisar de nuevo esta ciudad que me ahoga, estos palacios en los que siento que nada me pertenece y en donde, detrás de cada puerta, a cada vuelta de un corredor, un enemigo me acecha... Pero mi salud es perfecta, y el deber —¡siempre el deber!— exigía mi regreso para el aniversario del emperador, que celebrará el día 18 sus treinta y dos años. Me negué, eso sí, a acudir a Ischl, donde la archiduquesa pasa el verano, y le pedí a Francisco que se desplazara él a Viena, si es que quería que estuviésemos juntos en esa fecha.

El recibimiento fue magnífico, digno realmente de una soberana que se fue de su capital moribunda, y ha regresado, como si un milagro hubiera sucedido, llena de vida: la ciudad, desde la estación del ferrocarril hasta el palacio, estaba cubierta de banderas y flores, y miles de personas soportaban el calor de la tarde, y lanzaban vivas al paso de nuestro coche. Francisco estaba emocionado. Para él, era el reconocimiento del amor de nuestros súbditos.

—¿Te has fijado, Sissi? —me dijo mientras atravesábamos el Graben—. ¡Hay aún más gente que el día de nuestra boda! Todas esas personas han querido transmitirte así su afecto, y esta noche, la ciudad se llenará de plegarias de agradecimiento por tu curación...

Podría haberle sonreído, haberle dado la razón, aunque sólo fuera por compartir su alegría. Pero ese rasgo de crueldad que últimamente descubro a menudo en mi comportamiento, me llevó a decirle todo lo que pensaba en ese instante:

—Sí, la gente es muy curiosa... En cuanto hay algo que ver, todo el mundo acude corriendo; da lo mismo que sea un mono que baila sobre un organillo, que nosotros. ¡No estoy tan dispuesta como tú a creer en su afecto! La vanidad no puede tanto en mí que me lleve a hacerme semejantes ilusiones.

Me arrepentí apenas hube pronunciado esas palabras. El estupor del emperador, su repentino pesar ante la idea de que sus pueblos podrían no amarlo, sino simplemente ansiar el espectáculo, me movieron de inmediato a la piedad.

—No me hagas caso —añadí rápidamente, sonriéndole y agitando a la vez la mano para la gente—. Estoy cansada. Tuve que levantarme a las cuatro de la mañana, y las despedidas, ya lo sabes, me ponen siempre muy triste. He vomitado varias veces durante el viaje, y ahora me duele la cabeza. ¡No me hagas caso!

El emperador pareció sentirse aliviado, y en seguida olvidó mis palabras. Si él creyera, como yo, que apenas somos más que monos de feria, todo su mundo se derrumbaría. Agradezco a Dios que lo mantenga en la inocencia.

Viena, Schonbrunn, 17 de agosto de 1862

Esta noche, después de la cena, el emperador me pidió que nos reuniéramos a solas. Yo había estado esperando ese momento desde mi llegada ayer, pues quería poner desde el principio todas las condiciones necesarias para que nuestra convivencia sea tranquila a partir de ahora, cuando tantas cosas se han roto ya en nuestras vidas. Había preparado, antes de irme de Possi, una larga lista y, con ella en la mano, me instalé en el salón. Hablamos primero de vaguedades, de sus asuntos, de mi familia, de los niños... El emperador tomaba una taza de té. Su escudo, oro y rojo, brillaba en la porcelana inmaculada. Estaba segura de que él también deseaba decirme algo importante. De pronto, su cuerpo pareció ponerse tenso:

—Tal vez, Sissi, deberíamos pensar en tener otro hijo.

Me quedé mirándolo fijamente. Ni un solo momento, desde el nacimiento de Rudi, se me había ocurrido esa posibilidad. Me estremecía la idea de volver a ser madre, de sentir de nuevo el mismo fracaso, el viejo dolor. Francisco esperó en vano mi respuesta y luego siguió hablando:

—Si a Rodolfo, Dios no lo quiera, le ocurriese algo, la sucesión tendría que pasar a mi hermano Max. Deberíamos tener más varones. Y por otra parte, un hijo acallaría las voces que se empeñan en hablar de nuestro distanciamiento. Me sorprendió su hipocresía, tan poco habitual en él:

—Comparto contigo la incomodidad ante los comentarios —repliqué—, pero no voy a poner en peligro mi salud por silenciar los rumores. El doctor Fischer opina que ahora no debo pensar en eso. Mi cuerpo no está aún lo suficientemente recuperado y, de cualquier manera, la obligación de someterme al menos a una cura anual de balneario me impide disponer de los meses necesarios para tener un hijo. Francisco pareció resignarse a mi explicación: —Está bien, Sissi. Esperaremos algún tiempo. Se quedó callado, mirando su taza. Sobre la chimenea, en un reloj sonaron las ocho. Entonces me decidí a hablar, antes de que el emperador quisiera retirarse:

—También yo deseo decirte algunas cosas. —En la puerta se oyeron los pasos de la guardia que se relevaba—. Has mencionado nuestro distanciamiento. No voy a hablar de eso. Los dos sabemos de sobra todo lo que ocurre entre nosotros. Y tú no ignoras, porque le pedí a mi hermana Helena que te informase de ello, cuáles son mis sentimientos hacia la corte y mi posición aquí. Sin embargo, al igual que tú, aspiro a no ser el entretenimiento de los salones vieneses. Las palabras que los demás dicen con maldad, acaban dañando. Es como si tuviesen poder para convertir lo falso en verdadero. ¡No quiero que hablen de mí! Y deseo que nuestras vidas, la tuya y la mía, y la que podamos llevar juntos, sean lo más armoniosas posible. Acabo de darte mis razones para no tener otro hijo. No compartiré mi lecho contigo, pero no voy a exigirte fidelidad, aunque sí discreción.

Francisco se sonrojó como un niño. Giró la taza sobre su plato. Al otro lado, el escudo volvió a relumbrar, iluminado por la luz de la lámpara.

—He vuelto a Viena, y me quedaré aquí todo el tiempo que mi espíritu sea capaz de soportar. Pero con ciertas condiciones. —Extendí el papel sobre mi regazo: no quería que se me olvidase nada—. Deseo que se respete mi soledad; pasearé sola por el palacio y por los jardines cuanto me plazca, sin séquito, ni compañía, ni vigilancia policial. Anularé los *cercles*: las visitas serán a la hora que a mí me apetezca, y no a la que ellas quieran. Montaré a caballo a diario, todo el tiempo que desee. Sólo asistiré a los actos que sean absolutamente imprescindibles y, desde luego, mi salud estará siempre por encima de esos deberes. Viajaré cuanto considere oportuno, aunque admito que se den públicamente las excusas que sean necesarias. Y opinaré cuando yo crea que debo hacerlo en todo lo referente a los niños.

El emperador sabía que no había nada que discutir. Mi tono de voz, los informes de mi hermana Helena, mis exigencias de los últimos meses no daban lugar a dudas: o aceptaba, o yo me instalaría por siempre lejos de Viena.

Me quedé en silencio, aguardando su respuesta, sintiendo mi corazón latir muy fuerte, dividido entre el deseo de que mi propuesta fuera admitida —y el destino me permitiera así vivir un simulacro de armonía y de libertad—, y el deseo opuesto de encontrarme ante un tajante rechazo, que me dejaría libre, sí, pero expuesta a todas las luchas, a todos los odios. Mi destino dependía en ese instante de una sola palabra. Al fin, Francisco dejó quieta la taza. Se llevó la mano a las medallas de su uniforme, un gesto que siempre utiliza cuando tiene que decir algo que le desagrada profundamente, y, pese a todo, tuvo valor para sonreírme:

—Como tú quieras —dijo—. Sólo te pido, yo también, discreción.

Mi vida estaba decidida, así, en unos segundos, después de tanto, tanto dolor... Me levanté, me acerqué a su sillón y, arrodillándome, le besé la mano. De nuevo sentía piedad por aquel hombre anonadado ante mí, temeroso de las amenazas que latían en mis palabras. No quería que pensase que mi corazón respiraba crueldad e inquina.

—Eres mi esposo, y te quiero —le dije. Y él acarició mi mano y la acercó a sus labios. Luego, se fue. Yo sabía que la condesa P. estaba en Viena, tal vez esperándolo. Y me quedé viéndolo desaparecer a través de los salones, hacia su habitación, con lágrimas en los ojos y una profunda tristeza en el alma. Quizá si no hubiera sido emperador...

Viena, Hofburg, 12 de diciembre de 1862

El vendaval sopla con furia. Puedo oír su bramido, creciendo a lo largo del patio, hasta que choca contra mis ventanas y las golpea, y vuelve a empezar... En noches como ésta, refugiada junto al fuego, o arrebujada bajo mis mantas, suelo pensar en todos los miserables que carecen de un techo para vivir. ¿No debería una emperatriz dedicar su tiempo a quienes no tienen nada? Pero incluso los que no tienen nada están obligados a disfrutar con el espectáculo de los que todo lo poseen, exhibiendo ante ellos su esplendor...

Así ha sido hoy, una vez más: joyas y satenes, músicas y vítores para demostrar nuestra estrecha amistad con Prusia. El heredero Federico y su esposa han venido a besarnos, mientras el rey Guillermo, astuto como un zorro, nombra presidente del Consejo a Otto von Bismarck, un hombre sanguinario, dispuesto según creemos a enfrentarse con nosotros, y que ha sido capaz de decir, ante el Parlamento, que las grandes cuestiones de nuestra época «serán decididas a hierro y sangre». ¡Dios nos libre de sus garras!

Entretanto, Federico y Victoria besan nuestras manos, simulando un afecto que sólo existe en los gestos. Pero el emperador ha querido esta visita, para convencerles de nuestra buena disposición, y yo me he entregado en cuerpo y alma a nuestros invitados, que, por lo demás, son encantadores.

Ignoro cómo, a estas horas de la madrugada, aún me sostienen las fuerzas, pues la jornada ha sido tan dura que he tenido que cambiarme tres veces de vestido para asistir a los diferentes actos. Por fortuna, la noche acabó en diversión. Fue durante el banquete de gala. Todos estábamos, como siempre, estirados y graves, e intentábamos comer rápidamente, siguiendo el ejemplo del emperador, y deseando sin duda que la cena acabase pronto. Yo observaba a mis dos cuñadas, sentadas frente a mí. María Annunziata de Borbón, la nueva esposa napolitana de Carlos Luis, me inspira una profunda piedad: el mismo día de su boda, un ataque de feroz epilepsia obligó a suspender la ceremonia religiosa, mientras la pobrecita se revolcaba entre espasmos y la espuma ensuciaba su blanco vestido. Algo en su cara dulce y aniñada me recuerda a mi pequeña Sofía, y temo que, como ya ocurrió con Margarita, los matrimonios de Carlos estén condenados a una pronta despedida. A su lado, fría como el hielo e impasible, Carlota, la esposa de Max, fingía comer. Yo contemplaba su pelo negro y sus ojos oscuros, admiraba su belleza y pensaba en la extraña repulsión que sin embargo me produce, un raro estremecimiento de miedo, como si mi corazón previera un gran mal, algo terrible que viene de lo más profundo de sus megalómanas entrañas... ¿Cómo habrá podido mi querido cuñado, tan inteligente, tan abierto de espíritu, casarse con esa ambiciosa y pretenciosa Coburgo, que presume siempre de sus conocimientos y es mortalmente posesiva con él?

Meditaba acerca de todas estas cosas, mientras intercambiaba de vez en cuando algunas aburridas palabras con Federico, sentado a mi lado, cuando mi mirada se fijó en el príncipe Lobkowitz, ayuda de campo del emperador, que ocupaba uno de los asientos del extremo de la mesa. Supongo que para engañar el mortal fastidio, el príncipe se había puesto a jugar con un mondadientes, que sujetaba entre sus dedos, como haciendo malabarismos. De pronto, el palito salió despedido y, luego de hacer una extraña trayectoria, cayó en medio de mi pularda. Agaché rápidamente la cabeza, para que Lobkowitz no se avergonzase pensando que lo estaba mirando, y durante unos momentos pude contenerme y fingir que nada había ocurrido. Pero al cabo, la risa me subió desde el estómago, silenciosa primero, pronto bullanguera, y sin poder ya disimular por más tiempo, estallé en ruidosas carcajadas que me arrancaron las lágrimas, cada vez más excitada al comprobar cómo el banquete había quedado en suspenso, y todos estaban ahora a mi alrededor, boquiabiertos, mirándome, sin saber muy bien qué hacer en una situación como ésa, que el protocolo no había previsto. Al fin, cuando logré calmarme un poco, el emperador me preguntó, avergonzado, qué me había ocurrido. Miré un instante a Lobkowitz, y leí en sus ojos una súplica para que no le convirtiese en el hazmerreír de todo el mundo. Respiré hondo, me serené, y alcancé a decir, como si nada hubiese sucedido: «He recordado algo muy divertido. Discúlpeme». Entonces, todos siguieron cenando y hablando, y el banquete se acabó entre reverencias y miradas mal disimuladas hacia esta pobre imprudente. El príncipe Lobkowitz, al despedirse de mí, murmuró: «Nunca os agradeceré lo

suficiente lo que habéis hecho esta noche», y yo volví a acordarme de lo ocurrido —Lobkowitz disparando, el mondadientes cayendo en mi plato en medio de tanta trascendencia— y sentí de nuevo las carcajadas reventando en mi garganta, mientras el huracán comenzaba a sacudir las ventanas de todo el palacio.

Viena, Hofburg, 24 de abril de 1863

Al fin he conseguido que Fanny Angerer sea nombrada mi peluquera. Desde que hace dos meses vi a Helena Gabillon en el teatro, con su hermosa cascada de trenzas alrededor de la cabeza, me pareció que sólo la autora de semejante obra era digna de ocuparse de mi pelo. Ha habido largas deliberaciones, pues ciertas personas no creían adecuado que una muchacha procedente del mundo del teatro viniese a vivir a la corte, pero yo insistí tanto, que el emperador finalmente cedió.

Así pues, hace ya varios días que la linda Fanny acude a diario a mi tocador, y el resultado es, como yo esperaba, magnífico. Hoy hemos dedicado la jornada al lavado, este pesado rito al que debo someterme cada quince días, y que me inhabilita para cualquier otra actividad. Es preciso tratar mi cabello primero con un preparado a base de huevo y coñac, que me convierte durante algún tiempo en una especie de monstruo de greñas amarillentas. Luego, lavarlo cuidadosamente con jabones y esencias, recortar algo las puntas hendidas, y permanecer después largas horas junto al fuego, mientras las doncellas lo envuelven en toallas y lo cepillan poniendo cuidado para no arrancar ni un solo cabello, pues me horroriza la idea de ver mi melena deshacerse entre sus manos, como en cierta pesadilla que a menudo se repite en mis sueños.

En días como éste, mi único alivio es saber que no preciso además someterme al peinado, que a diario dura dos o tres horas. Durante esas largas sesiones mientras mis cabellos están ocupados, mi espíritu languidece, como si huyera a través de ellos, en dirección a los dedos de mi peinadora. Así pues, he decidido ocupar ese tiempo en algo provechoso, que obligue a mi cerebro a recogerse, y he comenzado a estudiar el húngaro con el padre Homocky. ¡Qué lengua bella y poderosa...! Me gusta pronunciarla, como si fuera un lenguaje misterioso, iniciado. Ese esfuerzo es además mi manera de demostrar al pueblo húngaro, tan maltratado por la corte y el gobierno, mi simpatía por sus sufrimientos. Como era de esperar, la archiduquesa acogió mi decisión con palabras de ánimo: «Si no has sido capaz de aprender el francés, que todos dominamos, ¿cómo vas a conseguir expresarte en esa lengua endemoniada que sólo te servirá para entenderte con los campesinos?». Mi suegra, llevada por su profunda animadversión, ni siquiera admite que, en la intimidad de sus hogares, los nobles, los profesores, los artistas y todos los húngaros que aman su patria utilizan esos antiquísimos sonidos, que guardan como un tesoro en lo más profundo de sus corazones.

Así pues, aprendo húngaro mientras Fanny teje complicadas trenzas alrededor de mi cabeza... A veces me pregunto por qué sufro semejantes torturas a causa de mi cabello, por qué no ordeno que me

lo corten y peinen de manera más sencilla. Y siempre encuentro la misma respuesta: siento mi pelo como un cuerpo extraño sobre mí, como un ser vivo ajeno a mi existencia —que, sin embargo, está íntimamente ligada a la suya—, como un regalo de Dios del que no me estuviera permitido disponer a mi antojo. A menudo pienso que ésa es mi verdadera corona.

Viena, Hofburg, 8 de septiembre de 1863

El descaro de la archiduquesa no tiene límites. Su odio por Hungría y por mí es tan grande, que es capaz de saltarse todas las normas de la discreción, exhibir en público nuestras miserias y organizar una escena como la de esta noche en el teatro. Habíamos acudido a ver *Las manos de las hadas*, una de esas estúpidas comedias que a mi esposo le gustan tanto. Yo no sentía ningún deseo de asistir a semejante espectáculo, pero el emperador me pidió que le acompañase, recordándome que son ya muchos los meses que no me dejo ver en el Burgtheater. Elegí para la ocasión un vestido de seda rosa, e hice que Fanny me colocase una hermosa cofia húngara, bordada de oro, que recibí hace unos días de Buda. Francisco y yo entramos en nuestro palco cuando el teatro ya estaba lleno. Frente a nosotros, la archiduquesa ocupaba otro, en compañía de algunos de sus favoritos. Después de las reverencias, observé que la condesa M. le susurraba algo al oído. Mi suegra dirigió la vista hacia mí, alzó sus impertinentes para mirarme con detenimiento, se puso de pie en el palco, apoyándose ostensiblemente en el borde, medio cuerpo en el vacío, y con la misma ostentación, se volvió airadamente y se dirigió en voz bien alta a sus acompañantes. Desde nuestro sitio no podíamos oír sus palabras, pero veíamos su cara desencajada por la ira, y nos llegaban con claridad los murmullos de la gente, que había seguido la escena y nos miraba a las dos, a ella y a mí, sonriendo muchos burlonamente. Yo sentí cómo el calor me subía a las mejillas y los latidos de mi corazón se aceleraban ante semejante exhibición de intolerancia y de impudicia. Le susurré al oído al emperador que me retiraba y él, tan avergonzado como yo, se levantó a su vez. Juntos abandonamos el teatro, sin ni siquiera saludar a los asistentes. Francisco, en silencio, me acompañó hasta mi dormitorio y se despidió de mí con ternura. Yo le agradecí con la mejor de mis sonrisas su gesto de amor, esa rara demostración pública de su apoyo hacia mí frente a su madre que, en esta ocasión, ha llevado su desacato demasiado lejos.

A estas horas de la noche, el rumor de lo ocurrido correrá ya por todos los salones de todos los palacios de Viena, que hoy permanecerán iluminados hasta altas horas de la madrugada, mientras unos y otros desmenuzan el sentido de esa escena, se explican el grado de desafecto en el que vive la familia, profetizan sobre el futuro del Imperio, de Hungría y de nuestras relaciones... Dirán que he querido provocar, poniéndome la cofia húngara, precisamente húngara. Dirán que mi desvergüenza no tiene medida, que soy capaz de cualquier cosa con tal de declarar la guerra en palacio, de alejar a mi esposo de su amada madre y de sus deberes sagrados... Hablarán, hablarán... Y el odio hacia mí correrá por las calles, inundará la ciudad, y yo cerraré entretanto los ojos, intentando inútilmente dormir.

Viena, Hofburg, 17 de marzo de 1864

¿Qué habrán hecho todos estos hombres para merecer semejantes sufrimientos? Me paseo entre las camas, y miro sus rostros, contraídos por el dolor, pasmados de soledad y de miedo... Por todas partes se oyen gemidos, llantos, oraciones, gritos de rabia... Pero mejor es eso que el silencio: el silencio, en un hospital de guerra, es la muerte. A veces, cuando me indican dónde están los heridos húngaros, me acerco a alguno de ellos y le digo en su idioma: «No tengas miedo, pronto estarás en casa», y el hombre sonrío, si puede, al oír los dulces sonidos de la lengua de su madre, y quiere saber quién le habla así. A menudo algunos de ellos intentan incorporarse para rendirme honores... ¡Honores! Siento entonces la vergüenza enredarse en mis tripas. ¿Quién soy yo, viviendo tranquilamente entre sedas, protegida del frío, vigilada por un ejército de médicos atentos a la menor de mis toses para venir así a visitar, a dar ánimos, a los lisiados y los moribundos del ejército de mi esposo? Me paseo entre ellos, los miro, les hablo, me informo sobre su salud y luego me voy a casa y allí, ante un té bien caliente, junto a la estufa de porcelana blanca, donde ni una sola mota de polvo ha tenido tiempo de posarse desde hace años, rodeada de hermosos cuadros de paisajes en los que jamás ha sonado un disparo, jamás ha corrido una gota de sangre, él, el emperador, me habla de nuestras hazañas en los campos de batalla: «Pronto acabará esta guerra. Prusia y Austria juntas humillarán a Dinamarca, y todo volverá a estar en orden. Es cuestión de días».

Y yo afirmo, pregunto sonrío, me congratulo. Y luego me voy a dormir, bien arropada, segura de mi impunidad durante la noche, sabiendo que a la mañana alguien abrirá las ventanas y correrá las cortinas, y la luz del día caerá sobre una emperatriz desdichada pero ilesa, mientras allá lejos, en los campos helados de Dinamarca, resuenan los cañones y caen esparcidos sobre la escarcha brazos y pies, cabezas y corazones rápidamente congelados...

Viena, Schonbrunn, 14 de abril de 1864

Los seres humanos somos muy extraños... Nuestra voluntad es incomprensible, y nuestros deseos y nuestros sueños, despiadados como dentaduras de lobos... Mi cuñado Max, que lo tema todo para vivir en paz —su hermoso palacio de Miramar en Trieste, un corazón lleno de bondad, libertad para vivir a su antojo y viajar por el mundo sin otra obligación que la de procurarse el gozo—, navega ahora camino de un imperio fantasma, el de México, cuya corona inexistente han ceñido en sus sienes el traidor Napoleón, la ambiciosa Carlota y su propio y vano anhelo de poder...

Hace algo más de un año que algunos mexicanos, agotados de sus largas guerras internas, le ofrecieron a Max ese trono, respaldado por Napoleón, cuyos ejércitos se enfrentan a los republicanos del presidente Juárez en aquellas lejanas tierras que un día pertenecieron al Imperio de los Habsburgo. ¡Ésa fue la sutil trampa que enganchó a Max, como los cepos de los furtivos atrapan a las gacelas! Él, cuyo delicado espíritu está poblado de bellos sueños, pero también de ansias de poder y

de gloria, él, que lloró un día ante la tumba de sus antepasados Fernando e Isabel, en Granada, imaginando un bello mundo gobernado por su estirpe, él, el amado del pueblo, el amigo de los liberales, condenado por el emperador al inútil cargo de inspector general de la Marina, dejó prenderse su espíritu en esa red de absurdas ilusiones que muchos tejieron a su alrededor y que su propia esposa, ansiosa de reverencias, cerró en torno a su cuello... Y ahora, el buen archiduque Max se ha convertido, como las ranas encantadas de los cuentos, en el emperador Maximiliano, persiguiendo los honores estériles y la esclavitud de un trono, comprometiendo su felicidad con trabajos y ceremonias fastidiosas, renunciando a las orquídeas de Miramar para vivir en un país florecido de bayonetas...

Por primera vez, la archiduquesa y yo hemos coincidido en nuestras opiniones. Las dos intentamos, con todas nuestras fuerzas, convencerle de su error. Pero pudieron más las mentiras, la ambición de la gloria, los susurros de Carlota sobre su almohada, entretenida en inventarse ceremonias sin fin, que la engañosa ligereza de la libertad. Ayer los despedimos a la puerta del Hofburg, toda llorosa su madre, tranquilo y sonriente Francisco —que veía así alejarse la sombra de ese rival tan querido de muchos—, henchida Carlota de orgullo. Max temblaba. Yo, esforzándome por parecer serena mientras sentía el dolor de decir adiós a una de las pocas personas a las que de verdad he querido en esta corte, besé su mano y le entregué, como un talismán, la cajita con arena de las playas de Miramar que me ha acompañado desde mi última estancia en Trieste.

Y entonces, cuando sus ojos se nublaban de lágrimas, creí ver en ellos esa sombra de la muerte que empieza a serme muy familiar, demasiado familiar para no reconocerla...

Viena, Schönbrunn, 6 de mayo de 1864

Otto von Bismarck tiene cara de asesino. Nunca he visto semejante maldad, tan cruel ambición asomando desde dentro de un alma: los ojos enfebrecidos y duros, la boca apretada, la mano siempre cerrada sobre sí misma, arañando su propia palma, la voz como de trueno... Y esa extrema frialdad con la que me ha mirado esta noche, como diciendo: «Las mujeres deben permanecer en sus aposentos». Le veía comer, durante la cena, y la luz de un candelabro lo convertía en un personaje salido de los infiernos. Leía en su mente su desprecio, su feroz decisión de aplastar a cualquiera que se opusiera a la grandeza de Prusia, de sembrar Europa —el mundo entero si es preciso— de cadáveres rendidos a sus pies... Después del segundo plato, me levanté, alegando un confuso malestar, y me retiré a mi habitación. El demonio nunca es buena compañía, ni siquiera en un banquete imperial.

Bad Kissingen, 10 de junio de 1864

Recordaba a Luis como un muchachito rubio, pálido, con unas profundas ojeras moradas, sentado en

un salón de la Residencia ante una mesa llena de hermosas piezas de arquitectura, con las que construía un castillo de hadas, callado y ajeno incluso a los visitantes... Ahora es un joven de diecinueve años, hermoso como un dios, tímido como una niña y, sin embargo, rey, el segundo Luis de Baviera, sucesor en el trono de su padre Maximiliano, que falleció hace tres meses.

Mi primo Luis ha venido a visitarme a este balneario de Kissingen, en el que me someto a mi cura anual, y aquí hemos pasado largas horas juntos, hablando mucho, pero también en silencio, sentados el uno al lado del otro, o caminando a la par, mientras nuestras almas de Wittelsbach se reconocían como viejas amigas.

Nunca había tratado a nadie tan exquisitamente sensible como él. Sólo vive para buscar la belleza, lo único —dice— que le hace aferrarse a la existencia, lo único que acerca a los seres humanos al resplandor divino. Apenas coronado, su primer gesto fue enviar en busca del maestro Wagner —«el más celestial de los artistas»—, al que ha instalado a su lado, haciéndose cargo de todos sus gastos. Espera así reposar a la sombra de los dioses, en compañía de sus súbditos entregados, como él, al noble anhelo del arte. Ese músico grandioso al que adora, piensa que sólo en el pueblo reside la fuerza creadora, que de él y de su entusiasmo nace cada obra artística. Y mi primo está convencido de que esas ideas —reflejadas en la música del maestro— arrastrarán a sus súbditos a una existencia de dicha y armonía, sobre la cual él reinará como un Apolo en la colina de las Musas...

Qué bellas palabras, ingenuas utopías alejadas de una realidad infinitamente más vulgar y terrible, hecha de hambres de siglos, de rabias que retumban como truenos de tempestad, pero también de sumisiones ciegas, de miedos insuperables, de deseos siempre frustrados... Inútiles sueños edénicos de los seres humanos, que fuimos expulsados del Paraíso y vagabundeamos condenados a una existencia de sombras buscando sin consuelo la tierra añorada, aquella donde todo era luz, cuyo paso está cerrado por el ángel del Señor, enhiesta la espada... Estúpidas ansias de comunión para estas pobres criaturas desdichadas, abandonadas y solas, completamente solas en un mundo que nunca dejará de ser feo y banal, salvo en lo más profundo de nuestro propio yo, en el encuentro con nosotros mismos y con Dios, pues únicamente allí cabe toda la hermosura, la tristeza y la oración que jamás seremos capaces de compartir con nadie...

Se lo he dicho, pero él no escucha mis palabras. Mientras le hablo, mira hacia el infinito, como si a sus pies se extendiera ya ese reino ideal, sus ojos verdes brillan enfebrecidos y prosigue luego su charla, su quimera... Y yo regreso agotada de nuestros encuentros, dolorida la cabeza, y apenado el ánimo. Inquieta por el porvenir de este hombre enternecedor que todavía cree que los sueños, a fuerza de soñarlos, se convierten en realidad.

Viena, Hofburg, 20 de diciembre de 1864

Tan sólo hace algo más de un mes que Ida Ferenczy está a mi lado y, sin embargo, mi vida en estas semanas parece haberse transformado. Su sola compañía vale más para mí que la de todos los miembros de la corte juntos. Todo en ella es suave: sus ojos, su sonrisa, la voz, los gestos de las manos, el silencio con el que se desliza a mi alrededor, pendiente siempre de mi más pequeño deseo, entendiéndome sólo con mirarme. Como un ángel, como un hada, ella ha esparcido sobre mí su paz, su rara dicha que nace de un corazón sin otro anhelo que el de amar.

Cuando revisé la lista que la condesa Almassy me preparó para que eligiera a mi nueva dama de honor —húngara, como era mi deseo—, mis ojos, presintiendo lo que habría de ocurrir, se quedaron fijos en su nombre, el último y el único que no iba precedido de ningún título. Quizá fue eso lo que llamó mi atención. Eso, y la hermosa sonoridad del nombre —Ida Ferenczy, como un pájaro— y el comentario que la condesa añadía sobre ella, de su puño y letra: «*Es hija de una modesta familia de nobles campesinos de Kecksemet. Ha sido educada con esmero y es buena y cariñosa. Pero no está presentada en la corte y carece de título*». Por eso la elegí, sin dudarlo. Después de haberla conocido en octubre, de haber visto su carita simpática, enrojecida de placer y de timidez en mi presencia, de haber leído en sus ojos que podría confiar en ella hasta la muerte, resolví rápidamente los problemas de rango: hice que le dieran el título de canonesa, y la nombré luego lectora, pues las normas exigen que las damas de honor vayan acompañadas de una larga retahíla de condados, ducados y demás estupideces a sus espaldas que ella no puede justificar. Como era de esperar, la corte está escandalizada. ¡Una muchacha desconocida —y húngara— se ha convertido en la más íntima amiga de la emperatriz! Las otras rechinan los dientes, le mienten, la engañan, tienden trampas que mi dulce Ida, advertida por mí, sorteas sin perder jamás la sonrisa, sin decir nunca en voz alta una sola palabra en contra de nadie. Y ellas fruncen el ceño y maldicen murmurando a esa muchachita campesina que ha logrado colarse cada noche en el propio dormitorio de la emperatriz y —quién sabe— contarle tal vez al oído endemoniadas historias de húngaros...

IV

LA ESPADA DEL ÁNGEL

Possenhoffen, 20 de abril de 1865

Si entrecierro los ojos, el sol teje sobre mis párpados arco iris y estelas. Los abro luego, y ante mí se extienden los más hermosos poemas de Dios: el cielo azul, una nube que pasa como un dragón bondadoso, blanco y mullido, flotando ligeras sus crestas que se deshilachan, la hierba olorosa, sembrada de escilas azules, ranúnculos dorados, blancos lirios de mayo, y orquídeas, primaveras, pipirigallos, verónicas... Más abajo, los robles y los almendros, como una cuna en la que valdría la pena volver a nacer, y luego, más abajo aún, las aguas transparentes y cálidas del lago, como un abrazo...

Y el silencio, este silencio de la tierra que invade mi mente y la domina, que acalla el pecado y el miedo, purificando mi espíritu, que aleja de mí los demonios de la locura. Este silencio sin el cual no sabría vivir.

Viena, Schonbrunn, 1 de mayo de 1865

El emperador está orgulloso, muy orgulloso. Sueña con una ciudad nueva, moderna y poderosa, una Viena espléndida que sea el símbolo de la grandeza del Imperio, y ante la cual todos se descubran, empequeñecidos de su magnificencia. Desde hace meses, se ha entregado con pasión a la tarea de estudiar maquetas y planos, ver a arquitectos y escultores, y decidir sobre columnas, frontones y mármoles... «¡Será mi gran obra!», me dijo hoy, pletórico de entusiasmo, después de la inauguración de la Ringstrasse, la gran avenida que ha hecho abrir derribando las viejas murallas. Yo sonreí, mientras sentía cómo el dolor de cabeza que me acompaña desde el amanecer se retorció aún más en mis sienes.

A Dios gracias, estamos alojados en Schönbrunn, de manera que he podido renunciar al banquete de gala con los representantes de la ciudad, y pasear por mi jardín, por ese pequeño trozo de jardín que el público no puede frecuentar y que a menudo visito a solas mientras algunos cortesanos, desde lejos, me miran y disimulan como pueden la risa y el asombro ante una emperatriz que prefiere este tiempo en soledad, entre los árboles, a la compañía de mortales tan dignos de ser inmortales como ellos... Después, mi dulce Ida me ha cepillado el cabello, sin hablar, sólo sonriendo cuando nuestros ojos se encontraban en el espejo. Entretanto, en el comedor de gala, las copas de cristal de Bohemia se alzaban por el esplendor de esta ciudad poblada de chinches.

Viena, Schonbrunn, 9 de septiembre de 1865

Aún no sé si fue crueldad o ignorancia. ¿Cómo se puede, Señor, someter a un niño a semejantes torturas en nombre de su educación? Pero también yo he de acusarme, pues he tardado un año en abrir los ojos y ver.

Es cierto, sin embargo, que el asunto me desagradó desde el principio. Aún recuerdo el día en que separaron a Rudi de Gisela y de la baronesa Welden para ponerlo en manos de Gondrecourt... El niño lloraba con desesperación, suplicando que no lo trasladasen, y se refugió en una esquina del cuarto, como si las paredes pudiesen impedir que se lo llevaran. También a Gisela le rodaban las lágrimas por las mejillas, pero en silencio, y la baronesa retorció las manos y musitaba: «Tenéis que obedecer, Alteza. Recordadlo». Yo sentía que mi corazón se rebelaba ante aquella crueldad. ¡Un niño de seis años, arrancado de sus seres queridos para recibir formación militar! Es cierto que Rodolfo está muy adelantado para su edad. Es inteligente y aplicado, y puede ya expresarse en alemán, húngaro, checo y francés. Sin embargo, es tímido y nervioso, fácilmente excitable. Y sobre todo, ¡es un niño! A su edad, yo remoloneaba todo el día entre las faldas de mi madre, cuando no jugaba ruidosamente con mis hermanos... Pero el emperador había decidido que era necesario «reprimir de modo razonable su desarrollo psíquico, para que mantuviera el paso con el de su cuerpo». Y él y la archiduquesa, después de pasar revista a todos los adictos de la corte, habían elegido al desagradable conde Leopoldo de Gondrecourt como su tutor. Pese a mi disgusto, guardé entonces silencio como de costumbre, pensando una vez más que sin duda mi criterio estaba equivocado. Pero de nuevo he tenido la prueba de que eso que tantos se empeñan en llamar mi espíritu excéntrico, por no decir mi locura, está dotado de mucha mayor sensatez que todo su orgulloso sentido del orden... Iban pasando los meses, y Rudi enfermaba a ojos vistas: fiebre, anginas, indigestiones, dolores de piernas... Cada semana, el niño sufría una nueva afección, y su carita entretanto palidecía y se cubría de ojeras. Pero él no decía nada, y Seeburger, como siempre, atribuía todos los males al «lógico proceso del crecimiento». Fue a mi llegada a Ischl, hace unos días, después de la cura en Kissingen, cuando me enteré de la verdad. Una mañana, el coronel Latour, adjunto de Gondrecourt, pidió verme con urgencia. Entró en la sala visiblemente nervioso, pero su rostro y su voz parecían los de un hombre decidido a acometer un gesto crucial:

—Tengo que informaros, Majestad, de algunas de las iniciativas del conde Gondrecourt con vuestro hijo —me dijo sin más preámbulos—. Espero que no me malinterpretéis. No quiero perjudicar a nadie. Sólo me mueve el ansia de proteger la salud del heredero, que considero comprometida por los métodos de mi superior. Si he acudido a vos y no al emperador, es porque confío en que vuestro corazón de madre será más sensible a mis quejas.

Le pedí que prosiguiera, muy preocupada ya por aquellas palabras, que me parecían presagiar una grave denuncia:

—El conde Gondrecourt es partidario de los métodos... digamos expeditivos, algo habitual en la

formación de los cadetes pero que, sin embargo, parece estar dañando a un niño tan pequeño y sensible como vuestro hijo. Le somete a pesados e intensos ejercicios y a frecuentes duchas de agua fría, que suelen producir en Su Alteza Imperial trastornos de salud... Y cada vez lleva las cosas más lejos. No hace mucho, entró en plena noche en su dormitorio, disparando al aire su pistola... —No pude evitar estremecerme al pensar en la angustia de mi pobre hijo—. Y unos días antes de venirnos a Ischl, llevó al archiduque al jardín zoológico de Lainz, hizo que lo dejaran solo en medio de la avenida, y ordenó cerrar la verja exterior. Entonces gritó: «¡Hay un jabalí suelto!». El pobre niño comenzó a chillar y corrió hacia la verja, pero Gondrecourt lo detuvo con su voz: «¡No debéis huir! ¡Un soldado del Imperio de Austria nunca tiene miedo, aunque su vida esté en juego! ¡Haced frente al peligro, dominaos!». Y el archiduque se quedó quieto como una estatua, pero su cuerpecito temblaba mientras intentaba contener los sollozos... Así estuvo largo rato, hasta que al fin la verja fue de nuevo abierta. Desde ese día, Su Alteza ha venido sufriendo horribles pesadillas que lo despiertan entre gritos y sudores. Su preceptor ha dado órdenes para que entonces le recordemos su obligación de no tener miedo y lo dejemos solo en su cama...

Latour calló. Yo no acababa de creerme lo que me había contado. Miré por la ventana hacia el jardín. Era un hermoso día de verano, lleno de sol. Podía oír el rumor del agua en la fuente, donde jugueteaban los niños de mármol sobre los delfines. Llegaba hasta mí el olor de las rosas y ante mi vista se extendían las laderas del Jainzen, cubiertas de hayas, tilos y abedules... Un perro ladraba a lo lejos. ¡El mundo parecía tan hermoso en esas horas! ¿Cómo era posible entonces que mi hijo viviera semejante horror sin que ninguno de nosotros se hubiera dado cuenta? ¿O acaso el emperador lo sabía y aprobaba aquellas torturas a un niño que acababa de cumplir los siete años? Mi indignación y mi espanto eran tales, que mientras escuchaba al coronel, ya había decidido lo que iba a hacer. Le agradecí sinceramente aquella confesión y me dirigí de inmediato al despacho de Francisco. Cuando le hube contado todo lo que sabía, mi esposo se quedó callado largo rato. Al cabo, me habló:

—Ignoraba que Gondrecourt estuviera actuando de esa manera. Mis órdenes eran tratar al niño con rigor, no con crueldad. Creo que se ha excedido. Sin embargo, sé que su intención ha sido la mejor. Tal vez mis indicaciones no fueron lo suficientemente explícitas. Hablaré con él. Te agradezco mucho que me hayas informado.

Me puse en pie y le grité:

—¿Vas a permitir que semejante monstruo siga ocupándose de nuestro hijo?

El emperador intentó en vano tranquilizarme:

—No es un monstruo, Sissi. Ésas son las costumbres del ejército. No obstante, creo como Latour

que para un niño tan pequeño no resultan adecuadas. Así se lo haré saber a Gondrecourt. Pero no puedo cesarle: sería un escándalo, y no hay razones suficientes para ello. Por otra parte, mi madre se sentiría profundamente ofendida. ¡Suficientes conflictos tenemos ya para crear uno más! Déjalo de mi cuenta. Te prometo que no volverá a ocurrir.

Bajé la voz y hablé despacio, serenamente. Quería que entendiese bien lo que iba a decirle, y que supiera que era cierto:

—Ahora mismo, en este instante, abandonaré para siempre Austria. No quiero ser testigo de cómo mi hijo enloquece o muere por la cobardía de su padre.

Me fui del despacho sin darle tiempo a contestarme, sabiendo que no le quedaba más remedio que ceder. Una vez en mi habitación, le escribí la siguiente nota:

Deseo que me sean reconocidos plenos poderes en todo lo que concierne a los niños, la elección de su entorno, el lugar de su residencia, la dirección completa de su educación; en una palabra, que me corresponda decidirlo todo sola hasta el día de su mayoría. Deseo además que se me acepte decidir sola en todo lo concerniente a mis asuntos personales, entre otros, la elección de mi entorno, mi lugar de residencia y las disposiciones relativas a la casa.

ELISABETH

Ischl, 27 de agosto de 1865.

El emperador sabía que le estaba dando un ultimátum. Gondrecourt fue cesado al día siguiente y el coronel Latour, por indicación mía, nombrado nuevo preceptor. Rodolfo lo celebró como una fiesta. Fue la propia archiduquesa quien le comunicó lo ocurrido, creyendo que de esa manera lo enfrentaría conmigo. Sin embargo, el niño vino a verme, con su carita pálida llena de ansiedad:

—¿Es cierto que has echado tú al conde Gondrecourt?

—Sí, Rudi. No quería que te hiciese más daño.

Se abrazó a mí, quizá por primera vez en su vida, y me apretó fuertemente con sus bracitos. Yo supe en ese momento que lo quería con toda mi alma, sentí que era sangre de mi sangre de Wittelsbach, y supe de pronto que estaba condenado, como yo, a sufrir en un mundo con el que nunca alcanzará a entenderse. Lo besé tiernamente, muchas veces, le acaricié el pelo y cuando se fue, lloré toda la tarde, llena de pena por él y por la niña que yo fui y que tanto añoro. ¿Qué habremos hecho

para merecer esta condena?

En el tren, camino de Munich, 13 de diciembre de 1865

Hemos cruzado ya la frontera de Baviera, pero nada —ni la cercanía de casa, ni el paisaje infinitamente blanco, ni el traqueteo adormecedor del tren— consiguen que se apacigüe mi furia... Sabía que me detestaban, pero ignoraba la profunda, la mortal maldad que se esconde en sus corazones, bajo las reverencias y las sonrisas... ¡Ingenua de mí, que creí que había sido capaz de despertar el amor!

La primera vez que vi al conde S., mi vanidad se sintió complacida. Fue a la vuelta de Ischl, una tarde cualquiera en palacio. Regresaba de un paseo a caballo, y al llegar al Hofburg, casi en la puerta, me encontré a la archiduquesa Elisabeth que salía en compañía del joven, al que me presentó de inmediato. Acababa de terminar sus estudios militares, y había regresado a Viena para instalarse en casa de su padre. Observé que al saludarme enrojecía como un niño. Entonces quise mirarlo con más atención. Era, desde luego, un hombre apuesto, uno de los más apuestos que había visto en mi vida. Delgado, de rasgos afilados, tez clara y ojos azules, casi transparentes, todo en él transmitía una delicadeza que cuadraba mal con aquellos estudios militares a los que parecía referirse con ardor. Me miraba intensamente, algo aturullado, creí, y yo, halagada, le devolví el interés y el agrado, con la más imperial de mis sonrisas. A lo largo de las siguientes semanas, me encontré al conde en diferentes situaciones. Siempre, desde lejos, su mirada parecía seguirme llena de deseo y, a la vez, tan lánguida, tan dolorosa, que llegué a creer que aquel guapo y espiritual joven se había enamorado seriamente de mí. Me complacía esa idea, sobre todo porque en esos días el grupo de la archiduquesa y del archiduque Alberto, después de lo ocurrido con Gondrecourt, me hacía sentir con más fuerza que nunca su odio. Yo jugaba, pues, al más femenino de los coqueteos. Lo miraba de repente, cuando tenía constancia de que sus ojos estaban fijos en mí, le sonreía y, a veces, lo llamaba a mi lado para interesarme por su estancia en Viena. Un día, a solas los dos por unos instantes, se atrevió a decirme:

—Me ocurren cosas, Majestad, que nunca hubiera imaginado... El corazón es un traidor. Obra por su cuenta, al margen de leyes y voluntades, y hace sufrir. Hace sufrir de una manera atroz, salvaje...

Me parecía que su voz temblaba. Puede que sus ojos estuvieran húmedos, pero no quería mirarle. Tampoco supe qué decir: mi experiencia en el galanteo y el romance nunca había llegado hasta ese punto. Quizá no se estuviera refiriendo a mí, o tal vez sí, y cualquier palabra que yo pronunciase pudiera ser malinterpretada. Opté por guardar silencio. Y él, viendo que no había respuesta, añadió:

—Creo que tendré que irme pronto de Viena. Prefiero la nostalgia del recuerdo, el anhelo de por

vida, a esta feroz tortura de saber lo que amo tan cercano y tan imposible de alcanzar...

Lily Hunyady se acercó en ese momento a nosotros. Alguien llamó al conde, y el encuentro acabó así, sin que yo hubiera pronunciado una sola palabra. Me sentía extraña. Había un hombre que, según todas las apariencias, me amaba y sufría por mí, y sin embargo, yo no notaba nada distinto en mi ánimo, ni el más ligero atisbo de amor, ni siquiera piedad. Sólo divertimento y cierto interés. Pensé —¡qué estupidez!— que me había convertido en un ser insensible. Quise olvidar que siempre puedo fiarme de mi intuición...

Ayer tarde, el conde S. vino a verme. Me había pedido que le recibiera, con una nota que me llegó, sellada, a través de mi secretario:

Os ruego que me permitáis veros a solas. Me iré de Viena en breves fechas, pero quiero antes despedirme de vos. No le neguéis esa obra de caridad a un corazón moribundo.

Decidí aceptar su petición. No es habitual que yo reciba a solas a ningún cortesano, pero lo he hecho en alguna ocasión, y puesto que la demanda llegaba de la manera adecuada, no podría dar lugar a ningún comentario. El conde se presentó ante mí con su uniforme de oficial, perfumado y, según me pareció, visiblemente nervioso. Después de algunas vaguedades, se hizo un largo silencio. Luego, él rompió el fuego:

—He venido para deciros adiós, Majestad.

—Lo sé.

—Debo irme, pues vuestra constante presencia me causa un dolor insoportable.

Ésa era entonces la verdad: me amaba. Y, sin embargo, mi corazón seguía imperturbable ante aquella confesión. Observé que en la pintura blanca de su sillón había un ligero descascarillado. Me sentí molesta: no soporto la vejez en las cosas que me rodean. Pero mi atención volvió al conde, que me miraba fijamente y prosiguió:

—Os amo. Como nunca imaginé que podría amar a nadie. Sé que sois prohibida, inalcanzable. Y, sin embargo, Majestad, he creído leer en vuestros ojos un interés hacia mi persona que me ha hecho imaginar dulzuras inenarrables. Si vos quisierais...

Algo extraño ocurría, algo no acababa de encajar en aquel asunto... ¿Así debía comportarse un enamorado, proponiendo con semejante brusquedad un trato que nada de mi parte le había dado pie a

imaginar? ¿Pronunciando, como si las hubiera aprendido de memoria, unas palabras que sonaban — pese a lo que intentaban expresar— falsas y frías, demasiado rotundas y convencidas para ser ciertas? Entonces lo miré a los ojos, y comprendí: aquel hombre estaba mintiendo. Yo recordaba la mirada de Ricardo, la de Francisco antes de nuestro matrimonio, la del conde Hunyady en Madeira, cuando me ofrecía la sombrilla durante un paseo o me ayudaba a bajar del coche... En los ojos de quien ama, el amor se dibuja a sí mismo, y en ellos se refleja deseo, gozo, tristeza, la gloria y el infierno juntos, y son como una sima sin fondo, como una alta cumbre en la que anhelamos y tememos perdernos. Los ojos del conde S., azules, casi transparentes, grandes y bellos estaban, sin embargo, vacíos. Me puse en pie, y él también lo hizo. Me aproximé a las ventanas, allí donde la luz me permitiera adivinar sin errores su alma.

—Acérquese —le dije, y él obedeció y se quedó quieto ante mí, mientras el miedo empezaba ya a aparecer en su mirada. Decidí arriesgarme—. ¿Quién le ha enviado?

—¡Majestad...!

Su azoramiento me hizo saber que mi suposición era acertada.

—¿Creen que soy una pobre tonta, una ingenua arrastrada por su vanidad, capaz de caer en brazos de un seductor bien aleccionado?

—No sé de qué me estáis hablando, Majestad... —Ya no se atrevía a mirarme de frente, con aquella falsa languidez que tan bien había sido capaz de simular—. Yo sólo quería...

—No voy a obligarle a traicionar a sus amigos. Espero que en el fondo de su alma de aristócrata quede un resquicio para la lealtad. No quiero saber quién me ha hecho esto. Dígales solamente que no voy a caer en tan inmundas trampas. Dígales que aún soy la esposa del emperador de Austria, y lo seré hasta mi muerte. Tendrán que matarme para separarme de mi esposo, si eso es lo que desean. Dígaselo así, y ahora, váyase...

No tuve valor para contar lo ocurrido a nadie, ni siquiera a Ida. Sólo le pedí que mandara hacer mi equipaje y lo preparara todo para irnos a Munich al amanecer, sin decir nada. Hoy, al despertarme, le envié un telegrama al emperador —que está en Buda—, explicándole que de nuevo tengo problemas de salud y voy a visitar al doctor Fischer. Luego me despedí de los niños, y me fui. Pasaré la Navidad en casa. Después, tendré que regresar a Viena. A la guerra.

Viena, Hofburg, 8 de enero de 1866

«Le beau pendu...». Así lo llamaban en París, el guapo ahorcado... Cuando hoy lo vi al fin aparecer ante mí, con su *attila* rojo, bordado en oro, la piel de tigre sobre los hombros, la barba enmarañada y los ojos verdes echando chispas, me pareció que era un príncipe del pasado, un jinete de las estepas surgido desde alguna antigua leyenda para fascinarme como a una niña... De pronto, al mirarle mientras se acercaba a mí, caminando a lo largo de los salones, sentí deseos de ser raptada, igual que les ocurre a las princesas de los cuentos, por ese hombre feroz y tierno a la vez, que sabría hacerme un lecho con su manto y protegerme de todos los peligros, de todo el mal. A cada paso, veía sus muslos marcándose firmes y poderosos bajo la tela, las manos grandes y fuertes, hechas para sujetar la brida y la espada y luego acariciar, y me estremecí pensando en el abrazo de ese cuerpo, en el placer de rozar su piel con mis dedos, y sentir su calor y su peso sobre mí, salvándome para siempre de la soledad... Creo que enrojecí de vergüenza.

El conde Gyula Andrassy, *le beau pendu*... Había oído hablar tanto de él, que ya lo admiraba antes de conocerlo. Pero nunca hubiese imaginado el tumulto que su presencia causaría en mi mente y en mi cuerpo. Ida me ha contado a menudo su vida, como una aventura que he llegado a conocer de memoria: tenía veintiséis años en el 49, cuando la revolución azotó el país y él, creyendo en su bondad, vistió el uniforme de coronel del Honvéd, el ejército nacional húngaro que se alzó contra el emperador, y luchó junto a Kossuth por la independencia. Francisco lo condenó a muerte por alta traición, pero él huyó a París, mientras su nombre era clavado en la horca por el verdugo. Desde el exilio trabajó a favor de Hungría, atrayendo a su causa la simpatía de muchos políticos europeos y de muchas damas, entregadas a su irresistible atractivo... Regresó hace unos años, tras la amnistía concedida por mi esposo. Y allí sigue firme, incansable en su labor al frente de los liberales, junto a Ferencz Déak, el Sabio de la Nación. Es arrebatador, brillante, divertido, valiente, entregado, el más firme baluarte de las nobles exigencias de sus compatriotas... Sus enemigos desearían verlo muerto, y sus amigos lo adoran como a un héroe. Las mujeres tiemblan de amor por él, y los hombres inventan cuantas calumnias les permite su imaginación para desprestigiarlo. Pero él mira el mundo desde las alturas de su libertad, vencedor en tantas batallas, y sonrío seguro de su destino.

Su visita de hoy a Viena ha sido para mí un triunfo. He expresado tantas veces en público mi simpatía por Hungría, que he conseguido que las opiniones del emperador, tan semejantes en todo a las de su madre, comiencen a cambiar levemente. Sé que los húngaros me agradecen con sinceridad mi esfuerzo, y por eso una delegación de la Dieta y la Cámara quiso venir a felicitarme por mi reciente cumpleaños. Ese gesto, sus gritos de *eljem* esta mañana, cuando les hablé en su lengua, el interés que cada uno de ellos demostró, después del banquete, por conversar conmigo, son para mí más valiosos que todas las aclamaciones del resto de mis súbditos. Estoy segura de que no ven en mí a una hermosa soberana de porcelana, sino a una mujer que trabaja e intenta poner su inteligencia al servicio de una causa que cree justa, la de la restauración de su antigua Constitución y el reconocimiento de sus privilegios como nación dentro del Imperio. A finales de este mes daremos un paso más en ese difícil camino: el emperador y yo viajaremos durante algunas semanas a Hungría.

Espero ser capaz de colaborar para que todo vaya adelante.

Buda, palacio Real, 12 de febrero de 1866

Hace ya tres días que guardo cama. Hoy me encuentro algo mejor, aunque sigue la fiebre y el dolor de cabeza parece que no va a abandonarme nunca más. Pero, al menos, la profunda angustia que me hacía llorar sin contenerme durante horas se ha calmado. Han sido demasiados días de ceremonias, bailes, recepciones y encuentros, siempre sometiéndome a peinados y cambios de vestido —cosiéndolo y descosiéndolo cada vez sobre mi cuerpo, para que no quede ni una arruga, ni un pliegue, ni una imperfección—, horas enteras de pie, hablando y oyendo hablar... Lo he hecho con gusto, es cierto. Me siento aquí tan distinta, que soy capaz de entregarme con la mejor de mis sonrisas a todas esas esclavitudes que tanto detesto. Pero mi cuerpo nunca está a la altura de mi voluntad, este cuerpo pequeño y demasiado imperfecto para un alma inmortal...

El agotamiento amenazaba ya con derrotarme, el cansancio, esa fatiga que a veces me invade, llenándolo todo de negritud, de tristeza, de regusto a muerte...

Y entonces llegó la maldita carta, como una acusación, un disparo que me volvió a la realidad:

Mi muy querida Sissi:

En tu ausencia, la vida es aquí aburrida y triste. No hay nadie a quien pueda contarle mis pequeñas aventuras, esos sucesos cotidianos que en ti siempre provocan agudas reflexiones y alegres risas... ¡Vuelve pronto, cuñadita, o tu querido hermano político languidecerá de nostalgia y desaparecerá de la superficie de la tierra!

Te auguro, de cualquier manera, un difícil regreso. En el Hofburg, el ambiente es cada vez más hostil hacia tu persona. Todos piensan que llevas ya demasiado tiempo en Buda y que tanta demostración de simpatía y amistad acabará por hundir para siempre el prestigio de nuestra firme dinastía y arrastrará necesariamente concesiones de las que tendremos que arrepentimos. Por supuesto, se te culpa a ti de esa situación: sabemos, porque quienes te acompañan escriben a diario informando de todo, que tu actitud es muy distinta de la que sueles adoptaren Viena, que acudes a todos los actos sin lamentos ni malas caras, y te sientes dichosa viendo bailar las salvajes czardas sobre las que Crenneville opina que «nunca se casaría con una muchacha que bailara eso, o se separaría de su mujer si se abandonara a los brazos de un desconocido de esa manera»... Yo me río mucho imaginándote con esa carita de niña inocente que se te pone cuando eres feliz, los hoyuelos marcándose en tus mejillas. Pero sobre todo, querida Sissi, de lo que más se habla es de ti y de Gyula Andrassy. Afirman que has caído en sus redes de seductor, que estás a su lado a todas horas, mirándole con tiernos ojos de admiración, y que de su mano, que ya sujeta

firmente la tuya, vendrán la perdición para nuestra familia y para el Imperio...

Te cuento todo esto para que sepas lo que encontrarás a tu vuelta. Un panorama poco halagüeño en el que tu cuñado, como siempre, intentará ayudarte para que seas algo más dichosa.

Besa tu mano y te quiere

Luis VÍCTOR

Sabía que Luis obraba con la mejor de las intenciones, dispuesto a avisarme como de costumbre de los peligros que me acechan, del veneno que infesta el Hofburg... ¡Qué lejos estaba él de imaginar el daño que esa carta iba a hacerme, llenándome de dolor y de vergüenza! Todos los fantasmas que había intentado dominar desde nuestra llegada a Buda surgieron de pronto, a la vez, dejándome enferma y exhausta: la niña muriendo en mis brazos entre estas paredes, Andrassy tan hermoso, la horrible idea del pecado posible, el ya cercano regreso a Viena, las maledicciones, y el ansia de silencio, ¡oh, sí!, mi terrible, dolorosa ansia de no oír, no hablar, no recordar ni saber nada... Ser una sombra, el aleteo veloz de un pájaro, un repentino ramalazo de luz, algo que pasa inasible, ligero, y a lo que nada puede rozar, pisotear, herir... Sólo vivir en el silencio.

Viena, Schonbrunn, 1 de mayo de 1866

Querida mamá:

Cuánto añoro el sonido de tu voz, tu hermosa voz que nunca envejece, como tu corazón, y que todavía es capaz de exclamar, mientras tu rostro repite ese mohín tan tuyo de niña ilusionada: «¿Has visto los nuevos brotes de mis violetas?». Echo de menos tus manos cuando me acarician y parece que el mundo se hubiera parado a mi alrededor, el delicioso olor de tu ropa y de tu piel, tus alegres cantos mientras arrancas, una a una, las canas que los años van poniendo en tu cabello y que tú conjuras así, recordando tus juegos de princesa mimada...

¿Aún te acuerdas, mamá, cuando era una niña y me sentaba a tus pies, llorando porque alguna sombra se interponía entre mi corazón y el mundo? Tú, entonces, acariciabas mi pelo y siempre me decías: «No tengas miedo, Sissi. Eres fuerte, eres bonita, y la vida es como un gran ramo de rosas que deseas coger. Las espinas pinchan, y tus dedos sangrarán, pero al final podrás alcanzarlas y hundirás tu linda carita entre los pétalos, y el perfume te hará olvidar el dolor en tus manos». ¡Oh, madre, dímelo ahora de nuevo! ¡Convénceme de que soy valiente, de que las heridas se curarán! ¡Dime que correré otra vez por el jardín de Possi, que me bañaré en el lago y treparé a los árboles mientras tú vigilas desde la ventana, atenta a mis disparates y mis golpes...!

Nos añora tanto a ti y a mí...

Ya ves cuál es mi estado de ánimo. Será porque oigo hablar sin cesar de la guerra con Prusia, porque el día ha amanecido gris y pesado, y he vuelto a tener tos... Pero consuélate pensando que eso me ha servido de pretexto para no celebrar este primero de mayo, según la odiosa costumbre. Quedarme aquí tranquila es, pese a mi tristeza, infinitamente más agradable que subir y bajar por la avenida del Prater al trote, en compañía de una archiduquesa, y siendo examinada por mil personas... Ya sé que tú siempre dices que no apruebas mis «caprichos», como sueles llamarlos, pero sabes en el fondo de ti misma que tengo razón.

Cuídate mucho, mamá. Cuídate para mí, para que pueda seguir sintiendo tu amor toda mi vida. No olvides saludar a los árboles de Possi de mi parte, y recuerda siempre a quien tanto te quiere. Tu

SISSI

Viena, Hofburg, 3 de julio de 1866

Como una serpiente pitón que acecha a su presa disimulada entre la hojarasca y sólo en el momento fatal se deja ver, abriendo su boca infernal, así Prusia nos ha engañado, acechado y dado muerte... Cuatrocientos años de historia de Alemania han terminado hoy, en Kóniggrätz, y el mundo se desmorona ante nosotros...

Bismarck tiene el rostro del demonio, y el demonio siempre triunfa sobre los incautos. Nunca quiso creer el emperador que sus hermanos prusianos pudieran traicionarle de esta manera, que todas sus sonrisas y brindis a nuestra salud, su alegre camaradería, disimularan a la perfección el ansia de aplastarnos y hacerse con el dominio de Alemania. Las trampas han sido perfectas: primero fue el intento de anexión por parte de Prusia de los ducados de Schleswig y Holstein, una sorpresa para el ingenuo de Francisco, que nunca había sospechado que su participación en la guerra contra Dinamarca fuera una estratagema perfectamente calculada por Guillermo I y su canciller para después provocarle... Luego, ya sin tapujos, la propuesta de excluir a Austria de la Confederación Germánica y elegir un nuevo Parlamento por sufragio universal. Entretanto, a nuestras espaldas, Bismarck firmaba una alianza con Italia para atacarnos juntos. Y Napoleón, siempre astuto como un zorro, proponía su neutralidad a cambio de que abandonásemos Venecia para siempre... Luego, rápidamente, estallaba una vez más el horror y llegaban las primeras noticias de derrotas en el frente del norte. Y esta tarde, hace tan sólo unas horas, el telegrama fatal: *Batalla de Kóniggrätz, ejército vencido huyendo hacia fortaleza, peligro de ser encerrado allí*. Nuestras últimas esperanzas fueron así destruidas. Sólo una ligera cortina de tropas separa a Viena de los ejércitos prusianos, que podrían asaltarnos en los próximos días. Las pérdidas, según hemos sabido por el telégrafo, han sido

terribles. Miles de soldados yacen heridos y muertos sobre los campos de la apacible Bohemia, y con ellos, el honor de los Habsburgo y de Austria, y la libertad de todos los reinos alemanes que han luchado junto a nosotros en contra de la serpiente... Francisco, sin embargo, no se da por vencido. Aún espera convencer a Napoleón para que se una a nosotros, si no quiere tener que hacer frente, en breve plazo, a una Prusia engrandecida a costa de los otros reinos e imparable...

Desde la llegada del primer telegrama, he permanecido a su lado. Ahora puedo verlo desde aquí, sentado en su escritorio, inclinado sobre mapas y papeles, pálido y desencajado, la sombra de la barba envejeciéndole aún más el rostro contraído, impecable sin embargo su uniforme de general con el que domina sobre un ejército que, como él, pertenece al pasado, a un tiempo en el que para los grandes de la tierra pesaban más el honor y la palabra dada que todos los botines del mundo... Y yo no puedo evitar pensar incesantemente en Rudi, esa pobre criatura cuyo porvenir es tan triste...

Buda, palacio Real, 9 de agosto de 1866

Mi queridísima Sissi:

Me alegra saber que ahora duermes y descansas tanto como dices, si bien me resisto a creer que tu corta estancia en Viena y mi triste compañía te fatigasen tanto... Aun así, quisiera pedirte algo: ¿No podrías venir de nuevo a verme, siempre y cuando tus fuerzas y tu salud te lo permitan? Aunque la última vez estuviste muy seca, te quiero tan inmensamente que no puedo estar sin ti... Te echo terriblemente de menos, pues pese a todo, eres la única persona con la que puedo hablar y que me trae algo de alegría. Sí, mi tesoro —y ¡qué tesoro!—, te necesito muchísimo. Además, todo se ha tranquilizado ya, aquí no corremos ningún peligro y creo por lo tanto que tu presencia en Hungría ya no es necesaria. Podrías volver con los niños e instalaros en Ischl, y así yo iría a visitaros alguna vez. ¡Te aseguro que también a mi me sentaría bien algún que otro día de descanso! Me gustaría respirar un poco de aire de montaña para refrescar mis ideas, que están realmente en mal estado... Sólo ahora he comprendido toda la infamia y la traición refinada de la que hemos sido víctimas. Todo esto se había preparado hace tiempo entre París, Berlín y Florencia. Hemos sido muy honrados, pero muy estúpidos. Es un combate a vida o muerte que está lejos de haber terminado y que supondrá nuestra total destrucción. Cuando tienes al mundo entero contra ti y ningún amigo, hay pocas esperanzas de triunfar. Pero es preciso cumplir con el deber hasta el final y perecer con honor.

¡No quiero molestarte más con mis lamentaciones! Esperaré serenamente lo que decidas. Y, si no quieres regresar, no me quedará más remedio que conformarme y soportar con paciencia mi soledad, a la que y a estoy acostumbrado.

Sobre tu sugerencia de comprar un bonito palacio en Hungría, me duele comunicarte que ahora no tengo dinero suficiente. En estos momentos, hemos de ahorrar todo lo posible. Algunas posesiones de la familia han sufrido serios destrozos durante la ocupación prusiana, y tardarán años en rehacerse. He tenido que reducir el presupuesto de la corte para el año próximo a cinco millones, así que disponemos de dos millones menos. Hay que vender casi la mitad de nuestras caballerías y tenemos que limitar mucho los gastos.

Como ves, todo en mi carta es sombrío. Ése es mi estado de ánimo. Prefiero pues despedirme ahora de ti. Hasta mañana, querida mía. Descansa mucho y no olvides a tu pequeño que tantísimo te adora

Francisco

Lo lamento, pero no voy a regresar. Estoy siendo dura con él, quizá demasiado dura... Pero es preciso que comprenda que la salvación de la dinastía y del Imperio está en Hungría. Si la abandona, si mantiene ese desprecio que le han enseñado hacia este pueblo, el ansia de independencia de algunos, apoyados por Prusia, triunfará... Y todo se reducirá entonces a la nada. Si, por el contrario, hace caso de Déak y de Andrásy, si escucha mis consejos dictados sólo por el ansia de justicia y por la angustia que siento ante la suerte de mi pobre hijo, sobreviviremos. No regresaré, pues, de momento a Austria. Iré a visitarle para su cumpleaños, pero volveré aquí, donde debo estar, y permaneceré firme en mi puesto. Así al menos, pase lo que pase, podré decirle un día a Rodolfo: «Yo hice todo lo que pude. Tu desgracia no pesa sobre mi conciencia».

Buda, palacio Real, 30 de agosto de 1866

Se ha firmado la paz en Praga. Una paz que nos ha partido en dos el corazón: no sólo hemos perdido Venecia, algo de lo que poco puedo lamentarme. Además, Prusia, tal y como deseaba, nos ha expulsado para siempre de la Confederación.

Ahora, ella gobernará sobre los Estados del norte y pactará a su antojo con los del sur. De la noche a la mañana, hemos dejado de ser alemanes... ¿Es posible que los fusiles de aguja de un ejército borren así siglos de historia, impongan de esta manera nuevas fronteras, nuevos gobiernos, haciendo caso omiso de sentimientos, culturas y lenguas...? ¿Cómo puede ser que yo haya sido expulsada de la patria donde nací, arrancada de cuajo del suelo que me nutre y da vida a mi espíritu...? Las guerras, las guerras que tanto aman los hombres, que con tanto mimo preparan y cuidan, acaban con el orden que dicta el corazón, y el ansia de poder encharca el mundo de basura...

¡Malditos sean por siempre los cainitas, los traidores, los codiciosos, aquellos que no respetan

más normas que las de su propia maldad y en su nombre asolan la tierra! ¡La furia del Señor caerá sobre ellos...!

Viena, Hofburg, 5 de octubre de 1866

Cuando la sombra del mal se extiende sobre una casa, nadie puede conjurarla... Hemos sido derrotados, y el emperador es despreciado por sus súbditos, que se atreven a gritar abdicación y a cubrir las paredes de su palacio con frases como ésta: *Con voluntarios sin botones, ministros sin cabeza y un emperador sin seso, ¿cómo no perder?* Hemos sido derrotados, pero Francisco se niega a nombrar a Andrassy ministro de Asuntos Exteriores, y sigue así poniendo en peligro el futuro de lo que aún nos queda... Ha habido que desinfectar los campos de Bohemia, donde todavía apestaban los más de veinte mil cadáveres mal enterrados... No hay cosechas ni casas en pie, y el hambre y las enfermedades terminan con los que sobrevivieron a las balas y los saqueos... Francisco ha sufrido un intento de atentado en Praga —¡desgraciados los que quieren vengar la sangre vertida con más sangre!—, y ahora llegan las noticias de Max y Carlota... Dios mío, el pobre Max, con su buen corazón, sus deseos de amar y ser amado, fracasando sin embargo en todos sus esfuerzos por mejorar la vida de sus nuevos súbditos, abandonado y solo, rodeado de enemigos por todas partes... Ni su Constitución, ni todas las leyes de reforma, ni sus tareas humanitarias, ni la Academia de Ciencias, los museos, teatros y jardines que ha hecho construir han conseguido que el pueblo mexicano le devuelva su afecto. Muy al contrario, la Iglesia y los notables lo repudian ahora, después de sentarlo en el trono, pues se ha negado a devolverles los bienes que el presidente Juárez les había incautado. Y, para colmo, Napoleón, traidor y cobarde como siempre, ha retirado hace unos meses su apoyo político y —lo que aún es peor— sus ejércitos, asustado ante las amenazas de los Estados Unidos que, ahora que han puesto fin a su guerra civil, no quieren que Europa asome sus narices en su propia casa. Max, destrozado, sin ninguna esperanza, quiso volver, dejarlo todo y volver. Pero Carlota, que no soportaba la idea de renunciar a ese trono que nunca existió, no se lo toleró. Vino ella sola para pedir ayuda, en vano, a Napoleón y al Papa. Y entonces, toda su orgullosa seguridad, su soberbio desprecio de la medida, se hundieron. Ha debido de ser tal el miedo, la angustia, que su espíritu no ha sido capaz de soportarlo, y la locura ha estallado en él. Ve enemigos por todas partes, cree que intentan matarla, y durante su entrevista con el Santo Padre, se puso a dar voces pidiendo ayuda, convencida de que la taza de chocolate que le servían estaba envenenada... Un médico tuvo que hacerse cargo de ella, y llevarla a Trieste, donde permanece vigilada las veinticuatro horas del día...

¿Qué será ahora de Max, tan lejos, tan solo? Aún recuerdo la sombra de la muerte que vi aparecer en sus ojos cuando se marchaba. ¡Quiera Dios que esté equivocada!

Viena, Hofburg, 9 de enero de 1867

Las diarias visitas de Max Falk son para mí como un regalo, lo mejor de mis sombríos y aburridos

días en Viena... Mi nuevo profesor de húngaro, periodista, judío y liberal, es un ser extraordinario, dotado de una inteligencia y una valentía que admiro y a la vez envidio profundamente. ¡Un hombre que ha estado en la cárcel por sus ideas no puede ser un hombre vulgar! Alguien, ignoro todavía quién aunque lo sospecho, se ocupa de enviarle siempre un coche poco adecuado, y así hoy ha venido en carruaje descubierto bajo la nieve que desde ayer noche no ha cesado. Él, sin embargo, se presenta ante mí sonriente y delicado, dispuesto a responder a todas las preguntas que yo le formulo sin tapujos. Esta tarde, sentado junto al fuego, intentando vencer su tiritona con una buena copa de coñac, hemos hablado de dos obras prohibidas: el poema *Zászló tarto*, de Josef Eótvos, un largo canto en el que la bandera de la nación es alzada sobre los cadáveres de los jóvenes muertos defendiendo su patria, y el viejo memorial de Széchényi, *Ojeada a una ojeada retrospectiva*... Le pedí a Falk que me trajera esos dos escritos y él se resistía. Entonces, abrí el cajón de mi escritorio para enseñarle mi copia del *Desmoronamiento de Austria*, el folleto escrito por el hijo de un alto funcionario que responsabiliza a la camarilla del conde Grünne de todos los males ocurridos en los últimos tiempos, y que hace algunos días —en el mayor de los secretos— ha llegado a mi poder. Falk lo hojeó atentamente. Cuando terminó, le dije:

—¿Ve usted? No soy una timorata. Me atrevo a guardar cosas como ésta en mi escritorio. Si en la corte lo supieran, me temo que acabaríamos en la cárcel usted y yo misma...

Falk no sabía cómo debía reaccionar. Pero cuando vio que yo me reía abiertamente, me acompañó con gusto. ¡Desde luego, sería un hermoso escándalo, la emperatriz de Austria encarcelada por esconder en su salón obras prohibidas por su esposo...!

Zurich, 22 de enero de 1867

Las noticias de la familia ocupan intensamente mi tiempo: Matilde acaba de tener una niña, aquí, en Zurich, una niña tan bonita que me lo parece incluso a mí, que no suelo encontrar ningún encanto a los bebés. Y hace unas horas he recibido un telegrama desde Munich: *Sofía comprometida con el Rey. Ven pronto*. Me imagino la alegría que habrá en casa en estos momentos: hace tiempo que buscaban novio para mi hermana, que está a punto de cumplir los veinte años y ha rechazado ya a dos pretendientes, a mi propio cuñado Luis Víctor —le pareció, me dijo, «demasiado femenino y hablador»— y a un príncipe español al que ni siquiera llegó a ver, pues no quería ir a parar a una corte tan lejana y tan poco recomendable... Ahora, al fin, la idea de casarse con nuestro primo Luis y ser, por lo tanto, reina de Baviera parece haberla convencido. Yo, sin embargo, no puedo evitar sentir una vaga inquietud: nunca voy a ponerme de parte de sus enemigos, que lanzan a los cuatro vientos toda clase de calumnias sobre sus excentricidades, pero debo admitir que el comportamiento de mi primo no es precisamente el de alguien sensato. Me remuerde la conciencia mientras escribo estas palabras, que muchos pronuncian también sobre mí, pero ¿cómo podría juzgar a un rey que dilapida el dinero de sus arcas en mantener a ese músico que, entretanto, vive a sus espaldas un

torrencial amor con la esposa de su mejor amigo? ¿Qué podría decir de un monarca que, mientras sus soldados peleaban valientemente a nuestro lado contra Prusia, lanzaba fuegos artificiales para llenar de estrellas la noche cubierta...? Y luego, esa extraña relación con las mujeres, a las que nunca mira, de las que nunca habla... Tan sólo alguna vez he creído percibir cierta admiración en sus palabras al referirse a alguna actriz madura y, desde luego, en su trato conmigo. Aún recuerdo el día en que Sofía, que se había escondido detrás de una puerta mientras él se despedía de mí después de una de sus largas visitas en casa de mi padre, me preguntó entre lágrimas de risa si todavía tenía mano: ¡Me la había besado tantas veces que mi hermana temía que me la hubiera desgastado! Y sus cartas, esas cartas tan apasionadas que hasta el emperador me ha prohibido en alguna ocasión responderle: «*El sentimiento de sincero afecto, de respeto y de fiel amistad que, aún muy joven, te consagraba ya desde el fondo de mi corazón, me hace creer en el cielo y la tierra...*». «*Las horas que hemos pasado juntos en el vagón el otro día están entre las más bellas de mi vida, nunca las olvidaré...*».

A ratos temo que Luis sólo busque en Sofía el reflejo de mí misma... Pero me obligo a creer que esa idea está dictada por mi propia vanidad: a fin de cuentas, aunque sus visitas sean interminables, aunque la atención que me dedica me resulte a menudo pesada e inquietante, en el fondo de mí misma me siento halagada al saber que he sido capaz de suscitar semejante admiración en un hombre a quien sólo las diosas de piedra y las celestiales armonías de la música consiguen estremecer... Quizá sea eso lo que me impide aceptar ahora que pueda amar de verdad a mi hermana, haber encontrado en ella la mejor de las compañeras para su extraña vida, desear hacerla feliz. Pero cada vez tengo más miedo de mis raras intuiciones...

Viena, Hofburg, 1 de febrero de 1867

Nada puede haber en la vida comparable al término exitoso del agotador esfuerzo, nada semejante al orgullo y el descanso del escalador que alcanza la cima, y recibe en el rostro el saludo de Dios... Como Ulises al pisar la tierra de Ítaca, cuando sus perros yacen a sus pies, y Eubeo solloza, y las esclavas preparan su lecho, y Penélope acaricia su espalda, maltrecha de batallas y tempestades, así quiero yo agradecer al Cielo su generosidad, que me ha permitido vivir este momento.

Al fin seré reina de Hungría, Erzsébet Kyraliné. Muy pronto, los húngaros tendrán su propio gobierno, y Gyula Andrassy será su primer ministro, y Hungría entera dará gracias a Dios y a su rey. Mi palabra ha sido escuchada, y mis enemigos aprietan los puños y rechinan los dientes. Yo entraré en la iglesia de San Matías, Andrassy sujetará la corona sobre mi cabeza, y mi corazón saltará de amor y de orgullo...

Buda, palacio Real, 29 de mayo de 1867

Han pasado veinticuatro días desde entonces... Veinticuatro noches y albas, esperando el momento

fatal, o la libertad... Quién sabe en qué condiciones, tal vez sin comida, con frío, quizás torturado, despertándose a patadas de las cortas horas de sueño sobre el suelo, escarnecido por sus modales de archiduque de Austria, siempre rodeado de niñeras, de sonrientes damas y obedientes oficiales, sentándose sobre sedas, aspirando el perfume de sus flores, sosteniendo entre sus manos largas y finas preciosos libros que contenían toda la sabiduría y ahora, preso de los desharrapados, de quienes hacen con la sabiduría hogueras para calentar los huesos entumecidos y disparan al aire por el placer del mido que ahogará el sonido de los violines en las salas forradas como cajitas de música...

México, 5 de mayo de 1867

Emperador Maximiliano hecho prisionero por Juárez en Querétaro.

Eso es todo. Un telegrama enviado hace veinticuatro días. Y tal vez habrá muerto ya, sí, habrá muerto, fusilado como un perro, sin tiempo para decirles que los quería, que deseaba para ellos un mundo mejor, una existencia llena de perfume de flores, de libros repletos de sabiduría, de sonidos de violines... ¡Veinticuatro días de festines para los buitres de México!

Buda, palacio Real, 4 de junio de 1867

Intento huir de los malos presagios, entregarme a manos llenas a los preparativos de esa ceremonia que, dentro de dos días, me convertirá en reina de mis tierras más amadas, señora de mis más amados súbditos, una de ellos, fiero y libre mi corazón, como los suyos... Reparo el manto de San Esteban, que cubrirá los hombros de mi esposo, rey de Hungría, coloco el forro de terciopelo dentro de la vieja corona que un ángel del Señor entregó un día a Atila y que ahora relucirá sobre la cabeza de Francisco, me pruebo mi traje de reina húngara —brocado blanco y plata, lilas y piedras preciosas en la falda que sujetará, como la de una campesina, el corpiño de terciopelo negro—, asisto a los ensayos de la *Misa de la Coronación* que Franz Liszt compuso hace tiempo, para cuando llegase este momento, y por todas partes veo rostros llenos de gratitud y yo siento que la gratitud se refleja a su vez en el mío...

Buda, palacio Real, 5 de junio de 1867

Hoy he visitado mi nueva casa. Tenía tantas ganas de poseer un hogar aquí, un lugar donde encontrarme, en paz, con mis amigos, donde refugiarme del ruido y la inquietud, y he ahí que el nuevo gobierno del país me regala ese palacio, Gódólló, como un árbol viejo y hermoso, con sus muchos sótanos hundidos, enraizados en la tierra, y sus cúpulas verdes alzándose al aire... Cuando lo visité esta mañana, una pareja de golondrinas habían hecho su nido en las bóvedas del zaguán, y las crías asomaban las cabecitas pidiendo alborotadas su alimento... Vi, desde las ventanas de lo que será mi

habitación, el enorme parque a mis pies, creciendo en desorden alisos y fresnos, nogales, magnolias, olmos, robles y tilos, y supe que ése habría de ser mi refugio, protegido contra las tempestades y el mal. Mi casa, Gódólló, como un rincón del paraíso que esta tierra ha reservado para mí. Allí embalsamaré mi corazón y recobraré el aliento, mi antiguo nombre será olvidado y me llamaré, por siempre, Erzsébet, la húngara...

Ratisbona, 28 de junio de 1867

No puedo rezar, no puedo... Tus designios, Señor, son a veces tan crueles, que tengo miedo de rebelarme contra ti... Vinimos aquí para consolar a Helena, mi hermana querida, Helena llorando ante el cadáver del esposo al que tanto amó...

La pena era como una niebla cubriendo el palacio, y aún apretábamos los pañuelos en los puños, cuando ese trozo de papel, esas cuatro palabras se clavaron en nuestros corazones, *Max fusilado en Querétaro...*

Pudo escaparse, le ofrecieron escaparse y no quiso... Lo fusilaron en Querétaro, al alba, abandonado de todos, solo, ni franceses ni austríacos a su lado, ni siquiera Carlota, lo fusilaron en Querétaro, como a un perro... Pero ¿dónde está Querétaro, dónde...? Un emperador de un Imperio que no existe no huye, debe morir así en un lugar que no existe, bajo el sol de cartón piedra de un Imperio de cartón piedra, tumbado por balas de verdad...

Aprieto el pañuelo en mi puño, pero no puedo rezar...

Munich, 22 de septiembre de 1867

Será una niña. Mi niña, mi hija, sólo para mí. La acunaré, le cantaré, la apretaré fuerte contra mi pecho y todo el calor de mi pecho será para ella... ¡Nadie me la arrebatará! ¡Nadie! Ése fue el pacto con el emperador: no intervendré nunca más en los asuntos de la política. Me quedaré callada, y que el mundo estalle en pedazos... A cambio, a mis treinta años, tendré al fin un hijo para mí. Y esta vez no estoy dispuesta a traer al mundo otro príncipe que, al cabo, me sería sin duda arrebatado para hacer de él un nuevo heredero. No, esta vez el destino estará de mi parte, y será una niña, preciosa carne de mi carne, corazón de mi corazón... Aun antes de que el doctor Fischer confirmase mi estado, antes de que la primera falta de la sangre hiciera dudar a los demás, yo ya sabía que tendría una niña... Soñé con ella, un tierno rebujo entre mis brazos, mi corazón lleno de luz... ¡Y juro sobre ese corazón que nadie podrá quitármela!

Viena, Schönbrunn, 8 de octubre de 1867

Quizá sea cierto que Luis se está volviendo loco. Tal vez ése sea el negro destino de los Wittelsbach, la locura, que tantas veces yo misma siento dándose rienda suelta en mi espíritu... Por eso, y a pesar de la vergüenza, no lamento que haya roto su compromiso con mi hermana. ¡Dios sabe que Sofía no habría podido ser feliz con semejante marido! Elsa, la llamaba, o Isolda, o Brunilda, como si fuera una de las heroínas de esas óperas de su adorado Wagner que sin duda le han trastornado la mente. Elsa, y la visitaba de noche, sin anunciarse, obligando a levantarse a toda la casa, le pedía que cantara para él con su hermosa voz y después se iba, un ligero besamanos y adiós, bella Elsa, debo montar en mi picadero durante toda la noche, como si cabalgara por los valles de mi reino... Viajó con su caballerizo a París, a escondidas —¿compartirán quizá los cuerpos de esos dos hombres la intimidad de las noches?—, e hizo rodar por las calles de Munich la magnífica carroza nupcial, vacía, mientras aplazaba la boda una y otra vez... Me alegro de que mi padre tomara la decisión de darle un ultimátum, y me alegro de que él le haya devuelto su palabra a Sofía, que ya no será reina de Baviera, pero se habrá librado de compartir su vida con semejante perturbado. ¡Pobre Luis, pobre Wittelsbach tal vez loco...!

V LA ISLA

Gódólló, 1 de abril de 1868

¡Qué distinta esta espera de las otras! Mi existencia es ahora apacible, como si un halo de suavidad me envolviera y rodeara también todas las cosas, impidiendo que ningún daño me alcance... La redondez de mi cuerpo me llena de orgullo —tan lejos la vergüenza del pasado—, y contemplo en el espejo mi vientre abultado, lo mido con mis manos, lo acaricio adelantando las caricias que pronto, muy pronto, rozarán no ya mi piel, sino la suya, la de Valeria, mi niña... aguardo ese momento sabiendo que mi vida será nueva, y que seré, en su nombre, columna, león y roca —la roca de las cumbres—, y un lazo indivisible nos unirá por siempre.

A mi alrededor, la bendita primavera entona al Señor sus alabanzas, y yo me siento la más dichosa, la más leal, la más nueva de sus criaturas.

Gódólló, 22 de abril de 1868

La niña ha nacido esta mañana, en primavera... Mi hija húngara, María Valeria, mi niña... Que el Señor sea alabado por los siglos de los siglos.

Ischl, Kaiservilla, 11 de julio de 1868

Yo creía que era bueno, pensaba que era mi amigo, mi hermano... ¿Cómo podía sospechar que sólo había maldad en el corazón de quien tanto simulaba quererme? Una vez más me he entregado abiertamente en manos de un ser indigno, de una víbora que inoculaba en mí su veneno mientras yo imaginaba la lengua de un perro fiel lamiendo mis heridas... Lo que ya me había ocurrido con Grünne y con otros cortesanos ha vuelto a suceder ahora con mi cuñado Luis, en quien yo confiaba más que en nadie.

Llegó esta mañana a visitarnos, tan cariñoso, tan encantador como de costumbre, dispuesto igual que siempre a escuchar mis cuitas y ponerme sobre aviso de lo que me esperaba en Viena. Alabó el aspecto de Valeria —que a sus tres meses aparenta ser un bebé mucho mayor, de pura hermosura— y el mío propio. Después, cogidos del brazo, felices ambos de nuestro encuentro, fuimos a pasear por el parque, dispuestos a las confidencias.

—¿Ha llegado a tus oídos, cuñadita, lo que dicen de la niña en la corte?

Durante los últimos meses, yo había vivido tan alejada de lo que no fuese el cuidado, la contemplación de mi hija, que ignoraba todo lo que ocurría en el Hofburg. Me imaginaba, no obstante, cualquier iniquidad, y estaba preparada para asumirla, incluso para burlarme. Lo que aún no sabía es que los puñales de la lengua de Luis Víctor podían herir tan hondo.

—La llaman la Única —prosiguió sonriendo abiertamente—. Dicen que es como si no hubieras tenido antes otros hijos, que vives completamente entregada a ella.

—Es cierto —confesé—. No es que no quiera a Gisela y a Rudi, pero tú sabes lo que he tenido que sufrir. Ahora me siento, por fin, una verdadera madre. Y ese sentimiento me ha dado tanta felicidad, tanta, que no alcanzo a expresarlo...

—Lo comprendo. Al fin y al cabo, ésta ha nacido del amor.

No entendí sus palabras. Me quedé quieta, sorprendida por esa afirmación cuyo significado se me escapaba.

—¿Qué quieres decir, Luis?

—¡Vamos, Sissi! Conmigo no es preciso que mantengas el disimulo. Siempre nos lo hemos confesado todo el uno al otro, ¿no es así? La corte entera está convencida de que esa niña es hija del conde Gyula Andrásy...

Sentí en mi interior un alboroto de vergüenza, de indignación, de asco... No pude hablar, tal era mi confusión. Luis se reía a carcajadas, disfrutando de mi estado:

—¡No pasa nada, cuñadita! ¿Cuántas reinas a lo largo de la historia han tenido hijos ilegítimos? Sobre mi propia madre se llegó a decir que Max era fruto de sus amores con Reichstadt... A veces me pregunto quiénes han sido mis verdaderos antepasados. ¿A ti no te ocurre? ¿No te has parado a pensar que tu abuelo podría haber sido, por ejemplo, un artista de circo...? Al fin y al cabo, eso no sería nada sorprendente en alguien como tú...

No pude soportarlo por más tiempo. Eché a correr monte arriba, hacia lo alto del Jainzen, donde su maldad no pudiera darme alcance, y dejé que pasaran allí las horas, mientras la tempestad se apaciguaba en mi interior y comprendía, al fin, la clase de monstruo que es mi cuñado. Cuando volví a casa, él, por fortuna, ya se había ido. Me acerqué a la habitación de la niña, la saqué de la cuna y estuve abrazándola durante mucho rato, fuerte, muy fuerte, para impedir que nadie le hiciera daño. Tan fuerte que, al cabo, rompió a llorar...

Schaffhause, 4 de septiembre de 1868

Como una isla... Altiva, sola y poderosa. La cumbre trepa hacia el cielo, hacia los rayos del sol, hacia el azote de las tempestades, y nada la doblega, como a una isla... Tan sólo se necesita a sí misma. Prescinde de las otras montañas, de los valles y de las personas, y, sin embargo, está íntimamente unida a todas esas cosas... Quiero ser así, como esa cumbre, una isla sola y altiva, imperturbable, dejarme lamer por el sol, azotar por el viento... ¡Oh, sí! ¡Si yo fuera la cumbre no quisiera tener que echar en falta al viento ni a las nubes! Todo el oro del sol tendría que ser mío, y los misterios de las nubes y los de la lluvia templada y los de la nieve silenciosa, y como ella, me mantendría firme, roca firme que enseña el pecho, como una isla...

Garatshausen, 15 de septiembre de 1868

Mi hermana Sofía se casará mañana con Fernando, duque de Alençon, y toda la casa es una fiesta. ¡Qué curioso el empeño de los seres humanos en celebrar por todo lo alto ese momento de nuestras vidas, que habitualmente nos conduce a la desdicha y no a la felicidad, como la alegría previa haría suponer...! Digan lo que digan, el matrimonio es una institución absurda: casi niñas, desconociéndolo todo del mundo, de los hombres y del amor, las mujeres nos vemos vendidas, obligadas a prestar un juramento cuyo significado no alcanzamos a comprender, y del que, la mayor parte de las veces, nos arrepentimos el resto de nuestras vidas, sin poder ya romperlo... De cualquier manera, no quiero estropearles la fiesta a los míos, y a pesar de mis íntimas convicciones, intento mostrarme tan emocionada y contenta como ellos.

Esta noche, cuando todos estábamos reunidos en Possi, apareció el rey. ¡Dios mío! Hacía tanto tiempo que no lo veía, que su aspecto me produjo una inmensa piedad... El pobre Luis sigue siendo hermoso como un dios, pero un dios al que hubieran obligado a descender del Olimpo para vivir entre los mortales a los que teme y, a la vez, odia... Sus ojos están permanentemente desorbitados, como si mirasen al infinito, hacia lo alto, incapaces de fijarse en nada que se encuentre a ras del suelo. Hizo el esfuerzo de venir a felicitar a su antigua prometida la noche antes de su boda, pero, una vez aquí, parecía que le faltasen las fuerzas para compartir el tiempo con los seres normales. Se dirigió antes que a nadie a mí, con palabras incomprensibles, musitadas, que mis oídos no alcanzaron a escuchar y, una vez recibido el saludo de toda la familia, se sentó en un sillón, callado, perdido... Nadie sabía muy bien qué hacer hasta que yo, para acabar con aquella tensa situación, le invité a dar un paseo por el jardín. Entonces, como si bajo la luz de las estrellas hubiese recuperado el aliento perdido, empezó a hablarme atropelladamente de sus proyectos de construcción: quiere levantar palacios, muchos palacios, hermosos palacios que expresen en piedra la armonía de la música, la magnificencia de su reinado... Ha ordenado a su arquitecto que repita en Linderhof las glorias del Pequeño Trianón de Luis XIV, y le ha puesto de nombre a su nueva residencia Meicost-Ettal. Nadie sabe por qué. Él me lo dijo, entre risas: «Es un anagrama, Elisabeth, pero las gentes son tan estúpidas

que no alcanzan a comprender este claro símbolo. Si cambias el orden de las letras, lo entenderás: *L'État c'est Moi...*». ¡Pobre Luis, extraviado en sus desvaríos, entre la belleza y el poder! El monólogo duró horas —yo apenas podía intervenir ante su avalancha tumultuosa de palabras, proyectos y quimeras—, y todo el tiempo estuvimos paseando por el jardín hasta que, pasada ya la medianoche, mi madre vino a rescatarme. Y el rey se fue entonces en su carroza, perdiéndose en la oscuridad hacia no sé qué oscuros precipicios de la mente...

Viena, Hofburg, 7 de febrero de 1869

Rodolfo nos ha acompañado hoy por primera vez al teatro. Me he sentido muy orgullosa, caminando al lado de ese muchachito de diez años, altivo y, al mismo tiempo, tan enternecedor... Desde que conseguí alejar a Gondrecourt de su lado, Rudi me mira como si yo fuera un hada, su Titania particular, un ser dotado de poderes para transformar el mal en bien. Un día me lo dijo así, con esas palabras, y yo le hice ver la primera página de mi diario, escrita una tarde de invierno, el día que cumplía quince años, y le expliqué que los seres humanos somos demasiado pequeños, demasiado débiles para compararnos a las hadas aunque a veces, ingenuamente jóvenes, deseemos creerlo.

—¿Ni siquiera tú, mamá?

—Yo menos que nadie, Rudi.

Y él me miraba, dudando sin embargo que le estuviera diciendo la verdad...

¡Pobre hijo mío, que tanto se parece a mí! Lo veo crecer, rodeado siempre de personas que lo tratan con ese distante respeto que impone su rango, ansioso del menor gesto de cariño, y pienso constantemente que debería permanecer más tiempo a su lado, ocuparme más de él. Cuando ocurrió lo de Gondrecourt, lo intenté, juro que lo intenté. Pero el infierno fue cerrándose sobre mí. Si quisiera estar junto a él, tendría que quedarme aquí para siempre: jamás me permitirían alejar al heredero de su programada vida en Viena. Y quedarme aquí para siempre, sería la locura... Sin embargo, la ausencia es para mí un pecado que a menudo me tortura y sigue produciéndome horribles pesadillas en las que Rudi me suplica una y otra vez una ayuda que yo nunca puedo darle... A pesar de su inteligencia, de su pasión por el estudio, de su desmesurada aplicación a la que los excelentes profesores elegidos por Latour responden con sabiduría, mi hijo es para mí un niño lastimero, cuyos ojos implorantes, en medio del rostro que simula sonreír, me provocan tanta piedad, que a veces tengo que alejarme de él para que no me vea llorar... Hace unos días, me enseñó su cuaderno de dibujos, y lo que vi me hizo estremecer: paisajes cubiertos de negras nubes, un hombre clavándole a otro su espada, salpicando la sangre el blanco inmaculado del papel, un grupo de pájaros escapando dichosos de una jaula cuya puerta alguien había dejado abierta... No tuve fuerzas para preguntarle por qué había querido representar todas aquellas cosas. Hice llamar a Latour, y le transmití mi

preocupación por el estado de mi hijo.

—También a mí Su Alteza me inquieta a menudo, señora. Su gran inteligencia y su extremada sensibilidad hacen de él un niño muy singular. No quiero daros falsas palabras de consuelo. Vuestro hijo posee enormes dones, pero hay rasgos de su espíritu que sin duda le causarán grandes sufrimientos. Lo único que yo puedo hacer por él, Majestad, es ayudarle a desarrollar lo mejor de sí mismo a fin de que lo bueno pese más en su vida que lo malo...

Después de esa charla, sintiendo una profunda angustia en el corazón, me acerqué a la habitación de mi *kédvésem*, y estuve hablándole largamente al oído: «No te parezcas a mí, niña mía. ¿Me entiendes, Valeria...? No te parezcas a tu madre, por Dios te lo ruego. Sé sensata, tranquila, resignada... No sufras tú también, mi alma». Y ella me miraba sonriente, alargaba su manita para tocar mi rostro, y a mí me pareció que me había comprendido.

Viena, Schönbrunn, 25 de mayo de 1869

Aún me siguen sorprendiendo las reacciones de las gentes hacia mi comportamiento, esa hostilidad que percibo a cada momento, acrecentada, popular ya entre los vieneses, y que, pese a no hacerme daño, me deja atónita. ¿Cómo iba a imaginar que mi ausencia en la inauguración de la nueva Ópera acarrearase tantas protestas? No me encontraba bien, eso es todo. Me dolía horriblemente la cabeza y sentía náuseas, no estaba en condiciones de soportar durante largas horas los saludos y las miradas, la música de Mozart, los saludos de nuevo, y decidí quedarme en la cama, pues a nada más podía aspirar mi destrozado cuerpo. Sin embargo, todos siguen empeñados en que para mí no hay excusas, ni siquiera las de la salud...

¡Maldito teatro, que ha costado tantos disgustos! Los dos arquitectos han muerto: Van der Nüll se suicidó después de saber que al emperador su fachada le había parecido achaparrada —aún recuerdo el horror de Francisco al enterarse de la noticia—, y Siccardsburg falleció de los disgustos algunos meses después... Pero no ha bastado con ese dolor, no. Ahora tienen que organizar un escándalo porque no he asistido a la inauguración. Bien, me plegaré por esta vez: acudiré para silenciarlos a la celebración del Corpus Christi tal y como mi esposo me ha pedido, hermosa emperatriz cumpliendo su papel. Me vestiré de gala, rezaré en voz alta, exhibiré mi piedad ante todos, pues eso es lo que quieren. A cambio, que se preparen los asilos de Viena, porque mis visitas serán desde ahora inesperadas, y caerán a mis pies aquellos que no traten como deben a los ancianos, a los niños, a los locos... Sí, dejaré que me vean, les daré caridad, pero lo haré a mi manera.

Garatshausen, 31 de julio de 1869

Vivo aquí sin pensar en nada, como a mí me gusta. Casi sin hablar, limitándome sólo a lo

imprescindible. Creo que empiezo a parecerme a Valeria. A veces desearía, como ella, señalar con un dedo lo que quiero, gruñir si acaso un poco y olvidarme por lo demás de las palabras... ¡Cómo nos hemos divertido mi *kédvésem* y yo esta tarde con el prestidigitador y su oso! Estuvo bailando ante nosotras largo rato, con su torpe corpachón enmarañado, y después le tiramos una manzana al lago, y él se lanzó a buscarla, dispuesto a arrostrar todos los peligros con tal de hacerse con su tesoro. Valeria se atrevió a acariciarlo, desde mis brazos, y yo le di de comer unas cuantas y ricas galletas, que el pobrecillo cogía de mi mano con un asombroso cuidado para no hacerme daño. ¡Con gusto me hubiera quedado con él, pero el emperador, estoy segura, no me lo habría permitido!

Aparte de esos juegos infantiles, mi tiempo aquí transcurre en medio de placeres sencillos: camino largas horas por el bosque, me baño en mi querido lago Starnberg, monto los maleducados caballos de mi hermano Luis y leo mucho... También voy con mi madre a diario a la capilla, donde un franciscano dice la misa muy de prisa, y a menudo, mis hermanas y yo nos quedamos charlando, como chiquillas, hasta la madrugada... Lo único que echo en falta es a mis hijos mayores —el emperador decidió que pasasen el verano en Ischl con la archiduquesa, cuyo ánimo, desde la muerte de Max, ha decaído notablemente—, a mi dulce Ida que ha tenido que quedarse en Viena, pues su débil corazón ya no le permite ni siquiera el esfuerzo de un viaje tan corto como éste, y a mi yegua *Ballerina*... ¡Le he pedido a Ida que la bese por mí, de la cabeza a los pies!

Roma, Palazzo Farnese, 12 de diciembre de 1869

Acabo de despedir al Papa al pie de la escalera. Acudió a devolverme la visita que yo le hice unos días atrás, así que de nuevo he tenido que pasar un buen rato arrastrándome de rodillas por todas partes, y forzando una imperial y muda sonrisa de sumisión —pues él se empeña en hablarme en italiano y yo no puedo responderle en esa lengua—, que he mantenido durante tanto tiempo que, ahora, me duelen las mandíbulas. Cuando ya se iba, Su Santidad se puso su gorrito escarlata y la larga capa del mismo color forrada de armiño. Al verle así, más redondeada que nunca su cara carnosa, con los labios pequeños, como de mujer, me recordó tanto a la emperatriz viuda Carolina Augusta, que estuve a punto de echarme a reír, y mientras nos daba la última bendición —la casa entera arrodillada a sus pies—, tuve que hacer verdaderos esfuerzos para contenerme... A mi devoto cuñado Fernando, que tan amablemente me ha recibido en su casa, no le gustó mucho mi ligereza, pero como es habitual en él, se fue en seguida dejándonos tranquilas a María, a Matilde y a mí.

Los asuntos papales ocupan una buena parte de mi tiempo en Roma, mientras espero el nacimiento del hijo de María. Las cosas están aquí muy agitadas: el Piamonte le ha arrebatado al Santo Padre la mayor parte de sus Estados. Pío IX *ya* sólo gobierna sobre Roma, y ahora muchos de los patriotas quieren que esta ciudad sea la capital del reino. Puesto que su poder temporal ha decrecido notablemente y corre gran peligro, el Papa ha convocado un Concilio ecuménico que debe aumentar su poder espiritual y yo, que huyo de las ceremonias como de la peste, he ido a caer aquí

justo en este momento, y tengo que asistir a largas, larguísimas horas de besamanos y discursos en latín que ninguna persona en sus cabales puede aguantar con entereza. Pero ¿qué dirían si encontrándome aquí no acudiera? Soporto, pues, con resignación mi cruz y, cuando puedo, aprovecho para recorrer esta magnífica ciudad que encierra tantos secretos, tantas miserias, tantas historias de necias ambiciones entre sus bellas piedras...

Gódólló, 6 de febrero de 1870

Tranquila, tranquila... La vida fluye a mi alrededor, suavemente. No tengo ganas de hablar, ni de escribir. Ni siquiera de pensar... Sólo miro, y el mundo late dentro de mí... Oigo la voz de mi *kédvésem, Nagyon Szevetlek Edesanyám* —¡Cuánto te quiero, mamá!—, y yo floto y mis risas suenan a lo lejos... Los caballos, los árboles, el fuego del salón, Ida acariciándome el pelo, la dulce levedad de la vida...

Neuberg del Mürz, 6 de septiembre de 1870

Francia se ha rendido. Napoleón está prisionero de los prusianos, Eugenia ha huido a Londres, y en París se ha proclamado la República. Guillermo y Bismarck, triunfadores, engendrarán ahora nuevos sueños de poder. Las serpientes se han tragado al zorro, pero seguirán reptando sobre el suelo de Europa, en busca de víctimas.

Todo cambia. Los tiempos van de prisa, demasiado de prisa para mí, que desde mi refugio en el campo, lejos de las disputas del poder, hasta de las guerras, observo esos hechos como si nada tuvieran que ver con mi propia vida. Detesto la política, tan llena de engaños, ese combate en el que el más astuto se lleva la mejor parte, en perjuicio de quien vacila en actuar en contra de su conciencia. Y ya nada me sorprende ni me altera, ni siquiera la noticia de la proclamación de la República en París. Lo único que me asombra es que no se haya producido antes. Al fin y al cabo, las monarquías no son más que el esqueleto de un pasado esplendor... No sé qué ocurrirá con nosotros. Puede que aún vegetemos algunos años antes de que nos llegue el turno. Después, emperadores sin Imperio, seríamos tal vez libres...

Merano, Villa Trauttmansdorff, 22 de octubre de 1870

Apenas ha amanecido. La niebla aún cubre los altos picos, y el mundo vive ese momento único de cada día, en el que todas las cosas parecen pertenecerse a sí mismas, a la vez que se entregan, complacientes, a la luz. Yo contemplo el rebaño que camina a lo lejos, resonando las esquilas, hacia las praderas que serán su casa durante todo el día. El valle se extiende ante mí, verde, perfecto, en perfecta calma y, sin embargo, bullicioso de vida. Me siento fuerte, libre y fuerte.

Vivo entre las montañas, lejos de los seres humanos que sólo me halagan y me detestan, en medio del silencio... Aquí nada logra entristecerme, ni el desprecio, ni el reproche, ni siquiera el odio. Soy como un ermitaño que hubiera elegido su morada en lo alto de una colina, bajo el cielo... Deseo quedarme aquí mucho tiempo, ver caer la nieve, que cubrirá primero las altas cumbres y descenderá luego hacia mí, amiga callada, como yo fugitiva del bullicio, muda compañera para los juegos de mis niñas, refugiadas conmigo en este rincón del mundo que apenas existe para los demás... Luego vendrá la primavera, el sol brillará magnífico, caerá el agua bendita del cielo, y la nieve se irá, resignada, cumplido su destino, y llegarán la hierba, las flores olorosas, la brisa fresca, el aliento de vida colorida y fugaz... Y nosotras correremos, treparemos a las cumbres que nos bendecirán en nombre de Dios, mientras allá lejos, en el otro mundo, sonarán fusiles, gritos, mentiras, lamentos, maldiciones, pero a nuestros oídos sólo llegará el canto de los pájaros, el rumor de la naturaleza celebrando su gloria.

Merano, Villa Trauttmansdorff, 18 de enero de 1871

Guillermo I ha sido proclamado emperador alemán. Los Estados del sur se han unido a los del norte, y el más sanguinario es ahora el primero entre los reyes. El propio Luis de Baviera le ofreció la corona, que no glorifica su sabiduría, ni su piedad, ni su justicia, sino su crueldad, la potencia de su ejército, su falta de conciencia para matar. Así es el mundo.

Merano, Villa Trauttmansdorff, 4 de mayo de 1871

He de viajar a Viena. Mi cuñada María Annunziata ha muerto. ¡Dios la tenga en su gloria! Tal vez así haya logrado descansar su cuerpo, siempre perseguido por las enfermedades, la epilepsia primero, el pecho después. Deja tres hijos, tres pobres archiduques aún niños y privados para siempre del amor de su madre... Por fortuna para él, la inteligencia de Carlos Luis es tan lenta, y sus sentimientos tan menguados, que sobrevivirá sin mayores consecuencias a esta segunda gran ausencia en su vida. ¡Cómo envidio a veces a los idiotas!

Merano, Villa Trauttmansdorff, 9 de noviembre de 1871

Mi deber está cumplido: el emperador ha nombrado hoy a Gyula Andrassy ministro de Asuntos Exteriores, para reforzar nuestra unión con Alemania —Guillermo y Francisco han vuelto a ser amigos— y demostrar claramente la enemistad a Rusia. Hungría tiene cada vez más peso en el gobierno, los liberales se hacen con el poder, y el futuro de mi hijo descansa ahora en buenas manos. No puedo por menos de sentirme orgullosa de este éxito que favorece al país y a mi querido amigo, y que tanto he anhelado.

Gyula Andrassy... Cuando pienso en él, recuerdo, como si hubiera ocurrido hace siglos, el deseo

que sentí una vez de su cuerpo, aquella ansia de pasión que ha dejado paso a la profunda amistad de nuestras almas. Sé que su corazón me será fiel de por vida, igual que el mío le pertenece. Pero ya no hay zozobras ni espejismos. Ahora, sus palabras sólo me llegan a través de su correspondencia con Ida, y en las cartas que ella le envía añade siempre algunas líneas dictadas por mí. Apenas nos vemos y, desde luego, jamás nuestros encuentros se celebran a solas. Sin embargo, me siento más cerca de él que nunca, especialmente en este día que tanto esperé. Su imagen está presente en mi mente desde esta mañana, y estoy segura de que él conoce en la distancia mi alegría: nos hemos comprendido tanto, que ya no necesitamos las palabras para comprendernos. Que Dios lo bendiga y guíe sus pasos.

Merano, Villa Trauttmansdorff, 20 de noviembre de 1871

Estoy casada con el más gentil e insulso de los hombres. Hace unos días, el emperador me preguntó por carta qué regalo deseaba para mi próximo cumpleaños. Se lo expliqué claramente: «*Ya que me preguntas qué me haría ilusión, te pido que me regales un pequeño tigre real (hay tres cachorros en el parque zoológico de Berlín) o un medallón. Sin embargo, lo que más me alegraría, te lo aseguro, sería un manicomio completamente instalado. Ahora ya tienes para elegir*». Hoy ha llegado su respuesta: «*Confío en que las niñas y tú vengáis a pasar las Navidades a casa. Aquí te espera, además de mi amor, un magnífico medallón que ya he elegido para celebrar tus hermosos treinta y cuatro años*». ¡Ni siquiera se ha tomado la molestia de pensar en las otras cosas! Los pobres locos de Viena seguirán viviendo como bestias: el emperador tiene que ocuparse de asuntos mucho más importantes que las horribles simas de sus mentes perdidas.

Viena, Hofburg, 21 de enero de 1872

He nombrado nuevas damas de honor: la condesa María de Goéss, vieja señora inteligente y delicada, es desde ahora mi primera dama. Ella y Ludviga Schaffgotsch —famosa por sus bellos ojos y su largo y negro bigote— son las únicas austríacas que aún permanecen en mi séquito. He elegido además a otra húngara, la condesa María Festetics, amiga de Andrásy, hermosa y llena de sensatez y de luz. Hoy mismo, antes de haberse iniciado en sus funciones, ha sufrido la primera muestra de hostilidad, pero supo comportarse, como yo esperaba, con gran valentía. Tuvimos que acudir a la cena que todos los viernes la archiduquesa ofrece en sus aposentos. Ella y Ludviga me acompañaron. Con la austríaca, todos fueron encantadores, pero a mi joven húngara no sólo la dejaron completamente de lado, sino que la víbora de Luis Víctor se atrevió a darle la espalda cuando se la estaban presentando. María permaneció en su lugar, altiva y tranquila. Yo aguanté la situación porque sé que el emperador está muy preocupado por la salud de su madre, a la que ve decaer poco a poco, pero al final de la cena invité a la condesa Festetics a acompañarme a mi dormitorio. Quería mostrarle, en prueba de amistad, mis pequeños tesoros, esos cuadros de paisajes placenteros en los que tanto me gustaría vivir, los retratos de mis caballos y mis perros, mis instrumentos de gimnasia,

las hojas de los árboles de Possi que guardo como si fueran exquisitas joyas... María me miraba sorprendida, desorientada sin duda porque en lugar de enseñarle diamantes y oros, mis preferencias se dirigiesen hacia esos pequeños objetos cargados para mí de recuerdos. Le pedí después que se sentara a mi lado.

—¿Se siente usted ofendida por lo que ha ocurrido esta noche? —le pregunté.

—No, Majestad. Estoy algo molesta, pero estaba preparada para ese tipo de cosas. El conde Andrásy ya me ha puesto sobre aviso y me ha explicado vuestra situación en la corte.

—Me alegro de ello, María. Así las dos nos evitaremos disgustos. Tendrá que acostumbrarse a estas situaciones: en cuanto alguien toma partido por mí, es perseguido. Por eso todos los consejos del mundo no son suficientes. Aunque nuestro buen amigo Andrásy ya la haya aleccionado, quiero insistirle: tenga mucho cuidado con las intrigas. Acaba de llegar, y aún ignora dónde pueden tenderle una trampa. Por encima de todo, le ruego que sea muy prudente cuando se dirijan a usted ciertas personas de la corte, ya sabe a quién me refiero... Lo mejor es que, por el momento, intente no relacionarse con nadie, salvo con Ida: a ella puede abrirse sin cuidado. Pero recele incluso de las otras damas. ¿Me comprende, María?

—Sí, Majestad.

—Sé que puedo confiar en usted. Andrásy me ha informado sobre su carácter, aunque, de cualquier manera, me hubiese bastado con verla. No es fácil que nadie influya en mí ni para bien ni para mal, pues lo dejo todo en manos de mis voces íntimas y del destino. Y mis voces me dicen que podría cerrar los ojos y permitir que usted me condujera por una montaña sin un solo tropiezo.

—Me alegro de que así sea, Majestad.

María Festetics me sonreía con sus ojos francos, y todo su ser parecía firme como una alta cumbre. La despedí sabiendo que había ganado una nueva amiga.

Budapest, palacio Real, 23 de abril de 1872

Gisela y Leopoldo se casarán dentro de algunos meses. Gisela ya ha cumplido los quince años, y aunque a mí me parece un error, hace tiempo que mostraba interés por contraer matrimonio, e incluso, olvidando su habitual comedimiento, se atrevía a preguntarnos a su padre y a mí si habíamos pensado algo al respecto. De manera que empezamos a pensarlo. Ella no mostraba ninguna preferencia, tan sólo nos pidió que la casáramos con un «hombre de buen corazón». Parece ser que el único

disponible en todas las cortes de Europa era mi sobrino Leopoldo de Baviera, y el compromiso se fijó rápidamente. Creo que este matrimonio hará la felicidad de muchos: en primer lugar, de los novios, que demuestran sentirse muy a gusto juntos y que se parecen no sólo en el carácter, sino incluso en el físico; pero también de mi hermano Max, que a sus veintitrés años está enamorado como un niño de Amalia de Coburgo, a la que Leopoldo pretendía. El camino queda, pues, libre para él.

He decidido no intervenir en los preparativos de la boda. Dejaré que la archiduquesa se ocupe de todo. Al fin y al cabo, ella ha sido la verdadera madre de mi hija y las dos comparten gustos muy parecidos. Es probable, además, que sea la última alegría en la vida de mi suegra. ¿Por qué habría de privarla de ese placer que para mí, en cambio, sería una enojosa carga?

Viena, Hofburg, 29 de mayo de 1872

«Hemos enterrado a nuestra emperatriz...». Eso escuché esta mañana, a la vuelta de la cripta de los Capuchinos, palabras pronunciadas entre sollozos pero lo suficientemente claras y altas para que yo pudiese oírlas. No me importa que lo digan, pues sé que tienen razón. La archiduquesa Sofía ha sido la verdadera emperatriz de esta corte, la detentadora de ese título que yo nunca he sabido ni querido llevar.

Mi suegra falleció hace dos días, víctima de un enfriamiento y, en realidad, abatida por el profundo dolor que el fusilamiento de su hijo Max y el fracaso de sus ideas políticas le habían producido. A Dios gracias, pude estar a su lado las últimas horas. Si no hubiera llegado a tiempo, estoy segura de que habrían dicho que se murió por mi culpa, y que lo hice a propósito. Pero llegué a tiempo, sí, a tiempo para cumplir mi papel de nuera, para rezar por su alma, para comprender que había olvidado el rencor... Las velas titilaban, proyectando largas sombras sobre los muebles dorados, los jarrones chinos y los grandes retratos que enmarcaron, durante años, su deslumbrante reinado. Pero entre las almohadas, un rostro pálido, descarnado, entornados los ojos, jadeando el aliento entrecortado de gemidos, se entregaba, vencido, a la muerte. Yo recordaba su voz acerada, su aplastante dominio, la energía feroz de aquella mirada cuyo simple parpadeo, un día, me hacía temblar. Recordaba el tiempo en el que deseé tanto su muerte, que, si hubiera ocurrido, me habría creído culpable. Sin embargo, en esos momentos, mientras ella agonizaba lentamente a mi lado, sólo sentí lástima de esa mujer obligada a comportarse como un hombre para no ser asfixiada, derrotada en los últimos años de su vida por un mundo implacable que no se detiene en contemplaciones con las viejas archiduquesas. Tuve piedad de ella, que entregaba su alma al Señor con la profunda convicción de que siempre, a lo largo de su existencia, había cumplido firmemente con su deber... Sí, todo el daño que me causó, todas las lágrimas que me hizo derramar, el apaciguador exilio al que su feroz persecución me ha obligado, no fueron más que los inútiles golpes de sable de quien luchaba por un mundo que, entretanto, dejaba de ser... Comprendí que, de cualquier modo, aunque ella no hubiese existido, todo habría sido igual para mí. Ése era mi destino, ser como un ciervo del bosque

enjaulado entre barrotes de oro, y nada se puede hacer en contra del destino. Ni siquiera su muerte me libera: muy al contrario, su desaparición me obligará a una mayor presencia junto al emperador, a un más intenso compromiso con esta corte que se ha quedado, como él, huérfana. Son muchos los que creen que aprovecharé esta nueva situación para intentar influir con más energía en las decisiones de mi esposo. ¡Nada más lejos de la realidad! Mis únicos objetivos políticos —el reconocimiento del papel de Hungría en el Imperio y la participación de Andrásy en el gobierno— están cumplidos. Han quedado lejos los tiempos en que sentía deseos de luchar, y en este momento, más que nunca, regalaría con gusto mi título de emperatriz...

Hoy, durante los responsos, recé a Dios por la salvación de su alma y por la de mi vida.

Viena, Schonbrunn, 4 de junio de 1872

Esta tarde, durante el paseo que María Festetics y yo solemos dar por los jardines, estuvimos a punto de tropezamos con un alto funcionario de la corte, el barón R. Casi hice caer a mi dama al suelo en mi empeño de salir corriendo en otra dirección, a la vez que me cubría la cara con el gran abanico que, en estas últimas semanas que el luto me ha obligado a pasar en Viena, se ha convertido en mi compañero inseparable. Cuando estuvimos a buen recaudo, bajo las ramas de los tilos, miré a mi amiga: su rostro, enrojecido por la carrera, expresaba el estupor que estas frecuentes escenas le causan. Sosegada ya, me eché a reír, y le expliqué las razones de mi raro comportamiento, que ella se ve obligada a soportar día tras día:

—No quiero que me miren, María. Mientras me miran, siento su odio y su desprecio tan dentro, que tengo la impresión de que podría llegar a enfermar... Sólo cuando no me queda otro remedio, cuando por fuerza he de aparecer en público, consigo que mi mente acepte sus miradas. Y en esos casos, usted lo sabe bien, sólo me presento ante ellos completamente enjaezada, como mis caballos. Sé que mi único poder sobre su maldad radica en mi belleza. Sólo eso les parece en mí bueno, y nunca permitiré que me vean de otra manera. Es más, creo que cuando envejezca, cubriré mi rostro para siempre. Así tendrán que recordarme, por fuerza, como soy ahora.

María me miraba con sus hermosos ojos llenos de piedad. Había empezado a llover. El parque se engrandeció de pronto, acogedor y perfumado. Un acogedor mundo solitario.

Viena, Hofburg, 24 de diciembre de 1872

¡Qué aburridos son nuestros encuentros familiares! Ni siquiera la Navidad consigue romper el bloque de hielo en el que cada uno de nosotros se encierra cuando estamos todos juntos. Nos reunimos bajo el árbol, rodeados de lacayos y camareras, de damas y oficiales, silenciosos y circunspectos, y muy seriamente nos felicitamos unos a otros casi como si fuéramos extraños cumpliendo una formal

ceremonia. Incluso Valeria, que siempre gusta de estar pegada a mí, mimosa y seductora, se comporta en estas circunstancias como una niña distante y formal. Y Rudi se convierte en una especie de soldadito de plomo, un archiduque ceremonioso, con su traje de oficial rígido, tan rígido como su gesto... Por fortuna para todos, yo me he ocupado de que estas reuniones se celebren con la menor frecuencia posible y procuro que nuestra vida transcurra en la intimidad y lejos del Hofburg. Hace tiempo que ni siquiera asisto a las horribles cenas familiares, en las que todos los Habsburgo se reúnen alrededor del emperador y respetan hasta tal punto el ceremonial, que sólo hablan cuando él les dirige la palabra. Y como eso ocurre tan pocas veces, todos comen en medio del más solemne de los silencios, mientras resuenan en la sala los roces de los cubiertos contra las vajillas y el ligero tropiezo de las copas. Sé que después, aburridos y hambrientos —pues la rapidez y la frugalidad de mi esposo no les permiten disfrutar ni siquiera de los succulentos platos—, muchos de los archidukes se dirigen al hotel Sacher y a otros lugares de la ciudad, en busca de comida y de distracción. Yo, entretanto, ceno en compañía de Ida y de María Festetics en mis aposentos: un poco de jugo de carne, unas manzanas, algún panecillo, lo suficiente apenas para no morirme de inanición, pero permitir que mi cuerpo siga teniendo, a los treinta y cinco años que hoy he cumplido, el aspecto del de una adolescente.

Viena, Hofburg, 20 de abril de 1873

Gisela y Leopoldo se han casado hoy. Gisela estaba muy bonita, con sus ojos azules llenos de emoción y su blanco vestido bordado en plata. Una auténtica princesa de dieciséis años, linda y algo desabrida... Cuando han iniciado el viaje hacia Munich, donde vivirían a partir de ahora, todos hemos llorado mucho, especialmente Rudi, que adora a su hermana, y ella misma, que corre sin embargo, estoy segura, al encuentro de una vida de felicidad conyugal.

Ahora tengo que dejar de escribir. Estoy agotada y creo que mis manos no tienen fuerza ni para sujetar la pluma.

Viena, Schönbrunn, 10 de agosto de 1873

He tenido que regresar por unas horas a Viena, pese a mis firmes propósitos, para evitar que el sha de Persia se quedara a vivir en nuestro palacio de Laxemburgo. El monarca llegó a la ciudad cuando yo ya estaba instalada en Payerbach, huyendo del ajetreo de los últimos meses. Probablemente éste sea el año más agotador de mi existencia. Como me temía, la muerte de la archiduquesa me ha puesto en una delicada situación, y he tenido que asistir a todas las ceremonias: los grandes bailes de la temporada, el Corpus, la Semana Santa con sus interminables y ridículos actos de falsa devoción... Y, para colmo de males, la Exposición Universal, que ha provocado un interminable desfile de cabecitas coronadas o a punto de serlo. Al cabo de unas semanas, mi cuerpo y mi mente estaban tan exhaustos que decidí retirarme con Valeria a las montañas, lamentando la suerte de mi pobre esposo,

empeñado en cumplir hasta la perfección un papel de amable y entregado anfitrión que, sin embargo, nadie va a agradecerle. Pero el sha decidió que no se iría de aquí sin saludarme, y su estancia se prolongaba ya tanto, que todos empezaron a creer que hablaba en serio. El emperador me suplicó encarecidamente que viniera, y me vi obligada a aceptar.

A decir verdad, no me arrepiento: me he divertido mucho con este personaje que parece sacado de una leyenda oriental. Su riqueza es tan opulenta como proverbial su absoluta falta de educación. Durante las jornadas que ha pasado en Viena, se han sucedido toda clase de anécdotas, que Ida ha recogido para mí, sabiendo que me divertirían: a diario, ha hecho esperar al emperador durante horas, hasta que su astrólogo consideraba que había llegado el momento propicio para el encuentro. A Crenneville, el primer gentilhomme de cámara de Francisco, lo ha tratado como si fuera un humilde criado; un día, mientras paseaban en coche por el Prater, lo obligó a sentarse en el pescante junto al cochero y a sujetarle una sombrilla que lo protegiera del sol —¡cuánto me hubiera gustado ver la cara del estirado Crenneville en esa situación!—. A la mañana siguiente, de nuevo en el Prater, mientras caminaba junto al emperador, una vulgar mujerzuela se plantó ante él con los brazos en jarras, enterada sin duda, como todo Viena, de la atracción irresistible que el sha siente por cualquier clase de hembras. El bueno del monarca, olvidando la presencia de mi esposo y del público, se acercó a ella, pellizcó sus rollizos brazos, acarició fervientemente sus carnosos senos, e hizo luego que la incorporasen a su séquito. Y día tras día, siguió comportándose de la misma manera, saltándose todas las normas y poniendo a todo el mundo en comprometidas situaciones que a mí, lo reconozco, me han causado entusiasmo: durante un té, se negó a ser presentado a las viejas damas de la corte, dirigiéndose en cambio a las jóvenes condesas que esperaban al otro lado del salón... Y esta mañana entregó al emperador y a Andrassy su retrato enmarcado en diamantes, pero rechazó ofrecer un presente a mis cuñados, como era de rigor, alegando que no sentía ninguna simpatía por ellos...

En cambio, ante mí, este brutal personaje se ha comportado como un niño tímido. Cuando al fin nos encontramos esta noche, antes del banquete, con hora y media de retraso sobre el horario previsto, se quedó de pronto quieto, comenzó luego a dar vueltas a mi alrededor en silencio, mientras yo apenas podía reprimir la risa, y al cabo exclamó en francés: «*Ah!, qu'elle est belle!*». Francisco tuvo que arrancarlo de la contemplación tirando de él para llevarlo al comedor, donde todos nos esperaban. Por una vez, la cena transcurrió en medio de una bulliciosa alegría. Hasta el emperador parecía contento de la pronta despedida de ese ser, capaz de probar la salsa del pescado con la propia cuchara de la salsera, y devolverla después a su sitio... A mí, por contra, no me hubiese importado compartir algunas horas más con tan estrafalario personaje.

Gódólló, 25 de noviembre de 1873

Me levanto al alba, cuando las nubes todavía duermen sobre la tierra y el mundo es oscuro y frío. Yo,

sin embargo, me siento llena de energía, y sé que en cuanto las formas de las cosas reaparezcan —las cúpulas verdes de Gódólló, las ramas desnudas de los árboles, el suelo rebosante de hojas y humus, la mole blanca y gris de mis establos, donde los animales ya relinchan, excitados, mientras los caballerizos preparan todo— habrá llegado el momento. Nos reuniremos en el zaguán, frotándonos las manos y golpeando los pies para darles calor, y será después la carrera, el riesgo, el cuerpo que se extenúa y vacía la mente en un esfuerzo brutal. Me entusiasma ese galopar sin freno, cuando el mundo se convierte a mi alrededor en un torbellino de aire y hojas, y puedo oír la tierra bramando bajo mí, el resoplido de mi caballo, un pájaro que de pronto cantaba sobre un castaño y quedó ya lejos al instante, y me siento inconsistente, etérea, aire yo también, viento al viento, dominando todos los riesgos, invencible... Nada hay en el mundo que me proporcione tanto placer, semejante libertad y fuerza.

Es la primera vez que organizo mis propias cacerías. En los últimos años, había asistido a menudo a las de los Liechtenstein, los Esterházy y otros amigos, pero nunca había sido yo la anfitriona. He invitado a compartir estos días con nosotros a mi sobrina María de Wallersee, la hija de mi hermano Luis y Enriqueta, una belleza de trece años, rebelde e inteligente, cuya admiración por mí sobrepasa todos los límites. Por supuesto, a los remilgados de siempre les ha parecido motivo de escándalo que la hija de una antigua actriz venga a residir bajo nuestro propio techo y comparta sus juegos con Valeria. No pueden evitar torcer el gesto, pero callan. Y luego, por las noches, mientras los gitanos hacen sonar sus salvajes y hermosas músicas alrededor de los fuegos encendidos en el parque, las náuseas revuelven en sus vientres las cenas exquisitas. Yo, entretanto, soy feliz...

Gódólló, 5 de diciembre de 1873

Los periódicos conservadores de Viena han vuelto a atacarme. Les ofende que no me guste estar en esa ciudad, que me niegue a ser exhibida como una joya, que me haya atrevido a hacer el paseo triunfal para conmemorar los veinticinco años de la llegada al trono del emperador en coche cerrado y corridas las cortinas, que prefiera a todo ese alboroto de gallinas cluecas el silencio de los montes y el rumor de la hierba creciendo, y hablan, hablan, hablan...

Yo no conseguiré entenderlo, nunca podré aceptar que cada uno de mis gestos, mis palabras, mis pensamientos, hasta los sentimientos más íntimos de mi corazón tengan que ser acechados, examinados y juzgados por todos. ¡Jamás soportaré que no se me permita ser libre y silenciosa!

Viena, Hofburg, 15 de diciembre de 1873

Mi cuñado Carlos vuelve a casarse por tercera vez. La elegida ha sido en esta ocasión una hermosa princesa portuguesa, María Teresa de Braganza, que espero con todo mi corazón tenga más suerte que sus dos desdichadas antecesoras. Este matrimonio es una buena noticia para los pobres hijos de

Carlos Luis, que ganarán con él una madre buena y cariñosa y, desde luego, para mí: al fin hay alguien en la familia que puede sustituirme como primera dama. María Teresa cumplirá a la perfección el papel de emperatriz postiza, y yo entretanto daré gracias al Cielo por su generosidad desde cualquier lejano refugio.

VI

LAS ALAS DE LA GAVIOTA

Munich, 15 de enero de 1874

María Festetics intenta convencerme de que la locura del rey Luis y de su hermano Oto nada tiene que ver con los Wittelsbach: «¿Cómo podéis compararos vos con esos dos pobres desdichados?», insiste. ¡Sí, pobres desdichados, pobres seres a los que el mundo les ha sido apartado bajo los pies, y el cielo ha golpeado en la cabeza...! Ayer, al final de mi visita a su madre, la reina María, oto se empeñó en acompañarme hasta el pie de la escalera. Sentí pavor pensando que aquel muchacho que caminaba tras de mí, con los ojos extraviados, el pelo enmarañado a fuerza de enredar en él sus dedos, y ese cuerpo como desmayado de tantas horas pasadas en el rincón de cualquier habitación de donde no hay fuerza humana capaz de moverle, podía empujarme en cualquier momento... Por fortuna, la visita terminó sin sobresaltos. Pero yo me quedé triste y asustada, y al regresar a casa de Gisela y Leopoldo, sólo pude encerrarme en mi dormitorio, sin acercarme a visitar a mi hija parturienta y a la pequeña Elisabeth, esa niña vivaracha y fea que me ha convertido en abuela. Oto se ha vuelto loco, hasta el punto de que están considerando la posibilidad de encerrarlo en algún palacio. Y en cuanto a Luis... ¿Cómo es posible que los tormentos del alma hayan transformado a ese ser, el más hermoso de los hombres, en un montón de carne informe, tan informe como su propia mente cada día más alucinada, más perdida, más sufriente y a la vez entregada a sus placeres...? Sigue empeñado en sus delirios de construcción, levantando palacios que él desearía de aire, a los que invita a cenar a fantasmas del pasado —Luis XIV y María Antonieta compartiendo sus banquetes—, y monta luego a caballo durante toda la noche, o se hace conducir de un castillo a otro a la luz de las antorchas, se emborracha con sus lacayos y luego llora y llora sin sosiego... ¿Qué delicado mecanismo habrán manipulado los dioses o los demonios en sus almas para enloquecer de ese modo a mis dos primos? A menudo me pregunto cuándo será mi turno.

Estrasburgo, 30 de julio de 1874

¡Qué magnífica experiencia la de contemplar desde lejos el espectáculo de una misma! Escondida detrás de un velo, acompañada solamente por María Festetics, yo miraba desde una esquina a mi peluquera Fanny recorrer como una verdadera emperatriz, altanera y complaciente, el espacio que la separaba del atrio de la catedral, donde Ayuntamiento y Cabildo la esperaban —me esperaban— para hacerla visitar el templo y orar ante la tumba de sus antepasados Habsburgo... Y mientras la falsa soberana recibía los honores, mi amiga y yo habíamos salido del hotel al alba, como unas desconocidas cualesquiera, y habíamos recorrido en compañía de una amable anciana cada uno de los rincones de esa iglesia alzada en los tiempos en que hasta las piedras estaban llenas de Dios, y nos habíamos reído ante sus palabras sobre la decadencia de la gran familia imperial, que, para ella, quedaba expresada en el grosor desmesurado de los labios de muchos de sus miembros... Después,

satisfechas de nuestro engaño, compramos panecillos y nos entretuvimos dando de comer a las palomas de la plaza, y entramos luego en la pastelería para repartir golosinas entre los pilluelos que correteaban a nuestro alrededor, caminamos por las calles de la ciudad, esforzándonos por contener la risa cada vez que un transeúnte provocaba nuestros comentarios jocosos —aquél tenía la nariz del archiduque Alberto; el otro, los ojos de besugo de Luis Víctor—, y nos instalamos entre el público que esperaba a la emperatriz de Austria, que pasó ante nosotras sin mirarnos, Fanny peinada como yo, vestida con mi mejor traje de mañana, imitando mi paso: «¡Qué hermosa es!». «Sí, pero dicen que es muy rara. Detesta que la gente se interese por ella». «¡Oh, entonces es tonta! Si yo fuera emperatriz, estaría siempre sentada en un trono, sobre las cabezas de los demás, para que todos me admirasen...». Nos reímos tanto que, por un momento, temimos que alguien llamase la atención de la policía hacia aquellas dos mujeres que parecían burlarse ruidosamente de la soberana. Pero no ocurrió nada, y al cabo, regresamos al hotel sofocadas y esperamos la llegada de mi doble, que se había tomado tan en serio su papel, que al entrar en la habitación pareció sorprendida al ver que no nos inclinábamos ante ella...

Creo que esta jornada es un excelente augurio para mi viaje. Valeria y yo nos trasladamos a la isla de Wight, donde podremos descansar y tomar baños de mar. Con esa excusa, yo participaré en algunas cacerías en Inglaterra. Mi hermana María —que pasa ahora allí buena parte del año y dispone de un lindo pabellón de caza que el matrimonio Rothschild ha puesto a su disposición— me ha insistido tanto para que acuda a medirme con los mejores jinetes y amazonas, que yo misma he hecho de ello una cuestión de honor, y, con mi proverbial tozudez, he conseguido la autorización del emperador, que consintió, eso sí, a regañadientes, insistiendo como una vieja madre en los peligros que puedo correr si me entrego a mi «fiebre amazónica», como él la llama.

En este momento, me conviene por otra parte estar lejos del Imperio. Ultimamente, añadiendo una piedra más en la balanza de mis pecados, el partido checo y sus simpatizantes me acusan de ser la culpable de la negativa de Francisco a dejarse coronar en Praga, siguiendo el ejemplo de Budapest. ¡Y me acusan precisamente a mí, tal vez la única persona de la corte que entiende que los bohemios se rebelen contra el dominio austríaco, que respeta el sentimiento profundo y ancestral de las nacionalidades, y piensa que, algún día, podrán imponer su voluntad...!

Pero ahora no quiero hablar de esas cosas... Esta noche, lo único que debe importarme es el cielo y el mar que me esperan, el galope de mis caballos y la altura de los muros que habré de saltar, y la alegría de mi *kédvésem*.

Wight, Steephill, 11 de agosto de 1874

La reina Victoria se ha presentado hoy a visitarme, rompiendo el tranquilo y ocioso ritmo de mi vida aquí —baños, caballos, paseos al borde del mar, largos versos de Byron...—. Está empeñada en que

acuda a cenar con ella a su residencia de Osborne, pero yo he declinado por dos veces la invitación. Al fin y al cabo, no he venido hasta este rincón del mundo para hacer la misma vida que en Viena. Cumpí con mi deber el primer día, yendo a visitarla en compañía de Valeria, que se asustó un poco ante el inmenso tamaño de la soberana. —«Nunca había visto una mujer tan grande, mamá... ¿Estás segura de que no es una gigante?»—; y opino que con esa cortesía basta. Además, aunque Victoria se ha mostrado muy amable y no ha dicho ante mí nada impertinente, me resulta bastante antipática, de manera que no voy a permitir que me estropee las vacaciones, por más que a toda Europa le parezca una descortesía de mi parte. ¡Este lugar es tan hermoso, tan bravo el mar, tan perfumadas las flores, tan profundo el cielo, que no quiero que nada perturbe la paz de mis días!

Londres, 23 de agosto de 1874

María Festetics y yo hemos visitado hoy el manicomio de Bedlam. ¡Dios mío, cuánto horror cabe en unas pocas hectáreas! Ví a la muchacha pelirroja que tocaba siempre la misma nota del piano, como un llanto espantoso por su amor que se fue... Ví al hombre que giraba sin cesar sobre sí mismo, alzados los brazos al cielo, y repetía «no estoy, no estoy, no estoy...». Ví a la joven trenzando coronas de flores que colocaba una tras otra sobre su cuerpo mientras recibía las reverencias de sus fantasmales súbditos... Oí sus gritos, sus rezos, sus risas, sus lamentos, sus cantos... Y sentí que mi corazón dejaba de latir, hermanado con ese dolor desmesurado que algo dentro de mí intuye cercano, posible, como si el minuto certero de un día que comenzó siendo cualquiera pudiera de pronto empujar mi mente a ese abismo sin límites, sin final, sin tiempo, ese negro agujero de la locura, helado y yermo, adonde jamás llega la luz...

Nottingham, Belmore Castle, 27 de agosto de 1874

Hoy he vivido mi primera cacería en Inglaterra, galopando a lomos de *Traviata*, que parecía saltar los muros y los fosos como si tuviese alas... Los habituales se han quedado sorprendidos: tan sólo me he caído una vez, y sin consecuencias, y, por supuesto, llegué a la noche en perfecto estado, mientras que el duque de Rutland tuvo que abandonar con un hombro machacado y el conde Tisza, que por tres veces se rebozó en el barro, se ha quedado dormido antes de la cena, sentado en el salón. Mañana volveré a Wight, pero espero regresar a Inglaterra el año próximo por más tiempo. Entretanto, le he pedido al duque que me busque un buen caballero para entrenarme en Godóllo. Mi hermana María —¡qué hermosa estaba esta mañana con su traje negro de montar y su sombrerito de copa!— insiste en que debería comprarme algún caballo inglés, y se ríe de mí cuando le digo que no puedo hacerlo, pues son demasiado caros: «¿Cómo es posible que la emperatriz de Austria-Hungría no tenga dinero para comprar un caballo...? ¡Ignoraba que te hubieras casado con un pobre!». Se ríe, feliz, despreocupada, y yo la envidio: reina sin trono, esposa sin marido, rica sin fortuna... Los Rothschild la mantienen, Fernando la deja en paz y ella vive dedicada a sus placeres y a sus gustos, libre de cualquier atadura. ¡Yo, en cambio, habré de regresar pronto a Viena...!

Viena, Hofburg, 15 de febrero de 1875

Mi anciana de Estrasburgo tenía razón: hay algo profundamente malsano y sucio en ciertos Habsburgo de labios abultados, algo que proviene sin duda de su sangre entremezclada una y mil veces... Malsanas y sucias han de ser las entrañas de mi cuñado Luis Víctor, con su hiriente soberbia, su infame afición a los escándalos y las maledicencias, y su irrefrenable pasión por otros hombres, que le han conducido a las mayores bajezas. Hace tiempo ya que la corte conocía, de forma más o menos secreta, sus inclinaciones. El emperador temía que un día ocurriese algo grave, pues los informes de su policía eran cada vez más preocupantes: en los últimos tiempos, Luis no sólo no se recataba, sino que solía exhibir públicamente, sin ningún pudor, a sus muchos amantes. Se le ha visto en lugares de mala fama, rodeado de muchachos vulgares y afeminados, a los que se atrevía a traer al Hofburg, de madrugada, entre risas y gritos... Él mismo se ha vestido a menudo de mujer, el rostro maquillado como el de una ramera y una patética peluca de rizos en la cabeza... Y, hace dos días, en un baño público de la ciudad, intentó un acercamiento demasiado atrevido a un joven que, molesto, le respondió con una bofetada. En lugar de acallar el escándalo, mi cuñado decidió, en su incontrolable soberbia, amenazar a su víctima lanzando unas tremendas voces que atrajeron a todos los presentes: «¿Sabes lo que has hecho, desgraciado...? ¡Soy el archiduque Luis! ¡Acabarás en la cárcel por esto...!», y la noticia corrió rápidamente por Viena. Al emperador no le ha quedado más remedio que tomar una dramática decisión: ha desterrado a su hermano al palacio de Klesheim, en Salzburgo, donde tendrá que vivir, probablemente, el resto de su vida. Yo fui esta tarde al despacho de Francisco, cuando acababa de comunicarle la noticia a Luis que —según me han contado— lloró como una niña, incapaz ni siquiera de defenderse. Mi esposo estaba muy pálido, y su barbilla temblaba ligeramente. Le pedí que se sentara a mi lado en el sofá, y le dije con sinceridad lo que pensaba: «Has actuado justamente. Nos hemos librado de una serpiente capaz de envenenar todo lo que se le ponga por delante. Desde ahora, viviremos mucho más tranquilos». Pero el emperador no tuvo fuerzas ni para sonreírme. Logré convencerle no obstante de que por una vez abandonara sus asuntos. Fuimos a pasear por los jardines de Schonbrunn, y yo sentía en medio de la tristeza de la tarde, blanco y helado el parque a nuestro alrededor, el peso sobre mi alma de su soledad, el profundo e íntimo desamparo de este hombre poderoso y solo al que tal vez habría sido capaz de amar con todas mis fuerzas si el muro de hielo que lo aísla del mundo no lo hubiese separado también de mí...

Gódólló, 25 de marzo de 1875

Los enanos negros de la inquietud corren por mis venas. Los siento gruñir y agitarse mientras invaden mi cabeza, el estómago y, al fin, alcanzan el corazón... Y entonces, cuando se instalan dentro de mí y me roen, no sé lo que deseo. Todo lo que logro, después de haberlo ansiado profundamente, se convierte en despreciable aburrimiento... Todo lo que hago se me antoja tedio. Lo que poseo es poco, y el sueño que alcanzo deja en el mismo instante de interesarme... Y así, descendiendo escaleras,

y una vez abajo, quiero de nuevo subir... Voy a un lugar, y cuando llego, deseo regresar al punto de partida... Hago llamar a alguien, y al verle junto a mí, anhelo estar sola para luego, de nuevo, buscar compañía... Un deseo cede siempre ante otro deseo, y la felicidad adquirida deja de ser felicidad. Y yo siento corretear dentro de mí a los negros enanos que se beben mi sangre...

Gódólló, 28 de abril de 1875

De nuevo soy abuela. Gisela y su segunda hija, Augusta, están muy bien. Tendré que ir a Munich. Me alegra saber que ésa es una buena excusa para ver a mi madre, reposar en su regazo mi cabeza, acariciar su pelo —ahora definitivamente blanco—, consolarnos la una a la otra de la vida...

Gódólló, 4 de junio de 1875

Cuando éramos niños, mi padre, después de algunas de aquellas sesiones que solía ofrecernos en su pista de circo, luego de haberse exhibido soberbio sobre sus caballos, desmontaba, se acercaba a nosotros, que lo contemplábamos extasiados, y palmeándonos la nuca decía, satisfecho: «¡Si no fuéramos príncipes, seríamos jinetes circenses...!».

Ahora, mientras monto a *Avolo* en mi propia pista de Gódólló, mientras hago con él cabriolas y saltos, cuando juntos nos arrodillamos ante Valeria, embelesada, que aplaude con sus manitas y quiere lanzarse a mis brazos, comprendo al fin cuánto me parezco a él, a ese hombre al que tanto he detestado y amado, al que tanto he echado de menos durante toda mi vida...

En la corte, como era de esperar, están indignados de que haya decidido instalar una pista de circo en mi casa, y hacerme amiga de la bella Elisa Renz, la mejor caballista del Imperio, una espléndida muchacha que se atreve a enseñar sus hermosas piernas en público, y de la que muchos se apartan, cuando se la encuentran por los pasillos o los jardines de Gódólló, como si contagiara una enfermedad mortal. Pero yo, que la quiero por su belleza, su valor y su simpatía, la beso en público, le doy la mano y la llevo a pasear junto a mí, y obligo a quienes la desprecian a saludarla y hablarle aunque enrojezcan de ira, aunque nunca me perdonen que prefiera la amistad tierna y sincera de una circense a los innobles halagos de sus bocas mustias y sin corazón.

Ischl, Kaiservilla, 13 de julio de 1875

Mi querido amigo Max Falk ha venido hoy a visitarme. Hace tiempo que ya no me da clases de húngaro —¡hace tiempo que he dejado de necesitar clases para expresarme en esa lengua que ya considero la mía!—, pero seguimos encontrándonos de vez en cuando. Hace un mes, después de la muerte del anciano emperador Fernando, le llamé para pedirle consejo. Hasta entonces, mi esposo

nunca disponía de mucho dinero para nuestros gastos personales, pero su tío —que en gloria esté— lo nombró heredero de una enorme fortuna que, de la noche a la mañana, lo convirtió en un hombre rico. El emperador, siempre generoso, triplicó mi asignación anual de 100 000 gulden —que apenas alcanzaban para mis gastos ordinarios—, y me regaló además otros dos millones. No quise malgastar ese dinero, que tal vez nos haga falta en el futuro si un día nos vemos alejados del trono, y decidí pedir ayuda a Falk, quien, gracias a su trabajo en el banco, conoce de sobra los caminos seguros de la riqueza. Hoy ha venido para informarme de mis nuevas inversiones y cuentas: ha colocado parte de mi dinero en acciones de los ferrocarriles —un negocio, según él, en alza inquebrantable— y de la compañía de navegación del Danubio, y el resto lo ha repartido en diversos bancos, siempre bajo nombres supuestos, depositando una gran cantidad en la banca de los Rothschild en Suiza, para que pueda disponer libremente de ella en caso de exilio.

—A partir de ahora, Majestad —me dijo—, seréis rica.

—¿Tanto como para poder comprarme los mejores caballos en Inglaterra?

Max se rio de mi ingenuidad:

—Para eso y para mucho más. Podríais, si quisierais, levantar palacios como vuestro primo el rey Luis.

—¡Oh, no! No quiero poseer más palacios... Prefiero los hoteles, las casas alquiladas a las que nada me ata, de donde puedo irme sabiendo que nada me obliga a volver. El único lugar al que siempre quiero regresar es Gódólló. Ése es mi hogar, y me basta. Pero me tranquiliza saber que, pase lo que pase, ni mis hijos ni yo misma tendremos que vivir a costa de nadie, como le ha ocurrido a mi hermana María.

—Podéis estar segura de ello, Majestad.

Antes de despedirnos, le pedí a Max Falk que no hablara con nadie de mis inversiones. No quiero que llegue a oídos del emperador mi inquietud respecto a nuestro porvenir, ni que se crea con derecho a decidir sobre cada uno de mis gastos. Hay ya demasiadas cosas en mi vida para las que preciso de su autorización y que suelen enfrentamos. Cuanto menos sepa de mi dinero, tanto mejor será para los dos.

Normandía, Sassetót-les-Mauconduits, 30 de agosto de 1875

Mis nuevos caballos ingleses son excelentes. Estoy haciendo grandes progresos gracias a su

sabiduría y a la pericia de Alien, mi caballero tan inglés y poco hablador como ellos mismos. Creo que ya estoy preparada para asistir a las cacerías del próximo invierno en Inglaterra. Ése era el objetivo de mi estancia en este rincón de Francia, pero, con todo, no es eso lo que más me llena ahora de satisfacción, sino el haber podido cumplir mi viejo deseo de montar como un hombre: al amanecer, mientras la mayor parte de mi séquito aún duerme, enfundo mis piernas en unas cómodas calzas de gamuza, subo a lomos de *Dominó*, sin silla, y seguidos por mi fiel *Shadow*, galopamos hacia el mar, que truena orgulloso a lo lejos. La visión de esas olas furiosas, incesantes, golpeando la tierra para deshacerse luego, sosegadas, en centelleantes espumas que se retiran y vuelven de nuevo, complacientes, como si besaran ahora los cantos y quisieran disculparse de su violencia, el calor del cuerpo de *Dominó* que siento en mi propio cuerpo, la tibieza cercana del sol, anunciándome otro espléndido día de baños y juegos con mi *kédvésem*, estremecen mi alma y mi piel, y a menudo siento llegar lágrimas de gratitud a mis ojos, que quisieran guardar muy dentro todo lo que ven, la luz, los colores, el espacio, las cien mil obras de la creación que me rodean, guardarlo en el corazón, con el olor del mar y de la tierra húmeda, cubierta de helechos, para reconfortar las noches gélidas y muertas del Hofburg...

Cabalgo después por los campos, despacio, intentando alejar el momento en el que habré de separarme de *Dominó* y recuperar mi condición de mujer, y escucho a veces los susurros de los campesinos, que levantan sus cabezas hacia mí y dicen en voz baja palabras que no entiendo, maldiciones sin duda contra esta reina vestida de hombre, culpable de la miseria de sus hermanos en las lejanas tierras de Austria y Hungría... Yo, sin embargo, siento una extraña hermandad con esas mujeres que se sujetan los riñones doloridos de inclinarse sobre el suelo, con los hombres de rostros arrugados y mirada dura, a los que sé hijos de la lluvia y la tierra, del grano y el viento, y no me asusta el desprecio que leo en sus ojos, como el del roble centenario e inamovible cuando desdeña al diminuto insecto que, con sus colores vivos, se cree señor de la creación y morirá sin embargo al amanecer, aplastado por la pata sin piedad de algún perro que ni siquiera se volverá a mirarlo. «No tengo miedo —le dije al emperador, que se negaba a autorizar mi estancia en una República con la que él no mantiene buenas relaciones—. ¿Quién habría de querer lastimar a una mujer que no ha hecho mal a nadie?». Y ahora que estoy aquí, sé que el espíritu de esta tierra surgida del mar y el propio mar me protegen. No puedo sufrir ningún daño. Por lo demás, moriré como quiera el destino. Yo lo sé, y voy tras él, pues nada podrá impedir que me lo encuentre el día que esté escrito.

Towcester, Easton Neston, 12 de marzo de 1876

Hoy he visitado a la reina Victoria en su palacio de Windsor, pero debo admitir que no he sabido comportarme como es debido, pues llegué demasiado pronto al encuentro, y la soberana y su familia tuvieron que interrumpir el servicio religioso del domingo que seguían en esos precisos momentos devotamente, y salieron a recibirme con los rostros aún transfigurados por la gracia del Señor... Tampoco quise quedarme a comer, como estaba previsto, ya que deseaba regresar lo antes posible a

Easton Neston y estar descansada para la cacería de mañana. Pero el dios del protocolo se vengó lanzando una gran tormenta de nieve silenciosa y cruel sobre nuestro tren, que durante más de tres horas permaneció quieto en mitad de las vías, mientras el nerviosismo alteraba notablemente a algunos de los miembros de mi séquito, temerosos de una larga noche de frío y hambre a la que sin duda no podrían sobrevivir... Al fin conseguimos llegar a casa, y los más timoratos casi se olvidan de hacerme la reverencia en su empeño de correr a refugiarse en sus habitaciones.

¡No importa! Mañana, si la tempestad cesa, como todo parece indicar a esta hora de la noche, saldremos de nuevo, precedidos por los perros feroces del duque de Grafton, más de cien jinetes de los que tan sólo ocho o diez llegaremos a término, y entre ellos estaré yo, «la reina tras la jauría», como aquí me llaman. Y junto a mí, mi querido capitán Middleton, el más pelirrojo, pecoso, corpulento, alegre y sordo de los ingleses, mi guía durante todas estas jornadas, aquel que no quería aceptar «el aburrido cargo de acompañar a una reina desmañada para que no cometa imprudencias», el mismo que me miraba como un novio mira a la espantosa novia que han elegido para él cuando llega por fin ante el altar, y que ahora se ha convertido en mi amigo inseparable, mi compañero de risas, caídas y triunfos... Me siento feliz a su lado, mientras galopamos, paseamos o nos sentamos junto al fuego en silencio, y yo miro sus grandes manos reposando firmes en sus muslos, y sé que su espíritu tiene la tranquilidad de los árboles... Lloraré cuando le diga adiós, lloraré anhelando que esas manos acaricien mi pelo, que me retengan, que me impidan irme lejos... Pero todas las lágrimas serán en vano. Los sueños nunca son nada más que sueños.

Ischl, Kaiservilla, 10 de julio de 1876

Esta mañana, Francisco quiso pasear conmigo. Me pidió que le acompañara hasta lo alto del Jainzen para «respirar allí aire puro —decía—, en un lugar adonde no pueda llegar el sonido de los cañones...». El emperador está muy preocupado por los sucesos de los Balcanes. Hace ya tiempo que los cristianos de Bosnia-Herzegovina se han levantado contra el sultán turco, y mantienen una de esas revueltas sordas, heroicas e irreductibles que sólo la fe más profunda logra alimentar. Ahora, los príncipes de Serbia y Montenegro, que aspiran a crear sólidos reinos a costa de los territorios del sultán, han declarado la guerra a Constantinopla. Mi esposo y Andrassy creen que el Imperio turco desaparecerá en medio del temporal, y saben que Rusia intentará sacar partido de su debilidad. Pero también a nosotros —me ha explicado el emperador— nos interesan esas tierras, ahora que hemos perdido nuestra influencia en Alemania e Italia. Y de cualquier manera, Austria jamás consentirá la creación de un gran Estado eslavo en sus fronteras...

Yo he escuchado pacientemente sus explicaciones, sus dudas, sus temores, mientras observaba cómo el sol y la brisa jugueteaban en las hojas de los abedules, que se dejaban cosquillear gustosos, y pensaba qué poco me importan ahora los asuntos políticos, ni siquiera los que conciernen a Andrassy. Tan sólo veía en mi imaginación las caras de los niños hambrientos, de las mujeres

aterrorizadas, de los hombres malheridos que caerán a miles, de nuevo, en otra guerra que servirá para que alguien añada un diamante más a su corona.

En el Mediterráneo, a bordo del Miramar, 4 de agosto de 1876

Los dioses han alzado sus copas de hidromiel y Poseidón ha enviado su séquito de delfines que, venturosos, escoltan mi barco como el de una reina antigua... ¡Mi barco! Cuando lo vi por vez primera en el puerto de Trieste, este *Miramar* que ya es mío, blanco sobre el azul transparente, alzados sus mástiles al cielo para vencer todas las tempestades, sentí que había regresado a mi casa, como si desde la sima de los siglos mi alma hubiese reconocido el hogar de otra existencia pasada en la que, quién sabe, tal vez fui esclava de capitanes barbudos, princesa secuestrada por piratas feroces o perro de marinero...

Y ahora recorro este mar que mi espíritu conoce como la palma de mi mano, navego hacia mi tierra de promisión, hacia esa Grecia luminosa y firme cuyas montañas asoman ya a lo lejos en este gozoso amanecer, y todo el placer del mundo cabe en mi corazón que vive cada instante como si fuera el único o el último, atesorando colores soberbios, crujidos de maderas, golpes del agua, gañidos de gaviotas, mientras mis pulmones se ensanchan, mi aliento sigue el ritmo de las olas y yo misma me convierto en una más de ellas, carente de deseos y de tiempo, disuelta en el instante tal vez inexistente y perfecto que me envuelve...

Atenas, hotel Grande Bretagne, 7 de agosto de 1876

No me canso de estar sentada en este balcón de mi hotel, desde el que puedo ver la ciudad blanca y menuda a mis pies, y frente a mí, el Lugar, la Acrópolis, el ombligo del mundo hecho piedra, piedra animada, mármol vivo y sabio... He abrazado las columnas perfectas del Partenón, he acariciado las piernas arrogantes de las Cariátides, añorando descalzarme y sentir el suelo polvoriento de siglos en mis pies, despojarme de la ropa pesada y absurda, envolviéndome en linos, para dejar entrar el sol del principio del mundo en mi cuerpo, y recorrer así los sagrados templos, las veredas del Ágora que anduvieron los filósofos, y ser, como ellos, luz pausada o relámpago vibrante... He hundido mis manos en las hojas de los olivos que sueño milenarios, he sentido los troncos rugosos de los mirtos, y cada poro de sus cortezas, cada nervio de su vegetación ha transmitido a mi alma fe y sabiduría. Sé que tras las columnas del templo de Teseo, entre los muros eternos de los Propileos, desde lo alto del Partenón abierto al cielo, Atenea y Zeus, Apolo y Hermes me contemplan, apenados sus divinos corazones del cruel abandono de los tiempos impíos, orgullosas sus altaneras cabezas de la persistencia de su memoria... Y el espíritu de los dioses, y el de los sabios, ha penetrado en mi espíritu a cada paso, a cada mirada codiciosa, a cada respiración anhelante de este aire perfumado y ardiente en el que flotan aún las voces de los que indagaron en la tierra y en los cielos, de cuantos hicieron del gozo del reposo bajo el árbol amigo, del placer del pensamiento y el éxtasis de los

sentidos, su razón de vivir...

A bordo del Miramar, Corfú, 12 de agosto de 1876

Los seres humanos somos torpes y necios. Tenemos la desgraciada costumbre de hundirnos en las miserias ignorando la dicha. Durante quince años, he vivido de espaldas al paraíso, como si hubiera olvidado que este lugar existía, y ahora, de nuevo aquí, el mismo rumor del agua, los mismos cipreses que brotan sobre las colinas como plegarias, el mismo sol que un día curó mi enfermedad, reconfortan mi cuerpo y mi alma, embalsamándolos...

Tal vez me quede aquí para siempre. Tal vez me convierta en roca, en alga o en cagarruta de cabra. Cualquier cosa con tal de no ser emperatriz.

A bordo del Miramar, Corfú, 30 de agosto de 1876

Las sirenas cantan a los pies de mi barco, en este mar que la luna ha vuelto de plata. Puedo verlas desde aquí, apoyadas en las rocas, alzando el rostro hacia el cielo, y sus voces tristes lloran la soledad de sus corazones:

Nos has dado, Madre, la belleza.

Son de oro nuestros cabellos,

profundos los ojos, suaves los labios.

Pero nuestro corazón desfallece de amor.

En vano gritamos: ¿Dónde estás, oh, dónde?

El viento se lleva el lamento,

el bramido del agua lo apaga, y nadie responde.

Una de nosotras tuvo una vez un hombre.

Era fuerte como un acantilado, altivo como un islote,

hermoso como el sol cuando en la mañana se despereza.

Se amaron, y el lecho de algas fue su sepulcro.

Cayó entonces sobre nosotras la maldición,

y así surcamos los siglos, inútilmente esperando,

de necios sueños llenos los días,

siempre solas, ¡ay!, tan solas...

Bay Middleton vendrá a Gódólló, pero a mí me desvestirán cada noche las doncellas, cada mañana ellas abrirán mis cortinas y yo sabré que al otro lado del palacio él intenta no imaginar, y que nuestras miradas nunca se encontrarán más de lo necesario para que su brillo no delate lo que nuestros corazones desean.

Viena, Schonbrunn, 25 de abril de 1877

Desde ayer, Rusia está en guerra con Turquía. El Imperio de la Sublime Puerta está enfermo, y sin piedad, los buitres se han lanzado ya sobre lo que pronto será un cadáver... Francisco ha firmado con el zar un tratado secreto en el que le garantiza la neutralidad de Austria. A cambio, obtendremos el territorio de Bosnia-Herzegovina cuando la guerra haya concluido, y Moscú se compromete a no apoyar la creación de un gran Estado eslavo en nuestras fronteras. El emperador espera, nervioso, las noticias que recibe a través del telégrafo. Rodolfo se sienta a su lado, entusiasmado con esta guerra, repitiendo sin cesar que «debemos fundar un poderoso Imperio del Danubio. Ése es nuestro porvenir, la prueba ante el mundo de que nuestra fuerza aún sigue intacta, el bofetón a la cara de Prusia...».

Yo sueño con Corfú. Y con Bay.

Ischl, Kaiservilla, 21 de agosto de 1877

Rodolfo ha cumplido hoy diecinueve años. Mi pequeño Rudi, el de los ojos lastimeros, ya es mayor de edad, pero su mirada sigue suplicándome, como cuando era niño, todo aquello que yo no sé darle: mi presencia constante, la ternura que tanto esfuerzo me cuesta encontrar dentro de mi corazón para este hijo mío al que temo... Sí, cuando estamos juntos, siento miedo, una angustia incierta y asfixiante, como si el Mal rondase a nuestro alrededor... Es un muchacho encantador, deslumbrante por su inteligencia, admirable por su generosidad, y, sin embargo, hay en él algo oscuro, algo terrible

que yo me esfuerzo por ocultarme a mí misma y que siempre aparece, como una sombra que cruzara veloz el espacio ennegreciéndolo, como un espantoso presagio de no sé qué tempestades que aguardan en algún rincón de su espíritu el momento preciso para estallar y destruirlo todo...

Hace años, Rudi creía que yo era un hada. Ahora leo en sus ojos cierto desprecio por una madre a la que sin duda considera demasiado ligera, en exceso frívola, una insulsa mujer que dedica su tiempo a los caballos y las cacerías, al cuidado de sí misma y de sus placeres mientras él sueña con alianzas y estrategias, con gobiernos y pactos, con justas mejoras para la vida de sus súbditos y conquistas de libertad... ¿Cómo puede ser tan ajena a la mía su alma, que yo llevé durante nueve meses en mi seno, que creció dentro de mí, mientras mi cuerpo daba vida al suyo?

Muchas noches, cuando he estado con él, no puedo dormir. Esa rara inquietud que despierta en mí, la violencia que a veces veo rebelarse sin razón dentro de él, el descreimiento de su espíritu demasiado entregado a la ciencia y alejado por completo de Dios, el desenfrenado deseo de mujer que leo en sus ojos cuando las jóvenes condesas se pavonean ante él, sus ideas liberales que yo misma contribuí a formar con las mías propias y con la elección de sus profesores, pero que ahora temo lleguen a hacer de él un enemigo de su propio padre... Todo eso me da vueltas a menudo por la mente confundiéndose con los recuerdos del día en que la archiduquesa se lo llevó de mi lado, de sus horribles suplicios a manos de Gondrecourt, de su uniforme de soldadito en las fiestas, de sus ojos pidiéndome amor, siempre sus ojos pidiéndome amor... Después de esas largas noches en vela, suelo llamar a Latour, que me tranquiliza hablándome sobre sus progresos, su curiosidad sin límites, su gran inteligencia, la innata bondad de su corazón...

Pero Latour dejará, ahora que Rodolfo es mayor, su puesto de preceptor. Le han organizado su propia Casa, de la que se ocupará Karl Bombelles, antiguo compañero de juegos del emperador y hombre entregado, según sabe toda Viena, a los placeres de la vida. Yo no quise intervenir en esta decisión que ha tomado Francisco a solas, pero le pregunté sobre esos rumores. «Sí —respondió—, es probable que Bombelles sea eso que los franceses llaman un *bon vivant*. Pero no creo que esa característica sea mala para el futuro compañero de Rudi. No quiero robarle su juventud, como me la robaron a mí». Sin duda recordaba a su diligente madre, organizando hasta los más pequeños detalles de su vida, incluso sus encuentros sexuales de joven y ardiente soltero...

El pequeño Rudi está a punto de ser un hombre, y debe aprender cosas diferentes de la Historia y las Ciencias... Intento tranquilizarme, pensar que tal vez no sea malo que Rodolfo se desahogue entre sábanas y copas de buen vino, que quizá algo de agotadora diversión pueda expulsar de su corazón ese misterioso pájaro del mal que en él anida... Pero siento como si su negra sombra se extendiera sobre toda la casa.

Gódólló, 14 de octubre de 1877

Mi sobrina Maria de Wallersee se ha casado hoy aquí con el conde Georg Larisch. Yo misma he organizado la boda en mi propia casa, y he obligado a todo mi séquito a asistir, sin aceptar las pretendidas excusas que algunos intentaron darme para evitarlo. La propia María Festetics, que siente una extraña repulsión por mi joven sobrina, trató de argumentar no sé qué absurdas razones para no asistir a la ceremonia, pero no se lo permití. Deseaba que mi hermano y su hija supieran el afecto que siento por ellos, mi admiración por Luis, que se ha colocado a sí mismo y a los suyos, por amor, al margen de nuestra sociedad. Así pues, todos han tenido que ponerse las mejores galas y ser testigos de cómo mi preciosa sobrina, soberbia con su vestido bordado en plata que yo le encargué a París, contraía matrimonio con el hombre que ella misma eligió.

A estas horas, pasada ya la medianoche, aún suenan en el zaguán del palacio los violines de los gitanos rezagados, mientras las damas oran fervientemente en sus aposentos, pidiendo perdón a Dios por haberse rebajado a participar en semejante espectáculo de burgueses, advenedizos y hasta zíngaros... ¡Hipócritas!

Viena, Hofburg, 24 de diciembre de 1877

«La vida nos hace vivir períodos muy diversos, hija mía. Al principio, se sueña con esplendores: es el tiempo de la confianza. Tenemos fe en todo —seres y cosas—. Nos creemos en el cielo. Pero pronto suena la hora de las decepciones y de las luchas: vemos desvanecerse nuestras más caras esperanzas, nuestros sueños más brillantes. Comprendemos entonces el vacío de nuestra vida y la vanidad de lo que nos propone. La amargura y el cansancio nos dejan indiferentes a lo que aún nos queda. Pero también eso se acaba, y viene una tercera fase, aquella en la que aceptamos la vida tal cual es, y sin cometer la tontería de buscar la perfección, somos capaces de recoger el poco bien que hay en todas las cosas. Finalmente, pasados los setenta años, ¿de qué ocupamos sino del más allá?».

Ferencz Déak me escribió esas palabras hace unos meses, en una de sus últimas cartas antes de su muerte. He querido recordarlas hoy que cumpla cuarenta años, y repetírselas a mi *kédvésem*, para que las grave dentro de su mente y no se le olviden nunca: «Es cierto, Valeria —le dije—, los seres humanos nos ahorráramos un gran sufrimiento si supiéramos que la existencia es así, que se puede seguir viviendo aunque a veces parezca que no es posible, que cuesta un esfuerzo enorme encontrar el lugar que nos corresponde en el mundo, pero se puede encontrar. Si alguna vez llegas a sentirte tan desgraciada que creas que no serás capaz de soportarlo, recuerda esas palabras...».

Pienso ahora en el dolor de mis primeros años de casada, aquel dolor espantoso que me retorció el corazón como si fuera un trapo, y que hacía resonar lamentos terribles por mi sangre, que se agarraba luego a las tripas y me sacudía, me agitaba, me lanzaba al aire como un pelele que intentara debatirse en una inútil lucha, para luego dejarme inerme, cayendo por el oscuro agujero sin fondo y

sin luz, donde me esperaba la muerte, tan temida y, a la vez, tan deseada... ¡Qué tormento, Dios mío, cuánta angustia, qué tremenda pelea por una brizna de libertad! Pero sobreviví. Aprendí a agarrarme a los matorrales, a trepar sola por las laderas del abismo, a mirar a lo alto, al cielo, olvidándome de los infiernos que, bajo mí, rebullían y me llamaban... Aprendí a caminar con la cabeza alta, a pisar serpientes a mi paso, a deshacer barrotes, a no querer morir... Y aquí estoy ahora, una mujer de cuarenta años a la que el destino trató de derribar, una mujer malherida por la lucha, ejercitada a golpes en aguantar los sofocos de su corazón, los vértigos del alma, y que puede vivir, estar en la tierra y sentirse tierra, y dejarse llevar por el aire creyéndose aire, ligeros, a veces, el cuerpo y el ánimo...

Northamptonshire, Cottesbrook, 8 de febrero de 1878

Todavía ahora me cuesta trabajo creer que todo lo que ha ocurrido sea cierto, que mi propia hermana sea capaz de odiarme con tanta fuerza. Yo la quería, siempre la quise, mientras ella sólo me envidiaba y buscaba herirme... Mi corazón intuía algo, pero no quise fiarme de él: había percibido su maldad al recordarme mis cargas, mis compromisos, y exhibir impudicamente ante mí su preciada libertad, pero decidí creer que era yo la miserable, y quise reírme de mí misma cuando ella se reía. Había sentido una punzada de dolor al ver sus miradas cuando yo lograba llegar intacta al final de la cacería, y todos los jinetes me aclamaban y me dedicaban sus brindis en la cena, «¡Por la reina tras la jauría!», pero me acusé de susceptible, y acallé la pena. Había notado la indignación cuando supe que invitaba con insistencia a Bay Middleton a su propio pabellón de Althorp. Pero quise comprender su simpatía, y me tragué los celos... ¡Ingenua de mí! Ella, entretanto, estaba aprendiendo a odiarme, y buscaba en sus entrañas el veneno más dañino...

María viajó a Londres la semana pasada —«tengo ganas de ciudad y de teatros», me dijo—, y allí se reunió con Rodolfo, que recorre Gran Bretaña en compañía de Bombelles. ¡Dios conoce las mentiras que pronunció ante él, las calumnias que inventó para desprestigiarme ante mi propio hijo y organizar un escándalo tan espantoso que me robara por siempre su afecto! Rudi llegó ayer aquí, como estaba previsto, dispuesto a pasar unos días conmigo. Pero en lugar de alegría por el reencuentro, adiviné en seguida en su rostro el enfado, y el corazón se me encogió. En cuanto pudo, después de saludar altivamente a todo el mundo, me pidió que nos viéramos a solas. Nos dirigimos juntos a la biblioteca, mientras yo hacía esfuerzos por sonreír y disimular mi inquietud preguntándole por sus visitas en Londres. Pero apenas nos instalamos y los criados hubieron cerrado la puerta, me interrumpió bruscamente:

—No he venido hasta aquí para hablar de eso, madre. —Callé mi cháchara. El corazón me latía muy fuerte, como cuando la archiduquesa se presentaba antaño ante mí, para echarme en cara mis errores—. Quiero que sepas que estoy preparando un pasquín contra la nobleza. Espero publicarlo en Viena dentro de unos meses, y aunque no lo firmaré, pronto se sabrá quién ha sido el autor.

Sentí una enorme admiración por ese muchacho íntegro y valiente, y a la vez, lástima, una gran lástima y miedo: pensé en mi propia rebeldía, en todo el dolor con el que he tenido que pagar mi libertad. Por nada del mundo quisiera que mi hijo sufriese lo que yo. Intenté aconsejarle la prudencia:

—Ten mucho cuidado, Rudi. Si los atacas, se defenderán como fieras. Y te destrozarán.

Rodolfo me miraba como desde otro mundo, fruncido el ceño y los labios, lejos, muy lejos, como si nada nos uniera ni nos hubiese unido jamás:

—Agradezco tus consejos, pero no los necesito. Conozco de sobra mis fuerzas, sé cuáles son los apoyos con los que cuento, dentro y fuera de la corte. ¡Ya no soy un niño, madre, y si inicio esta jugada, es para llegar hasta el final! ¡Victorioso!

Guardé silencio, asombrada de su seguridad. ¿Era posible que mi hijo hubiese crecido tanto, que se hubiera convertido sin que yo me diese cuenta en un hombre maduro, capaz de enfrentarse a los más firmes pilares del Imperio, de entretejer a espaldas de todos una red de amigos y seguidores...? El miedo crecía: no estaba hablando con el reflejo de mí misma, sino con un auténtico político, de ideas firmes y estrategias seguras, que se enfrentaba al mayor de los riesgos a sabiendas de lo que podía ganar y perder. Rodolfo prosiguió:

—He querido avisarte porque tú no saldrás muy bien parada en ese escrito. Sentí como si hubiera disparado contra mí. No sé si las palabras que quise decir salieron realmente de mi boca:

—¿Qué piensas contar?

—No voy a nombrarte. Pero hablaré de toda esa gente que se pasa la vida asistiendo a cacerías y otras diversiones semejantes, malgastando su energía y un dinero que podría emplearse en crear riqueza, mientras nuestro Imperio se tambalea, y el hambre, la miseria y la incultura convierten a los pueblos en miserables desechos de seres humanos...

Su voz subía de tono y yo me ahogaba. Se puso en pie y comenzó a gritar: —¿Me has oído bien, madre? ¡Eso es lo que diré de ti y de todos los que, al igual que tú, viven como parásitos sobre el cadáver de Austria...! ¡Vete preparando para la vergüenza...! ¡Y alégrate, porque no contaré lo otro, no diré que la emperatriz engaña a su esposo, y a sus hijos, y a sus súbditos, en sucios amoríos con un estúpido inglés! ¡No lo diré por respeto a mí mismo! ¡Pero no podré olvidarlo nunca, ya lo sabes...!

Oí como entre algodones el portazo de la puerta al abandonar Rodolfo la habitación. Me recordé a mí misma en aquella gélida sala del Hofburg, cuando mi suegra me anunciaba que no me permitiría ocuparme de mis hijos, y yo veía caer las lágrimas sobre mi vestido, estropeándolo para siempre... Sentí como entonces un frío inmenso, un frío que helaba mi cuerpo y mi espíritu, del que sabía que nunca podría recuperarme, y apreté la cara contra la piel del sillón para no ver todas las imágenes que se entremezclaban en mi mente: los ojos tiernísimos de mi madre intentando esconder su pena, los ojos amantes de Francisco ofreciéndome las flores en el cotillón, el día de su cumpleaños, los ojos heridos de Helena, los ojos torvos de mi suegra, los pequeños ojos, aún llenos de miedo, ya suplicantes, de Rudi recién nacido, cuando yo intentaba acercarlo a mis senos para que mamase toda la ternura que me crecía dentro, por las venas, amenazando estallar en mi pecho, los ojos de tierra y lluvia de Bay Middleton, que apenas me miraban para no arder en chispas de deseo, los miles de ojos que a lo largo de mi vida me habían vigilado, perseguido y acusado... La vida era un infierno, un infierno de miradas inflamadas, lastimeras, reprobadoras, miles de miradas clavándose en mí, llegando hasta dentro de mi corazón, hurgando en mis tripas, impidiéndome vivir en paz...

Fue María Festetics quien vino a buscarme, asustada por los gritos que le había parecido oír en la biblioteca, y por el aspecto de Rodolfo que pasó ante ella sin saludarla siquiera... Ella me llevó a la cama, escuchó mis palabras balbuceantes y fue luego en busca de mi hijo, que lloraba bajo uno de los árboles del parque y le confesó todas las inmundicias que mi hermana había inventado sobre mí. Mi buena amiga procuró calmarlo, desmintió las calumnias y lo convenció para que viniera a verme, con los ojos enrojecidos por el llanto y la cara muy pálida. Me explicó todo lo sucedido, rápidamente, sin detalles. Yo lo escuchaba como si me estuviera contando un cuento, algo que a nosotros no podía ocurrirnos y que, sin embargo, era verdad.

—Te pido disculpas, madre. Estaba fuera de mí. Me sentía humillado, como si a la vez que a mi padre me estuvieras engañando a mí...

—No importa, Rudi, ya pasó todo...

Me besó la mano —que temblaba cuando la cogió entre las suyas— y se fue en silencio. «Ya pasó todo...». Aún tuve fuerzas para intentar tranquilizarle, para no llorar y revolearme, gritar que era mentira, todo es mentira, mi hermana me quiere, no puede traicionarme porque me quiere, y tú no eres capaz de creer las calumnias sobre mí, nunca permitirás que digan esas cosas de tu madre, ocurra lo que ocurra, tú no puedes odiarme como me odiabas hace tan sólo unas horas, cuando querías creer los horrores que te contó mi hermana, las calumnias que mi hermana no puede haberte contado porque me quiere...

Viena, Hofburg, 8 de marzo de 1878

Mi suegro ha muerto, igual que vivió, sin enterarse, sin apenas sufrir ni gozar de nada, adormecido su espíritu de niño al que el Señor quiso conceder el privilegio de no crecer jamás, para que jamás llegase a comprender el incomprensible dolor de la vida... Descanse en paz el archiduque Francisco Carlos, que nunca hizo daño a nadie y al que nunca nadie pudo dañar en su bendita indiferencia.

Viena, Schönbrunn, 20 de agosto de 1878

También Andrassy puede equivocarse. Incluso él es capaz de cometer errores, de creer que sus deseos deben coincidir con la realidad y empujarnos a una nueva guerra cruel y salvaje... ¿Qué ocurre en este siglo, que los políticos están empeñados en hacer y rehacer los mapas, en colocar fronteras, crear tronos, formar y disolver gobiernos sin tener jamás en cuenta la opinión de los pueblos? Rusia triunfó sobre el Imperio turco, pero de nuevo comenzaron las peleas por un trozo de tierra y un puñado más de súbditos, hambrientos e indignados. El zar Alejandro intentó crear un gran Estado eslavo, Bulgaria, que se extendiera hasta el mar Egeo y sobre el cual él podría imponer sus imperiales manos, y olvidó que había pactado con Francisco la anexión de Bosnia-Herzegovina al Imperio. Pero las potencias europeas no estaban dispuestas a consentirle su afán expansionista, y hace dos meses, en Berlín, trazaron de nuevo el mapa de los Balcanes: Bulgaria existirá, pero no tendrá salida al mar.

Y nosotros ocuparemos y administraremos Bosnia-Herzegovina, que sin embargo seguirá, nominalmente, bajo la soberanía del sultán. Ésa fue la idea de Andrassy: «No debemos anexionarla. Es bueno que los turcos estén de nuestro lado si hay nuevos conflictos en la zona. Y, sobre todo, no conviene hacer crecer en exceso la población eslava del Imperio, siempre descontenta y agitada». Tal vez su idea era acertada, pero se equivocó en los medios. Él quiso creer que la ocupación sería un paseo —«una compañía de húsares y una orquesta militar bastarán para hacerlo»—, pero los ocupados no estaban dispuestos a acogernos como a sus salvadores: los musulmanes porque somos sus enemigos, los cristianos —croatas o serbios— porque los dejamos solos en su revuelta contra el sultán, y el paseo militar se ha convertido en una guerra dolorosa, que ha llenado de nuevo de moribundos y lisiados los hospitales de Viena, y hasta el palacio de Laxemburgo... El ejército clama contra Andrassy, y el propio emperador se siente decepcionado por el error de sus cálculos, e indignado por la actitud de los liberales, que le reprochan no haber sometido las decisiones de Berlín a las Asambleas, intentando así minarle en aquello que él considera su exclusiva responsabilidad: los Asuntos Exteriores y la Defensa.

Los tiempos son malos para todos. En Viena hace un calor infernal, y yo me paseo de nuevo entre los heridos, y repito como si lo hiciera de memoria gestos y palabras que no tienen ningún valor...

Tegemsee, 9 de septiembre de 1878

Esta mañana, durante la misa, le he señalado a Valeria la inscripción que está grabada en el altar ante el cual mi padre y mi madre se juraron un amor que nunca existió: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen...». Claro que no lo sabían, y no fue bueno para ellos. Sin embargo, aquí estamos todos, cuatro generaciones juntas, fingiéndonos felices de celebrar los cincuenta años de un matrimonio desdichado. La casa está llena de risas, pero también de nostalgia, una nostalgia que recorre como la niebla los pasillos, entra en los dormitorios y aflige los corazones... ¿Cómo no sentirla ante mi madre, envejecida y torpe, exhibiendo en los ojos las cicatrices de todas las lágrimas que ha derramado?, ¿o ante él, mi padre, blancos ya su bigote y su pelo, redondo el vientre, flácidos los músculos que antes fueron poderosos? A veces me dan ganas de abrazarlo cuando lo veo sufrir mientras busca alguna absurda excusa para no permanecer en nuestra compañía. Están muy lejos ya los tiempos en que le reprochaba su abandono. Ahora no sólo puedo comprenderlo, sino que siento una extraña corriente de simpatía y piedad hacia este hombre que carga a cuestas con la cruz de su conciencia, estoy segura de ello, por más que su testarudez le impida demostrarlo. Pero tampoco yo soy capaz de acercarme a él y expresarle lo que siento. Nos hemos acostumbrado ya a vivir así, lejanos, mudos, como si no tuviéramos nada que decirnos, y es sin duda demasiado tarde para cambiarlo.

Tegemsee, 10 de septiembre de 1878

María llegó ayer por la tarde. Al verla tan hermosa, tan parecida a mí como si fuese otro yo que ha crecido a mi lado y del que nunca podré renegar, la abracé de pronto, sin poder contener el impulso irresistible que me empujaba hacia ella: «Aún te quiero», le dije. Estaba dispuesta a olvidarlo todo, su miseria y mi dolor. Pero ella no me respondió. Ni siquiera fue capaz de pedirme perdón. Buscó la mirada de Sofía y se lanzó a sus brazos, dándome la espalda... Sentí una punzada dolorosa en el corazón, mientras añoraba más que nunca mi infancia, la hermosa inocencia de amar sin sombras y creerse amado...

Esta mañana, cuando todos aún dormían, he ido a la habitación de mi madre, que estaba sentada ante la ventana, con la mirada perdida más allá del lago, sobre los abetos verdes y las praderas, como si hubiera encontrado en el aire la respuesta a su vida incierta, y en silencio, muy despacio para que nada se moviese dentro de ella, la besé en la nuca, y apoyé luego mi cabeza en su regazo, sentada a sus pies. Ella me acarició el pelo, y sin hablar, nuestros corazones se contaron el uno al otro todas las penas y los miedos, y se hablaron del consuelo, el inmenso consuelo de saber que se aman, que siguen latiendo al unísono desde el mismo día en que la triza insignificante de mi cuerpo se quedó prendida en su vientre.

Summerhill, Meath Castle, 3 de marzo de 1879

Los ojos espías me seguirán hasta el fin del mundo. Aunque me perdiera en la selva, aunque lograrse

llegar a la luna, alguien estaría mirándome y hablaría sobre mí... Ni siquiera aquí, en Irlanda, lejos de todas las altezas reales que pueblan llenas de melindres las tierras de Europa, pueden dejarme en paz. He elegido para cazar este país que lucha por liberarse del dominio inglés, dicen, tan sólo por mi deseo de provocar... No quise visitar a la reina a mi paso por Londres, pero en cambio, acudo a menudo al seminario católico de Maynooth, cuyos religiosos son conocidos agitadores antibritánicos... Y para colmo, yo, que siempre huyo de la gente, asisto encantada al espectáculo de los campesinos irlandeses, que se arrodillan al paso de una soberana católica por sus miserables aldeas, y levantan con las imágenes de sus humildes iglesias y las modestas flores de sus corrales arcos de triunfo para acoger a una emperatriz que apoya la firmeza de su fe y sus ansias de independencia...

Eso dicen los periódicos ingleses, y los irlandeses, y los franceses, y hasta los austríacos y los húngaros. A mi favor o en mi contra, todos tienen que estudiar mi comportamiento, interpretar como un acto político lo que sólo fue un deseo de no regresar a Inglaterra para no coincidir con mi hermana, y participar a cambio en estas cacerías, aún más difíciles que las de la campaña inglesa. Es cierto que visito el seminario de Maynooth, pero lo hago para expresar mi gratitud a los religiosos, sobre los que caí un día de imprevisto, a lomos de *Dominó*, cuando salté por error la tapia de su jardín y a punto estuve de aplastar al rector en persona... Es verdad que los habitantes de estas aldeas esperan ansiosamente mi paso, pues yo represento para ellos la permanencia de la fe que han heredado de sus antepasados. Pero ¿es culpa mía que unos pueblos se empeñen en dominar a otros, y aplastar su cultura, y privarles de la riqueza? Si yo fuera culpable de todo aquello de lo que me acusan, la tierra se hubiera hundido ya a mis pies, bajo el peso de mi conciencia...

Mis compañeros de cacería —lord Langford, los hermanos Baltazzi, Rudi Liechtenstein— se burlan cuando llega hasta el castillo alguno de esos diarios llenos de críticas —«Con vuestro permiso, Majestad, hoy debemos condenaros a muerte. ¡Pero antes, recordemos la caída de Nicky Esterházy!»—, o de alabanzas —«Hemos decidido, señora, abrir una suscripción para levantaros un monumento en la plaza de Summerhill: “A Su Majestad Imperial Elisabeth de Austria-Hungría, la muy Católica Reina tras la jauría irlandesa”»—. Tan sólo Bay comprende entonces mis forzadas risas, y me mira con sus ojos cargados de amor y de consuelo, y alguna vez, cuando nadie nos oye, mientras retiene mi mano algo más de lo debido, me dice en voz muy baja: «No les hagáis caso. Vuestro corazón es limpio. Dios y quienes os aman de verdad lo saben», y yo siento la tibieza de su mano en la mía...

Viena, Hofburg, 24 de abril de 1879

A veces, mi fiel amiga la Naturaleza parece aliarse conmigo: el desfile previsto para hoy ha tenido que ser aplazado a causa de la lluvia. Los diez mil ciudadanos representantes de los gremios y las corporaciones que debían felicitarnos por nuestras bodas de plata tendrán que esperar que el ansia de

burla del cielo se calme. No me libraré pues de esas largas horas en pie y a la vista de todos, pero, al menos, podré descansar de estas dos duras jornadas antes de que eso ocurra. Yo le había propuesto al emperador que nos limitásemos a una celebración íntima, pero, como era de suponer, mi opinión no fue tenida en cuenta. Me respondió con cierta impaciencia: «¿Una vez más, Sissi? ¿Necesito recordarte aún que no somos personas privadas, que los actos importantes de nuestra vida atañen a todos y cada uno de nuestros súbditos? Lo celebraremos como es debido, en público». Y así ha sido. Ayer tuve que soportar la reunión familiar —casi trescientas personas, de muchas de las cuales confundo hasta los nombres—, y en la noche, tres mil quinientos invitados al baile de la Redoutensaal. Fue preciso que me sometiera a una segunda sesión de peinado, y, luego, permanecer en pie durante ese tiempo interminable que tardan en coser el vestido sobre mi cuerpo, de tal manera que cuando al fin llegué a la sala, estaba tan exhausta que al cabo de un cuarto de hora decidí retirarme. Pero una sola jornada no bastaba, y hoy prosiguieron las celebraciones: recepciones, misa en la Votivkirche, almuerzo, más recepciones... ¡Creo que mis piernas no hubieran logrado sostenerme además durante el desfile!

Valeria, que ha cenado conmigo en mi habitación, se ha quejado de mi frialdad. He intentado disculparme, pero sé que tiene razón. Ya esta mañana, a la salida de la iglesia, después de la interminable ceremonia, mi sobrina María Larisch se acercó a mí por unos momentos, y mientras me abrazaba me dijo al oído: «Tía, cambia la cara. Pareces una viuda hindú a punto de ser quemada, en lugar de una emperatriz que conmemora los veinticinco años de su feliz matrimonio...». Yo me reí de esa frase ingeniosa y seguramente acertada, y dirigí los ojos hacia el emperador, que me devolvió entonces la mirada llena de nostalgia, amor y orgullo... Sentí que todos los recuerdos en los que no quiero detenerme podían asaltarme en ese instante, las ilusiones perdidas, los necios arrepentimientos, la absurda pregunta sin respuesta que siempre me persigue —¿por qué me eligió a mí en lugar de a Helena?—, y quise evitar ponerme sentimental y tierna, al borde tal vez del llanto. Miré para distraerme hacia la gente que se agolpaba en la calle, y en la primera fila, delante de nosotros, pude ver a Anna Nahowski, con su cara redonda y sus rizos dorados, llorando emocionada como una niña. Comprendí entonces que también para el emperador la celebración significaba un sacrificio: cuando menos, esta mañana tuvo que faltar a su habitual cita para el desayuno en la burguesa casa de su burguesa y encantadora amante. Sentí por él una inmensa simpatía, y hasta ganas me dieron de señalarle a la joven para que la saludara. Yo misma, llena de un súbito buen humor, busqué la mirada de Anna y dirigí hacia ella un saludo con la mano. Lo único que conseguí fue que redoblara su llanto. Me dio envidia: al fin y al cabo, ella no necesita nunca contenerse.

Ischl, Kaiservilla, 12 de agosto de 1879

Tengo la sensación de que por los aires de la villa corren chispas, pequeños rayos que surgen de la indignación o el ansia satisfecha de venganza de todos los que aquí estamos y podrían entrechocar en cualquier momento, incendiar la casa, el aire y el verano... El emperador ha nombrado nuevo

gobierno y ése es, ciertamente, un asunto que a todos atañe. Desde que los liberales le traicionaron, según él, exigiendo supervisar en el Parlamento los acuerdos de Berlín sobre los Balcanes, su enojo, animado por ciertas voces de la corte y del ejército, ha ido en aumento, y ahora ha decidido deshacerse de ellos y rodearse de nuevo de un gabinete conservador, dirigido por el conde Taaffe. ¡El conde Taaffe, Dios mío! ¡Ese aprovechado y mentiroso, que sólo pretende utilizar sin escrúpulos al emperador! Me temo que las consecuencias de este acto sean irreparables: Francisco, que hasta ahora era intocable, y se alzaba por encima de todo con esa dignidad que forma parte de su persona, se convertirá sin duda en un instrumento en manos de ese irreflexivo acróbata que quiere mantenerse arriba a toda costa y le hará servir de balancín... Si yo fuera un hombre, si no supiera que me lapidarían si abriese la boca, le habría dicho toda la verdad al emperador. Pero debo permanecer callada, pues ése es el pacto y la única garantía de un poco de paz. Solamente me atreví a pedirle que reconsiderase el cese de Andrásy.

—Lo he pensado durante mucho tiempo, Sissi —me respondió—. Mi decisión es firme. Puedes estar segura, de cualquier manera, de que eso no significará negarle mi amistad. A lo largo de estos años me ha demostrado, pese a mis reticencias iniciales, que es alguien en quien puedo confiar, un ser entregado al servicio del Imperio y de mi propia persona. Te agradecería que tú le transmitieras una vez más mi reconocimiento y mis sentimientos hacia él.

No quise insistir, pues sabía que esta vez sería en vano. Me conformé con saber que Andrásy seguía estando presente en el corazón del emperador, como siempre lo estará en el mío.

Esa tarde, la de ayer, cuando se conocieron los nombres de los nuevos ministros, Rodolfo vino a verme. Entró en mi pequeño despacho alterado, crispado el rostro, agitadas las manos:

—Tienes que hacer algo, madre.

—¿A qué te refieres, Rudi?

—Al nuevo gobierno. ¡No es posible que volvamos a los tiempos del pasado!

—No puedo hacer nada. Tu padre ha tomado esa decisión y es muy firme.

Se puso en pie.

—Un gobierno conservador acabará con el Imperio, madre. Querrán pactar con Prusia, ponernos a los pies de un ogro que terminará por devorarnos... ¡No puedes quedarte callada! ¡A mí no me escuchas, pero a ti, sí! ¡Tienes que intervenir, por el bien de todos! ¡Aún puede revocar los

nombramientos, mantener al menos a Andrásy en Exteriores!

Pensé que había llegado el momento de desengañar a Rodolfo, de una vez por todas, sobre mí misma. Decidí incluso ser cruel:

—Rudi, siéntate y escúchame. Hubo un tiempo en el que deseaba que mis opiniones fueran tenidas en cuenta. Y lo fueron. Aún no he podido olvidar todo el daño que me hicieron por eso... Pero en aquel entonces, estaba dispuesta a correr el riesgo. Todavía creía que en la vida de los pueblos y de los Estados podían ocurrir cosas buenas y malas. Ahora tan sólo creo que, simplemente, ocurre lo que tiene que ocurrir. Para serte franca, no sé si me disgustaría mucho que el Imperio estallase en mil pedazos, salvo por lo que pueda afectarte a ti. Ni siquiera sé si me importaría que un burgués impecable y su oronda señora nos reemplazasen, a tu padre y a mí, en las habitaciones del Hofburg. Es probable que haya llegado el tiempo de las repúblicas, y si es así, Rudi, nada podremos hacer para evitarlo... Como ves, no siento demasiado respeto por la política ni por los ministros. Los ministros están ahí para ir cayendo y que en seguida pongan a otro en su lugar. Lo único que hacen es engañarse a sí mismos creyendo que pueden conducir los acontecimientos, cuando son los acontecimientos los que les sorprenden a ellos.

Había sido muy sincera, pero sólo le había dicho una parte de la verdad. No quise explicarle que lo que más me preocupaba en ese momento era el prestigio del emperador, expuesto a la ambición de Taaffe. No quería poner nuevas armas en sus manos y empujarle así a un enfrentamiento directo con su padre. Él había escuchado mis palabras con los ojos muy abiertos, como si no alcanzara a creer lo que estaba oyendo. Después de un largo silencio, se levantó para retirarse:

—No puedo entenderte, madre.

Yo miré por la ventana y vi el Jainzen brillando ante mí, danzando los árboles en la brisa del atardecer, acariciados por un sol tibio y seductor. Llamé a Valeria, me puse mi traje de paseo, y las dos subimos a lo alto de la montaña, inventando nombres maravillosos para las flores y los pájaros.

Viena, Hofburg, 20 de diciembre de 1879

Hoy me espera una de mis noches en blanco, lo sé. Probablemente, ni siquiera seré capaz de acostarme. Me gustaría salir ahora bajo la nieve, caminar impune por la ciudad mientras todos duermen o esconden detrás de los postigos cerrados a cal y canto las miserias y el frío, arrebujados bajo mantas, ignorantes de la mujer que pasea como un espectro por las calles blancas, y en esa calma, en esa ausencia de todos, en ese anonimato absoluto del vacío, liberarme de la inquietud que no me dejará dormir... ¿Qué dirá Rodolfo cuando conozca la decisión del emperador? ¿Se le veía tan alegre al llegar hace dos días de Praga, para celebrar con nosotros mi cumpleaños y los días de

Navidad! Incluso me abrazó efusivamente, como pocas veces ha hecho en los últimos tiempos, demostrándome sin su habitual circunspección la alegría del reencuentro. Me sorprendió mucho esa muestra de afecto, la sonrisa luminosa de su rostro, la mágica transformación que ha sufrido su cuerpo en estos últimos meses, haciendo de aquel muchacho en el que apuntaba un adulto, un hombre que aún conserva la frescura de la adolescencia. Sin duda alguna, la vida militar le sienta bien, y parece estar disfrutando intensamente de su puesto de coronel. Además, los informes de la policía de Praga han llenado de contento al emperador: los bohemios, tan reticentes en los últimos tiempos a la dinastía, están entusiasmados con el heredero, que ha sabido ganarse con su simpatía y su encanto el afecto de la población.

Pero Francisco está muy preocupado por el excesivo interés que Rudi despierta en las mujeres, y, por supuesto, el que ellas suscitan en él. Aunque él mismo quiso que nuestro hijo aprendiera a desenvolverse libremente entre ellas, ahora se siente alarmado por algunas persecuciones de las que es objeto. La baronesa Helena Vetsera, por ejemplo, una rotunda italiana madre de cuatro hijos, ha estado rondándolo descaradamente, y él ha intentado incluso que María Festetics y mi querida Ida se hicieran amigas suyas, para poder introducirla en la corte. A Francisco le ha parecido escandaloso que una mujer tan mayor, y casada por más señas con uno de sus diplomáticos, exhiba en público su relación con el heredero, y teme que alguien así pueda influir negativamente sobre Rudi, y llenar su cabeza de ambiciones.

Para evitar esos peligros, el emperador ha decidido que ha llegado la hora de casar a nuestro hijo. Hemos tenido hoy una agria pelea por ese motivo. A sus veintidós años, Rudi me parece aún demasiado joven para atarse de por vida a alguna remilgada princesa a la que, con toda probabilidad, no conseguirá amar. Tal vez se haya entregado con excesiva pasión a los escarceos sentimentales, pero con el tiempo se tranquilizará, y él mismo deseará formar un hogar estable. En cambio, arrancarle ahora de ese mundo del que tanto disfruta, puede ser peligroso para el futuro. Ésos han sido mis argumentos, pero Francisco se ha mantenido firme en los suyos:

—No quiero ver a mi hijo enredado con vulgares aventureras. Una buena esposa puede colmar todos sus deseos. Además, no vamos a obligarle a casarse contra su voluntad. ¡Dispone de una larga y variada lista de princesas católicas donde elegir, y alguna le gustará, estoy seguro de ello! Y por otra parte, Sissi, la dinastía necesita asegurarse su continuidad. El matrimonio y los hijos harán a Rodolfo aún más popular entre las gentes. Será para ellos la garantía de que todo seguirá igual que hasta ahora.

El emperador, ilusionado como un niño ante la alegre promesa de un juguete nuevo, comenzó entonces a repasar de memoria los nombres de las jóvenes disponibles. Yo me puse en pie para abandonar el despacho:

—No voy a ayudarte en esta elección. Soy contraria a esa idea y lo seguiré siendo. No quiero ninguna responsabilidad al respecto.

Francisco no pareció sorprenderse de mis palabras, que sin duda alguna esperaba. Ni siquiera se mostró enojado. De pronto, una sonrisa resplandeció en su rostro, y se acercó para besar el mío:

—Aún recuerdo el día en que mi madre se sentó aquí conmigo. Puso su silla ahí, al lado de la mía, sin permitir que yo abandonara mi escritorio, porque quería hablar a la vez al emperador y al hijo. Cogió mi mano, me miró tiernamente y me dijo muy despacio, como si aquellas palabras resultaran para ella dolorosas, como si estuviera haciendo por mí un gran sacrificio a la vez penoso y engrandecedor: «He pensado, Francisco, que debes casarte». Y yo sentí que el corazón empezaba a latirme muy fuerte y la sangre me subía a las mejillas, mientras imaginaba una esposa hermosa, honrada, digna, alguien a quien pudiera admirar y querer para siempre... El destino fue muy generoso conmigo, Sissi. Tú has sido, eres, lo mejor de mi vida. Le pido sin cesar a Dios que Rodolfo tenga la misma suerte que yo.

Me reí como una niña a la que un hombre dice por primera vez una galantería y sentí la nostalgia atravesándome como un rayo, y quise abrazarle como en los primeros tiempos de nuestro matrimonio, dejarme llevar por un cariño que intentaba dominarme... Me acerqué a él, cogí su cara entre mis manos y lo besé en los labios, durante un largo instante:

—Eres un maravilloso zalamero, pero no creas por eso que voy a cambiar de opinión.

Y él se rio, besó mi mano, y volvió a reírse...

En el tren, camino de Viena, 12 de marzo de 1880

No puedo evitar que mi futura nuera y su familia me resulten antipáticos. Quizá sea porque estos Coburgo-Gotha de Bélgica me recuerdan a mi cuñada Carlota —que no ha recobrado la razón y sigue encerrada en el castillo de Bouchout, cerca de Bruselas—, con sus ínfulas y su pernicioso frivolidad, pero lo cierto es que he encontrado a Estefanía desabrida, pretenciosa y peligrosamente tonta. Quiera Dios que me equivoque y todas mis reticencias sean sólo las de una madre celosa, que no desea perder a su hijo entre los brazos afectuosos de otra mujer... Ya la primera noticia sobre el compromiso de Rudi me estremeció como si me hubiesen hablado de una enfermedad. Estábamos en el hotel Claridge de Londres. Acabábamos de regresar de la visita a la reina Victoria, y yo sentía crecer dentro de mí ese sentimiento de rabia impotente que siempre me domina cuando terminan mis hermosas semanas de libertad en las cacerías y debo despedirme de Bay y reincorporarme a la vida oficial. Entonces llegó el telegrama del emperador:

Rodolfo comprometido con Estefanía de Bélgica. Es conveniente visites Bruselas para felicitaciones.

Noté que todo el vello del cuerpo se me erizaba —Rodolfo al fin comprometido, otra princesa belga en nuestra familia—, y debí de palidecer, pues María Festetics se abalanzó hacia mí.

—¿Qué ocurre, Majestad? —Le mostré el telegrama. Ella suspiró aliviada—. ¡Alabado sea el Señor! Creí que era una desgracia...

—Dios quiera que no lo sea.

Sin embargo, yo no podía evitar que me lo pareciese. Intentaba imaginar con simpatía a esa muchacha aún desconocida, pero era el rostro de Carlota, sus ojos duros, su voz desagradable y cargada de ambición, lo único que venía a mi mente.

Mis temores se han visto confirmados durante la corta visita que esta mañana hicimos a los belgas. A pesar de la ilusión que Rudi quiso transmitirme —«Es buena y dulce, mamá, creo que será una buena esposa»—, la presencia de esa niña de quince años, todavía impúber, fea y desvaída, con esa mirada inexpresiva en la que tan sólo asoman la estulticia y el vacío de su espíritu, que tantas veces he visto convertirse en peligrosas armas contra la inteligencia y el sentimiento, no hizo sino asustarme aún más. Acorté mi estancia en Bruselas cuanto pude, limitándome a compartir un desayuno en el pretencioso palacio, en medio de un incómodo silencio roto tan sólo por algunas frases hechas y los vanos intentos de Rodolfo para animarla reunión. Cuando subimos de nuevo al tren, camino de Viena, me sentí tan aliviada como si abandonase un hospital lleno de apestados que podrían contagiarme, y, a la vez, angustiada pensando que ese contagio hará mella sin duda alguna en mi pobre hijo. Quise conocer la opinión de María Festetics, cuya intuición suele ser tan aguda como la mía propia. Mi amiga titubeaba buscando sus palabras, dudando entre su deseo de tranquilizarme y el de no mentirme:

—Me parece que Su Alteza Imperial está muy satisfecho con el compromiso. Sin duda ése es un buen comienzo.

—Pero las ilusiones, si no se ven cumplidas, se transforman pronto en frustraciones. ¿Cree usted que Estefanía estará a la altura de las circunstancias?

No debe de ser fácil ser la esposa de Rudi. Usted lo conoce bien. Es tan sensible, tan complicado en su carácter y en sus ideas... Necesita alguien muy inteligente a su lado, alguien que sepa dar alas a su espíritu, y, a la vez, contener sus impulsos. ¿Piensa que esa muchacha sabrá cumplir ese papel?

—No lo sé, Majestad. Me ha parecido una pobre chica, tal vez poco preparada, algo fatua y deslumbrada por vos...

—¡Líbrenos Dios de las pobres chicas, María! La necesidad y la ignorancia pueden hacer mucho daño.

Nos quedamos calladas. Por la ventanilla veíamos los campos verdes, llanos y monótonos de Bélgica, el cielo gris plomizo, oscurecido aún más por el humo espeso de la locomotora. Empezaba a llover, con esa lluvia fina y persistente de los países del norte, que parece no mojar y acaba calándote hasta los huesos...

Ischl, Kaiservilla, 18 de agosto de 1880

Envejecemos. He mirado el rostro del emperador, mientras alzábamos esta noche las copas para brindar por sus cincuenta años de vida, y he visto la red de arrugas entrecruzándose alrededor de sus ojos, aún brillantes, el cráneo que asoma ya bajo un cabello cada vez más ralo, las mejillas que se van hundiendo y aflojando... Sí, envejecemos. Nuestro cuerpos se han cansado en esta lucha por permanecer en pie sobre un mundo que pugna por arrojarnos, escupirnos al abismo negro del cosmos, y ahora, exhaustos y resignados, se dejan vencer por lo irremediable...

Cuando el tiempo me haya marcado con sus huellas imborrables, yo envolveré mi rostro bajo velos, lo cubriré por siempre detrás de abanicos, para que la muerte pueda trabajar a solas, tranquila, en mi piel.

Gódólló, 12 de noviembre de 1880

Ninguno de los árboles del parque ha logrado soportar el frío sin piedad que nos envuelve. Sus pobres esqueletos trepan al aire, pidiendo una tregua que no les es concedida, y el suelo está lleno de lastimeros cadáveres de hojas que un día fueron hermosas y parecieron inmortales. Ahora, hasta las gallinas las pisotean sin reparar en ellas...

La vida, a veces, es muy triste.

VII

EL PÁJARO DEL MAL

Cheshire, Combermore Abbey, 14 de marzo de 1881

El zar Alejandro II murió ayer asesinado en San Petersburgo, destrozado por una bomba revolucionaria. Todo el mundo se muestra muy conmovido y asustado ante la impiedad de estos tiempos atroces. A mí, en cambio, me sorprende que aún no hayamos sido aniquilados todos. ¿Por qué no habría de desear el pueblo humilde y pobre la muerte de quienes vivimos en la abundancia y rodeados de brillo, mientras que ellos, trabajando tan duramente, apenas cuentan con el pan de cada día y viven en la más penosa de las miserias? Recuerdo las palabras de Heinrich Heine:

Me gustaría decirle al emperador:

«Sería mejor que te quedaras en casa,

aquí, en el viejo Kyffhauser.

Pensándolo bien, creo que no necesitamos emperador».

Ahora debo suspender mi temporada de cacerías y regresar a Viena, tal y como me ha pedido Francisco, para guardar el luto. En años anteriores, esa exigencia me habría puesto fuera de mí. Esta vez, sin embargo, me alegro de tener una excusa para irme. Mi ánimo está tan decaído en los últimos tiempos, que ni siquiera las semanas pasadas aquí han conseguido que desaparezca la vaga, incierta tristeza que siento. Todo han sido en estos días desdichas y molestias: después de haber estado en Irlanda —adonde el emperador me prohibió este año regresar para evitar nuevos conflictos políticos—, los obstáculos de Inglaterra me parecen ahora nimios. He tenido que reducir aún más mis frugales comidas y alimentarme sólo a base de jugo de carne y frutas, pues estaba a punto de sobrepasar los cincuenta kilogramos de peso —un límite fatídico para mí—, y mi espalda ha comenzado a producirme unos persistentes dolores que algunos días me han impedido montar por la tarde. Pero, por encima de todo, he sufrido por Bay, mi querido Bay Middleton, que ha rehuido sin cesar mi mirada, evitando aquellos ligeros roces de dedos, el entrecruza-miento de nuestras sombras que antes procurábamos con cuidado y que bastaban para llenar las noches de alegría... Así pues, ¿qué me importa ya el regreso? Me interesa todo tan poco, me conmueve todo tan poco fuera de mi propia niebla, que es lo mismo para mí estar aquí, en los campos verdes e infinitos de Inglaterra, que en la jaula del Hofburg.

Viena, Hofburg, 10 de mayo de 1881

Todo ha sido muy pomposo y muy triste, como si la congoja de Rudi hubiese volado a través de los aires y entrado en todos los corazones... Hasta las campanas de los Agustinos equivocaron el toque y tañeron a muerto durante unos instantes, y los violines de la orquesta de la corte lloraron en lugar de cantar...

La ilusión con la que mi hijo intentó vivir los primeros días del compromiso se ha ido convirtiendo con los meses en un afligido mutismo del que nada ni nadie ha conseguido sacarle. Ni una queja, ni una sola protesta han salido de sus labios, pero tampoco una palabra de alegría. Y cuando hoy entró en la iglesia, lo hizo como un hombre que caminara bajo el peso de una montaña, hundida la cabeza entre los hombros, vacilantes las piernas, inaudible la voz cuando tuvo que pronunciarlas palabras fatales: «Sí, quiero». A su lado, Estefanía, fea e insulsa, exhibiendo la delicadeza de un oso... Y la congoja flotando sobre todos nosotros, apagando las aclamaciones de las gentes que se habían apiñado en las calles ansiosas de celebrar una fiesta, y regresaron a sus casas desconcertadas por una indefinible sensación de malestar...

Rodolfo y Estefanía, muy pálido él, arreboladas ella las mejillas, partieron al final de la tarde hacia Laxemburgo, donde habrán de pasar los primeros días de su larga condena en común. Hasta el emperador, que puso tanto empeño en esta boda, agachó la cabeza tras su partida y regresó, callado y solo, a sus habitaciones.

Garatshausen, 16 de julio de 1881

Hoy he caminado durante seis horas, subiendo y bajando las laderas, cruzando valles y vadeando arroyos, en silencio, dejando que mi corazón latiera al ritmo del de la tierra, a solas con Dios y con el mundo...

Mis damas empiezan a asustarse por esta afición mía a los paseos, que en los últimos tiempos, ahora que apenas monto, se han convertido en mi ocupación favorita. Algunas de ellas intentan la heroicidad de seguirme, y terminan maltrechas y agotadas, enfurecidas sin duda contra mí, la loca de los caminos polvorientos. Tan sólo María Festetics, con su fortaleza y su inamovible sentido de la amistad y del deber, logra acompañarme sin apenas esfuerzos. He pedido que le preparen un equipo igual al mío: sólidos zapatos de recias suelas, falda oscura y ligera y chaqueta entallada pero cómoda para permitir el movimiento, y le he aconsejado que, como yo, se deshaga de las pesadas enaguas que tan sólo son un estorbo.

—Os haré caso, Majestad —me respondió—, aunque se me hará raro sentir el aire corriendo libre por mis piernas.

Estuvimos riéndonos e imaginando durante un tiempo qué agradable sería vestirse como los

hombres. María alababa mi resistencia para caminar.

—Es cierto, nunca me canso —reconocí—. Se lo debo a mi padre. «También se aprende a andar», nos decía siempre. Y contrató para nosotras a un famoso preceptor. Él fue quien nos enseñó: «A cada paso que se da, hace falta poder descansar del anterior, y rozar el suelo lo menos posible». Sólo nos permitía tener un modelo, las mariposas. Ahora, mis hermanas Sofía y María son famosas en París por su manera de caminar. Y sin embargo, nosotras no nos movemos como debieran hacerlo las reinas. Fíjese en los Borbones: como casi nunca van a pie, han adquirido una forma de andar muy peculiar. Parecen gansos orgullosos. ¡Ellos sí que caminan como verdaderos reyes!

Viena, Hofburg, 24 de diciembre de 1881

El emperador ha decidido que no debemos celebrar estas Navidades. Por primera vez en nuestras vidas, nos limitaremos a cenar hoy todos juntos, para festejar mis cuarenta y cuatro años en la intimidad, sin árbol ni ceremonias. Todos hemos estado de acuerdo con él, especialmente Valeria, que aún está muy afectada por lo ocurrido el día 8. ¡Cuánto la quise entonces, a mi pequeña niña de trece años, comportándose como una generosa y valiente mujer! En cuanto llegaron a Gódólló los primeros telegramas informando que el Ringtheater estaba ardiendo, lleno de gente, y que podía tratarse de una gran catástrofe, ella fue la primera que quiso salir inmediatamente hacia Viena. «¡Tenemos que ir, mamá! ¡Debemos ayudar!», decía, mientras todos tratábamos de convencerla de que era mejor esperar hasta la mañana siguiente y viajar con el día. Estas tristes semanas han sido para ella una auténtica prueba, en la que ha demostrado todas las cualidades de su espíritu. Mi *kédvésem*, que vivió siempre rodeada de cuidados, ha visitado llena de piedad, serena como un ángel, a los heridos, a los huérfanos incapaces de comprender su repentina soledad en el mundo, a las madres rotas por la cruel desaparición de sus hijos... Luego, por las noches, venía a mi habitación, se abrazaba fuertemente a mí y lloraba sin decir nada, lloraba por el dolor que había visto en los otros, hasta que el cansancio y el sueño la vencían.

¡Dios mío, cuatrocientas personas muertas, tan sólo porque nadie pensó que las puertas de un teatro no pueden abrirse hacia dentro! ¡Nadie! Ni los arquitectos, ni los miembros de la comisión que aprobó el proyecto, ni los encargados de la obra... Ninguno cayó en la cuenta. De qué poco nos sirve a veces a los seres humanos nuestra inteligencia.

París, Hotel du Rhin, 13 de marzo de 1882

Se terminaron para mí las cacerías... Ya no le encuentro el gusto a ese correr sin freno detrás de un pobre animal acorralado. Me pregunto cómo puedo haber cambiado tanto: hasta hace poco, eran mi pasión, aquello con lo que soñaba durante los largos meses de encierro —el frío del amanecer, los ladridos enfebrecidos de la jauría, el reto, mi fuerza— y ahora, sin embargo, todo me desagrade: ese

bullicio insoportable, la emoción de la guerra, que calienta la sangre, las ridículas jactancias de los triunfadores... Ya las últimas semanas en Combermore Abbey, sin la presencia de Bay, me habían resultado insufribles.

Y hoy, cuando me he visto adulada y reverenciada por aquel grupo de inútiles aristócratas franceses —restos absurdos de un pasado borrado ya de la historia—, que se habían vestido a la usanza de sus antepasados, en un necio afán de afirmación, y enseñaban los dientes como lobos hambrientos detrás de sus víctimas inocentes, sentí una profunda repugnancia, asco de mí misma y de todo lo que rodeaba aquella sangrienta ceremonia de máscaras pretenciosas... Corrí con ellos durante unos minutos por deferencia, pues había aceptado estúpidamente la invitación del duque d'Aumale, pero en seguida frené mi yegua y fingí una caída, para no volver a incorporarme ya al grupo. En cuanto regresé al palacio, me disculpé ante la anfitriona y volví con mi séquito a París. Durante todo el camino simulé que dormía, pues no quería hablar con nadie mientras intentaba calmar mi malestar y comprender lo que estaba ocurriendo dentro de mí, ese violento rechazo a lo que fue fuente inagotable de placer... Cuando llegamos al hotel, hice llamar a mi secretario, y le di orden de que vendiese mi cuadra inglesa. El y María Festetics me miraban con los ojos desorbitados. Mi dama se atrevió a preguntar:

—¿Estáis segura de lo que decís, Majestad?

—Sí, María. Pocas veces he estado tan segura de algo en mi vida.

Luego le pedí que me acompañara y las dos nos fuimos a pasear sin destino por las calles de esta ciudad en la que no soy nadie. En la esquina de las Tullerías, un gordo apresurado estuvo a punto de tirarme al suelo de un empujón, y siguió su camino impasible después de murmurar un rápido «*Excusez-moi, Madame*». María y yo nos miramos, y en ese momento, bajo el sol tibio de una primavera adelantada, apacible el cielo, ajenos a nosotras los satisfechos ciudadanos de la República que paseaban su orgullo por los jardines, sentí un invencible deseo de reír, y la alegría de saber que pronto me reencontraría con mi *kédvésem* estalló en el aire.

Vierta, Hofburg, 19 de abril de 1882

Me levanté al alba para prepararme. Fanny peinó suavemente mi cabello, mientras yo leía los poemas de Heine. Las doncellas me ayudaron a vestir mi lindo traje de amazona, blanco y dorado para la gran ocasión. Luego, Rodolfo y Estefanía en un coche, el emperador y yo en otro, nos dirigimos al Schmelz para pasar revista, a caballo, a las tropas. Las gentes aclamaban a nuestro paso. Yo sacudía la cabeza imperialmente, e imperialmente agitaba la enguantada mano... Lo más granado de los oficiales del Imperio —guapos, orgullosos y sanguinarios— nos esperaba, sonriendo beatíficos ante la presencia de su emperatriz que, por vez primera, había aceptado participar en esa

ceremonia primaveral. Al fin, pensaban, se apaciguarían los insistentes rumores sobre mi acusada antipatía hacia los militares, que tanto suelen quejarse de que no les dirijo la palabra... Ahora estaba allí, hermosa y dulce como una flor, demostrando mi simpatía a nuestro magnífico ejército y a sus guerras.

Todo transcurrió como estaba previsto: la banda tocaba enérgicos himnos, los estandartes ondeaban en la brisa ligera, y los rostros curtidos de los soldados expresaban la emoción del momento... Los caballos iban al paso, armoniosos. De pronto, a mitad del recorrido, mi montura se encabritó. Grité muy fuerte: «¡Tranquilo, *Nihilista!*!». Miré atentamente a los hombres que estaban frente a mí. Habían palidecido, como si hubiera mentado al demonio. Les sonreí, pero ellos apartaron sus ojos. Las medallas que llevaban encima relumbraron. Espero que se dieran cuenta de que yo misma había espoleado a mi caballo.

Gódólló, 21 de septiembre de 1882

El conde Taaffe ha tenido el descaro de presentarse hoy aquí, lleno de orgullo, envaneciéndose de que la policía, gracias a sus estrictas órdenes, ha conseguido evitar cualquier atentado... He debido de mirarle hecha una furia, pues como tal me sentía, y le he dicho antes de retirarme:

—Sólo a Dios debemos nuestra salvación, conde. Desde luego, no a usted.

¿Cómo tiene el atrevimiento de mostrarse como nuestro protector, después de empeñarse en exponernos a semejante peligro? Fue él quien le insistió al emperador para que visitara Trieste en el aniversario de su anexión a Austria, sabiendo perfectamente que la antipatía hacia nosotros no ha dejado de crecer en los últimos años. La lucha de ese pueblo por liberarse del Imperio e incorporarse al reino de Italia, no se detiene ante nada —la última vez que mi cuñado Carlos Luis estuvo allí, una bomba mató a uno de sus generales—; y todos sabíamos que ése era un viaje peligrosísimo, en el que la vida de cualquiera de los austríacos no tenía ningún valor... Pero Francisco se dejó convencer por su ministro, y yo, a mi vez, me empeñé en acompañarle. ¿Cómo podía dejarle afrontar él solo semejantes riesgos?

A Dios gracias —y sólo a Dios gracias—, no ocurrió nada. Varios terroristas armados de bombas fueron detenidos durante esos días, pero ninguna llegó a ser lanzada y todos hemos vuelto sanos y salvos, si bien agotados por la tensión y el miedo. Y ahora, el sinvergüenza de Taaffe —que no nos acompañó porque, según dijo, «eran muchos los asuntos pendientes en el gabinete»— viene a presumir ante nosotros de su eficacia, y el emperador aún lo recibe con sonrisas de reconocimiento... A menudo me pregunto cómo alguien tan poderoso como él puede a veces ser tan ingenuo...

Francisco me pidió hoy, después de su almuerzo, que diera un paseo con él por el Prater. En los últimos tiempos, cuando quiere hablarme de algún asunto personal, ha adoptado la costumbre de hacerlo en coche, tal vez porque cree que, al saberme observada por la gente, procuro evitar palabras y gestos violentos. Por eso me reí ante su propuesta.

—¿Has pensado que así, si te empujo durante la discusión, caerás sobre la blanda nieve...?

Y salimos, dicharacheros los dos, contagiados de un buen humor que se mantuvo durante toda la conversación.

—¿Nunca vas a parar, Sissi? —me preguntó apenas hubimos llegado por la Ringstrasse hasta el canal.

—¿A parar de qué?

—A dejar de moverte, de hacer gimnasia, montar a caballo, pasear... Y ahora, para colmo, la esgrima... ¿Pretendes retar a alguien a duelo?

—¿No sabes cuánto me gustaría! Sí, más de la mitad de la corte caería bajo mi florete... —Nos reímos juntos—. Lo que me preguntas no tiene mucho sentido. Parar... ¡Aunque yo lo deseara, creo que no sería capaz de hacerlo! No, no puedo: mi cuerpo y mi espíritu necesitan estar ocupados siempre en algo. Cuando no me esfuerzo en agotarlos, siento como si todo empezara a bullir dentro de mí, como si la sangre se agitara dentro de mis venas, y si permito que ese estado crezca y me domine, podría llegar a volverme loca... Sí, creo que hasta sería capaz de matar. —Me reí de nuevo, imaginándome a mí misma cometiendo ciertos crímenes que, estoy segura, la historia me perdonaría—. De todas formas, tu acusación es excesiva. Hay cuando menos dos buenas razones por las que puedo permanecer quieta durante largas horas.

—¿Cuáles son?

—Se trata de dos hombres.

El emperador se estremeció en su asiento y suspendió la respiración. Yo sonreí:

—Heine y Homero.

—¡Oh, sí, tus queridos poetas! No comprendo qué puedes encontrar en esas lecturas que tanto te agrade, pero, de cualquier forma, me gustaría agradecerles personalmente a esos caballeros el favor que te conceden.

Miré por la ventanilla hacia las casas de la Praterstrasse. No pensaba malgastar el tiempo explicándole cómo mi espíritu se desliza por los recovecos de esos espíritus hermanos, cómo se pierde entre las palabras surgidas de corazones que latieron a la par que el mío, muy lejos en el tiempo, y se acercan a mí desde las páginas de los libros. Dejé que el emperador prosiguiera la charla.

—A veces me preocupas. No sé si tanto esfuerzo será bueno para tu salud.

—Mi salud es excelente, Francisco. Casi tanto como la tuya.

No quise mencionar los dolores de espalda que cada vez más a menudo me atenazan. Nunca he hablado de ellos con nadie, pues sé que esa confesión ocasionaría horas de súplicas para que cambie mis costumbres. El emperador hizo como si no me hubiera oído.

—Y además están las quejas. Mis policías se sienten desconcertados. Dicen que apenas pueden seguirte por los caminos, que procuras darles esquinazo saltando muros y escondiéndote entre las malezas, y que te han visto regresar alguna vez de madrugada, polvorientos el vestido y los zapatos, luego de haberte escapado por la noche, como una ladrona, mientras ellos creían que dormías plácidamente en tu bien guardada habitación.

—No quiero policías tras mis pasos. Me gusta caminar a solas. Acepto la compañía imprescindible de una dama, de un guía, de alguien de mi séquito... Pero necesito que sea gente amiga y silenciosa. La presencia de extraños me pone nerviosa: no puedo concentrarme en lo que me rodea y en mí misma.

—Pero Sissi, ¡no estamos hablando de tonterías! Los tiempos que vivimos son turbulentos. El anarquismo causa estragos y nuestras vidas corren siempre peligro.

—¡Qué absurdos temores! ¿Quién va a querer hacerme daño a mí? De cualquier forma, Francisco, el destino ya está escrito. Tú me lo enseñaste hace años. Ni todos los cuerpos de guardia del mundo podrán impedir que muera asesinada, si así tiene que ser... No quiero policías. Puedes decírselo de mi parte: seguiré haciendo todo lo posible para evitarlos.

El emperador se quedó callado durante unos instantes. Creí que se daba por vencido, pero al

cabo, volvió a la carga, con un nuevo y ya vacilante argumento:

—También tus damas están quejosas. Andan murmurando que las agotas. Hasta María Festetics se ha rendido.

Recordé el aspecto de mi buena amiga las últimas semanas, toda despeinada y ojerosa al regreso de nuestras caminatas, cada vez más largas, haciendo esfuerzos para no abalanzarse en mi presencia hacia la primera silla que aparecía ante nosotras.

—Sí, es cierto, ¡pobre María! Yo me siento más fuerte cada día, pero ella ha llegado al límite de su resistencia. De todas formas, ese asunto está resuelto. La próxima semana llegará desde Hungría Sarolta Majlath, y te recuerdo que, si la hemos nombrado dama, es porque se trata de la única mujer del Imperio capaz de caminar tanto como yo...

Al emperador no le quedó más remedio que reírse. Estaba derrotado. Para entonces, la nieve había empezado a caer de nuevo suavemente sobre los jardines del Prater, ahora desiertos. Regresamos al Hofburg despacio. En las calles, algunos transeúntes rezagados saludaban a nuestro paso, sin miedo a mojarse.

Ischl, Kaiservilla, 6 de julio de 1883

Trepamos hacia la cumbre, subimos, iluminados aún por una luna dorada y burlona que transformaba las cosas en ingenuos dibujos de niños, subimos, peregrinos del alba, buscadores de la luz, alzando nuestras cabezas por encima del mundo... En lo alto, el viento soplaba fuerte, y las estrellas se debilitaban en ese amanecer ya próximo, que amenazaba el mundo de la noche. Los valles eran a nuestros pies un mar de niebla, y las montañas se recortaban sobre un cielo naranja, violeta y rosa. Y fue, entonces, el estallido, el poder invencible de la bola de fuego, el primer día sobre las cumbres, la reverencia de los abetos, la rápida huida de las nubes medrosas de pronto, el torbellino de las aguas, el águila sobrevolando un mundo colmado de sí mismo, la vida como un vómito...

Y yo lloré. Lloré de la dicha, Señor, de ser tu criatura, de ser aire de tu Aire y tierra de tu Tierra, silencio de tu Trueno, brizna de tu Poder... ¡Oh, Dios mío, mi Creador, qué poca cosa soy entre tus obras! ¡Y qué cerca, sin embargo, estás de mí en lo alto!

Viena, Schonbrunn, 2 de septiembre de 1883

Estefanía ha dado a luz una niña, una pequeña Elisabeth blanca y menuda, que me ha hecho recordar a Rudi en sus primeras horas de vida. Valeria y yo hemos ido a visitar a la familia en Laxemburgo.

Encontramos a mi nuera en un estado lamentable, no tanto por el esfuerzo del parto, como por la decepción de no haber traído al mundo a un pequeño príncipe. Ella y Rodolfo estaban convencidos de que nacería un varón, un lindo heredero que algún día llegaría a ser emperador de un gran territorio, y ya le daban en sus charlas el nombre de Wenceslao, que habían elegido como homenaje al santo tutelar de Bohemia. Desde que la matrona le comunicó que se trataba de una niña, Estefanía, que sin duda se veía ya aclamada como la protectora del Imperio, no ha hecho más que llorar. Mi hijo, en cambio, estaba exultante de alegría, y repetía una y otra vez que no importaba, que incluso lo prefería así, que ya llegarían los niños —«mi madre tuvo dos hijas antes de que naciera yo»—, que una princesita será al menos más cariñosa y buena que un bruto muchacho... Cuando nos vio llegar, se abalanzó hacia mí, emocionado, y me dijo en un tembloroso susurro: «Le hemos puesto tu nombre, madre. Será una Elisabeth tan guapa como tú». Durante todo el tiempo que estuvimos allí, Rodolfo permaneció junto al lecho de su esposa, sujetándole cariñosamente la mano y consolándola con infinita paciencia.

He de admitir que este matrimonio marcha mucho mejor de lo que había supuesto. Rudi y Estefanía parecen complementarse perfectamente. Él ha ganado en serenidad, y ella en dominio. Sin embargo, sigue habiendo algo vago, indefinible, una rara atmósfera que se crea en su presencia y que a mí me repele. Cuando están juntos se consideran a sí mismos el centro del mundo, y parecen despreciar a cuantos no sean tan encumbrados y activos como ellos. Y a pesar de su aparente dicha conyugal, Rodolfo sigue llevando sus ideas políticas cada vez más lejos. En los últimos tiempos, ha entablado una estrecha amistad con Moritz Szeps, fundador y director del *Neues Wiener Tagblatt*, y, aunque en secreto y anónimamente, publica a menudo duros artículos contra el gobierno del conde Taaffe en las páginas de ese periódico liberal y demócrata. No puedo criticarle por su sinceridad — que yo misma contribuí con mi educación y mi ejemplo a desarrollar en él—, pero opino que el futuro emperador no debería contestar de esa manera, públicamente, la política dirigida por su padre, que finge ignorar entretanto la identidad del autor de tales acusaciones.

A menudo me pregunto cómo es posible que Rudi, tan anticlerical y rebelde, se lleve bien con su beata y conservadora esposa. Hay algo falso en todo esto, como esa engañosa calma que a veces precede a las tempestades, algo que de nuevo, igual que todo lo que se refiere a la vida de mi hijo, me asusta y me hace perder el sueño...

Viena, Hofburg, 14 de noviembre de 1883

Esta noche, el emperador y yo hemos ido al Burgtheater. Todo el mundo hablaba mucho, en las últimas semanas, del regreso de una primera actriz, Catalina Schratt, que ha pasado varios años triunfando en los escenarios de Berlín y San Petersburgo. Francisco, siempre tan pendiente de todos los asuntos del teatro, recordaba que la vimos aquí hace tiempo, cuando era una jovencita, me dijo, «cuyo único encanto y gracia eran los que le prestaba su propia juventud». Mi esposo no parecía

demasiado emocionado ante la idea de volver a ver a esa actriz, de la que guardaba una fugaz memoria. Sin embargo, apenas la Schratt salió al escenario, en el esplendor de una de esas bellezas opulentas sin excesos, con su rubio pelo elegantemente recogido y los ojos verdes brillando en un rostro de hermosos rasgos, el emperador dio un respingo en su asiento y no volvió a distraer la mirada ni un solo instante de todo lo que ocurría en el escenario, o, para mejor expresarlo, de todo lo que le ocurría a la Schratt. En el entreacto, le pregunté discretamente al director algunas noticias sobre su vida privada: «Es una mujer sencilla, Majestad —me informó—, con una historia parecida a la de muchas de sus compañeras de profesión: hija de un panadero de Badén, sus éxitos en los escenarios y su belleza le permitieron acceder a una clase social más elevada, y así, hace algunos años, se casó con un rico hacendado húngaro, del que tiene un hijo. Pero el matrimonio no fue bien, como suele ocurrir en estos casos, y tras su separación, ella decidió volver a cosechar aplausos y admiradores. ¡No me malinterpretéis, señora! —añadió, intuyendo tal vez algo de picardía en mi mirada—. Es muy decente. Una decente, buena y afable mujer».

Al terminar la obra, el emperador aplaudió enardecido, sin recatar su admiración por la actriz recién descubierta. Ella agradeció sus halagos con modestas y lindas sonrisas, y una de esas largas, armoniosas reverencias que sólo aquellos que conocen el dominio del cuerpo saben hacer, y que tanto encanto prestan a las mujeres hermosas. Francisco sonreía cuando subimos de nuevo al coche, camino del Hofburg. Yo quise contentarle:

—¡Qué bella es la Schratt!

Mi esposo pareció titubear, pero al fin se atrevió a reconocer:

—Sí que lo es. Bella y buena actriz.

—Y dueña también de un buen corazón.

—¿Cómo lo sabes?

—Me he permitido indagar sobre ella. ¡Ya sabes cuánto me atraen las mujeres hermosas!

El emperador permaneció silencioso el resto del trayecto, pero su rostro expresaba una contagiosa alegría.

Amsterdam, 5 de mayo de 1884

Mi niña querida:

Tu partida me ha dejado vacía. Dicen que las madres anhelan a veces la ausencia de los hijos demasiado cercanos, pero en mi caso, Valeria, ocurre al contrario: cuantos más años transcurren desde tu venida al mundo, cuanto más tiempo estamos juntas, más unida me siento a ti y más tristeza hay en mi corazón sin tu presencia, como si contigo se fuera una parte de mí misma sin la que apenas alcanzo a sobrevivir. Cuando veo las gaviotas volar sobre este magnífico mar del Norte, con sus alas poderosas y sus chillidos de excitación, quisiera ser una de ellas y alzar mi vuelo sobre las tierras de Europa, siguiendo el curso de los ríos y las líneas onduladas de las montañas, hasta llegar a Heidelberg y posarme en tu ventana gritando de alegría...

A Dios gracias, pronto estaremos de nuevo juntas. Entretanto, debo someterme a las curas del doctor Metzger, que afirma que pronto perderé mi menstruación para siempre, y que, a partir de ahora, debo cuidarme mucho más, comer bien y serenar un poco mis ansias de ejercicio: «Si seguís llevando esta vida, Majestad, en dos años seréis una vieja. Es probable que un día, tal vez no demasiado lejano, ni siquiera podáis caminar». ¡Sí, a veces mis dolores de espalda son tan horribles, que temo tenga razón! Y, sin embargo, no quiero rendirme a esa esclavitud que los cuerpos suelen imponer sobre las almas, y que convierten a los seres humanos en víctimas de sí mismos. Me he pasado gran parte de mi vida aprendiendo a dominar esta masa de carne y huesos que el Señor ha dado como envoltura a mi espíritu, y no voy ahora a entregarme. Por eso hoy, pese a las molestias, he caminado durante cuatro horas. Después, mi rodilla estaba hinchada y dolorida, pero no he querido plegarme y he ido a montar —he probado cuatro caballos, aunque sólo uno era bueno—. Ahora, cariño, cuando acabe esta cana que escribo con lágrimas de nostalgia en los ojos, iré a practicar un poco la esgrima en compañía del pequeño teniente que tanta gracia te hace con su acento afrancesado...

Mis ventanas están abiertas de par en par sobre la costa magnífica. Aquiles chilla sobre las aguas. ¡Amo el mar! Mi última mirada cada día es para él. Cuando paseo a su lado, está tan hermoso que quisiera gritar. Pero no sientas celos, Valeria. A nadie en el mundo quiero como a ti: ni a las aguas oscuras y profundas, ni siquiera a Heine, ni a Aquiles. Ni a mí misma. Duerme pues en paz, niña mía, y sueña con tu madre que te adora

ELISABETH

Gódólló, 12 de noviembre de 1884

Elisabeth de Rumania ha venido al fin a visitarme. Hace tiempo que tenía ganas de conocer a esta curiosa mujer, cuya fama literaria ha llegado hasta mí en los últimos años. Aunque firma sus libros con el seudónimo de Carmen Sylva, nunca ha ocultado que es ella la autora de esos poemas, dramas y cuentos que tanto están dando que hablar. La corte de Viena, por supuesto, no encuentra palabras lo suficientemente crueles para referirse a esta valiente reina, a la que califican de «marimacho»,

«vergüenza de las Casas Reales» y cosas semejantes, tan sólo porque posee un rico espíritu y se atreve a mostrarlo. Por eso la invité a Gódólló: quería expresarle mi admiración y mi simpatía. Es una mujer sorprendente: vivaracha y menuda, de amable rostro sonrosado, alegre y cariñosa, sin ningún signo de esa fría artificiosidad que suele adueñarse de los de nuestro linaje. Llegó vestida de una forma rara, que a Valeria le llamó poderosamente la atención, con una amplia túnica de terciopelo rojo, suelta como un camisón, bordada en vivos colores, y en seguida supo ganarse nuestro afecto. Estuvimos hablando hasta altas horas de la noche. Elisabeth expresaba su admiración por las mujeres libres que tuvo ocasión de conocer durante un reciente viaje a Londres y a París:

—Son cultas, muy cultas, y su inteligencia brilla sobre la de los hombres que les sirven de compañeros, esposos o amigos. Algunas de ellas creen que, en el futuro, las mujeres serán igual de activas y poderosas que los hombres, y a todos parecerá normal que se entreguen como ellos a la política, la ingeniería o los negocios... ¡Ése es el tiempo en que nosotras deberíamos haber vivido! Creo que nos hemos adelantado en exceso.

—Sí, es probable —respondí—. Nos habríamos evitado mucho dolor. También yo creo que las mujeres han de ser libres, y que a menudo son más dignas de serlo que los hombres. Sin embargo, estoy en contra de que aprendan muchas cosas. La gramática y la lógica sólo nos sirven para renunciar a una parte esencial de nuestro ser. Cuanto menos aprendamos, más sabremos por nosotras mismas, más profundas seremos, más nos pareceremos a los árboles: firmes nuestras raíces, y libres de toda atadura bajo el cielo abierto.

—Pero, Elisabeth, la cultura nos hace mejores seres humanos...

—Sí, la cultura, no lo que aquí algunos llaman así y es tan sólo civilización, algo que nos desvía de los fines naturales de la existencia y a la vez ahoga la cultura. La civilización son los tranvías; la cultura, los hermosos bosques vírgenes. La civilización es la erudición; la cultura, el pensamiento. El objetivo de la civilización es atraer hacia sí a los individuos y encerrarlos en una jaula. La cultura, en cambio, es algo que toda persona lleva en su seno, como herencia de todas las existencias que la precedieron. Y a menudo, cultura y civilización entrechocan, como las nubes poderosas que se enfrentan en el cielo y derraman la desolación... Las víctimas son esas pobres gentes de miserable vida que han sido despojadas de su cultura para mostrarles a cambio, desde lejos, una civilización que nunca podrán alcanzar.

Elisabeth suspiró. Afuera caía la lluvia. El mundo olía a tierra mojada.

Holanda, Zandvoort, 11 de marzo de 1885

¿Es aquí, en el mar del Norte,

donde debo construir mi castillo de altas cúpulas doradas?

¡Oh, sí, te amo, mar vasto y rudo,

de salvajes olas, de terribles tempestades!

Pero el amor debe ser libre, y deambular a su gusto.

Un castillo sería como un anillo de matrimonio:

¿Podría acaso el amor atarse a él?

Yo quiero volar como las gaviotas, volar libre sobre tus aguas.

No deseo hacer en ningún lugar un nido para siempre.

Holanda, Zandvoort, 2 de abril de 1885

He terminado mi cura con el doctor Metzger, que ha logrado, como por milagro, extraer de mí los dolores y el mal humor. Este anochecer de primavera, con las olas azotando la playa a mis pies y la luna naciendo sobre el mar, se me antoja más hermoso que nunca, sabiendo que en sólo dos días podré abrazar de nuevo a Valeria. Hoy, como despedida, he lanzado a las aguas desde mi barca la mayor parte de los poemas escritos en estas últimas semanas. Tan sólo he querido guardar algunos, los mejores, para que los lea mi hija, que tanto ha insistido en que me haría bien dedicarme de nuevo a la escritura. ¡Lo siento por vosotros, lenguaditos y bacalaos: es bastante probable que mi humilde homenaje se os indigeste!

En el tren, camino de Heidelberg, 4 de abril de 1885

Atravieso los campos que un día fueron bosques, suaves praderas de mil colores, generosos sembrados o viñedos guardianes de placeres... Las negras chimeneas de hierro ensucian el aire de humo negro y pestilente, y los ríos corren negros, y los niños y las mujeres de negras ropas contemplan el paso de los trenes, el negro correr del río, el cielo negro sobre sus cabezas, preguntándose dónde están, qué fue de los bosques, de las praderas, del grano y del vino...

Dios ha vuelto a expulsarnos del Paraíso que nosotros mismos nos hemos empeñado en destruir,

y los duendes de los campos se vengarán porque hemos derribado sus árboles para levantar casas y fábricas. Algún día, los seres humanos tendrán que elevar de nuevo altares al sol y a la lluvia, e implorarles que sean piadosos con ellos y perdonen sus faltas.

Feldafing, 20 de junio de 1885

Valeria y yo fuimos esta mañana a visitar a Luis en su palacio de la Isla de las Rosas. Atravesamos el lago, intranquilas por lo que pensábamos podía suceder, pero por fortuna el rey no estaba allí, y regresamos así aliviadas a Feldafing. Yo quería ver a mi primo, demostrarle mi afecto ahora que ya nadie tiene acceso a él, y a la vez temía ese encuentro. Luis, por lo que me dicen, está cada día más entregado a las rarezas de su espíritu. Desde que Wagner murió hace dos años, ha perdido su única conexión con el mundo real, aquello que aún lo mantenía atado a la vida. Ahora, extraviado y ajeno a todo, pasa largos días encerrado en sus habitaciones, negándose a ver a nadie, gritando sus órdenes a través de puertas cerradas con llave, hablando con los fantasmas de Luis XIV y de María Antonieta, hasta que, harto de su soledad, convoca en la noche a sus criados y mozos de cuadra, y disfrazado de sátrapa oriental, envuelto en los humos de su narguile, los hace bailar ante él desnudos y entretenerlo con sus vulgares bromas, y luego se hunde de nuevo en esa apatía que de todo lo aísla. ¡Dios mío, pobre Luis! En Munich ya se empieza a hablar de declararlo loco e inhabilitarlo... Ayer discutí con mi madre y con otros familiares a ese respecto, intentando defenderlo con todos los argumentos que fui capaz de encontrar. Es probable que tengan razón, que el rey esté condenado al mismo destino que su hermano Oto, que vive como un animal. Sí, es posible que para el mundo de los cuerdos, de los seres normales y sensatos, ellos sean locos, dementes a los que hay que apartar de todo y mantener recluidos, apestosos que dan miedo porque son el espejo en el que vemos reflejado lo más peligroso, lo más temible de nosotros mismos. Pero ¿cómo puedo condenarlos yo, si he sentido igual que ellos mi espíritu asomarse al borde de lo imposible, perderse en la busca de lo Absoluto...?

Dejé sobre su escritorio, para que los encuentre a su regreso, algunos versos:

Para ti, águila de la montaña,

señor de las nieves eternas,

un recuerdo de la gaviota,

reina de las espumeantes olas.

Kremsier, 26 de agosto de 1885

Los asuntos políticos marchan bien, y debemos pues congratulamos. Según me explicó el emperador, este encuentro con el zar es muy importante. «Te ruego, Sissi —me dijo—, que no te permitas ninguno de tus habituales desplantes o ironías. Los rusos deben partir convencidos de nuestras buenas intenciones. Es un asunto fundamental para el Imperio. Ahora que Serbia y Rumania son nuestras aliadas, la situación en los Balcanes nos es favorable, pero cualquier chispa puede encender el fuego de una guerra con Rusia, y eso sería muy peligroso: no creo que estemos en condiciones de afrontar semejante conflicto. Es pues necesario que mantengamos la paz por encima de todo». Yo me resigné a sus súplicas, y me estoy comportando como una formal soberana, aguantando, mártir del trono, cada una de las estupideces de esa corte de monos imperiales, sometiéndome a todas las exigencias sin que la imperial sonrisa decaiga nunca de mis labios.

Sin embargo, el emperador está hoy muy disgustado. Los asuntos del corazón le duelen. Anoche, la compañía del Burgtheater representó para nosotros y nuestros invitados *El pródigo*. La primera actriz era, de nuevo, Catalina Schratt. El zar y Francisco aplaudieron entusiasmados al final de la función y Alejandro, que ya había admirado a la Schratt en San Petersburgo, llegó incluso a pedirle a mi esposo que invitase a los actores más importantes a cenar con nosotros. Él aceptó encantado, pues sin duda veía en esa invitación una excusa para compartir con la hermosa Catalina algo más que el tiempo de su presencia en el escenario, o la corta y formal audiencia que le concedió a su regreso a Viena, cuando, como es costumbre entre los actores del Burgtheater, vino a agradecerle su generosidad para con ella. Su interés no se me escapó, no sólo por las furtivas e intensas miradas que le dirigió durante la noche —y a las que ella respondía con estudiado disimulo—, sino porque, en contra de su costumbre, prolongó la cena durante casi dos horas, comiendo lentamente de cada plato, como si los saborease, y se mostró parlanchín y encantador. Sin embargo, esta mañana, durante nuestro breve encuentro a solas antes del almuerzo, su ceño estaba fruncido y su mente tan ausente, que apenas respondía a mis preguntas. Temí que le ocurriese algo grave, y le interrogué pacientemente hasta que al fin, deseando sin duda abrirse a alguien —aunque fuera a su propia esposa—, terminó confesando las razones de su mal humor:

—Es por lo que ha hecho el zar con esa actriz.

—¿Te refieres a la Schratt?

—Sí, sí, a ésa. No recordaba su nombre.

Francisco enrojeció ante su torpe mentira. Yo me imaginé cualquier humillación por parte del asiático.

—¿Qué ha hecho Alejandro?

—Le ha enviado esta mañana un ramo de cien rosas y un broche de diamantes, y ha tenido la desvergüenza de dar un paseo con ella.

Me eché a reír. Empezaba a comprender que el emperador está seriamente enamorado, y me resultaba enternecedor verle en ese estado de debilidad ante el intento de intromisión de otro hombre.

—¿Temes que la convenza para que vuelva a San Petersburgo y estropee así tu magnífica *troupe*?

Mi esposo no sabía qué responder. Creo que sólo en ese momento se dio cuenta de que estaba desvelando ante mí unos sentimientos de los que tal vez ni siquiera había sido consciente hasta entonces, y que podían humillarme. Improvisó de nuevo una mala mentira:

—Sí, sí... Y además, me ofende que utilice sus armas de seducción aquí, en tu presencia y en la de su propia esposa.

Me reí de nuevo e intenté calmarle, evitando esta vez las ironías:

—No creo que la intención de Alejandro haya sido la de ofender a nadie. Sin duda no se trata de un coqueteo, como tú has creído entender. He oído decir que el zar es un entusiasta del teatro. Seguramente sólo ha querido expresarle su admiración.

Francisco optó por darme la razón antes de abandonar mi tocador para que yo pudiera vestirme. En las horas siguientes, apenas tuve tiempo para recordar esa conversación. Pero luego, por la tarde, mientras descansaba en mi aposento, la imagen del emperador agobiado por los celos me asaltó de nuevo... Recordé la belleza redundante y aún joven de la Schrott, y las palabras del director del Burgtheater sobre ella. Sé que Francisco ha terminado hace meses su relación con Anna Nahowsky, e imagino cuánto debe de añorar ese calor burgués que ella supo darle. ¿No podría la Schrott sustituirla en su corazón, rodearlo de ternura y afecto, concederle su cálida presencia y la dulzura de un hogar que él nunca ha conocido ni conocerá en el Hofburg? ¿Por qué no ella, si es una decente, buena y afable mujer?

Troya, 16 de octubre de 1885

Aquí, a los pies de esta colina, descansaron sus restos, los de aquel que fue más ligero que el aire, el favorito de los dioses, Aquiles, feroz e invencible en la batalla, tembloroso y complaciente en el amor... ¡Cuánto lo hubiera amado bajo este sol ardiente, sobre la roja tierra de Troya! El viento habría llevado mis gemidos de placer más allá del mar espejeante, por encima de los acantilados y

las arenas de Grecia, y los propios dioses, desde el Olimpo, se habrían estremecido de envidia. Ahora, amado, vives en mi corazón, que te ha recuperado del pozo oscuro de los siglos para traerte de nuevo a la llanura donde rodaron tus lágrimas y refulgió tu espada y humeó tu cuerpo. He venido hasta aquí, amado, hasta las tierras reseca de esta Troya hundida en el polvo, he surcado los mares que tú bogaste un día siguiendo el curso de tu misma estela, para arrodillarme ante tu tumba, en este lugar por siempre sagrado sobre el que los astros detienen su rumbo cada noche para seguirte adorando.

Viena, Hofburg, 28 de enero de 1886

¡Cómo brillaban sus ojos mientras bailaban, enlazadas firmemente las manos, unidos los dos en un giro perfecto que hacía de sus cuerpos uno solo, como si estuvieran predestinados a encontrarse y fundirse! Sentí al contemplarlos una aguda punzada de dolor, el repentino descubrimiento de la soledad que me espera, pero cuando ella regresó hacia mí, sonrosadas sus mejillas, la sonrisa abierta en los labios, anhelando que yo leyera en su corazón la dicha perfecta que sentía en ese momento, la abracé ante todos y no pude evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas, las agrídulces lágrimas en las que tantas veces se confunden pena y alegría...

Ya no es una niña. Mi *kédvésem*, el mayor tesoro de mi vida, ha cumplido ya los dieciocho años, y el ansia de amar ha hecho mella en ella. Debo aceptarlo. Siempre lo he sabido, sabía que un día habría de dejarme para formar su propio hogar, y que esa separación no podrá romper el estrecho lazo que nos une, como mi alejamiento no ha conseguido entibiar el profundo amor que yo siento por mi madre. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme qué será de mí sin ella. ¿Qué ocurrirá cuando al levantarme cada mañana, día tras día, no aparezca, radiante y llena de vida, para recordarme lo dichosa que puede ser la existencia a su lado? Tendré que vivir hora tras hora sin el socorro de su sonrisa, acostumbrarme a su ausencia, como si me faltara la luz...

La acompañé a su habitación después del baile, fingiendo una alegría que yo no podía sentir, pero que ella deseaba transmitirme desde lo más profundo de su ser.

—¿Te gusta mucho? —le pregunté.

—¡Oh, sí mamá, mucho! Es más que eso: creo que me he enamorado de él.

—Sí, Francisco es un muchacho encantador. Es bueno y cariñoso. Y no cabe duda de que tú también le gustas.

Valeria sonrió y calló. Yo tenía que hacer un gran esfuerzo para que las nubes de mi espíritu no

ennegrecieran mi rostro y mis palabras. Mi hija se atrevió al fin a confesar en un susurro la duda que la inquietaba:

—¿Crees que papá me permitiría casarme con él?

—Te doy mi palabra de que, si ése es tu deseo, así se hará. Yo me ocuparé de eso. No estoy dispuesta a consentir que te obliguen a casarte con alguien a quien no ames. ¡Aunque tu elegido fuera un deshollinador, puedes estar segura de que lo conseguiría!

Las dos nos reímos. Aquellas palabras me habían confirmado la seriedad de los sentimientos de mi hija, tan ajena a toda liviandad. Pero quise, no obstante, ofrecerle mi mejor consejo:

—De cualquier manera, cariño, creo que no debes apresurarte. Es mejor que conozcas a otros muchachos antes de decidir con quién deseas unirte para toda la vida. ¡Por nada del mundo quisiera que te equivocases!

Valeria afirmó con la cabeza mientras me miraba con esa profunda comprensión que existe entre dos personas que no necesitan las palabras para entenderse. Sabía que me estaba refiriendo a mi propia decepción. Ese ejemplo sin duda ha sido suficiente para que ella obre con sensatez. Después, estuvimos charlando de mil tonterías, abrazadas, queriéndonos como pocos seres se quieren en el mundo. Yo contuve las lágrimas hasta que al fin regresé a mi habitación.

Viena, Schonbrunn, 2 de mayo de 1886

El emperador está tan emocionado, que no sabe cómo expresarme su gratitud. ¡Pobre Francisco! Es tan tímido, tan poco dado a saltarse las normas, que las semanas iban pasando, una tras otra, y él seguía acudiendo cada noche al teatro, como un estudiante enamorado que no se atreve a ir más allá, y soñaba con su Catalina, cada vez más perfecta en sus sonrisas... Por fortuna para él, yo velo por sus intereses. Cuando me convencí de que por sí mismo era incapaz de ningún avance, decidí facilitarle un encuentro con la actriz y asegurar de paso a ambos mi simpatía para el probable día en que sus relaciones lleguen a ser más íntimas. Así pues, escribí a la Schrott pidiéndole que se aviniera a posar para el maestro Angeli, pues deseaba regalarle al emperador un hermoso retrato de su actriz favorita. Y llevé a Francisco a visitarla al estudio, durante una de las sesiones de pose. No le dije adonde nos dirigíamos hasta que estuvimos en el coche, camino de la Mariahilferstrasse. Mi esposo enrojeció al escuchar mis palabras, y me pareció que su rostro avejentado recobraba de pronto, durante unos instantes, la tersura de la juventud. Pero no se atrevía a mirarme, pensando tal vez que yo obraba inocentemente, sin sospechar sus verdaderos sentimientos. Quise tranquilizarlo al respecto:

—Todo el mundo conoce tu gran afición por el teatro. No debes avergonzarte, pues nadie se extrañará de que tu esposa te regale el retrato de tu actriz favorita. —Intenté darle a mi voz una inflexión aún más cariñosa—. En cuanto a mí, puedo asegurarte que todo lo que te haga feliz, sea lo que sea, me complace. Cuando dos personas han logrado quererse durante tanto tiempo y a pesar de todo, el amor se vuelve generoso.

El emperador no respondió nada. Se limitó a estrechar mi mano y acercarla a sus labios y luego asistió, nervioso y balbuceante, buscando con su mirada el apoyo de la mía, al encuentro con la Schratt, que demostró por su parte un gran dominio de la situación. Hoy —él mismo ha venido muy azorado a contármelo— le ha enviado una sortija de esmeraldas para agradecerle su paciencia durante las largas sesiones del retrato, y ahora espera nervioso su respuesta. Yo alabé su cortesía, y luego, cuando se fue, me senté ante mi escritorio y escribí para él:

Un fuerte ruido la despierta

en el valle donde reposa:

el rey Wiswamitra vuelve a casa,

luego de haber dejado a su vaca.

¡Oh, rey Wiswamitra,

qué gran toro eres!

Feldafing, 21 de junio de 1886

Corté con mis propias manos los tallos más hermosos de las frágiles lilas, los más perfumados jazmines y las doradas ramas de los ailantos que trepaban hasta la ventana de su dormitorio. Los envolví en la cinta negra que mis doncellas habían bordado durante toda la noche —Al águila de las montañas, de la gaviota que siempre lo comprendió—, y abrazando el ramo —como un tesoro inerte al que intentara transmitir el calor que poco a poco inundaba mi cuerpo en este primer día del verano del que él ya no gozará, tratando de conservar en mi mirada los mil colores de los campos que tanto amaba, el gesto de los abetos plegándose al aire de las montañas sin las que no quiso vivir, para llenar así de luz con mis recuerdos la oscura gruta de los muertos—, fui a su tumba, y de rodillas, le di toda la piedad que los otros le negaron.

¡Oh, pobre rey Luis, que la tierra te sea leve, a ti que quisiste alzar tu vuelo sobre ella, ingrávigo,

que anhelaste tocar el cielo con tus manos, que soñaste la gloria y fuiste empujado a las entrañas del dolor por los hipócritas que no soportan a quienes violan las leyes de su mundo!

Ellos, los cuerdos, quisieron encerrarlo como a un criminal, privarlo de todo lo que amaba, la noche fecunda, las nieves silenciosas, el bosque encantado, la libertad, y él se vengó: ¡Oh, sí! Su muerte pesará como una losa sobre sus conciencias, y ante Dios tendrán que dar cuenta de su infinita crueldad.

Viena, Hofburg, 11 de diciembre de 1886

Una noche más, Luis vino a mí en medio de mis sueños. Oí de nuevo el familiar gorgoteo del agua que llenaba la habitación, y sentí cómo mis pulmones se hinchaban y ahogaban, mientras yo luchaba por sobrevivir. Con enorme esfuerzo, logré incorporarme en el lecho y abrir los ojos a la luz de la luna llena que iluminaba la estancia. Allí, junto a la ventana, blanco como el mármol, estaba él, con sus cabellos empapados alrededor del rostro monstruoso, refulgente la mirada, fija en mí. Gritó: «¡Estoy loco! ¡Soy Luis el loco! ¡Tú, prima Wittelsbach, no te librarás de este destino que llevamos en la sangre!». Yo quise responderle, negar sus palabras, pero la voz no salía de mi garganta, y él, con una espantosa sonrisa inmóvil en los labios, se desvaneció ante mí... Me sentí aterrorizada y me levanté temblando para arrodillarme en mi oratorio y rezar, implorar la salvación de su alma y de la mía: «¡Oh, Jehová, Tú eres grande! Tú eres el Dios de la venganza, eres el Dios de la gracia, el Dios de la sabiduría. ¡Concédenos tu piedad, oh, Señor del Universo, Tú que todo lo puedes!».

En cuanto amaneció, le pedí a María Festetics que me acompañase a visitar el manicomio de Bründfeld. Sentía que todo mi ser me empujaba una vez más a ese doloroso recorrido, como si quisiera buscarme a mí misma entre los locos, como si intentara, por el contrario, cerciorarme de que no estaba allí, que nunca habría de estar allí... Caminé por los helados pasillos temiendo que mi propio cuerpo surgiese detrás de alguna de las puertas cerradas a cal y canto, que el director abría haciendo chirriar en la cerradura la llave que colgaba en un manojo de su cintura, mientras mi corazón latía muy fuerte... En la gran sala, las pobres locas bordaban y murmuraban, contándose las horribles negruras de sus mentes, los vagos recuerdos de una existencia que un día fue feliz. El director anunció mi presencia, y el rumor de las voces se apagó por unos instantes, y prosiguió luego, enardecido, como si aquel horrible parloteo tuviese el poder de borrar nuestros cuerpos de la estancia, donde la algarabía era cada vez más fuerte, las miradas más desorbitadas, los gestos más frenéticos... De pronto, una joven alta y delgada como un huso se abalanzó con un sobrecogedor chillido hacia mí e intentó arrancarme el sombrero. Mientras la sujetaban, ella luchaba y gritaba llena de furia: «¡La emperatriz soy yo! ¡Es una impostora! ¡La emperatriz Elisabeth soy yo!». Todo mi cuerpo se estremeció de espanto. El mundo dejó de existir a mi alrededor y por unos instantes, sólo vi aquella mirada, la mía, que venía desde el abismo a encontrarse conmigo, los ojos de los Wittelsbach, mis propios ojos de loca... María se acercó para cogerme del brazo, y el roce de sus

manos cálidas y fuertes me devolvió a la realidad. El director, entretanto, había conseguido tranquilizar a la muchacha, que se arrodilló a mis pies e imploró mi perdón, suplicándome que no la condenara a muerte. Yo me postré a su lado y la abracé, me abracé a mí misma, llena de compasión y de miedo, y las dos lloramos juntas durante largo rato.

Gódólló, 24 de diciembre de 1886

Qué triste es el empeño de los seres humanos en hacernos desgraciados los unos a los otros, en privarnos —en nombre del deber y de la razón— de la libertad que sin duda Dios ha querido concedernos. Toda mi vida ha sido una lucha por alcanzar un pequeño trozo de Paraíso, y he tenido que enfrentarme al mundo entero en esa cruel batalla que me ha dejado marcada de imborrables cicatrices. Ahora, mis enemigos están entre los míos, son aquellos mismos a los que yo creía afectos y leales: nadie quiere aceptar que una archiduquesa de Austria-Hungría pueda elegir a su esposo por amor, siguiendo la única ley de la naturaleza y del cielo, y hasta las voces más cercanas se alzan en contra del matrimonio de Valeria con Francisco. La del emperador, por supuesto, que pretende hacer de esto una cuestión de Estado y, en realidad, actúa movido tan sólo por sus propios sentimientos, sin pensar para nada en los de su hija, y pretende casarla con el heredero de su más íntimo amigo, el príncipe Alberto de Sajonia. Y ahora también la de Rodolfo, el hermano amantísimo, a quien el orgullo acabará por convertir en un monstruo que arrasará todo a su paso. Hoy, antes de la cena de celebración de mi aniversario, hizo todo lo posible por apartarme del grupo familiar y disponer de unos minutos a solas conmigo. Su rostro estaba demacrado, las ojeras eran aún más profundas que la última vez que lo había visto, hace unas semanas, y tenía la mirada perdida, como si una nube la velara, y a la vez, extrañamente penetrante. Me pareció que su mano temblaba mientras se llevaba a la boca la tercera copa de vino de la noche.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—¡Oh, sí, madre! Perfectamente.

—Los médicos me han asegurado que te has recuperado de tu cistitis, pero a menudo los médicos se equivocan...

—No hay ningún problema, madre, te lo aseguro. No quiero hablarte de mi salud, sino del rumor que he oído.

—Probablemente será falso.

Me reí, intentando aliviar un poco la tensión, pero él permaneció serio, mirándome como si

pudiera ver a través de mi cuerpo.

—Dicen que Valeria va a casarse con Francisco Salvador. ¿Es eso cierto?

Me puse a la defensiva, como una perra cuyo cachorro alguien intentase dañar: —Eso es lo que ella desea. Y yo la apoyo.

—¿Crees que es un buen partido para mi hermana?

Había puesto mucho énfasis en las dos últimas palabras, y su voz sonaba tan llena de desprecio, que sentí deseos de lanzarle a la cara la verdad sobre su matrimonio: el distanciamiento cada vez más evidente, las mezquinas disputas entre su esposa y él ante todos nosotros, sus sórdidos amoríos con esa actriz barriobajera, Mizzi Caspar... No quise, sin embargo, ser cruel. Me limité a responder lo que siempre he pensado:

—El mejor partido es el que dicta el amor.

Rodolfo parecía dispuesto a iniciar una ardiente discusión sobre ese asunto, pero yo no quería hablar más de ello. Sentía furia y miedo, miedo al pensar en el porvenir de mi hija y del que espero sea un día su esposo, cuando tengan que vivir en la corte del futuro emperador Rodolfo... Pero creí mejor no comenzar otra guerra hasta que Francisco tome una decisión. Di la conversación por terminada y me acerqué a Valeria, tan hermosa con su vestido de gasa azul y las flores blancas en su pelo, y la besé.

Viena, Hermesvilla, 5 de febrero de 1887

Escribo por primera vez en mi nueva casa, «el hogar que cobijará nuestra vejez», como lo definió Francisco al comunicarme, hace ya varios meses, que haría construir esta residencia en medio del parque de Lainz. Yo le pedí que me permitiera darle el nombre de Hermes.

—¿Cómo se te ocurre ponerle a una casa el nombre del dios de los viajeros, Sissi? ¡Es absurdo!

—Precisamente por eso. Así, cada día que pase entre esas paredes, recordaré que no quiero ni debo atarme a ningún lugar.

Escribo, pues, sentada en mi nuevo dormitorio, y Titania me sonrío burlona desde la pared. Un joven pintor, Gustav Klimt, alumno del maestro Makart, se ha ocupado de representar como yo le pedí las escenas de El sueño de una noche de verano, y ahora Teseo, Hermia, Oberón y Puck pasan

sus insomnios a mi alrededor. Al otro lado de la puerta, mi gimnasio pompeyano me espera para empezar la mañana. Y más allá, mi nuevo cuarto de baño, todo un modelo de modernidad, con inodoro y agua corriente... Aún recuerdo las risas del arquitecto el día en que visité la villa por vez primera y me entretuve abriendo y cerrando sin parar los grifos y viendo fluir toda esa agua que puedo utilizar a mi antojo. Le pedí al emperador que se ocupase personalmente de que no despidieran a las personas encargadas de llenar y transportar los grandes bargeños, y de recoger los orinales que hasta ahora utilizábamos: no quisiera que a causa de nuestra comodidad condenasen a nadie a la miseria.

Con todo, mi mayor placer en esta casa se encuentra afuera. Por la ventana abierta de par en par al frío atardecer de febrero, puedo ver el parque que pronto reverdecerá en miles de árboles de cien especies diferentes. A esta hora, los ciervos y los jabalíes duermen recogidos en sus refugios, pero durante el día, mientras paseo, me los encuentro a menudo, jugando o caminando con esa bendita serenidad que les otorga su íntimo trato con la tierra y el cielo. Esta mañana, tres o cuatro gamos detuvieron su carrera al verme para contemplar tranquilamente mi paso. Quise devolverles su atención, y estuve charlando un breve instante con ellos: «No tenéis que inquietaros, amigos míos: nadie os molestará aquí. El emperador ha hecho cerrar todo el parque, y los enojosos visitantes no podrán espantaros ni perseguir a vuestras crías. Vosotros y yo somos libres para pasear a nuestro antojo y espero que, como buenos vecinos, tengamos ocasión de encontrarnos a menudo». Los saludé con una inclinación de cabeza. Ellos movieron suavemente las suyas, sonriéndome con sus grandes ojos, y se perdieron luego tras los macizos de lilas.

Gódólló, 27 de febrero de 1887

Cada día me pregunto más insistentemente por qué no acaban con nosotros... Si yo fuera un burgués honrado y digno, si fuera un miserable condenado a una existencia de hambre y pesadilla, dedicaría mi vida a terminar con esa chusma de la que formo parte, esa ralea de sinvergüenzas y degenerados que viven en el lujo a costa de los pueblos y podrían algún día, quién sabe, ser sus reyes... ¡Escuchadme bien, súbditos del Imperio! Mientras vosotros os dejáis el pellejo trabajando para alimentarle, el gran archiduque Otto, sobrino carnal del propio emperador, es un borracho y un pendenciero, un soberbio que se cree el dueño del mundo, y ya no sabe qué idear para entretener su nauseabunda inmoralidad... Ayer, en medio de una sucia bacanal, arrojó por la ventana los retratos de aquellos a los que él, más que nadie, debe obediencia y respeto, el del emperador y el mío propio, mientras manoseaba con sus infames manos los cuerpos de las baratas mujerzuelas... Pero tamaña diversión no era bastante, ¡no! Aún tenía que llevar su desvergüenza a las propias salas del palacio, burlarse de su pobre esposa, y entrar en su dormitorio en plena noche para enseñar a sus inmundos amigos «a una auténtica monja durmiendo»...

¡Qué asco tener que compartir mi mesa con semejantes carroñeros, con bestias que ni siquiera

merecen ese nombre que nunca un animal se atrevería a ensuciar de tal manera! A veces desearía pedir perdón por formar parte de semejante familia.

Viena, Hermesvilla, 3 de marzo de 1887

Le he propuesto al emperador que se encuentre con la Schrott en los apartamentos de Ida. Mi querida amiga ocupa algunos aposentos del Hofburg a los que se puede acceder desde la Ballhausplatz, por una puerta que no está vigilada por los criados. De esta manera, Catalana podrá entrar tranquilamente en palacio, sin dar lugar a habladurías, y Francisco sólo tendrá que desplazarse desde su despacho para encontrarse con ella, compartir el té caliente y hablar de los asuntos ligeros y banales que tanto les interesan a los dos. Como era de esperar, Wiswamitra ha acogido mi idea con entusiasmo. Hasta ahora, dejando aparte las veces que yo personalmente he invitado a la actriz a coger con nosotros, el contacto con su enamorada se reduce a las cartas y los paseos que ella da cada mañana por la Burgplatz, bajo su ventana. El pobre emperador la observa sonriente y nostálgico, mientras ella exhibe adecuadamente su polisón. Las veces que se han encontrado en público —como ocurrió hace unas semanas, en el baile de la Concordia—, el bueno de Francisco ni siquiera se atreve a dirigirle la palabra, temiendo que todos sepan leer en su mirada y en sus gestos el amor que lo inunda en su presencia. Así pues, los amigos podrán verse a partir de ahora en la intimidad, y todos nos sentiremos contentos: ella, de su familiaridad con el emperador. Él, de la cuidadosa comprensión de tan hermosa dama. Y yo, por mi parte, porque mi conciencia estará tranquila sabiendo que, en mis largas ausencias, otra mujer le dará cariño y ternura. ¿Qué importa lo que digan los demás?

Corfú, Villa Braila, 17 de noviembre de 1887

He elegido el lugar para mi casa. En la colina de Gasturi, sobre el mar Egeo, rodeado de cipreses que descienden hasta las aguas transparentes, bajo este cielo innominablemente azul de Corfú, levantaré mi propio palacio, la casa de Aquiles, aquel que despreciaba a todos los reyes y todas las tradiciones, que sólo vivió para sus sueños y amó más su dolor que la vida entera...

Durante cincuenta años, he rodado por el mundo, anhelando no atarme a ningún lugar. Ahora he encontrado mi paraíso, y viviré aquí, en esta tierra de los dioses donde todo lo que no es preciso sobra... Visitaré al viejo ermitaño de la isla de Ulises, y él me dará en silencio el agua de su fuente, el queso de sus cabras y las manzanas de su huerto, respiraré el aire intacto, purificaré mi cuerpo en el mar, y sabré que, al fin, no necesito las palabras, pues todo estará contenido y expandido dentro de mí, todo lo que existe desde el principio de los tiempos y debe permanecer más allá del momento final, y habré alejado de mi corazón toda necesidad, todo deseo, toda inquietud...

Viena, Hermesvilla, 30 de noviembre de 1887

No debería haber vuelto. Tendría que haberme quedado para siempre a bordo del Miramar, o en mi isla de Corfú, contemplando las estrellas y las nubes, observando el vuelo de las gaviotas y los juegos de los delfines, fuera del tiempo y de esta existencia miserable y fea... No debería haber vuelto, y seguiría así creyendo en el entusiasmo de los otros por mi idea. Pensaba que era justo levantarle un monumento a Heine, y que el pueblo alemán, que tanto le debe a su genio, se uniría a ese homenaje al hombre que sufrió por su libertad y, por amor a ella, fue exiliado de su tierra. Le pedí al actor Lewinsky, que a menudo viene a leerme textos de Shakespeare y de los griegos y en cuyo interés e inteligencia confío plenamente, que iniciara en mi nombre las gestiones para abrir una suscripción pública y alzar la estatua del Maestro en su ciudad, en Düsseldorf. En estos últimos meses, mientras viajaba, di por supuesto que el proyecto iba adelante, y con entusiasmo. Pero ahora, a mi regreso, me he encontrado con la sórdida realidad: la prensa y los políticos han organizado en torno a mi idea un absurdo escándalo. Los antisemitas, los nacionalistas furibundos y los monárquicos férreos —todos aquellos que se sienten heridos por la inteligencia y la sinceridad del genio judío, que nunca amordazó sus palabras— han alzado las voces en contra de «este desafío, este insulto al espíritu germánico, que pretende socavar nuestra idiosincrasia, la moral alemana». El barón Schönerer, jefe de los pangermanistas, se ha referido durante una reunión antisemita a mí, llamándome, con torpe disimulo, «el factor determinante de los que quieren levantar un monumento a la memoria del autor judío de tantas infamias y desvergüenzas». El nombre de Heine es insultado en los periódicos y en las tertulias de los cafés, mientras la prensa liberal apoya la idea y aplaude mi inteligencia, mi gran sensibilidad... ¡Cuánta estupidez, Maestro! Ni siquiera esos que creen escribir en tu nombre y en el mío comprenden que lo que amo en ti es precisamente tu inmenso desprecio de los asuntos humanos, la profunda tristura que te inspiraban las cosas terrenales.

No importa. Dejémoslos con sus peleas, sus luchas por el poder, sus miserias... Yo levantaré tu estatua junto a mi ventana, en el Aquilleion, para que puedas desde allí contemplar con tus ojos cansados el mar infatigable. El viento unirá de sal tus cabellos, y las lluvias de abril resbalarán por tus mejillas. Y yo, Maestro, depositaré a tus pies las más hermosas flores de los campos, y sentiré tu aliento entibiando mi nuca, mientras, juntos, gozamos del silencio.

Viena, Hermesvilla, 14 de mayo de 1888

La sensación de algo horrible va a ocurrir no me abandona desde mi regreso a Viena. El aire se ha vuelto espeso y agobiante, las nubes dibujan en el cielo formas de dragones escupiendo fuego, águilas de dos cabezas que se truncan y deshacen, dejando tras ellas un rastro que se me antoja sanguinolento, y en la noche oigo extraños crujidos, susurros de voces del más allá que intentan avisarme de algún gran dolor que no podré evitar...

Ayer, mientras inaugurábamos el nuevo monumento a la emperatriz María Teresa, mi espíritu observaba alerta cuanto ocurría alrededor, intuyendo que el destino me hablaría a través de sus

misteriosos signos. En la plaza volaban, en medio del gentío, las palomas. Una de ellas, de pronto, pareció enloquecer, quedó en suspenso en el aire y se lanzó luego contra las paredes del museo de Historia Natural, una y otra vez, salpicando de sangre las piedras hasta que su cuerpo reventado cayó sobre el pavimento. Nadie pareció darse cuenta de aquel suceso que a mí me llenó de horror. Tuve que hacer un enorme esfuerzo por contenerme, no gritar o echar a correr... Desde el alto estrado, mi vista se dirigía sin que yo pudiese hacer nada por evitarlo al cuerpo inerte de la paloma, y la imagen de mi pobre hija, expuesta en el futuro, sin mi apoyo, a la enemistad de su hermano, me estremecía de miedo. Decidí hablar seriamente con Rodolfo, amenazarle incluso si era preciso. En cuanto regresamos a casa, le pedí que se quedase conmigo un breve instante. Él torció el gesto, pero obedeció.

—Tu hermana está a punto de comprometerse con Francisco. Vuestro padre ha dado al fin su aprobación. ¿Lo sabías?

—Me lo imaginaba.

No se atrevió a discutir esa decisión, pero en el tono de su voz, en la expresión de su rostro, estaba claro su desacuerdo.

—No seas duro con Valeria. Eso te daría mala suerte.

Sabía que mis palabras harían mella en su amedrentado espíritu. Estaba siendo cruel, pero la felicidad de mi hija me importa más que ninguna otra cosa en el mundo.

—Escúchame con atención, Rodolfo: yo, que nací en domingo, tengo el poder de comunicarme con el más allá. Y cuando mi alma haya abandonado su cuerpo, ten por seguro que seguiré velando por los míos. Puedo dispensar la felicidad y la desgracia, tú lo sabes bien. Así pues, recuerda este 13 de mayo.

La mirada de Rodolfo vagaba sobre mí, asustada, con las pupilas extrañamente dilatadas y acuosas. De pronto, me alarmó su aspecto de enfermo, la delgadez de su rostro, cada vez más pálido, las oscuras ojeras, el rictus amargo y fatigado de la boca, la envejecedora calvicie. Sentí una inmensa piedad.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté con ternura.

—Sí, madre. Sólo estoy un poco cansado y nervioso. En los últimos tiempos, mi nuevo cargo de inspector general de la Infantería me ha dado mucho trabajo. Los dos nos quedamos en silencio.

Quise esperar, darle tiempo para que se abriese a mí y me confiase los problemas que le inquietan, tal vez el desastre de su matrimonio, la marcha política del Imperio que él no comparte... Pero permaneció callado durante largo rato, mirando al suelo, ausente, hasta que yo me levanté y me acerqué a besarlo. Mientras se iba, sentí el impulso de llamarlo de nuevo, de cogerlo en mis brazos, mimarlo como a un niño, aliviar las oscuras penas de su corazón... Pero sabía que ya no era posible. Y lo vi marchar, cabizbajo, pensando cuánto me gustaría volver atrás en el tiempo, al día en que la archiduques Sofía me hizo creer que yo no sería capaz de ocuparme de él, al instante mismo en que me lo arrebató, y negarme, impedir por todos los medios que me separaran de mi hijo, a quien tal vez yo habría podido dar un poco de felicidad en la triste vida que le ha tocado vivir.

A bordo del Miramar, Ítaca, 4 de octubre de 1888

Caminé por las colinas pedregosas y sedientas del reino de Ulises. Un olivo solitario se alzaba sobre el suelo reseco. Descansé a su sombra, bajo el cielo, la bahía azul y callada a mis pies, un paraíso ante mí de reciedumbre y calma, la luz y las aguas, los islotes impasibles, la parca y cabal tierra de Ítaca... Y deseé ser enterrada ahí, bajo ese olivo a cuyos pies yo, polvo, esperarí la lluvia bendita que haría brotar sobre mi tumba olorosas jaras y frágiles ciclámenes, sentiría las tempestades bramando alrededor, el mar tumultuoso azotando la costa, y los vientos llegados del otro lado de las nubes para sacudir hasta sus raíces mi árbol, que permanecería altivo y fuerte, resistiendo el dolor... Vendría luego el sol, y la tierra árida anhelaría la sombra acogedora de las ramas retorcidas, y soñaría con la frescura del agua azul, inmóvil, como un inmenso pozo de vida, y a mi alrededor se extendería el silencio, y el chirrido de las cigarras, la suave melodía de la brisa en las hojas, el juguetón chapoteo de las olas, el aleteo rápido de los pájaros, el lento fluir de la savia, la paz... ¡Oh, sí! La ansiada paz, por toda la eternidad.

Corfú, Villa Braila, 15 de octubre de 1888

Mi Aquilleion se alza ya sobre la colina de Gasturi, frente al mar, con sus columnas rosadas y las vastas terrazas abiertas a las laderas adornadas de cipreses. Mi casa, como un antiguo palacio de reyes homéricos, encendidos los fuegos para calentar la leche que dan las cabras, al atardecer, ahítas de pasto, y ofrendar a los dioses los dones de la tierra...

En mi ausencia, Alejandro de Warsberg se ha chupado de todo. El cónsul de Austria-Hungría en Corfú es un ser sabio y delicado, alguien en quien puedo confiar como en mí misma, pues son semejantes nuestros sueños. Él ha vigilado el lento alzarse de los muros, el cuidado de los colores que no deben molestar ni a los árboles ni al mar, el dibujo de los muebles que los artesanos griegos tallarán amorosamente, repitiendo las formas de la naturaleza. Y cuando todo esté terminado, un amanecer, levantaremos nuestras copas en honor de los dioses, que se reunirán sobre el mar para bendecir la casa de su amiga más fiel.

Corfú, Villa Braila, 30 de octubre de 1888

He comenzado a estudiar griego con el profesor Romanos. Quiero conocer esta hermosa lengua, que suena a mis oídos como música. Le he pedido que olvide mi condición, y me trate como a una alumna más, a la que es necesario reprender y corregir. El profesor, que es tímido como un patito recién nacido no se atrevía a mirarme a la cara y, rojo de vergüenza, musitaba en su torpe alemán algunas palabras incomprensibles. «No crea usted que bromeo —le repetí—, quiero que sea severo conmigo. Cuando se hace algo, es mejor hacerlo bien. Si no, no merece la pena ni siquiera comenzar. Y recuerde que, además del de los antiguos, quiero aprender el griego que utilizan los campesinos y los artesanos... Quiero hablar como lo hace la mayor parte de la población. Detesto la desfiguración de los pensamientos».

Como era de esperar, en Viena han acogido esta decisión como una excentricidad más de su excéntrica emperatriz. Francisco me ha escrito una larga carta al respecto:

Me pregunto qué placer encuentras, a tus años, en el estudio de una lengua tan compleja como ésa, que sólo te servirá para leer lacrimógenas tragedias y pedir agua a tus envidiados ermitaños. Tus gustos, mi querida Sissi, me resultan cada vez más incomprensibles. No acabo de entender qué haces perdida en esas islas, paseando en balandro bajo la lluvia incesante o trepando por las laderas reseca igual que esas ágiles cabras por las que tanta admiración pareces sentir. Como imaginarás, no soy el único que no alcanza a entenderte. Hace unos días, estuvo aquí el príncipe heredero de Meiningen, que ha recorrido toda Grecia y es, al igual que tú, un entusiasta de la antigüedad. Él, sin embargo, me ha dicho que Itaca está totalmente desierta y no tiene nada de bonito. ¿Qué puedes tú, pues, haber encontrado en esa miserable isla para desear ser enterrada allí?

Le he hecho llegar mi respuesta:

Hace tiempo que no aspiro a ser comprendida, ni siquiera por ti. Me basta con que mi corazón lata al ritmo de mi espíritu, con saber que estoy en el lugar en el que quiero y debo estar. ¡Dichoso el que se encuentra a sí mismo en el camino y puede un día decir: tan sólo escucho mi propia voz!

Corfú, Villa Braila, 8 de noviembre de 1888

El rey Jorge de Grecia me hizo llegar hoy, por segunda vez, un telegrama anunciando su próxima visita. Y, por segunda vez, le he contestado que estaré ausente de la isla durante varias semanas. No me importa lo que piensen, ni la indignación que sentirá el emperador: no quiero que mi paraíso se convierta en un lugar frecuentado, al que acudan siguiendo mi ejemplo aristócratas y ricos.

Los seres humanos tenemos la desdichada costumbre de destruirlo todo y ofender a las cosas, que tan sólo conservan su belleza eterna allá donde están solas. Nos gusta cortar los árboles, pisotear la hierba, lanzar inútiles aullidos al aire, escribir nuestros nombres por todas partes, como si quisiéramos dejar grabado en las piedras el sello de nuestra propia inanidad y arrastrarlas en nuestra destrucción. Las ciudades se convierten en ruinas, pero las cumbres de las montañas siguen siendo tal y como fueron creadas: cuantas menos personas las pisoteen, más dignas y hermosas serán.

Corfú, Villa Braila, 15 de noviembre de 1888

Un pájaro pequeño y desvalido se ha refugiado en el alféizar de mi ventana, y pía sin cesar, asustado, creyendo que esta lluvia oscura y fría nunca acabará... Aquella otra vez, hace ya tantos años, mi padre, que acababa de regresar de un largo viaje a Turquía, se acercó muy despacio a la ventana, imitando con su voz el lastimero llanto del gorrión, y dejó a su lado una galleta empapada en leche, «para que no se muera de hambre hasta que pueda volver a su nido», nos dijo, mientras nosotros, aún tan niños, contemplábamos ensimismados la escena, aquel hombretón cuya magia actuaba también sobre los pájaros, que no se espantaban de su presencia... Después, junto al fuego, con la voz suave que guardaba para los cuentos, nos contó una historia: «En un lugar muy remoto del Imperio de la Sublime Puerta, hay una inmensa montaña sobre la que nunca brilla el sol. Durante todo el año, permanece cubierta por los hielos, y un viento gélido sopla día y noche, bramando entre las rocas que asoman aquí y allá sus crestas afiladas y desnudas. Ese horrible lugar es el monte Ararat; allí fue donde se detuvo el Arca cuando Dios consideró que había sido suficiente el castigo, y desde allí bajaron a las tierras fértiles todos los animales a los que Noé había dado refugio, y sus hijos y sus mujeres, para poblar de nuevo el mundo... Los habitantes del valle han creído siempre que el navío, al que el tiempo y las nieves habrían respetado, se encontraba aún cerca de la cumbre. Sin embargo, ningún ser humano había vuelto nunca a pisar esos parajes sagrados. Yo quise hacerlo, quise comprobar con mis propios ojos la veracidad de esa leyenda, que me transportaba a las épocas más lejanas de los hombres. Mi séquito y yo viajamos a lomos de muías hasta el pie de la montaña. Pero al vislumbrar aquella mole grisácea y helada, mis compañeros perdieron su valor, y ninguno se atrevió a acompañarme. Yo, a pesar de todo, no desistí en mi empeño, y trepé solo por los hielos, soportando la furia de los vientos que querían expulsarme de su reino... Al fin, exhausto y tembloroso, llegué ante el Arca, que apareció cerca de mí entre las brumas, un enorme barco de olorosa madera... Mi corazón latía muy fuerte, y las piernas me temblaban, pero sentía un enorme deseo de acercarme al navío, y entrar. Sin embargo, cuando quise moverme, un frío aún más insoportable me dejó aterido. Ninguno de mis músculos respondía a mis esfuerzos, y ya empezaba a pensar que había llegado para mí la última hora, cuando, de pronto, vi surgir del Arca una extraña figura: era un anciano de más de mil años, con una larga barba que se arrastraba por el suelo, y el rostro tan surcado de arrugas, que apenas podía ver sus ojos ni su boca. Pero estaba vestido con una túnica ligera y refulgente, como si no tuviera frío; su cuerpo permanecía erguido, la vara en la que se apoyaba estaba florecida en su extremo, rebosante de hermosos capullos blancos, y de su figura

emanaba un halo de paz y bienestar. Quise acercarme a él en busca de cobijo, y el anciano tendió sus manos hacia mí y cogió las mías fuertemente. Sentí entonces una dicha inmensa, una tibieza que recorría todo mi cuerpo, como si estuviera sentado junto a un enorme fuego, y el frío y el cansancio desaparecieron. Sólo ansiaba quedarme así para siempre. El anciano cerró sus ojos durante largo rato, y al cabo, los abrió lentamente y me dijo: “Desde ahora, serás hermano de los pájaros y los reptiles y de todos los animales de la Creación; de las piedras y el mar, y de cuantas cosas Dios ha puesto sobre la Tierra. Porque Él te ha elegido, nunca morirás”.»

¡Cómo me engañaste, padre! Durante toda mi vida creí que eras inmortal, que jamás la muerte podría contigo, el ungido de Noé. Hasta esta mañana, padre, cuando recibí el telegrama del emperador, siempre había pensado que tu cuento era verdad... Ahora ya nunca podré preguntarte si me has querido, si alguna vez has sentido por mí fuego y piedad, si he sido algo más que el inevitable retoño de tu sangre generosa...

¡Siempre me has decepcionado, padre! Nunca estuviste cuando te necesité, y huiste rápido en cuanto pensaste que tu corazón podía atarse demasiado al mío. También ahora, la última vez, has vuelto a fallarme, y te has ido sin que yo haya podido hablarte, besar tus mejillas hundidas, decirte que te quiero y te temo porque me parezco demasiado a ti...

Perdóname, padre, como yo te he perdonado. Y descansa en paz.

Viena, Hermesvilla, 25 de diciembre de 1888

Yo estaba en lo alto de la montaña, rodeada de hermosos árboles que crecían despacio al sol. Todo a mi alrededor parecía vivir en el esplendor de su belleza y, sin embargo, un peso enorme aplastaba mi corazón y me impedía respirar. El silencio era tan profundo, tan irreal, que yo presentía que una gran catástrofe iba a ocurrir. De pronto, aunque a mis oídos no llegaba ningún sonido, vi cómo el palacio del Hofburg se derrumbaba ante mí, en medio de una polvareda que me envolvió, borrándolo todo. Quise correr hacia allí, pero mis pies estaban descalzos y las piedras se clavaban en ellos, haciéndome sangre. Entonces la montaña desapareció, y me encontré en un paraje desierto y espantoso, donde no había luz ni oscuridad, sólo un resplandor grisáceo y sofocante. Los gritos de los míos resonaban en el aire, pero yo no podía encontrar el camino hacia casa.

Quise llamar a mi madre para que ella viniera a socorrerme, y la voz no salía de mi garganta. De repente, del cielo sin color comenzaron a caer piedras ensangrentadas... Me desperté empapada en sudor, oyendo los tremendos latidos de mi corazón y, aunque todavía era noche cerrada, hice llamar a María Festetics. Llegó en seguida, envuelta en una manta con la que intentaba protegerse del frío de los corredores, y aun así, tiritando. Le pregunté sin casi darle tiempo a sentarse:

—¿Qué le ocurre a mi hijo, María? Usted lo conoce bien. ¿Por qué lloró anoche, cuando me entregó su regalo de cumpleaños y yo lo abracé?

Mi dama no respondió. Yo no pude contener por más tiempo el miedo que durante tantos meses se había acumulado en mi corazón:

—¡Algo terrible va a ocurrir, estoy segura! María se acercó a mí:

—El emperador y el propio heredero han querido manteneros al margen de lo que le sucede, pero yo creo ahora que es mejor que lo sepáis. —Temblé de angustia—. ¿Recordáis la enfermedad de Su Alteza Imperial, hace dos años...? ¡Dios mío! ¿Cómo hubiera podido olvidarlo? Yo había huido a Miramar, después de una disputa con el emperador sobre el futuro matrimonio de Valeria. Me había instalado allí, en el viejo y hermoso palacio de Max, rodeada de brumas, oyendo los bramidos del mar contra los acantilados, dejando que pasaran los días hasta que mi esposo se mostrara al fin receptivo a mis argumentos en contra de la boda de mi hija con el príncipe sajón. Entonces llegó el telegrama. Lo abrí confiada, pensando que sin duda Francisco había recapacitado y me llamaba a su lado, pero las palabras que encontré me llenaron de pavor: Rodolfo enfermo de cistitis. No es grave. Conviene tu regreso. Volví a Viena temiendo que me estuvieran engañando, y que mi hijo hubiera muerto mientras yo defendía, una vez más, un castillo de sueños. A Dios gracias, las noticias del telégrafo eran ciertas: Rodolfo padecía una dolorosa infección, que, sin embargo, no ponía en peligro su vida y de la que pareció recuperarse en algunas semanas. Eso era, al menos, lo que me habían dicho. Pero en los últimos meses, el aspecto de mi hijo parecía cada vez más lastimero, como si un mal espantoso lo estuviera devorando. Al fin María iba a decirme la verdad. Los latidos del corazón resonaban en mi cabeza.

—Os engañaron, Majestad. ¡No os angustiéis, os lo ruego! Su vida no corre peligro, podéis estar segura, pero el heredero sufre una horrible enfermedad, uno de esos males venéreos, una gonorrea. No es mortal, aunque sí muy dolorosa. Padece fuertes molestias en las articulaciones, jaquecas y problemas de visión, y los médicos han tenido que recetarle ciertas drogas para calmar sus dolores. Eso es lo que le ocurre a vuestro hijo, Majestad. Eso y... —María se interrumpió, como si no se atreviera a continuar. Respiró hondo y prosiguió—. No podrá tener más hijos. Le ha contagiado la enfermedad a su esposa, y ella es ahora estéril.

La idea de que una catástrofe iba a sacudir nuestras vidas se había asentado de tal manera en mi espíritu, que esa enfermedad era para mí un alivio, pese a todas sus consecuencias. Cuando me vio serena, María me habló de la preocupación de mi hijo por el futuro del Imperio —al que él ya nunca podrá dar un heredero— y por el suyo propio, me contó su miedo a convertirse en un inválido, su sentimiento de culpa por haber adquirido ese desdichado mal en sus frecuentes tratos con mujerzuelas y haber hecho víctima de ella a su esposa, el absoluto rechazo de ésta hacia él...

Hablamos hasta que todo estuvo claro en mi mente. Le agradecí a mi amiga su sinceridad, de la que nadie había sido capaz: —Es usted una de las pocas personas en el mundo en quien puedo confiar, María. Doy gracias a Jehová por haberla enviado junto a mí.

—Yo le agradezco sin cesar a Dios que me haya permitido estar a vuestro lado, Majestad.

María regresó a sus habitaciones, creyéndome ya tranquila. Pero en cuanto me quedé sola, la angustia volvió a golpearme, como si aquella explicación no bastara a mis horribles presagios... Abrí las ventanas de mi cuarto, tratando de respirar el aire frío del alba. La noche estaba negra. Una noche negra y helada como la muerte.

VIII

LAS TEMPESTADES

Viena, Hofburg, 9 de febrero de 1889

¿Era tanto lo que te pedía Jehová, que ni siquiera ese consuelo has querido concederme...? ¡Sólo te suplicaba que me consintieras el trato con su alma, y aún, ya ves, confiaba en Ti! Ahora sé que me has abandonado para siempre. Me he quedado sin Dios, pero no me importa, no... ¡Yo te repudio, Jehová! ¡Te repudio porque ya nada quieres otorgarme! Sólo te rogué que me permitieras hablar con él, bajé sola a la cripta, lleno de esperanza el corazón, y me arrodillé ante su tumba y lo llamé, llamé a Rodolfo con todas mis fuerzas, te imploré entregada, miserable, que me dejaras pedirle perdón por mis faltas, por mi abandono, mi frialdad, por la sangre loca y suicida que yo le transmití... Pero no vino. No vino porque Tú no has querido, Tú, que pretendes destrozarnos, que nos odias como odiaste a Caín, y buscas nuestra condena, Tú, refugiado en tu excelso trono entre las nubes, malgastando tu Eternidad en odiarnos, en desearnos el Mal, en hacer de nuestra existencia un eterno infierno... ¡Tu crueldad no tiene límites y yo no puedo comprender tus designios! ¿Por qué...?

¿Quién me dirá la razón de ese dolor que lleva a un hombre a buscar la muerte? ¿Qué pusiste en su cabeza para que apretase por dos veces el gatillo, dos, contra ella primero, esa pobre chica enamorada, que creía en tu infinita misericordia, en la vida eterna a su lado, y luego, cometido ya el más impío de los actos, sobre sí mismo, reventando sus sesos que dolían y se retorcían porque Tú decidiste que había de ser así, que querías a tus pies un desgraciado, un pobre heredero solo y triste de un Imperio que se desmorona, un hombre sin amor, un enfermo condenado a creerse condenado, porque Tú me diste a mí ese hijo en el que puse la demente sangre de los Wittelsbach, porque me hiciste cobarde y egoísta, y no supe amarlo...? He matado a dos hijos, a dos, maldita madre, maldito corazón que no ha sabido leer en el corazón que surgió del suyo, maldita madre que abandonó a sus hijos sin saber entregarlos a otro amor... Sofía vendrá conmigo a Buda, y morirá de las fiebres del río... A él no seré capaz de quererle, no podré entenderlo porque no lo quiero con el vientre que lo engendró, con el corazón que latió a la par del suyo, no sabré comprender su tristeza, su desvalimiento, su desespero, lo crearé orgulloso y altivo, desenfrenado y violento, y sólo era un pobre desgraciado, un miserable heredero que buscaba amor... ¿Eso es lo que Tú has querido, Jehová, que mi hijo se abrasara en el infierno de los suicidas...? Y yo, ¿qué has previsto para mí? ¿Cuánto tiempo más tendré que vivir con esta vergüenza —mi hijo asesino y suicida porque yo no supe amarlo—, con este dolor como si me estuvieran rajando las entrañas lentamente, con mi horrorosa culpa de madre maldita, repudiándote porque me odias...? ¡Me volveré loca, Jehová! ¡También yo me volveré loca y buscaré el alivio de la muerte, buscaré el alivio en la condena eterna que no será tan cruel como esta condena! ¡Me volveré loca y te odiaré, Jehová! ¡Arrastraré tu nombre por el fango y clamaré sin pausa contra ti, te lo juro!

Wiesbaden, 30 de abril de 1889

Qué terrible desgracia estar viva...

Ischl, Kaiservilla, 31 de julio de 1889

El emperador ya no soporta mi dolor. Él era su padre, él lo engendró, lo educó cuidadosamente para que llevase sobre sus frágiles espaldas el peso de este Imperio de plomo. Ha perdido un hijo y un sucesor, pero puede consolarse. Entregado a sus diplomacias y sus papeles, ocupado en hacer leyes que nunca se cumplirán, en firmar hipócritas acuerdos de amistad que sólo esconden ansias de guerra, acariciado por las manos sabias de Catalina, él logra consolarse... «Intenta animarte, Sissi. ¡No puedes pasar así el resto de tu vida, oculta bajo ese velo, vestida de negro, inconsolable y desesperada...! Todos recordamos la tragedia, Sissi, todos sufrimos, pero nos esforzamos por sobrevivir. ¡Sal, viaja, busca diversiones! Si sigues comportándote de esta manera, hasta los que más te quieren huirán de ti...».

¿Qué sabe él lo que es vivir con esta culpa dentro? Él, el impecable, el perfecto, el que nunca se ha equivocado y reza cada noche con el alma limpia como un cristal... Él no ha tenido que preguntarse jamás por qué ha nacido, qué cruel poder decidió su venida a este miserable mundo para torturarlo...

Todos deberíamos suicidarnos, sí, matar a nuestros hijos recién nacidos, acabar con esta pesadilla... ¡Cómo envidio el valor de Rodolfo!

Viena, Hermesvilla, 30 de enero de 1890

Madre querida:

Estoy triste, madre, infinitamente triste. Me arrastro como un despojo en esta vida en la que no soy nada... Un pedazo de carne dolorida y un cerebro hecho nudos, más nudos cada vez, más retorcidos, ahogándome... ¡No puedo vivir, madre! ¡No sé vivir! He olvidado lo que era la esperanza, he olvidado qué significaba levantarse y sentir los pies sobre la tierra... Ahora sólo vuelo, vuelo en un aire muy negro y sofocante, y me ahogo...

Estoy enfermo, madre. Únicamente la cocaína me salva, y el alcohol, hasta que los demonios invaden de nuevo mi cabeza y entonces sólo quiero llorar, quedarme tirado sobre el suelo y llorar hasta el fin de los tiempos... Busco tu regazo, tus manos suaves como la seda, tus manos de hada que dan la paz... Pero sé que es demasiado tarde, pues te he hecho tanto daño... ¿Querrás

perdonarme, madre?

Ahora debo morir. Ya no tengo salvación. He disparado sobre María Vetsera, y tengo que cumplir mi destino. Está a mi lado, tendida sobre la cama, tan joven y hermosa, y la sonrisa ilumina su rostro. ¡Oh, madre! ¡Esa sonrisa...! Siempre la recuerdo... Yo tenía doce años, hacía mucho frío, y paseaba con Latour por el parque de Schonbrunn. De pronto, vi a aquel hombre frente a mí, levantando su pistola... Nunca supe su nombre, pero no puedo olvidar su rostro, cada vez más pálido, la sangre que manaba despacio de la frente, formando un pequeño reguero rojo sobre las piedrecillas del camino, sus ojos serenos, mirando al cielo, y la sonrisa, aquella sonrisa que llenaba el universo de consuelo... Eso es lo que deseo para mí. Deseo la muerte, madre, el consuelo... Le he pedido muchas veces al Dios al que tú sueles rezar que acabe con esta vida que tanto me pesa... Pero Él no se compadece. ¿Quién entonces, sino yo mismo, va a apiadarse?

He puesto una rosa blanca entre las manos de María. Ella es el ángel de pureza que me acompaña voluntariamente en este viaje al más allá. ¡Hasta ese punto llega su amor por mí! Dile a su madre que trajo al mundo al más hermoso ser que jamás haya existido sobre esta desolada tierra. Y haz, te lo ruego, que nos entierren juntos en la abadía de Heiligenkreuz. Ella se merece estar a mi lado por siempre, y yo no quiero yacer en la oscura cripta de los Habsburgo, al lado de todos aquellos a los que no supe pertenecer.

A mi padre, pídele en mi nombre que cuide de la pequeña Erzsi, que no permita que ella conozca mi dolor. Y hazle saber que no soy digno de ser su hijo: yo, lleno de incertidumbres y miedos, asustado del porvenir que me espera, no podría nunca reemplazarle al frente de este Imperio en cuyo futuro ya no creo, que sólo existe por qué él existe... Jamás habría podido ser el emperador fantasma de esta Austria-Hungría que estallará en mil pedazos a su muerte. Dile a Valeria que cuando le haya cenado los ojos el último día, se vaya de aquí y no mire hacia atrás.

A ti, madre, lo que más he querido en esta vida, tan sólo puedo pedirte que me comprendas y me perdones. ¡Por Dios te lo ruego! Mi alma no tendrá descanso en el otro mundo sin tu perdón...

Mi último pensamiento será para ti. Adiós, madre, madre...

Esas palabras, Dios mío... Aún no sé si puedo perdonarlo, no lo sé... Ha pasado ya un año —¡un año!— desde aquella noche, y cada minuto de esos trescientos sesenta y cinco días lo he dedicado a pensar en él. A veces creo que fue el más digno de los seres, y lo admiro. Pero también lo detesto por lo que ha hecho, por esta negrura que me ha dejado, porque me ha quitado a Dios...

Hace un año que no puedo rezar. Dentro de unas horas, cuando amanezca, su padre y yo iremos a Mayerling, y allí, en el mismo lugar donde cayó su cuerpo y el de esa niña y ahora se levanta un altar,

lo llamaré de nuevo. ¡Hazme un signo, Rudi! ¡Dime que me perdonas y yo te perdonaré a mi vez, te lo juro! ¡No me dejes así, con este silencio, con esta culpa! ¡Devuélveme la paz, para que pueda morir tranquila!

Ratisbona, 27 de mayo de 1890

Cuando murió mi tío Luis, mi madre no lloró. Yo sabía que ella lo adoraba, y no podía comprender aquel silencio, aquella normalidad de la vida tan sólo ensombrecida por esa vaga tristeza que emana de las casas y los seres enlutados, por la mirada a veces ausente, pero siempre seca, de mi madre. Durante días, la espí para descubrir sus lágrimas. Me levantaba de noche y me acercaba en silencio a su habitación, y pegaba el oído a su puerta, esperando sorprender los sollozos. Pero tan sólo se escuchaba el ritmo pausado de su respiración. Me sentía tan asombrada por aquella ausencia de pena, que una tarde, mientras las dos bordábamos juntas, le pregunté:

—¿No te ha dolido la muerte del tío?

Mi madre me miró sorprendida y algo enojada.

—¿Cómo puedes preguntarme eso, Sissi? ¡Claro que me ha dolido! ¡Él no era sólo mi hermano, era mi mejor amigo y consejero!

—Entonces, ¿por qué no lloras?

Mi madre dejó la labor sobre el costurero y con su voz tan suave, me respondió: —La primera vez que pierdes a un ser querido crees que nunca podrás recuperarte de ese golpe. Con el tiempo, cariño, cuando las muertes se suceden a tu alrededor, vas aprendiendo muchas cosas. Acabas por aceptar que ése es el designio de Dios para las criaturas, algo contra lo que no puedes rebelarte. Y te das cuenta de que los muertos nunca se van. Mi padre y mi madre, enterrados hace ya tantos años, siguen a mi lado. Y también el tío Luis. A menudo hablo con ellos. Y siempre los siento cerca de mí, protegiéndome o enfadándose conmigo, como cuando era niña. Están muertos, pero no ausentes. Mientras haya alguien en el mundo que nos quiera y nos recuerde, somos inmortales, Sissi... Por esa razón no lloro. Por eso, y porque las lágrimas se agotan... Tú eres aún muy joven y no lo sabes.

Tampoco yo lloro ahora, mamá. Mi padre estaría orgulloso de mí. Quizá me haya vuelto fuerte y resignada. Sí, tal vez me haya doblegado al fin al gran Jehová, contra cuya voluntad nada podemos hacer. No lloré hace tres meses ante el cadáver de Andrassy. Y sin embargo, ¡estaba tan hermoso! Hasta en la muerte seguía siendo el mejor hombre que he conocido. Miraba su rostro, ya impasible, y recordaba cómo las salas se llenaban de luz cuando él entraba, y el vacío que yo sentía antaño en mi

estómago al verlo acercarse a mí. Recordaba nuestra lucha juntos por Hungría y mi orgullo, su apoyo inquebrantable, sus consejos y su ternura, sentía la profunda soledad en que me ha dejado, pero no lloré... Y hoy, mientras sujetaba las manos sudorosas de Helena y notaba el pulso de su corazón apagándose, mientras imaginaba una vez más cuán distintas habrían sido nuestras vidas si ella, y no yo, se hubiese casado con el emperador, mientras oía sus leves quejidos de moribunda, tampoco lloré...

No, madre... ¿Para qué? Las verdaderas lágrimas no se pueden llorar. Y las que se vierten, se vierten todas en vano.

Ischl, Kaiservilla, 16 de julio de 1890

Estimada alma del futuro:

Te entrego estos escritos. Me los dictó el Maestro, y también fue él quien decidió su destino: deben ser publicados sesenta años después de 1890, en beneficio de los condenados políticos y de sus familiares necesitados. Porque dentro de sesenta años habrá en nuestro pequeño planeta tan poca dicha y paz, es decir, tan poca libertad, como ahora mismo. ¿Quizá sí la haya en otro? Yo no puedo decírtelo en estos momentos, pero tal vez cuando tú leas estas líneas... Con un cordial saludo, porque siento que eres buena para mí,

TITANIA

Escrito en el verano del año 1890, en un tren especial que parece volar.

Ése será el prólogo de mis poemas, mis Cantos del Mar del Norte y mis Cantos de Invierno. He guardado los manuscritos en una caja. Ida y María Festetics saben que, a mi muerte, deben pasar a manos de mi hermano Carlos. Sus sucesores se ocuparán, dentro de sesenta años, de entregárselos al presidente de la República Helvética para que él los haga publicar. Le he dejado una carta, rogándole que los beneficios sean distribuidos, en su totalidad, entre los hijos de los condenados políticos de la monarquía austro-húngara.

Si el mundo ha de recordarme por algo, quiero que sea como poeta, pues únicamente ahí, en esas páginas, está mi alma, y no en los retratos que se arrinconarán en los palacios y colgarán, polvorientos y sucios, en las casas de los súbditos del Imperio. Y si mis poemas deben tener alguna utilidad, que sirvan al menos para compensar a aquellos a los que no supe ayudar en vida. Quiera Jehová que mi voluntad sea cumplida.

Ischl, Kaiservilla, 30 de julio de 1890

Las camelias que crecen junto a mi pabellón, en la ladera del Jainzen, han vuelto a florecer. La tarde pasada, mientras Valeria y yo dábamos nuestro paseo, nuestro último paseo a solas, vimos de pronto el arbusto rebosante de capullos, flores blancas que se abrían, como un milagro, al sol del verano. Valeria cogió una y la colocó sobre mi vestido: «Son para ti, —me dijo—. Son como mi amor por ti: ni la lejanía, ni el cariño de mi esposo, ni el de los hijos que un día tendré, si Dios lo quiere, podrán marchitarlo. Siempre serás la primera en mi corazón».

No pude contestarle. Hace días que apenas puedo hablar, de miedo a romperme en sollozos. Mañana, cuando me abandone, cuando haya desaparecido de mi vista el coche que debe llevarlos a Francisco y a ella, ya marido y mujer, hacia su nuevo hogar en Lichtenegg, yo me iré, sin rumbo, no importa a dónde con tal de que sea lejos. ¿Qué puedo hacer ahora aquí si ella no está?

Tánger, 15 de septiembre de 1890

Oigo los cantos del almuecín resonando por toda la ciudad, sobre las azoteas blancas y las cúpulas doradas de las mezquitas, relucientes como grandes piedras preciosas en este sol del atardecer, cuando el tiempo se para y sólo queda la fe... ¡Cómo envidio a todos esos hombres y mujeres que se inclinan sobre el suelo para rezar a un Dios firme, a un Dios que dirige sus vidas con pulso de hierro, en el que aún creen como cuando era niños...!

Dicen que estoy en Tánger. Dicen que he pasado por Oporto y por Lisboa, y por Gibraltar, y que seguiré mi rumbo, sin rumbo, por las costas de África y luego, quién sabe, tal vez hacia Italia o Grecia, o Egipto, o el fin y el principio del mundo... ¿Qué más da, con tal de estar lejos, con tal de que nadie me mire ni me hable?

Como un alma en pena solitaria y libre, en silencio, cruzo las aguas y las tierras, camino sin fin por las ciudades donde no soy nadie, sólo una sombra entre las sombras, sin pasado ni nombre, con toda la tristeza enraizada dentro de mí, sin compasión. No quiero compasión: únicamente a solas con mi dolor puedo soportar ya la vida. Para aprender a morir.

Corfú, Aquilleion, 14 de abril de 1891

A veces, en noches despejadas como ésta, las estrellas parecen estar tan cerca que podría tocarlas con las manos... Mi alma se consuela ante esa inmensidad. Soy tan poca cosa, Señor, una despreciable mota de polvo perdida en tu infinito Universo. Cuando la memoria de mí y de los míos se haya desvanecido para siempre, cuando las casas cuyo cuidado ahora nos desvela sean amasijos

de piedras y ortigas, cuando la propia huella del hombre se haya borrado de la faz de la Tierra, tus innumbrables obras permanecerán... ¡Así soy de miserable, Jehová! ¿Qué importa mi dolor en la perfección de tu Mundo?

Corfú, Aquilleion, 10 de mayo de 1891

Cada amanecer salgo a pasear sola por mi jardín. Son éstos, tal vez, los mejores momentos del día, cuando siento que las fuerzas renacen en mí, mientras el mundo entero, aún no sacudido por las voces de los hombres, me pertenece. Contemplo los árboles que he plantado, los acaricio llena de esperanza y de orgullo: cada nuevo brote, cada pequeña hoja que se abre es para mí una victoria sobre el tiempo. Algún día, cuando sean grandes y poderosos y sus ramas soporten sin doblegarse todas las tempestades, entonces yo seré inmortal. Ver crecer los árboles... Sí, tal vez sea ésa una buena razón para vivir.

Lichtenegg, 31 de julio de 1891

La carita de Valeria resplandece de dicha, y a su alrededor flota un halo de paz. Su cuerpo ha empezado ya a redondearse para dar cabida al hijo que espera. A veces, la espío desde lejos, sin que ella se dé cuenta, y me recuerdo a mí misma cuando llevaba su cuerpecillo dentro del mío y el mundo entero me parecía pequeño para albergar mi felicidad... ¿Puede ser que las madres seamos responsables del destino de nuestros hijos desde el momento mismo de la concepción? Yo ya la amaba a Valeria, la amaba aun antes de juntarme con el emperador, la deseaba como nunca había deseado nada, y mientras ella crecía dentro de mí, la imaginaba tal y como ahora es, un ser tranquilo y bueno, que camina con gusto por la vida y para quien el mundo es armonioso, porque yo sólo sentía la armonía de las cosas con ella en mi vientre. A Rudi en cambio... ¡Cuánta tristeza había en mi corazón mientras lo engendraba! Recordaba sin cesar a Sofía muriendo en mis brazos, la profecía resonaba en mi cabeza —«Rodolfo fue el primero de los Habsburgo y Rodolfo será el último»—, y él nació condenado, vino a la vida con el ansia de la muerte dentro del alma...

El Cairo, 23 de noviembre de 1891

El Nilo era como una cinta oscura que se extendía a lo lejos, perdiéndose entre las aldeas de los fellahs, hacia las arenas doradas y calientes... Las estrellas brillaban, como millones de piedras preciosas engarzadas en un inmenso velo negro... Olía a aceite de rosas y a almizcle. Aún resonaban los crótalos y los darbukas un lejano tarabuk llegaba desde la orilla del río, y los cantos de los hombres y las mujeres parecían surgir de una gran entraña maternal y tibia... La fiesta estaba terminando. De pronto, un hombre muy viejo, tembloroso, entrecerrados los ojos que ya no podían ver, se acercó a mí, ayudado por un muchacho silencioso y cabizbajo.

—Es el adivino —me susurró el cónsul.

Sentí latir mi corazón. El hombre se sentó en el suelo, cruzadas las piernas, y el chico me hizo gestos para que yo me instalase a mi vez frente a él. La voz del anciano parecía llegar desde el otro lado de la frontera de la vida:

—¿Qué quieres saber? —me dijo.

—Cómo será mi muerte.

Calló un instante:

—La muerte se puede elegir. La mayor parte de las personas no lo saben, pero cada uno de nuestros actos y pensamientos, desde que venimos al mundo, no es más que una llamada a la última amiga. Y ella, leal y compasiva, nos obedece... ¿Cómo quieres tú morir?

—Como un pájaro que vuela rápido y ligero... Lejos de los míos: no quiero que sufran por mí.

El adivino cerró los ojos y musitó palabras incomprensibles, palabras antiguas guardadas en los muros de las viejas tumbas. Su voz resonaba sin embargo en el aire, como si una campana se hubiera extendido a nuestro alrededor. Más allá, no había nada. La música había cesado, y el tiempo. De pronto, habló: —Estarás sola. Tu alma se escapará por una pequeñísima abertura del corazón, como el humo.

Me pareció que la noche se aclaraba. Una infinita sensación de paz me envolvió. Me arrodillé a los pies del adivino, y mientras las lágrimas corrían por mis mejillas, le besé las manos.

—Gracias —le dije.

—Dátelas sólo a ti misma.

Viena, Hermesvilla, 26 de enero de 1892

Nunca más podré decir tu nombre, madre... ¡Qué vacío! ¡Qué inmenso vacío...! ¡Qué inútiles ya todas las palabras si no puedo decir ésa, la primera, aquella de la que todo arranca y en la que todo confluye...!

Cuántas cosas me ha arrebatado tu muerte, madre, las palabras y la infancia... Siempre he sido

una niña a tu lado. Cuando apoyaba mi cabeza en tu regazo, sentía de nuevo el sol de Possi calentándome y volvía a tener diez años, mamá, y el Mal dejaba de existir sobre la tierra. Entonces éramos sólo tú y yo, un mismo corazón, una misma savia. Mi espíritu se disolvía en los espíritus de todos los que nos precedieron, hasta el origen de los tiempos, y la sangre del primer hombre se mezclaba a mi sangre. Ahora que has muerto, estoy sola, soy un corazón solo, sin pasado y sin sangre, sin palabras... ¡Oh, madre! ¿Quién me consolará de la vida si tú no estás?

Viena, Hermesvilla, 27 de febrero de 1892

Valeria ha tenido hoy una hija, una pequeña criatura que lleva mi nombre, apenas unas horas después de la muerte de mi madre... Ahora todo tiene sentido, y el tiempo permanece inmutable.

¡Mi niña querida! Solamente lo bueno viene de ti...

Corfú, Aquilleion, 7 de marzo de 1892

Mi lector de griego y yo hemos visitado hoy el monasterio de Paleokastritsa, como un castillo de ángeles asomado al mar. Olía a salitre y a jara, a incienso y a polvo, y los santos del Señor refulgían en sus viejos marcos de plata. Hubiera querido dormirme allí, en esa pequeña capilla llena de Dios, dormir durante años bajo el rayo de sol que entraba por la cúpula y las llamas vacilantes de los cirios rojos...

El abad nos ofreció dulce de membrillo y agua fresca.

—¿Dónde cogen ustedes esta agua tan buena? —le pregunté.

—En la fuente del bosque, reina —me dijo.

—Volveré otro día. Debo darle las gracias a la fuente.

Corfú, Aquilleion, 23 de marzo de 1892

Fanny Feifalik ha vuelto a enfadarse conmigo. Cada vez que me atrevo a quejarme porque su peine arranca demasiados cabellos de mi cabeza, mi peluquera se encierra en su habitación, «enferma», y me somete a la tortura de su ausencia, obligándome a soportar los bruscos tirones de mis doncellas.

Ella sabe que claudicaré, que me arrastraré vencida a sus pies, le pediré disculpas por mi injusticia y le rogaré que vuelva a ocuparse de mi imperial peinado con sus regias manos. No hay

otro remedio: si alguna esclavitud he aceptado en mi vida, incluso ahora, es sin duda la de mi cabello.

En realidad, creo que Fanny siente celos. Desde hace algunos años, y especialmente cuando estamos en Corfú, me nota sin duda poco atenta a su trabajo: mientras ella me peina, siempre está presente alguno de mis lectores de griego —Russopolos, Thermoianis, Barker, Kefalas o Christomanos, que en los últimos tiempos se han convertido en mis más inseparables acompañantes— y yo me entrego con pasión al enorme placer de escuchar los textos irrepetibles de Homero y de Esquilo, o de traducir a esa lengua hermosa y fuerte las palabras de Shakespeare, Heine o Schopenhauer. Fanny, como todos los demás, no alcanza a comprender la necesidad que experimento de concentrarme en ese esfuerzo, de ocuparme en algo muy difícil para olvidar mi congoja, ni puede intuir el inmenso placer que obtengo de la lectura y el estudio, esta irrefrenable ansia de saber, de llenar mi espíritu de cosas tan inútiles para los otros como esa lengua que sólo hablan los muertos y los campesinos... ¿Cómo podría entender ella, que tan importante se cree en el mundo porque vive a mi lado, que yo prefiera la compañía de los campesinos a la de todas las condesas de Viena? Sí, la suya, y la de los pescadores y los tontos del pueblo, aquellos que nunca están entre las multitudes, y tratan habitualmente con las cosas eternas...

Corfú, Aquilleion, 10 de abril de 1892

Aún siento el crepitar de los leños en el fuego —aquellos leños y aquel fuego—, el olor aterciopelado de la madera y el cuero y los libros viejos, el perfume ligero de las rosas que ya se marchitaban en el jarrón... Bay y yo estábamos sentados en los sillones de la biblioteca de Combermore Abbey, junto a la chimenea, tal y como yo había imaginado tantas veces, mientras la lluvia caía afuera. Las cacerías de aquel año, el de 1881, habían terminado, y yo debía regresar a Viena, y me sentía inmensamente triste. Después de la cena de despedida, cuando nos retirábamos a nuestras habitaciones, el capitán me pidió que le recibiera unos momentos a solas. Nunca, en los muchos años que llevábamos galopando juntos, deseándonos en silencio el uno al otro, nos habíamos atrevido a un encuentro semejante. Imaginé por lo tanto que se trataba de algo grave, pero quise sin embargo serenarme y guardar en mi mente, como un tesoro, aquellos momentos que tanto había ansiado, dejando que todas las cosas penetraran en mis sentidos. El silencio fue largo. Nos mirábamos a los ojos. Al fin, el capitán, estranguladas las palabras, habló:

—Quiero comunicaros, señora, que no podré volver a cazar con vos. Voy a casarme pronto, y mi prometida no desea...

A pesar del dolor, no quería oír nada más. Alcé la mano y dije, intentando parecer imperturbable:

—Lo comprendo, capitán. No precisa darme más explicaciones.

Pero él prosiguió:

—Sabéis que hace años que estoy comprometido. He estado aplazando la celebración de la boda, pero ya no puedo hacerlo por más tiempo: mi prometida está indignada, y han empezado a correr serios rumores...

No terminó la frase, pero yo sabía que se refería a las sucias habladurías sobre nosotros. Sentí como si un latigazo me crispase todo el cuerpo, pero aún pude responder:

—Está bien, capitán, está bien... Debe hacer lo posible por silenciar los rumores, por llevar una vida normal al lado de una mujer normal... Intente quererla y ser feliz.

Bay se puso en pie. Su voz era firme, inequívoca:

—No será posible, Majestad. Sólo podré amaros a vos. Sólo quiero amaros a vos.

Sujetó mi mano entre las suyas, que temblaban, y la besó suavemente. Después se fue. Vi su fuerte espalda desaparecer detrás de la puerta, aquella espalda que nunca había podido acariciar, aquel cuerpo al que nunca pudo abrirse el mío de virgen violada, mi cuerpo que jamás pude entregar a nadie, con toda la vergüenza y el miedo, el invencible temor a ser ensuciada, la vergüenza de traicionar el juramento hecho un día ante Dios, el miedo a ese escándalo, a los sucios comentarios, a las miradas que me vigilarían día y noche, sin que las propias paredes lograsen ocultarme al mundo. No, no podía vencer ese miedo, ni siquiera en aquel instante definitivo, y me quedé sentada junto al fuego, oyendo el crepitar de los leños y el rumor de la lluvia sobre los árboles, lleno, muy lleno el corazón...

Tal vez ayer, en el instante final, mientras el cuello del caballo golpeaba para siempre su propio cuello, tal vez me recordara... Mi rostro en la penumbra de la biblioteca habrá sido quizá su última imagen, en ese destello del segundo que anuncia la muerte cierta, al igual que a mí, al mediodía, mientras él moría a lomos de su montura, en plena carrera, me llegó de pronto el olor de aquella madera y de aquel cuero, el de los libros y las rosas, y los leños crepitaron en un fuego inexistente y sonó suave la lluvia que nunca cayó, y sentí de nuevo, como entonces, una pena dulcísima, la lastimera, infinita bienaventuranza de saber que él me amaba por encima de todo...

Carlsbad, 16 de junio de 1892

Hoy he vuelto a desmayarme, igual que me ocurrió hace unos días. El doctor Widerhoffer insiste en que debo comer, o la debilidad no me abandonará ya nunca y mis dolores musculares no tendrán

remedio, ni siquiera con las friegas de mi masajista sueco.

—No es posible que Vuestra Majestad se pase el día haciendo gimnasia y caminando, y luego se alimente tan sólo con algo de fruta y leche...

—Pero es leche de cabra inglesa, doctor —le repliqué—. Mi buena nodriza ya no se separa nunca de mí, y los ingleses tienen, usted lo sabe bien, un agudo sentido del deber. ¿No cree que ella hará todo lo necesario por mantenerme? Widerhoffer hizo esfuerzos para no echarse a reír.

—No me siento capaz de regañaros como a una niña, Majestad, pero vos sabéis igual que yo que os hablo de un asunto muy serio. Esa obsesión vuestra por no superar los cincuenta kilogramos de peso, acabará costándoos muy caro.

Me acerqué a la ventana. Podía ver a los visitantes del balneario paseando por los jardines. Algunos de ellos señalaban hacia mis balcones y entrecerraban los ojos, tal vez intentando vislumbrarme:

—Doctor, la gente piensa que me he vuelto loca. Los más atrevidos dicen que acuno un muñeco sin cesar en mis brazos, creyendo que es mi hijo Rodolfo... Sospechan que si escondo el rostro bajo velos y abanicos, es porque el dolor ha causado en él estragos... En contra de lo que opina el emperador, a mí no me importa que me tomen por loca: la locura es más verdadera que la vida. Pero no quiero que me compadezcan: si deben ver al menos mi cuerpo, que sea ligero y flexible, como cuando era joven, que sepan que aún puedo caminar y saltar como los gamos... Ése es uno de mis pocos consuelos. No me lo arrebaté también.

Widerhoffer inclinó la cabeza:

—Prometédme al menos que tomaréis durante algunas semanas jugo exprimido de carne, y os dejaré en paz.

—Se lo prometo.

Ginebra, Hotel Beau Rivage, 16 de julio de 1892

Querida Sissi:

Me alegra saber que este año has decidido comportarte como una formal mujercita, y en lugar de andar dando saltos de país en país y de continente en continente, prefieres quedarte durante algún

tiempo en Suiza. Con todo, me pregunto por qué tienes que elegir precisamente ese lugar, una República, y de las más peligrosas... Vivo aterrado pensando que podrían atacarte las hordas de anarquistas que ahí son acogidos libremente cuando otros países, más celosos de su seguridad, los expulsan. ¡No quiero ni imaginar qué sería de mí si te ocurriese algo! Me harías un inmenso favor aceptando la escolta que el gobierno suizo quiere asignarte, pero sé que no puedo forzarte a ello. ¡Piénsalo, mi bien, si no por ti, al menos por tu pobre marido, que no sabría vivir sin tu afecto y tu bondad!

Quiero repetirte por escrito cuánto te amo, porque no sé demostrártelo y además tú, mi rebelde, no te dejarías...

Que Dios te bendiga y te guarde y nos dé un feliz reencuentro. No hay otra cosa más importante que ésa para mí.

Tu pequeño

Es curioso que aún ahora Francisco y yo no logremos comprendernos. Ya no hay disputas, es cierto—desde que murió Rodolfo, sólo le hablo del teatro y de la «amiga», como entre nosotros solemos llamar a Catalina Schratt—, pero nuestros más íntimos afanes siguen siendo ajenos para el otro. Yo no podría explicarle, ni él comprender, que lo que me gusta de este país es justamente eso, su condición de república, la ausencia de remilgadas princesas a las que en cualquier otro lugar tendría que visitar, el alivio que siento en sus calles sabiendo que sólo soy una paseante más, y que ninguna miseria me es achacada, ninguna vanagloria consentida... No son las montañas lo que busco aquí, no. No siento ningún deseo de subir, tal vez porque sé que otros sí lo sienten, y habría de compartir con ellos el viento de las cimas. Lo que me atrae en Suiza son precisamente las ciudades, esta Ginebra que serena mi ánimo como si regresara a un lugar antiguo y querido, en el que todo cobra de pronto sentido, y el lago Léman se me antoja entonces profundo e inmenso como el mar, un mar en el que quisiera quedarme para siempre...

A bordo del Miramar, Gibraltar, 23 de enero de 1893

Mi séquito se desmorona. El barón Nopcsa está agotado y María Festetics atrapó durante la última tempestad un fuerte resfriado que aún no ha desaparecido. Mientras caminamos por las calles y los campos de Sicilia, Mallorca, Valencia, Málaga, Granada, Cádiz o Gibraltar, la oigo a menudo toser a mi lado y tengo que detener el paso para acomodarme a su ritmo, incapaz ya de seguir el mío. Ayer, después de haber recorrido durante largo rato el mercado de esta ciudad, me preguntó, temblorosa la voz: «¿Sabe Vuestra Majestad cuál será nuestro próximo destino?». «Aún lo ignoro, María, aunque tal vez regresemos a Sicilia. Los marineros dicen que hay unas magníficas tempestades de nieve, y que el Etna lanza humo rojo sobre sus laderas cubiertas de blanco... Es un espectáculo que no

quisiera perderme por nada del mundo...». Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero mi buena amiga supo contenerse y simuló un entusiasmo que no sentía.

¡Pobres gentes mías! Su lealtad y su afecto por mí los han llevado a esta vida de vagabundos que sólo un alma solitaria como la mía, un cuerpo disciplinado en el agotamiento, a pesar de los dolores que también a veces lo atenazan, puede soportar...

Le he pedido al emperador que le pregunte a Adam Berzeviczy si quiere sustituir a Nopcsa a mi lado. Aunque es militar, siempre he admirado a ese hombre por su energía y su humor, y por el dominio que demostró hace unos años, cuando apostó con sus amigos a que saltaría ocho difíciles obstáculos sobre un caballo cansado y montando al revés y, ante el asombro de todos, lo logró... Un hombre así, será para mí un buen compañero de viaje. En cuanto regresemos a Viena —Valeria está a punto de dar a luz, y ya añoro abrazar a mi nuevo nieto—, relevaré pues a Nopcsa y autorizaré a María a que se tome una larga temporada de descanso, junto a Ida. A ella le hará bien, y el emperador podrá bajar a sus habitaciones para comer salchichas y pan de la puszta, y estará menos solo. Yo entretanto abriré de nuevo mis alas de gaviota, y volaré...

Turín, 17 de febrero de 1893

Valeria ha tenido un hijo, un pequeño Francisco cuya carita imagino arrugada y enrojecida, como la de Rudi cuando lo vi por primera vez, aquel cuerpecillo aún húmedo y desprotegido, llorando de frío y de soledad...

Quiero ir en seguida a Lichtenegg, y abrazar muy fuerte a mi *kédvésem*. Llenaré de besos a Elisabeth, para la que he comprado toda clase de juguetes y chucherías durante estos meses, oiré los llantos de mi nuevo nieto y sabré que Valeria es feliz y que Dios la bendice. Nos arrodillaremos juntas en su capilla, y juntas le rezaremos por su bondad. Sólo a su lado creo ya en la alegría.

En el océano Atlántico, a bordo del Greif, 24 de diciembre de 1893

He cumplido cincuenta y seis años cabalgando sobre el mar como una ninfa, adornados de algas mis cabellos, entregada y libre... Las olas saltaban sobre el barco, anegándolo, el viento bramaba sin pausa, como si hubiera estado aguardándonos desde el principio del mundo, y el Greif se precipitaba en los abismos, miserable grano de arena sacudido en medio de la tempestad. En el camarote, mis damas rezaban, conteniendo los sollozos y las náuseas. Sólo yo permanecía serena, alerta todos mis sentidos, y mi cuerpo vibraba a la par de la tormenta, mi corazón latía al ritmo de los vaivenes, y se llenaba mi alma de fortaleza. Pedí que me atasen en cubierta, sobre mi silla, y me hice entonces tempestad y azote, mar y viento, nube negra y lluvia, bramido y espuma, sirena y naufrago, abismo y volcán... Fui origen del mundo, furia de Jehová, misterio de la Creación, barro del primer día,

instante y eternidad... Y fui luego vaivén, reposo, aleteo de gaviota, crujido de madera, vela hinchada, húmeda transparencia, vientre de delfín, rayo de sol, paz... ¡Qué infinitas son la vida y la muerte!

Mentón, Hotel Cap Martin, 15 de marzo de 1894

¡Pobre emperador! Ha tenido que volver a su «yugo», como él mismo lo ha llamado, después de estos tranquilos días pasados aquí, en medio de la olorosa, republicana y adelantada primavera de la Costa Azul. Es la primera vez que le oigo quejarse de su destino, lamentarse de no poder descansar durante más tiempo, permaneciendo lejos de su escritorio y su camita de soldado... También él envejece. Le he propuesto que se jubile: «Si tus funcionarios pueden hacerlo, ¿por qué no tú? —le dije—. Al fin y al cabo, pronto cumplirás sesenta y cuatro años y hace ya cuarenta y seis que estás al servicio de tus súbditos. ¿No te parece que has cumplido con tu deber? Por otra parte, tu pelo es ahora blanco, has dejado de gustarles a las condesas y ni siquiera sirves ya para bailar el vals...». Yo sólo pretendía que nos riéramos un poco, imaginar sueños que nunca se harán realidad, pero él se asustó de veras: aunque nunca hablamos de esas cosas, sé que le obsesiona la idea de ver a su hermano Carlos Luis, tan carente de seso como de voluntad, gobernando este Imperio que cruje y se estremece igual que un inmenso árbol cuyas raíces se hubieran podrido y estuviese a punto de derrumbarse sobre el suelo...

Se fue esta tarde, con los ojos llenos de lágrimas, consolado tan sólo por el pronto reencuentro con su amiga, a la que no pudimos invitar a compartir estas semanas con nosotros, como hubiéramos deseado pues es tanta la gente que se agolpa aquí, atraída por la dulzura del clima y la riqueza de los casinos, que hubiéramos llamado en exceso la atención. Le he enviado como regalo una hermosa orquídea, una rara flor de espléndidos colores —azul, violeta, blanco y rojo sangre—, tan inútil como yo misma.

Viena, Hermesvilla, 23 de mayo de 1894

No soporto el falso silencio de esta casa, este susurro permanente de fantasmas y recuerdos que me persigue y me angustia... Añoro más que nunca los sonidos de Lichtenegg: la dulce voz de mi kédvésem, los balbuceos de Francisco, los llantos del pequeño Humberto, las risas de Elisabeth... ¡Cómo se parece la niña a su madre cuando tenía su edad! Tanto, que a veces, mientras paseo con ella por el jardín, creo que he retrocedido veinticinco años en el tiempo, y que la manecita que se refugia tibia en la mía es la de Valeria. En esos instantes, soy de nuevo Erzsébet, la húngara, mi corazón es ligero como el aire de la puszta y la muerte duerme su sueño agazapada y silenciosa, y yo me atrevo aún a creerla inexistente...

¡Qué daño hace la alegría cuando se acaba!

A bordo del Miramar, Argel, 15 de enero de 1895

He sido bisabuela. Elisabeth le ha dado a Gisela su primera nieta. Mi hija debe de sentirse muy feliz en estos momentos: siempre le ha gustado dedicarse a toda clase de deberes que no le permitan pensar demasiado, y ¿qué mayor deber y mayor bullicio que el que supone un niño pequeño? También su segunda hija, Augusta, espera para dentro de dos meses, de manera que su casa de Munich se llenará pronto de muchachitos que ensuciarán de babas las alfombras y trotarán sobre los divanes. Me alegro de su dicha.

Soy bisabuela, mi corazón se siente viejo como el mundo, pero aún puedo saltar las cercas y las vallas huyendo de los policías y los curiosos, y mi cintura sigue siendo la más estrecha de Europa... La vida no es más que un cúmulo de absurdos.

Corfú, Aquilleion, 1 de abril de 1895

Caminé por la costa hasta el atardecer. Los nenúfares apestabán el aire con su olor dulzón e insoportable. Quise alejarme de ellos, pero un sentimiento de piedad me lo impidió: esas pobres flores se esforzaban por expandir en el aire sus sentimientos, y yo las estaba despreciando, igual que he sido despreciada. ¡Qué lástima! Aún no saben que lo más íntimo hay que guardárselo bien encerrado, para que nadie lo destroce, y que es más precioso que todos los títulos y dignidades, esos trapos de colores que nos colgamos encima, creyendo cubrir con ellos alguna desnudez.

Venecia, hotel Danieli, 27 de abril de 1895

En el muelle de los Esclavos, una dama pasea con su hijo. Llegan hasta el puente de la Paja, se asoman a la laguna, y regresan una y otra vez, sin alejar la vista de las aguas negras y turbias, en las que se refleja el cielo negro y turbio, como si esperasen a alguien muy importante, un esposo, un padre, un amante que se fue y ahora regresa para envolverlos en su capa y protegerlos de la lluvia. Se han detenido unos instantes bajo mis ventanas y les he oído hablar. —Yo creo que eres un hada —le ha dicho el niño, brillando la emoción en sus ojos alzados hacia el rostro velado.

—No, cariño, no... Las hadas sólo existen en los cuentos...

¡Dios mío! ¿Son éstos los fantasmas de mi pasado? Rudi y yo, la lluvia en Venecia, esta tristeza que me aplasta y me ahoga como entonces, como siempre...

No pude soportar tu rostro en piedra, Rodolfo. Mirabas el mar, y en los ojos de mármol vi la desesperación, y sentí deseos de abrazarme a ti y lanzarnos juntos contra las olas, de acompañarte en

la muerte para que tú no decidieras morir... Voy a vender el Aquilleion, Rudi. Haré llevar tu monumento y el de Heine a Lainz, para que ninguna mano ajena los ensucie. Los árboles, el mar y el cielo vivirán en mi corazón. Lo demás —las estatuas de mármol que compré con dinero, las columnas falsas, los falsos muebles— ya no me interesa: quise levantar un templo a los dioses, pero los dioses no vinieron a él.

Un día, mi lector Christomanos, siempre ansioso de emociones estéticas, intentaba convencerme del hechizo poético de una puesta de sol. Recordé los versos de Heine:

¡Caballero! No se apure,

esta comedia ya es vieja:

ahora el sol se pone aquí delante,

pero luego vuelve por detrás.

En momentos como éste, añadí, sólo hay que creer en una cosa: en la grandeza de la inanidad.

Viena, Hofburg, 20 de mayo de 1896

He tratado por todos los medios de consolar al emperador, pero es tan difícil soportar el peso de la maldición... Carlos Luis ha muerto, y es ahora su hijo Francisco Fernando, si logra reponerse de la tuberculosis, quien debe heredar el trono. Pero ¿qué trono...? También yo creo, como Rudi, que Austria-Hungría se precipita al vacío. Sin el emperador, los alemanes querrán ser hermanos de los alemanes, y los eslavos de los eslavos. Hungría rugirá, y en Bohemia temblará la tierra. De los cuatro puntos cardinales vendrán llamas de fuego que asolarán los viejos palacios de los dueños del mundo, y el nuevo emperador Francisco Fernando rezará tembloroso, mientras las ramerías se arrastran a sus pies... ¿Qué será entonces de mis hijas, y de los hijos de mis hijas...?

Budapest, palacio Real, 8 de junio de 1896

Los fantasmas apenas me dejaban respirar. Pasaban a mi lado, una y otra vez, sujetaban mis manos, me amordazaban la boca... Rudi me hablaba al oído de sus proyectos políticos, y Andrassy se inclinaba ante mí, brillándole en los ojos la alegría, y decía: «Demos gracias a la Providencia que nos ha permitido vivir este momento glorioso, el Milenario de la Nación húngara. Demos gracias a nuestra providencia, a la reina más noble que jamás haya existido, nuestra reina...», y yo me creía en su voz y en su mirada, como antaño, una diosa. De pronto, el presidente del Parlamento dijo mi

nombre, y fue entonces un estallido de eljem, un tronar de aplausos y aclamaciones... A través de mi velo negro, veía ante mí a todos aquellos hombres mirándome, aristócratas y profesores, potentados y socialistas, hijos de ministros del emperador e hijos de víctimas del emperador... Me miraban y lanzaban sus gritos al aire, sus gritos de viejos guerreros de la estepa, y en algunos ojos asomaban las lágrimas... Andrásy y Rudi se mantenían en pie a mi lado, orgullosos de mí.

Luego, al regresar a palacio, levanté el velo negro, y en el espejo apareció la anciana, arrugadas la cara y el alma —esta mujer vieja como el mundo, que ha dejado de creer en todo salvo en la muerte—, y las palabras que brotaron de mi boca alejaron las sombras: lo nunca realizado es superior a cualquier hecho. Lo único eterno es lo que jamás sucede. Ahora lo sé.

Budapest, palacio Real, 9 de junio de 1896

Al atardecer, como si penetrara en el reino de los muertos, fui a Gódólló. Abrieron para mí las ventanas de la casa donde un día fui feliz, y que ahora se resquebraja y lamenta, abandonada, muda de voces, vacíos los establos, vacías y mudas las salas en las que me sentí profanadora, las habitaciones donde un día amamos y reímos, donde quisimos bendecir a Dios y a nosotros mismos sin saber que apenas éramos más que las motas de polvo que flotaban como arco iris en los rayos del sol, a través de la ventana, y que Rudi solía contemplar en sus largos silencios, mientras intuía que como ellas era frágil, polvo coloreado por un rayo de sol, polvo embellecido por el sueño de un niño, de un dios que, de pronto, cruel e implacable, corría las cortinas expulsando la luz, transformando el polvo en polvo solo, miserable polvo, polvo para escupir y barrer y desaparecer...

Bajé al parque a la hora en que los pájaros revoloteaban juntos, agotando los últimos instantes del día. Dejé unas flores sobre la tumba de mi fiel Shadow, y me acerqué a mi árbol, el tilo centenario guardián de mis secretos, que permanecía magnífico, inalterable, sus hermosas ramas llenando desafiantes el aire, abriéndose al aire para vivir. Durante largo tiempo lo contemplé en silencio, y me senté luego a sus pies, recostado el cuerpo contra el tronco, y al fin, cobijada en su espíritu amigo, lloré...

Le dije adiós sin volver la mirada atrás. Como una sombra, crucé el zaguán del palacio y regresé al mundo de los vivos...

Biarritz, Hotel Palais, 8 de enero de 1897

El viento azota la playa noche y día. Las olas rompen contra el malecón con fuerza suficiente para derribarlo y yo paseo sin descanso, resistiendo la fuerza del viento, dejando que me empape el agua de las olas y el agua de las nubes... Creen que estoy loca, porque no pueden entender que este tiempo grandioso sólo existe para mí, como las obras de teatro que el pobre rey Luis se hacía representar

para él solo. Ignoran que así me siento tan cercana a las cosas eternas, que puedo conversar con ellas.

Viena, Hermesvilla, 6 de mayo de 1897

Su cabello era hermoso como el de un hada... Un día, antes de casarse con el duque de Alençon, cuando Luis ya había roto su compromiso y ella se sentía desdichada y fea, yo se lo cepillaba y elogiaba la belleza de sus mechones castaños, que tan bien enmarcaban aquel rostro de Virgen española. Ella, llena de negras ideas, me dijo muy bajito: «Cuando muera, quiero que quemen mi pelo. Díselo». Yo me reí sin ganas: «Vamos, Sofía, no pienses en esas cosas tan tristes... Además, yo moriré antes que tú, pues soy la mayor». «Pero si no fuera así, prométeme que lo recordarás». «Te lo prometo», le dije, y seguí acariciando aquel espléndido cabello que no podía imaginar cenizas...

Ya no necesito cumplir mi promesa. La muerte, siempre leal, se ha ocupado de ello. El Bazar de Caridad de París ardió como una tea, y Sofía permitió que las más jóvenes corrieran delante de ella, las empujó hacia aquella puerta donde estaba la vida y a la que ella nunca pudo llegar.

Quisiera ser capaz de llorar, de rebelarme, pero no puedo... Me siento como un adoquín, triste y dura como un adoquín. No, no me rebelo. Hace tiempo que he comprendido que si uno no puede ser feliz a su manera, no le queda más remedio que amar su desgracia.

Merano, hotel Meranerhof, 4 de septiembre de 1897

Mi lector Barker me ha insistido hoy para que tradujéramos a Nietzsche.

—Es el más grande pensador de nuestro tiempo —decía.

—Es probable —repliqué—, pero ya no me interesan los pensadores. ¿Para qué necesitamos cavilar tanto? No somos más que un fragmento de este mundo. ¿Cree usted que los árboles reflexionan sobre el color de las amapolas, o sobre la luz que las nubes le roban al sol al atardecer? Las rocas tampoco tienen la menor idea de lo que es la geología. Todas esas cosas viven en una profundidad en la que no hay secreto alguno, porque todas viven las unas con las otras y las unas en las otras: sólo nosotros hemos querido salirnos del mundo. Hemos roto todos los puentes y todos los lazos. El auténtico superhombre sería aquel que consiguiera olvidarse de que es un hombre. Nuestro espíritu y nuestro entendimiento deberían devolvernos ese sentimiento del mundo que el resto de las cosas posee en su inconsciencia.

San Remo, hotel Royal, 9 de enero de 1898

No puedo dormir. El brazo y el hombro derecho me duelen como si un gigante los estuviera aplastando con una piedra. La cabeza va a estallar. Mis tobillos se hinchan. El doctor Kerz l dice que tengo que comer. ¡Dichosos médicos que nunca comprenden que cuando aumenta mi peso me siento aún peor...!

He tenido la idea de comprarme una villa en San Remo, pero Irma Sztaray, mi sensata y resistente dama, ha logrado disuadirme. ¡Qué alivio para todos!

Valeria y su esposo llegarán pronto. Sólo eso me consuela.

Biarritz, Hotel Palais, 25 de febrero de 1898

Querida mía:

Dices que crees tener cien años. ¡Tú, precisamente tú, la más hermosa y joven emperatriz del mundo! Yo, Sissi, sigo viéndote siempre como la primera vez. ¿Aún lo recuerdas? Mi madre no lograba entender cómo era posible que el coche con vuestro equipaje se hubiera perdido en un cruce de caminos: «¡Parecen campesinas en lugar de princesas!», me decía en voz muy baja. Sus doncellas habían vestido a Helena con la ropa prestada de una de sus damas, y le habían arreglado con cuidado el cabello para que a mí me gustase. Imagino sus instrucciones: «Como el de la condesa R. El emperador siempre alaba su peinado». Pero nadie pensó en ti... Y cuando te vi entrar en la sala del hotel Austria, tropezándote en la alfombra, con tu vestido polvoriento y arrugado y las largas trenzas enrolladas alrededor de la cabeza, como las de las princesas de los cuentos infantiles, con tu linda canta de niña asustada, mientras observaba cómo te sonrojabas cada vez que alguien te dirigía la palabra, cómo temblaba la taza de té en tu mano y los pies no dejaban de bailar bajo la mesa, mientras compadecía tus penosos esfuerzos por sonreír y no salir corriendo, supe que te quería...

No me he arrepentido nunca, pequeña Sissi de mi vida. Ni un solo día he dejado de agradecer al Señor su generosidad para conmigo. Jamás he estado a tu lado sin sentirme orgulloso de ti. Aún ahora, más que nunca, me pareces la mejor de las mujeres. Tu bondad ha sido para mí el mayor don del Cielo. No, esposa mía, tú no puedes envejecer... Y yo seguiré siendo por siempre

Tu pequeño

Suiza, Territet, Hotel des Alpes, 18 de abril de 1898

Querida Gisela:

Sé que Leopoldo y tú perdonaréis mi ausencia en vuestras bodas de plata. Mi ánimo, que vagabundea a su antojo sin darme respiro, no está estos días para celebraciones. Me hubiera gustado abrazarte, verte rodeada de tus hijos y tus nietos, pero el recuerdo de Rudi que tanto se alegró el día de vuestra boda y tanto lloró en el momento de la separación —¿te acuerdas, Gisela, con qué ternura te abrazaba?— habría estado tan presente en mi espíritu, que estoy segura hubiese empañado vuestra alegría. Iré a veros cuando llegue el verano y las hermosas moreras de tu jardín se hayan cubierto de flores.

Recibe todo el amor de tu madre que te quiere

ELISABETH

P.D.: Ya sé que no te agrada que te hable de estas cosas, pero en mi testamento he ordenado que la villa de Ischl, que tanto le gusta a Valeria, sea para ella, y el Aquilleion para ti. Tu padre no me permitió venderlo, como era mi deseo, así que te lo entrego. Haz con él lo que te plazca, pero asegúrate de que nadie más que tú y los tuyos pondrá sus manos sobre mis cosas. Quémalas si quieres, pero no permitas que las manoseen. Ésa es mi voluntad.

En el tren, camino de Munich, 16 de julio de 1898

Siento un frío infinito dentro de mí, como si alguien hubiera soplado hielo en mis entrañas y en mi corazón, un hielo duro y frío como la muerte que ya nunca va a derretirse...

Les dije adiós desde la ventanilla: el emperador, Valeria y Francisco, Ida y María Festetics... Alzaban sus pañuelos en las manos, los agitaban y abrían la boca, pero yo no oía nada. Entonces llegó el frío, y una bruma inmensamente triste surgió despacio del suelo y los envolvió a todos. Ante mí se alzaba, desvaído, etéreo, el Jainzen. Me pareció que esa profunda tristeza era el estado natural del mundo, en el que siempre ha vivido y vivirá, y volví a mirar a los míos, aquellos a los que he amado más que a nadie en la vida, y sentí que el adiós me atravesaba el alma como un cuchillo. A lo lejos, la sombra de Rudi asomó en la niebla, y las lágrimas se quedaron heladas en mis ojos.

Ginebra, Hotel Beau Rivage, 9 de septiembre de 1898

Mi querida hija:

Cada noche, desde que nos separamos, sueño contigo, Valeria. Te sueño niña, con tu hermoso pelo rubio cayendo sobre tu espalda, un gran lazo anudado en lo alto, y un fino vestido de hilo blanco, cubierta de lorzras la pechera, bajo el que asoman los encajes de las enaguas... Caminamos juntas

sobre el mar, y las aguas son tibias y dulces para nuestros pies. En lo hondo, las caracolas y los delfines y los peces de colores danzan, y a lo lejos, entre las montañas verdes de abetos y robles, Possi resplandece como una hermosa joya... Yo aprieto orgullosa tu mano, y siento los latidos de tu corazón que vive dentro del mío. Entonces, tú alzas la mirada hacia mí, y me dices: «Siempre estaremos juntas». Así es como te imagino, cariño, queriéndome, queriéndome... ¡Oh, Valeria! Si ésa fuera la muerte, entonces no me importaría morir. Pero cuando pienso que tal vez después no haya nada, que quizá nunca más volveré a verte, nunca, el terror se apodera de mí... ¡Soy yo la que habla así, yo, que he convivido tan de cerca con ella, que tuve que aprender a reconocerla en las sombras de los ojos, en el ligero estremecimiento del aire, en las punzadas de mi pobre corazón...! Soy vieja, cariño, a mis sesenta años soy vieja como el mundo, y he sufrido tanto, que a veces creo que he vivido muchas vidas, una tras otra, porque todo el dolor que he sentido no podría caber en una sola. Sin embargo, ahora no quiero morir, no. Sueño con ir a tu casa, a Wallsee, y permanecer junto a ti y Francisco y tus hijos, y sentir de nuevo el corazón apaciguado, la extraña sensación del tiempo circular, de la memoria que se perpetúa y la vida que sigue... A cada instante del día, te recuerdo diciéndome adiós en la estación de Ischl, con tu dulce cara sonriéndome llena de amor, tanto amor, y deseo correr a tu lado, olvidar que soy vieja y que he sufrido, vivir de nuevo como vivíamos entonces, cuando estábamos juntas, ¿lo recuerdas?, tu mano en mi mano, la luz, una vida entera para nosotras... He sufrido mucho, sí, pero he sido tan feliz de tenerte, Valeria, que sólo por ese sentimiento, por ese instante de eternidad que tú me has dado, ha merecido la pena vivir...

Nos veremos pronto, kédvésem, confía en mí. Tu madre que te adora

ELISABETH

La mañana del 10 de septiembre de 1898, la emperatriz Elisabeth y su dama de honor, Irma Sztáray, pasean por Ginebra, y compran algunos juguetes para sus nietos. Luego, regresan al hotel Beau Rivage, para descansar unos instantes antes de coger el vapor de línea que debe llevarlas a Montreux, donde espera el resto de su séquito. El embarcadero está cerca. Las dos mujeres caminan tranquilas. De pronto, un joven se acerca a ellas, y parece empujar a la emperatriz, que cae al suelo mientras el hombre huye a la carrera: no ha sido nada, tal vez sólo quería robarle el reloj... Recorren a paso ligero los cien metros que las separan del vapor. El barco suelta amarras. De repente, Elisabeth se desvanece. La condesa Sztáray pide ayuda, e intenta desabrochar su corsé para que respire mejor... Entonces, sobre la camisa de batista, aparece una diminuta mancha roja: Elisabeth de Austria-Hungría ha sido asesinada. Su alma se fue como el humo, por una pequeñísima abertura del corazón. Los suyos estaban lejos.

El asesino tenía veinticinco años. Se llamaba Luigi Luccheni. Era pobre, un pobre obrero, anarquista y loco. Soñaba con matar a algún notable personaje, para que su nombre y el de su fe

circulasen por el mundo. Durante días, había preparado su instrumento, un pequeño y fino estilete que él afiló como una aguja mortal. En un libro de anatomía, estudió detalladamente el lugar preciso del corazón. Y eligió con cuidado a su víctima: el príncipe Enrique de Orleans, pretendiente al trono de Francia, que era esperado el día 9 de septiembre en Ginebra. Pero Orleans no acudió. A cambio, los periódicos de la mañana siguiente le ofrecieron a Luccheni una buena noticia: bajo el nombre de condesa de Hohenembs, la emperatriz de Austria-Hungría, una vez más, se alojaba en el hotel Beau Rivage. ¿Por qué no ella? Al fin y al cabo, era una miserable emperatriz...

En 1910, Luigi Luccheni, condenado a cadena perpetua, se ahorcó con su cinturón en su celda.



ÁNGELES CASO. (Gijón, 16 de julio de 1959) es una escritora, periodista y traductora española.

Es hija de José Miguel Caso González, que fue catedrático de la Facultad de Filología, especialista en el siglo XVIII y llegó a ser rector de la Universidad de Oviedo. En su adolescencia estudió idiomas (habla inglés, francés, italiano y portugués), música y danza. Se licenció en Geografía e Historia, especialidad Historia del arte, pero tuvo la oportunidad de presentar el programa Panorama regional en su Asturias natal, encaminando sus primeros pasos hacia el periodismo.

Durante 1985 y 1986 presentó el Telediario de TVE y el programa de entrevistas La Tarde. A los 35 años da un giro en su vida y se aleja, sin dejarlo nunca del todo, del periodismo para iniciar su carrera literaria.

Ha trabajado en instituciones culturales como la Fundación Príncipe de Asturias o el Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII de la Universidad de Oviedo y en diferentes medios de comunicación como Televisión Española, Cadena SER, Radio Nacional de España y varios periódicos y revistas.

En 2000 ganó el premio Fernando Lara de novela con Un largo silencio. En 1994 fue finalista del premio Planeta con El peso de las sombras, galardón que finalmente ganó el 15 de octubre de 2009

por su novela *Contra el viento*.

Alterna la narrativa con ensayos históricos en los que presta especial atención a la Edad Moderna y la visión de la mujer a lo largo de la Historia. También es autora del guion de la película *Deseo* (2002), de Gerardo Vera.